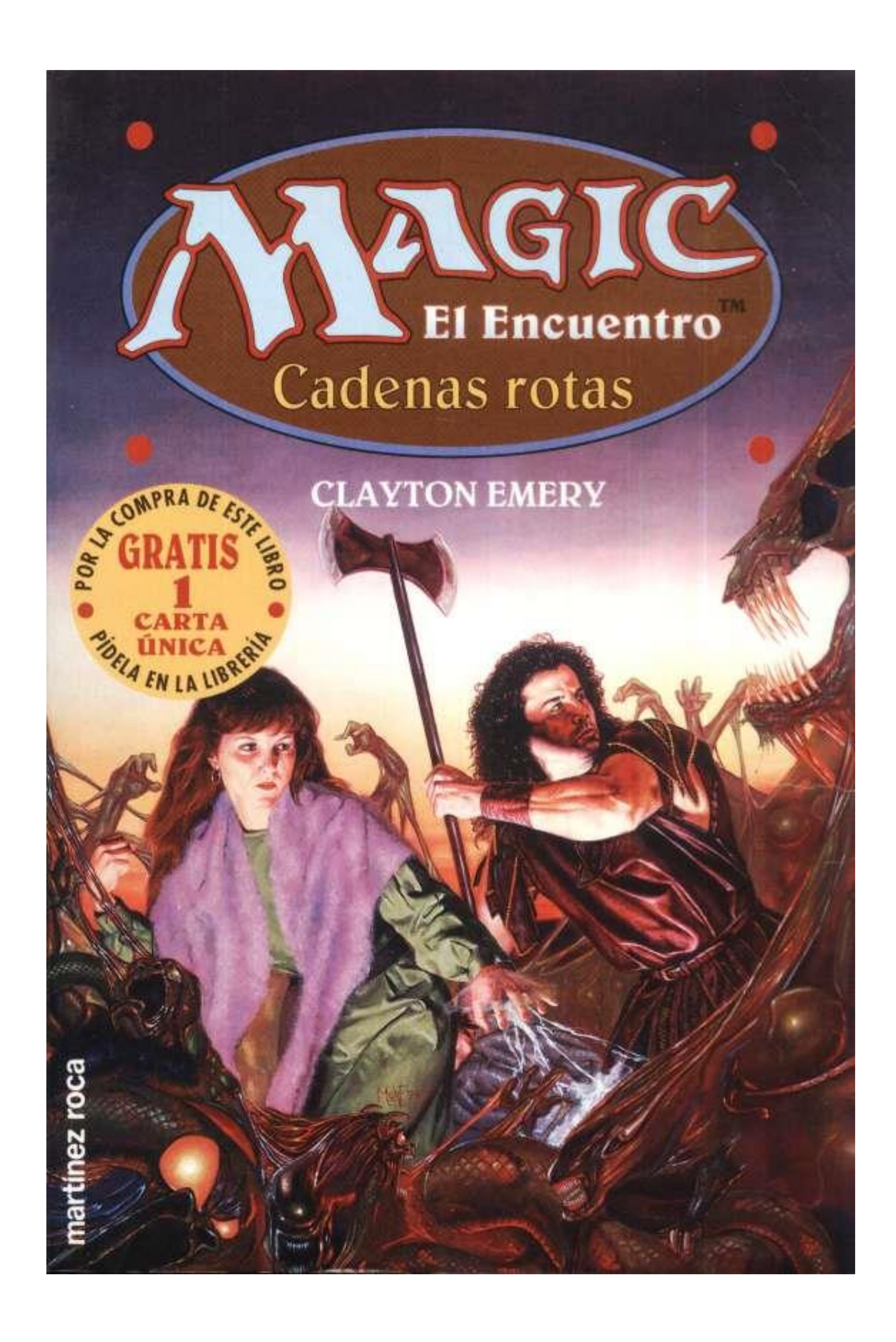


MAGIC
El Encuentro™
Cadenas rotas
CLAYTON EMERY
POR LA COMPRA DE ESTE LIBRO
GRATIS
1
CARTA
ÚNICA
PÍDELA EN LA LIBRERÍA
martínez roca

Magic, The Gathering:

CADENAS ROTAS

(Trilogía: "Archidruida", vol.2)

Clayton Emery

1995, «*Shattered Chains*»

Traducción: Albert Solé

_____ 1 _____

Fue el muchacho, Stiggur, desde lo alto de su bestia mecánica, quien primero vio el peligro.

--¡Gaviota! ¡Hacia el norte! Es un..., un... ¡No sé qué es!

Todo el campamento alzó la mirada. Había docenas de personas de todas las constituciones, estaturas y colores, envueltas en abigarrados ropajes multicolores para protegerse de la nieve de comienzos del invierno que cubría el suelo. Desde allí sólo se podían ver pequeñas coníferas que llegaban justo a la altura de la cabeza de un adulto, árboles y más árboles que parecían extenderse hacia el horizonte sin acabar nunca.

Gaviota el leñador dejó caer su cena, cruzó el campamento a la carrera y subió a toda prisa por la escalerilla de cuerda que colgaba a lo largo del flanco de la bestia mecánica. El general de aquel sorprendente ejército había iniciado su carrera como leñador, y tenía el aspecto que podía esperarse en un leñador. Gaviota era alto y estaba bronceado por toda una vida pasada al aire libre, con una larga cabellera castaña a duras penas retenida en la nuca por una tira de cuero. Llevaba una túnica de cuero repleta de marcas y arañazos encima de una camisa de lana y un faldellín de cuero, y completaba su atuendo con unas polainas rojas y unas resistentes botas que le llegaban hasta la rodilla. Su aliento se convirtió en nubéculas mientras subía por la escalerilla.

La bestia mecánica era un extraño artefacto, un gigantesco caballo hecho de madera y planchas de hierro cuyas entrañas no tenían nada que envidiar a un molino en su confusión de rechinantes engranajes de madera, tiras de cuero, poleas y palancas. Todavía tenían que descubrir si aquella criatura minuciosamente construida estaba viva o no. Sólo sabían que siempre estaba en movimiento, zumbando como una colmena, y que podía ser guiada mediante palancas colocadas sobre su cráneo de roble.

El propietario, o amo, o amigo de la bestia era un joven huérfano llamado Stiggur, un nombre que significaba «puerta» porque ése era el lugar donde había sido encontrado. Stiggur era flaco y tendría unos trece años, y las vestimentas de cuero y lana que envolvían su delgado cuerpo, apretándolo como si fuera una salchicha humana, estaban claramente inspiradas en el atuendo de Gaviota, su héroe.

Gaviota trepó hasta el precario nido-silla de montar que Stiggur había construido en lo alto de la bestia mecánica. Durante los meses

transcurridos desde que había aprendido a controlarla, Stiggur había ido añadiendo una mejora detrás de otra, amontonando los artilugios, corazas y armas primero y cargándola de sacos, bolsas y cestas para transportar el campamento ambulante después. Gaviota tuvo la sensación de estar encima de un almacén móvil mientras escrutaba el horizonte por encima de las copas de las coníferas. Estando de pie, se encontraba a casi nueve metros del suelo.

La taiga, un bosque de coníferas subártico, parecía extenderse interminablemente en aquel valle de fondo plano. Al este había una planicie más alta que el resto de la zona, casi una meseta y tan lisa como el tablero de una mesa, que se desplegaba hacia el norte hasta perderse de vista. Al oeste se alzaba una cordillera, una hilera de montañas en forma de dientes de sierra tan altas que un águila no podía atravesarlas. La consecuencia de todo eso era que el ejército improvisado compuesto por todos aquellos individuos tan distintos unos de otros sólo podía seguir avanzando por la taiga con la esperanza de que terminara en algún sitio.

Pero algo había surgido de la nada para obstruirles el paso.

«Un cono», pensó el leñador. Un cono invertido que... ¿se meneaba?

El aire gélido estaba tan limpio que hizo que Gaviota tuviera la sensación de poder alargar las manos y tocar aquella cosa. Era enorme, de un centenar de metros de altura o más, y se aplanaba por arriba, como el humo de un incendio forestal que se extendiera en sentido horizontal al chocar con un nubarrón de tormenta. El cono se iba estrechando hasta quedar reducido a casi nada en el suelo. Allí donde tocaba el suelo --¿del bosque?--, escupía un chorro de fragmentos diminutos al aire, como si un perro estuviera cavando y lanzando un surtidor de tierra por entre sus patas.

--¿Qué es, Gaviota?

Stiggur pensaba que Gaviota lo sabía todo.

Pero el leñador le decepcionó.

--No lo sé, muchacho. ¿Es una columna... oscura... de humo que gira? ¿Es peligrosa? ¿Y a qué distancia se encuentra? No tengo nada que me permita juzgar la distancia...

Pero aquellos fragmentos que eran arrojados por los aires parecían familiares. ¿Y era un ulular aquello que oía a lo lejos...?

Un retumbar de cascos medio ahogado por la nieve interrumpió el curso de sus pensamientos. Bardo, el paladín, irrumpió en el campamento, apartando las masas oscuras de las coníferas desde la

grupa de su nervioso corcel de guerra. Bardo, un soldado profesional consagrado a su dios, llevaba cota de malla debajo de una capa de lana color marrón hoja abierta delante para permitir que su blasón de tela mostrara su símbolo sagrado: un báculo alado trazado en rojo. Había tantos dioses que Gaviota nunca se había tomado la molestia de preguntarle a cuál representaba. Disciplinado y meticuloso, Bardo mandaba un grupito de cazadores-exploradores. Todos iban armados con arcos largos que sobresalían de las aljabas especiales adosadas a sus sillas de montar, y con espadas largas que llevaban cruzadas a través de la espalda o en vainas colgadas de sus sillas.

Bardo tenía la mandíbula prominente, y sus ojos eran de un azul tan gélido como los glaciares de las lejanas tierras del norte en las que había nacido. Su cabellera relucía con un amarillo tan vivo como el de la paja por debajo de su capuchón de cota de malla. Bardo llevó su caballo hasta la base de la bestia mecánica. Cuando habló, el acento del paladín resultó todavía más perceptible que de costumbre debido a la excitación que impregnaba su voz.

--¡Se acerrcan jinetes porr el norrte, Gaviota! ¡Están contorrneando la meseta, y vienen hacia aquí! ¡Crreemos que hay unos trreinta! ¡Mis explorradorres han ido a investigarr si hay otrro grrupo porr el oeste, y me imagino que lo habrrá!

--¿Qué clase de jinetes? ¿Son tropas de caballería? ¿Hay algún comerciante con ellos?

Una sacudida de la cabeza.

--No. Todos llevan arreos de guerra.

--Bien...

Gaviota se sintió estúpido e impotente, como de costumbre. Había sido nombrado líder de aquel ejército tan variopinto sin saber muy bien cómo, y la gente esperaba que tomara decisiones. Gaviota pensó que no estaba cualificado para ello, desde luego. Era un leñador. Que le pidieran que derribase un espino sin que rozara a sus vecinos, y podría hacerlo caer encima de una aguja. Pero si le preguntaban qué medidas había que adoptar ante dos contingentes de caballería que amenazaban con rodearles...

--Debemos de ser su objetivo, ya que aquí no hay nada más. Da la alarma general, Stiggur. --El muchacho alzó un cuerno de carnero recubierto con adornos de oro y sopló por él, produciendo una estruendoso trompeteo que hizo vibrar el cráneo de Gaviota--. Bardo, usa esas señales tuyas para avisar a tus exploradores de que sigan observándoles, pero sin entablar combate. Envía a Helki y Holleb

hacia..., eh..., hacia el oeste para que no nos tiendan una emboscada. Ah, y manda a alguien a nuestra retaguardia para que no nos pillen por sorpresa.

Bardo frunció el ceño.

--No tengo gente suficiente parra tantas cosas.

--Oh... Bueno, de acuerdo. Yo me encargaré de eso. ¡Vamos, muévete! ¡No, espera! Sube aquí a ver si reconoces esta cosa.

Los soldados se iban metiendo la cena en la boca o la guardaban en la camisa mientras se apresuraban a coger sus armas debajo de Gaviota. Las esposas y esposos de los combatientes les ayudaban a colocarse los arreos de guerra. Los cocineros y el resto del séquito correteaban de un lado a otro, preparando el campamento por si tenían que irse a toda prisa. Había gente corriendo por todas partes. Dos soldados se dieron de narices el uno con el otro al seguir las órdenes que ladraban sus sargentos.

Bardo nunca caminaba cuando podía montar, por lo que hizo avanzar su caballo en una pirueta lateral y agarró la escalerilla desde la silla. Se encogió al lado de Gaviota --la espalda de la bestia mecánica no era muy ancha--, y frunció el ceño mientras contemplaba el cono que giraba en el norte.

--Nunca lo había visto antes.

--Y tú eres de las tierras del norte... --murmuró Gaviota con voz pensativa--. ¿Dónde estás, Varrius? ¡Varrius! Sube aquí, ¿quieres?

Varrius era un hombre delgado de brazos nudosos, abundante barba negra y piel bronceada por los soles del sur. Dejó a un cabo a cargo de la tarea de reunir a sus soldados y fue corriendo hasta la bestia mecánica para subir por la escalerilla.

Cuando llegó arriba, su piel morena se puso pálida.

--¡Por los brazos de Hiperión! ¡Es un tornado!

--¿Un tor-na-do? --preguntó Gaviota, y volvió a pensar que un leñador ignorante que había pasado los primeros veinte años de su existencia en una aldea no era precisamente el aventurero ideal--. ¿Qué es...?

--¡Un remolino de viento! --gritó el soldado.

Varrius, que estaba acostumbrado a vivir en las tierras del sur, llevaba más ropa que de costumbre. Una coraza de malla trabajada en forma de escamas de pez recubría sus prendas de abrigo, y llevaba un casco con refuerzos de lona acolchada adornado por una gran pluma roja. Una espada corta y una daga casi tan grande como la espada colgaban de su arnés de guerra.

--Es una... ¡Es una tempestad asesina! ¡Gira tan deprisa que puede lanzar una casa por los aires! ¿No ves lo que les está haciendo a esos árboles?

Gaviota volvió la vista en esa dirección. El tornado estaba más cerca, aunque el leñador todavía no estaba muy seguro de lo lejos que se encontraba. No había forma alguna de calcular las distancias en un océano de verdor, pero cuando volvió a mirar esta vez sí pudo reconocer los fragmentos que estaban siendo arrojados al aire: eran coníferas de dos metros de altura. A medida que giraba, la tormenta iba esparciendo docenas de troncos en todas direcciones, de la misma manera que una sierra despide chorros de serrín.

Y cuando comprendió lo que significaba aquello, Gaviota sólo fue capaz de murmurar un «Oh, vaya» casi inaudible.

Aquel tornado tenía más de cien metros de altura, y estaba abriendo un surco de quince metros de anchura por el bosque a menos de un kilómetro y medio de distancia.

Y venía hacia ellos.

* * *

El pánico barrió el campamento, otra tormenta que añadir al tornado.

El campamento se extendía a lo largo de un hueco creado con las hachas, ocupando un claro lleno de tocones y ramitas y agujas de conífera pisoteadas. El bosque interminable no se interrumpía nunca, por lo que cada nuevo campamento debía ser creado de la nada, talando árboles y quemando los troncos resinosos de las coníferas. Entre la confusión de barro revuelto y ramas dispersas se alzaba un abigarrado conjunto de tiendas y petates totalmente carente de orden. La zona de las cocinas estaba relativamente limpia y despejada, así como la de los cartógrafos y bibliotecarios, pero el resto... Ni siquiera había unas auténticas letrinas, y probablemente el frío era lo único que les había mantenido libres de las enfermedades hasta aquel momento.

Gaviota pensó que realmente tenían que organizarse un poco en cuanto disfrutaran de un rato de calma.

La gente corría en todas direcciones, tropezando y cayendo a cada momento. Bardo y sus exploradores desaparecieron entre los troncos, esfumándose sin dejar rastro. Helki y Holleb, centauros y cónyuges que siempre luchaban y actuaban en pareja, se pusieron sus yelmos pintados y alzaron sus lanzas emplumadas. Llevaban

gruesas camisas de lana debajo de sus corazas llenas de volutas y adornos, y mantas de caballo cubrían sus lustrosos flancos rojizos por debajo de sus arreos de guerra. El viejo gigante, Liko, con sus dos cabezas calvas no demasiado inteligentes y su único brazo, se irguió, únicamente para estorbar. Era el único que podía ver por encima de los árboles, pero el peligro que representaba el cono de vientos tardaría algún tiempo en poder abrirse paso a través de su dura mollera. Los sargentos vestidos de rojo que llevaban cota de malla escamosa --Tomás, Neith y Varrius-- empezaron a ladrar órdenes a sus abigarrados pelotones, arrancando comida de entre los dedos a manotazos y exigiendo ver las armas para inspeccionarlas. Tres derviches santos muronianos giraban en veloces círculos, anunciando con gritos estridentes que el momento del fin estaba cerca. El pie de un derviche derribó a un cocinero y derramó todo un caldero de sopa humeante sobre la nieve. Todos corrían, saltaban y se hacían preguntas los unos a los otros.

Gaviota se introdujo entre toda aquella agitada confusión, aullando órdenes que nadie oía.

--¡Pon tu bestia en movimiento y aléjala del campamento, Stiggur! ¡Eh, vosotros, buscad algún refugio! ¡Tú, coge esos caballos y llévatelos! Átalos a los árboles, pero no los pongas todos juntos y... ¡Eh! ¡Te estoy hablando! ¡Ven aquí! Saca estos...

Alguien volcó un cesto y tiró al suelo una flaca silueta gris verdosa no más grande que un niño. Era un trasgo, la más inútil de todas las especies, y aquel representante de ella se llamaba Sorbehuevos. En cuanto sintió la fría nieve bajo sus pies descalzos --el trasgo estaba envuelto en harapos y parecía un montón de hojas secas--, Sorbehuevos se apresuró a buscar algo caliente y dio un salto que terminó sobre las botas de Gaviota. El leñador, enfurecido, agarró al trasgo que no paraba de gritar y lo lanzó hacia las coníferas. Sorbehuevos era una especie de mascota, totalmente inútil pero indispensable. Antes de que Gaviota pudiera girar sobre sus talones, una joven que llevaba los brazos cargados de rollos de pergamino chocó con él. Gaviota no sabía cómo se llamaba, y sólo sabía que era una estudiante de magia a la que su hermana Mangas Verdes había encontrado en algún lugar de su ruta. La muchacha le pido disculpas y se apresuró a recoger los rollos desparramados sobre la nieve embarrada.

Gaviota sintió el impacto de un tronco en su hombro recubierto de cuero y lana y torció el gesto mientras se encogía sobre sí mismo.

Pero sólo era el gigante, Liko, preguntándole qué debía hacer. A pesar del frío, el gigante llevaba como único atuendo una larga camisola sin mangas confeccionada con trozos de lona llena de remiendos, velas de navío y pieles de ternero sin curtir que habían obtenido de un matadero. Aquella pobre montaña de carne boba había perdido el brazo izquierdo, roído a mordiscos hasta la altura del codo, en una batalla anterior. Para compensar esa pérdida y la falta de equilibrio que producía, Gaviota y unos cuantos artesanos le habían tallado un largo garrote con pinchos de hierro que pesaba tanto como el brazo derecho del gigante, y lo habían unido al muñón para que Liko pudiera caminar sin inclinarse a un lado. Gaviota echó la cabeza hacia atrás y se rascó la coronilla.

--¿Qué has de hacer? Pues... Eh... Sólo... Bueno, ve en esa dirección, a ver si divisas algún jinete a caballo. Deja que te vean, y luego vuelves y me cuentas lo que ha ocurrido, ¿de acuerdo?

El gigante asintió y se alejó con su lento y ruidoso caminar, sus sucios pies descalzos hundiéndose profundamente en la tierra embarrada a cada paso que daba. Liko ni siquiera notaba los pinchazos de los afilados tocones que abundaban en el campamento.

La gente estaba desapareciendo, aunque Gaviota no hubiera sabido decir exactamente dónde salvo entre los árboles. «Que se vayan», pensó. Corrió hacia una de las tres grandes tiendas que se alzaban al final del claro. Se agachó para entrar en ella, y faltó muy poco para que su cabeza chocara con la de su hermana.

El atuendo de Mangas Verdes hacía honor a su nombre, pues iba totalmente vestida de verde. Algunas de las prendas eran magníficas, y otras casi harapos. La joven incluso se había puesto zapatos para la nieve. Su viejo y maltrecho chal de ganchillo, que había sido tejido por su madre, reposaba sobre sus hombros encima de una capa verde. Su cabeza, como siempre, estaba desnuda, y su cabellera castaña se hallaba tan despeinada como la de Gaviota. Se parecían mucho, con la única diferencia de que la hermana sólo llegaba al esternón de su hermano. Un tejón al que le faltaba un trocito de una oreja, una especie de mascota, gruñía y gimoteaba junto a los pies de Mangas Verdes. Instalado sobre su chal como si fuera un nido, había un gorrión llamado Hueso de Cereza.

--¡Busca a Lirio y poneros a cubierto, Verde! ¡Hay un tornado! ¡Es un vendaval muy fuerte, y se está acercando!

--¿P-Por dónde vi-viene?

Hasta hacía unos meses, Mangas Verdes había pasado toda su

vida siendo medio retrasada. Su mente no se había despejado y no había aprendido a hablar hasta después de haber salido de su tierra natal, el Bosque de los Susurros, y haber dejado atrás los encantamientos del bosque que habían estado nublando su cerebro. La joven todavía no hablaba muy bien.

Pero los encantamientos también habían impregnado cada fibra de su ser, convirtiéndola en una poderosa hechicera nata..., que aún debía aprender a controlar y utilizar sus poderes.

Cuando Gaviota señaló el norte, Mangas Verdes se limitó a desaparecer dentro de la tienda. El tejón se apresuró a seguirla.

--Puede q-que te-tenga algo...

--¡Verde! Ven... ¡Oh!

Lirio estaba saliendo de la tienda, andando de espaldas. Era otra hechicera nata y carente de adiestramiento, y una continua fuente de amor y perplejidad para Gaviota. Vestida de blanco invernal como un armiño, Lirio llevaba un traje ceñido al talle y una chaqueta corta adornada con flores de brocado, unos sólidos zapatos cerrados con cordones y una capa blanca cuyos bordes estaban adornados con más flores azules, rojas y amarillas. Su rostro era de un aceitunado oscuro, y llevaba su negra cabellera recogida detrás de la cabeza y sostenida mediante cintas blancas. Lirio le obsequió con una radiante sonrisa, se puso instintivamente de puntillas para darle un rápido beso y después se acordó de quién era y se detuvo antes de completar el gesto..., y volvió a abrir la herida en el corazón de Gaviota al hacerlo.

Lirio se movía con una cierta dificultad, pues todavía no hacía muchos meses que había sufrido la fractura de una pierna y un brazo. Pero lo que la mantenía alejada de Gaviota no era ese antiguo dolor, sino una carga que pesaba sobre su corazón.

--Yo me ocuparé de Mangas Verdes --se limitó a murmurar--. Tú cuida del campamento.

--Pero...

Lirio ya había desaparecido.

Gaviota ya podía oír el gemido del torbellino de viento y el chasquido de la madera al romperse. El leñador decidió dejar de preocuparse por las mujeres. Aquel par de muchachas probablemente eran tan capaces de cabalgar sobre un tornado como él lo era de montar encima de una vaca lechera. Volvería a su trabajo, que consistía en ser el general de aquella turba.

Eso no quería decir que supiera gran cosa sobre el oficio de general, naturalmente.

El campo acabó viendo un poco de orden, aunque sólo fuese porque la mayor parte de quienes no podían combatir habían huido a la carrera para esconderse en el bosque. Los «sargentos rojos», así llamados por sus maltrechos plumajes --Tomás, Neith y Varrius--, habían logrado reunir a sus tropas en una formación de hileras más o menos regulares. Algunos se pusieron firmes cuando Gaviota fue corriendo hasta ellos. Otros manoseaban nerviosamente sus arreos, o aprovechaban la ocasión para dar unos cuantos bocados más a su cena interrumpida.

--¿Cuáles son sus órdenes, señor? --ladró Tomás, corpulento, calvo, bronceado y de negra barba.

Gaviota movió su enorme hacha de doble filo en un vacilante vaivén. En momentos como aquéllos, echaba de menos el cortar madera.

--Tomás, llévate a tus hombres a unos..., eh..., unos doscientos pasos adelante y despliégalos en una hilera hacia el noreste. Var, haz lo mismo en el noroeste. Vamos a proteger el campamento. Neith, coloca a tus hombres detrás de nosotros y despliégate para cubrirnos la retaguardia. Si tienes que enfrentarte a fuerzas superiores, ve retrocediendo hacia el campamento. De lo contrario, manténlos alejados del centro. Ah, y procurad agachar la cabeza si esa nube de tormenta pasa por entre vosotros. ¿Entendido?

Resultaba obvio que lo habían entendido, y resultaba igualmente obvio que tenían una docena más de preguntas que hacer y que la disciplina les impedía formular. Todos «obedecerían sin rechistar» al mejor estilo militar. Gaviota vio cómo se alejaban al trote por entre los arbolillos.

El leñador hizo un rápido repaso de sí mismo. Tenía su hacha y, metido debajo de su cinturón, un nuevo látigo hecho con piel de serpiente negra, idéntico a los que había usado en el pasado para espantar las moscas de las orejas de sus mulas. Pero ¿dónde estaban su arco largo y su aljaba? Los había cogido del flanco de la bestia mecánica y los había colgado del palo de su tienda, pero habían desaparecido. ¿Quién había podido...?

Alguien fue corriendo hasta la hoguera, agarró una rama que tenía la punta envuelta en llamas --Gaviota no entendió por qué--, y después se quedó inmóvil como si no supiera qué dirección seguir.

--¡Ponte a cubierto, idiota! --le gritó el leñador.

Meneando la cabeza, su arco largo olvidado ya hacía rato, Gaviota se abrió paso entre las coníferas y fue hacia las primeras

líneas, dondequiera que estuviesen, y aquel vendaval gigante.

Acababa de llegar a las líneas y había respondido a la interpelación de un centinela cuando unos gritos que helaban la sangre hendieron el aire helado.

* * *

No había forma de saber qué aspecto tenía el ataque o de averiguar de dónde procedía, aparte de suponer que venía de delante de ellos..., o quizá viniera de un lado, o de atrás.

Los gritos volvieron a surgir de la nada, y Gaviota soltó una maldición y siguió avanzando. El bosque no cambiaba nunca. El suelo del valle era plano, arena bajo capas de agujas muertas de color marrón, y se extendía kilómetros y más kilómetros hacia el este y el oeste. Con tanta abundancia de luz solar y ninguna competencia salvo la de las otras coníferas que tuvieran por vecinas, los árboles iban creciendo y desplegándose hasta que sus tiesas ramas impregnadas del perfume de la resina se entrelazaban unas con otras. Fuera cual fuese la dirección hacia la que se volviera la mirada, el bosque era como un mar de agua que llegara hasta el pecho.

«Un mal sitio para luchar», se reprochó Gaviota. Un auténtico general habría elegido otro lugar. ¿Y dónde estaba el resto de las tropas?

Lo único que podía servir para orientarse era el tornado, que ya podía ver a pesar de estar rodeado de troncos. El torbellino se alzaba en el cielo, girando en el norte y escupiendo árboles hechos trizas como si fueran semillas de melón. Pero no parecía estar más cerca. ¿Sería posible que algo así fuera capaz de mantenerse inmóvil en el mismo sitio? ¿Podría un hechicero conjurar un tornado y dirigirlo después? Eso sería como guiar una montaña.

Vio soldados delante y alrededor de él, una cabeza aquí, un casco allá, espaciados en su curva línea irregular. Pero en cuanto al enemigo...

Entonces vio a uno.

Su piel era muy oscura --más que la de Tomás, incluso--, tanto que casi parecía negra. Tenía una frondosa barba negra, e iba envuelto en una túnica de lana de un azul tan vivo como el del cielo al atardecer. Incluso su cabeza estaba envuelta en tela. Aquella prenda era lo que Gaviota había oído llamar un turbante en un puerto de mar. Su caballo era marrón oscuro, y llevaba un arnés de cuero adornado

con incrustaciones de oro labrado. El hombre agitaba sobre su cabeza una espada curvada como un creciente lunar, pero no estaba lanzando mandobles a los árboles, pues el caballo era capaz de bailar grácilmente por entre ellos. El jinete estaba reservando sus golpes para los enemigos.

Gaviota vio cómo uno de sus soldados --no sabía su nombre-- retrocedía rápidamente, se enredaba en un amasijo de ramas durante un momento y lograba plantar los pies en el suelo y alzar su espada larga. El soldado llevaba un arco corto a la espalda, pero no había dispuesto del tiempo --o de la destreza-- necesario para poner una flecha en él y tensarlo. El soldado estaba esperando la acometida del jinete.

«¡Lanzas, maldición! --pensó el leñador--. ¡Tendríamos que llevar lanzas! O, mejor aún, lanzas largas que se pudieran clavar en el suelo para arrancar a las tropas montadas de sus sillas...»

Pero enfrentarse a la caballería blandiendo espadas era una estupidez.

El jinete, que se encontraba muy por encima del infante y se movía mucho más deprisa, apartó la espada sin ninguna dificultad y después atacó con su sable curvo en un golpe de revés. Sorprendido por aquel ataque tan repentino, el infante perdió la parte superior de su cabeza bajo aquella hoja tan afilada como una navaja de afeitar.

Gaviota no pudo evitar sentir un escalofrío mientras contemplaba con horror la muerte de su hombre y se maldecía a sí mismo por su falta de preparación. Aplastó varias ramas con sus codos y alargó la mano hacia el arco largo colgado de su hombro.

Pero el arco largo no estaba allí. Entonces se acordó: el arco estaba perdido en algún lugar del campamento.

Gaviota se quedó boquiabierto mientras el jinete hacía que su montura volviese grupas en su dirección. La hoja que parecía una enorme hoz giró sobre el hombro del jinete que la blandía. Aullando como un demonio surgido del infierno, el jinete cargó sobre el leñador.

A falta de cualquier otra defensa, Gaviota se agachó..., y siguió moviéndose con el cuerpo inclinado.

Los árboles se volvían más frondosos cerca del suelo. Las ramas llevaban mucho tiempo muertas y ya no tenían agujas, pero seguían siendo tan duras como alambres. Unos momentos antes a Gaviota no le hubiese hecho ninguna gracia tener que arrastrarse por entre ellas, pero su nueva situación le había dado la fuerza de los desesperados y los acosados.

Deslizándose y avanzando a rastras, con el cuerpo tan pegado al suelo como si fuera una serpiente, el leñador usó la cabeza y los hombros para abrirse paso a través de las ramas, que se partían con un estrépito ensordecedor. Empujando y debatiéndose, y recogiendo grandes cantidades de agujas en su cabellera y su cuello y notando cómo se le metían entre la ropa y la piel, Gaviota siguió abriendo un sendero durante unos tres metros de dificultoso avance. Se hallaba estorbado por la pesada hacha que empuñaba en su mano izquierda, a la que le faltaban los últimos tres dedos, aplastados cuando un árbol cayó sobre ella. Una rodilla derecha lisiada, el resultado de otro roble que había caído en la dirección equivocada cuando su tronco acabó de romperse, suponía un estorbo similar. Ningún soldado le había causado jamás heridas tan graves como los árboles que cortó en el pasado.

Jadeando en busca de aire, como si se hubiera zambullido debajo del agua, Gaviota decidió que ya había ido lo bastante lejos. Cerró los ojos y subió estruendosamente por entre el dosel de ramas entrelazadas, lanzándose a través de él como un gigantesco conejo enloquecido.

Para aparecer en el sitio equivocado.

El jinete de la túnica azul estaba a unos tres metros de distancia, todavía lanzado a la carga. Pero en aquel momento estaba buscando al otro lado de su montura. Había visto cómo Gaviota desaparecía por allí, y no había conseguido seguir su travesía casi subterránea.

Lo cual era un grave error por su parte.

El leñador alzó su hacha, escupiendo agujas y ramitas mientras lo hacía, y la colocó sobre su hombro como si se dispusiera a cortar un haz de ramas. Gaviota pensó que nunca sería un buen soldado, porque era incapaz de atacar si no le habían visto antes.

--¡Aquí, carroña!

El jinete, sorprendido, giró justo a tiempo para no poder esquivar lo suficientemente deprisa. El caballo pareció bailar bajo su experta guía, pero las olas de verdor lo atraparon eficientemente. El jinete alzó su cimitarra, medio atacando y medio encogiéndose sobre sí mismo...

Y los cinco kilos de metal del hacha de Gaviota cayeron sobre él.

El pesado borde, que estaba lo bastante afilado para poder afeitar una piel, se abrió paso a través del muslo derecho del jinete, su silla de montar y la caja torácica de la montura. El caballo piafó, preparándose para relinchar, pero se encontró con que no disponía de aliento que gastar en ello, pues su pulmón había sido abierto por el

hacha y se había llenado rápidamente de sangre. El jinete se limitó a parpadear mientras su muslo se separaba de él, y la mitad inferior de su pierna quedaba libre para caer y acabar colgando del estribo. No era el momento más adecuado para fijarse en ese tipo de cosas, pero Gaviota vio que el jinete llevaba zapatos de cuero puntiagudos que se curvaban hacia arriba y terminaban en una diminuta campanilla de plata. Un instante después los chorros de sangre salieron disparados en todas direcciones: sobre las ramas de las coníferas, por el aire... Perdido el equilibrio, y con su corazón ya empezando a fallar, el jinete se inclinó en la dirección opuesta a aquella de la que había llegado el golpe pero, disciplinado, siguió empuñando su cimitarra y las riendas. Su peso hizo que la cabeza de la montura girase, pero el animal estaba boqueando, con la boca llena de espuma rojiza, y se tambaleó, chocó con un árbol y se quedó inmóvil, para acabar hundiéndose lentamente hacia el suelo. Gaviota sintió pena por el animal, pues tardaría mucho tiempo en morir.

Y Gaviota supuso que su jinete sin duda era otro hombre tan corriente como él, arrancado de alguna remota comarca de los Dominios por el capricho de un hechicero y obligado mediante yugos mágicos a luchar para que el hechicero pudiera... ¿Qué? ¿Arrebatar más poder a otro hechicero?

«¡Maldición!», pensó. Si alguna vez olvidaba el propósito de su vida, el mundo no paraba de recordárselo. Él, su hermana y su ejército habían decidido detener a los hechiceros como pudieran, impidiendo que devastaran países enteros y convirtieran en un caos las vidas de las personas normales y corrientes.

A pesar de que su hermana y Lirio, su amante --o antigua amante, o cuasi amante--, eran un par de hechiceras.

Gaviota expulsó de su mente el pensamiento y las paradojas y se abrió paso por entre los árboles, buscando a sus soldados mientras avanzaba. ¿Adónde habían ido? ¿Habría acabado dando la espalda a su ruta original sin enterarse mientras luchaba? Gaviota giró sobre sí mismo en un lento círculo, buscando el torbellino que le permitiría orientarse. Pero el tornado había desaparecido. El cielo era de un color azul hielo, y estaba tan límpido como sólo podía estarlo el aire invernal en las montañas. ¿Cómo...?

Oyó gritos, se volvió y avanzó en esa dirección. Fue gritando «¡Amigo, amigo!» mientras caminaba hasta que se encontró con una mujer envuelta en harapos armada con una ballesta y una pica. La mujer le indicó dónde estaba Tomás con una inclinación de cabeza.

El leñador y Tomás no tardaron en estar el uno delante del otro en aquel laberinto de verdor, tan cerca que sus pechos casi se rozaban.

--¿Habéis capturado algún jinete? --preguntó.

Conseguir cautivos era su primer deseo, pues los cautivos traían consigo conocimientos..., algo que resultaba difícil recordar en el ardor de la batalla, tal como acababa de demostrar Gaviota.

--Tal vez, señor. Istu derribó a un hombre de su silla de montar.

--Puede que sobreviva --informó el soldado, envainando su espada corta y utilizando ambas manos ensangrentadas para dar énfasis a cada palabra--. Aparecieron por nuestra derecha, así que sabemos que hay dos grupos que están intentando flanquearnos. Creemos que acabamos con tres de ellos, y perdimos a uno de los nuestros antes de que retrocedieran. Gritaron en alguna lengua olvidada de los dioses, probablemente llamándonos medusas, y luego se fueron en dirección norte.

Estar tan cerca de él hizo que Gaviota pudiera oler el sudor de Tomás y la peste a ajo de su aliento. Tomás y sus hombres del sur le ponían ajo a todo.

--¿Crees que pueden estar moviéndose en un círculo para llegar al campamento desde atrás?

--No lo sé, señor. --Tomás movió una mano en un gesto que abarcó cuanto les rodeaba--. Podrían haber ido a cualquier parte.

Gaviota levantó la voz.

--¿Alguien ha visto hacia dónde fue ese remolino?

Entonces se dio cuenta de que sólo podía ver a cuatro soldados más, y se preguntó donde habrían caído los jinetes que habían sido derribados de sus monturas. El leñador supuso que su sangre y sus huesos alimentarían a los árboles durante años.

Nadie respondió, por lo que Tomás se decidió a hablar.

--Estábamos ocupados rechazando el ataque, señor.

Gaviota contempló el mar verde con el ceño fruncido. A partir de ese momento se mantendría encima de la bestia mecánica, utilizándola como torre móvil, o cabalgaría entre las tontas cabezas de Liko para poder ver qué infiernos hacía el enemigo.

--Bien, retrocedamos hasta unos..., eh..., unos cien pasos del campamento. Tenemos que estar lo bastante cerca unos de otros para poder oírnos si grita...

Y se calló de repente, y se quedó boquiabierto. Tomás giró sobre sus talones y masculló una maldición.

Avanzando velozmente a través del cielo, justo por encima de sus

cabezas, había docenas de hombres y mujeres que blandían espadas e iban sentados sobre alfombras voladoras.

--¡El campamento! --graznó el leñador.

El tornado debía de haber sido una distracción para conseguir que se alejaran del campamento.

Gaviota giró sobre sus talones y alzó el hacha para apartar las ramas, pero enseguida se quedó inmóvil.

Delante de él había una silueta humana negra y cubierta de pelos. Incluso encogida sobre sí misma como un oso, era más alta, más ancha y más robusta que Gaviota.

La silueta abrió una boca rojiza ribeteada de colmillos y rugió.

_____ 2 _____

Norreen colocó a su niño dormido encima de su regazo y volvió a anudar las cintas de su corpiño. Hammen, tan moreno como sus padres, dejó escapar un balbuceo adormilado. El niño se quedaba dormido cada noche cuando lo amamantaba. Si conseguía depositarle dentro de su cuna sin que se despertara...

--¿Papá? --gorgoteó el niño. Sus ojos se abrieron, grandes como platos y del mismo color azul turquesa que los de su padre--. ¿Papá dónde?

Norreen sintió una punzada de melancolía.

--Está... fuera, cariño. Está asegurándose de que los animales estén bien encerrados.

--Oh. Pero quiero que papá...

La gravedad venció, y los párpados del niño fueron cayendo lentamente. Su madre ya le había colocado dentro de la cuna. El niño estaba creciendo tan deprisa que apenas cabía en ella y sus pies, cada vez más grandes, quedaban pegados al tablón del fondo. Sería un niño robusto y un hombre imponente, como era habitual en su familia, a la que Norreen llevaba tanto tiempo sin ver. Otra punzada de melancolía. Norreen intentó concentrarse en el niño. Ya había empezado a hablar usando palabras en vez de los sonidos ininteligibles típicos de los bebés. El niño necesitaba una cama, no una cuna. Pero su padre no podía hacerle una cama, porque estaba demasiado ocupado.

Aquella tercera y última punzada de melancolía hizo que las lágrimas afluyeran a sus ojos. Con la vista nublada, Norreen acabó de anudar las cintas de su corpiño. Por lo menos podía consolarse viendo cómo sus pechos y su estómago volvían a aplanarse poco a poco. ¡Dioses, qué precio tan grande pagaba el cuerpo de una mujer por dar a luz un niño! Norreen había sufrido menos cicatrices y desfiguraciones en el campo de batalla. El pequeño Hammen ya podía correr y arreglárselas por su cuenta fuera de la casa, y eso permitía que Norreen pudiera hacer más ejercicio. Debería volver a adiestrarse, acostumbrándose a sentir de nuevo el peso de la espada, el escudo, la daga y el arco en sus brazos y sus hombros. Vestida con el sencillo traje de lana de una campesina y un corpiño de cintas y encajes, con su negra cabellera crecida y un poco rizada, había muy poco en ella que pudiera delatar su antigua condición de guerrera..., salvo la estrella de siete puntas tatuada en su antebrazo izquierdo. Y sus

recuerdos, naturalmente.

* * *

Norreen meneó la cabeza y salió de la casita para ir en busca de su esposo.

El aire era fresco y húmedo. El cielo nocturno estaba medio nublado, pero la Luna de las Neblinas era una calina grisácea hacia el occidente. En aquel lugar de las Tierras del Sur sólo había colinas ondulantes y bosquecillos, y casi todos los campos estaban cultivados para alimentar el voraz apetito de la ciudad de Estark, que se hallaba más al norte. Las laderas iban descendiendo plácidamente hasta que se encontraban con el Mar Interminable y las Tierras Verdes de Gish, una comarca remota y salvaje. Su casita estaba pegada a una colina cubierta de catalpas y álamos temblones, con un arroyo de límpidas aguas corriendo a su alrededor y dominando un pequeño valle.

El valle estaba cubierto de grandes parras, encajes de verdor sostenidos por estructuras de listones que llegaban hasta la cabeza de un adulto y avanzaban formando filas a través de la pendiente y, por debajo de ella, hasta los pastizales. Junto con su esposo, Norreen era propietaria de toda la tierra que podía divisarse desde allí, pues en tiempos lejanos habían sido ricos y después habían pasado a ser ricos en tierras. Era buena tierra: la ladera estaba encarada hacia el sur y recibía mucho sol y mucha lluvia, y las noches nunca eran frías. Cuando lo compraron el viñedo era muy fértil, y estaba considerado como el mejor de toda la comunidad.

Pero eso pertenecía al pasado, pues a todos los efectos prácticos en aquel momento bien habría podido ser un montón de cenizas.

Su esposo estaba inmóvil en la ladera, contemplando los campos sin verlos y totalmente absorto en sus meditaciones. No pensaba en la granja..., ni en su esposa.

Norreen fue hacia él con lenta cautela, arrastrando los pies para hacer ruido. Años de adiestramiento y de duros esfuerzos para sobrevivir habían hecho que no fuese nada prudente sorprenderles. Una persona podía morir en cuestión de segundos.

--¿Garth?

--¿Eh? --Su esposo se sobresaltó y giró velozmente hacia ella--. Oh, Norreen... --respondió después, haciendo que sus pensamientos volvieran a la tierra--. Eres tú.

--¿Quién más podía ser? --replicó Norreen con una sombra de

irritación. Aparte de ella y el niño, sólo había tres sirvientes en la granja--. ¿Qué estás haciendo? Hammen quería que le acostaras.

--¿Eh?

Garth había vuelto a girar sobre sus talones. Enfurecida, Norreen le hundió un dedo en la espalda. Garth volvió a sobresaltarse como un tigre, y luego se relajó.

Norreen podría haberse echado a llorar. Habían transcurrido cinco años desde que lucharon por sus vidas, pero los dos seguían estando tan nerviosos e irritables como un par de lobos famélicos. ¿Es que nunca conocerían la paz?

--¡Escúchame! ¡Soy tu esposa, maldita sea! ¡Deja de contemplar el cielo con cara de pena y cuéntamelo de una vez! ¿Qué ocurre?

--Oh, nada...

Garth era delgado y no muy alto, y su despeinada cabellera negra estaba bastante mal cortada --Norreen nunca había aprendido el oficio de barbero--; y aunque llevaba los toscos pantalones de lana típicos de un granjero y calzaba unos zapatos muy sencillos, todavía conservaba una camisa negra llena de finos bordados hechos con hilo azul. Una maltrecha capa de cuero cuyo dobladillo estaba recubierto de bordados colgaba de sus hombros. Llevaba encima una daga, una herramienta bastante extraña para un granjero, y una bolsita de cuero repujado. Norreen sintió una irritación todavía más intensa al verla.

Lo único realmente impresionante del físico de Garth eran sus ojos, de un azul turquesa tan profundo como los de su hijo. Alrededor de su ojo izquierdo había una masa de cicatrices blancas que lanzaba sus delgadas líneas en todas direcciones, con el resultado de que ese ojo azul hacía pensar en un sol dibujado por un niño.

En conjunto, Garth parecía un espantapájaros. Pero hubo un tiempo en que había sido el hombre más peligroso de todos los Reinos de Occidente.

Garth, que en tiempos pasados había sido Garth el Tuerto, volvía a tener dos ojos porque había hecho crecer el que perdió. El ojo le había sido arrancado cuando era pequeño, por pura maldad, antes de que fuera abandonado a las llamas donde murió el resto de su casa. Pero Garth había sobrevivido, y aprendió magia y más magia, y volvió años después a la ciudad de Estark y su festival anual de hechiceros, y a su arena. Actuando en solitario, se había unido primero a una Casa y luego a otra, librado innumerables duelos y soportado torturas tanto físicas como psíquicas, enfrentado a un Maestre con otro y, finalmente, había llegado a ser el hechicero más poderoso de los

Reinos Occidentales. Desde esa posición conoció a un caminante entre los planos, una criatura que anteriormente había sido un hombre y había pasado a ser casi un dios. Garth había ascendido al caminar entre los planos y había luchado con ese dios y lo había derrotado, y había vuelto, el primer hechicero que regresaba a la arena en toda su historia. Desde allí se había vengado de todas las Casas de Estark --Fentesk, Ingkara, Kestha y Bolk--, haciéndoles pagar la conspiración que había destruido la Casa de Oor-Tael muchos años antes. El caos resultante había acabado siendo conocido como el Tiempo de las Calamidades, una frase tan corta como acertada que abarcaba la muerte de millares de personas, la destrucción de una ciudad y la ruina de la clase gobernante de Estark. Todo por obra de aquel «espantapájaros».

Y durante el camino, Garth le había robado el corazón a Norreen de Benalia. Seguro de sí mismo, osado y temerario, misterioso y sin embargo vulnerable, había ganado su amor incluso antes de que ella le salvara la vida --y él salvara la suya-- en la arena.

Garth y Norreen se marcharon, dejando detrás de ellos la ciudad humeante y devastada por la plaga, y se fueron al sur, donde compraron una granja y cuidaron de los viñedos, porque a Garth le gustaba mucho el vino y deseaba convertirse en vinatero. Sólo quería vivir en paz y crear una nueva familia después de haber pasado tantos años solo y viviendo en la soledad.

O, al menos, eso quiso durante un tiempo.

Y sin embargo, últimamente las viñas languidecían, y eran cuidadas sin demasiado entusiasmo ni energía por los sirvientes porque su amo había perdido el interés por ellas. Garth cada vez dedicaba más horas a vagabundear por la noche, contemplando las estrellas y las lunas y hablando en susurros consigo mismo.

«Hubo un tiempo en el que empleaba la magia --pensó Norreen con abatimiento--, empuñándola como un dios. Ahora la magia le está utilizando a él.»

--Norreen, he estado pensando... --Y de repente Norreen odió ese nombre, porque no era su verdadero nombre--. He estado pensando que podría...

--Irte --le interrumpió--. Otra vez.

Un fruncimiento de ceño oscureció el rostro huesudo de Garth. La blanca estrella de cicatrices que rodeaba su ojo izquierdo brilló bajo la débil claridad que escapaba por la puerta de la casita.

--Son negocios, nada más. Quiero conseguir unos cuantos

injertos nuevos para las viñas. Si las regamos demasiado, los tallos se partirán porque son de una variedad del norte. Pensé que si buscaba por el sur, allí donde el sol calienta más, habría alguna variedad que...

--¡Oh, ahórrame el tener que escuchar todas esas tonterías! --Norreen alzó una mano, y Garth se encogió levemente sobre sí mismo--. ¡Dijiste eso mismo las dos últimas veces, y volviste con las manos vacías! ¡Las viñas no necesitan injertos, y tampoco necesitan remedios mágicos! ¡Necesitan una mano firme y delicada que les dé forma, y que las riegue, las pode y les quite las malas hierbas! ¡Necesitan semanas de trabajar rompiéndose la espalda, no un paseo de una semana por el éter! ¡Si no te quedas aquí y te ensucias las manos con la tierra, no tendremos más cosecha que una bandada de cuervos engordados a base de uvas!

Antes de que Garth pudiese decir nada, Norreen señaló con irritación la bolsa que colgaba de su costado.

--Si vas en busca de esquejes, ¿por qué te llevas eso contigo? ¡Lo único que te he visto sacar de esa bolsa es la maldita magia, nada más! ¡La magia no ayudará a esta granja, y tampoco me ayudará a mí!

Y un instante después estaba llorando, maldiciéndose a sí misma por aquella demostración de debilidad.

Su esposo no la estaba escuchando. Ni siquiera estaba allí. Un hombre que había caminado entre las estrellas nunca podría volver a plantar los pies en el suelo, o por lo menos no del todo. Garth había probado el sabor del infinito y había descubierto que lo finito era incapaz de satisfacerle, de la misma manera que un hombre que ha probado un vino exquisito nunca más podrá volver a resignarse a beber únicamente agua.

--Me voy --anunció--. Volveré...

--¡No hace falta que te molestes en volver! --gritó Norreen a través de las lágrimas--. ¡No estaré aquí cuando regreses! ¡Y Hammen tampoco estará aquí!

El fruncimiento de ceño volvió, más sombrío que antes.

--Estarás aquí. Te ordeno...

--¡Tú no puedes darme órdenes! --replicó secamente Norreen. Su mano fue instintivamente hacia su costado en busca de su daga, su arma de combate favorita, pero no llevaba ninguna daga encima--. ¡Ningún hombre puede darme órdenes! ¡Soy una heroína de Benalia, del Clan Tarmula!

--La magia me llama. Ya hablaremos cuando regrese.

Garth metió la mano dentro de su bolsa y sacó de ella algo que

era más negro que la noche. Frágiles como los hilos de una telaraña, las negras hebras brotaron de su mano como una delgada película para envolverle. La negrura se espesó rápidamente hasta que Garth fue invisible dentro del negro capullo.

Y después se desmoronó como hilos de gasa que bailaran en el viento, para revelar que Garth había desaparecido.

Norreen soltó juramentos, gritó, pateó el suelo y apretó los puños. Maldijo a Garth y a la magia y a su propia impotencia. Oh, pues claro que estaría allí. No tenía ningún otro sitio al que ir y no podía volver a su hogar, aunque últimamente cada vez pensaba más en su antiguo hogar y deseaba que su hijo pudiera conocer su herencia; y además amaba aquella granja y a las gentes sencillas del valle y la aldea cercana. Quería vivir allí y ser feliz allí, pero Garth siempre estaba marchándose, atraído por los cantos de sirena de la magia...

Un chillido hizo que se quedara paralizada durante un momento, y después giró velozmente sobre sus talones.

Unas siluetas altas y oscuras temblaban bajo la luz de la vela en la casita dentro de la que hacía unos instantes tan sólo estaba su hijo.

* * *

Se levantó las faldas y se las remetió debajo del cinturón, deseando llevar puesto el viejo atuendo de cuero que tan cómodo resultaba a la hora de luchar. Fue corriendo al pequeño huerto plantado delante de la casita, y cogió una azada de hierro a la que arrancó la hoja para dejar un palo terminado en un pincho de hierro. Sí, sería un arma lo suficientemente mortal. La cautela de los guerreros tomó el control, y fue de puntillas hacia la puerta siguiendo una trayectoria oblicua. Si eran bandidos, lamentarían haber escogido su casa como objetivo de una incursión. Castigaría el que hubieran puesto en peligro a su niño y a su hogar abriéndoles las venas y permitiendo que su sangre fluyera colina abajo para alimentar a las viñas.

Pegó la oreja a la puerta y escuchó, pero los ladrones no estaban haciendo ningún ruido. ¿La habrían oído? ¿Habría perdido su habilidad, habría olvidado hasta tal punto las lecciones de su adiestramiento?

Otro chillido de su bebé la puso en movimiento.

Optó por un ataque directo, y dobló la esquina aullando «¡Tar-mu-la!» y con el bastón de combate improvisado alzado delante

de ella. Y se quedó totalmente inmóvil.

Las tres siluetas vestían de negro: jubones de cuero, pantalones ceñidos y botas de media caña. Llevaban arneses de guerra de los que colgaban espadas cortas y dagas..., todas envainadas, de momento. Eran dos hombres y una mujer, letales como tigres. El más corpulento de los dos hombres, que se mantenía detrás de los otros, sostenía a su lloroso hijo en sus brazos.

Tatuadas en sus antebrazos izquierdos había conchas marinas, la marca del Clan Deniz.

--¿Eres Rakel del Clan Tarmula? --preguntó la mujer vestida de negro.

Su cabellera rubia estaba recogida en una larga trenza ceñida por tiras de cuero negro que colgaba a lo largo de su espalda.

--Sí, es ella --respondió el hombre alto y corpulento--. Aunque nadie lo diría por esas ropas... ¿Qué estabas haciendo, Rakel? ¿Has estado removiendo el estiércol de vaca con una pala, o has estado dando de comer a los cerdos?

Norreen dejó escapar un jadeo de sorpresa del que ni siquiera se dio cuenta. Conocía a aquel hombre. Se había adiestrado con él. Natal, así se llamaba... Eran héroes de Benalia. ¿Qué podían haber venido a buscar allí?

Ah. A ella, claro.

--Suelta a mi hijo, Natal, o serás el primero al que mate. Los demás, salid...

Un veloz movimiento de ojos, y la rubia estalló en un torbellino de acción. Atravesó la habitación de un salto y dirigió la patética azada de Norreen hacia el techo de una patada, y después giró sobre sí misma y lanzó una nueva patada. Golpeada en el esternón, Norreen salió despedida hacia atrás y chocó con la pared. Sin aliento y con la vista nublada, se agarró a una pata de la mesa. Su gente decía que cualquier cosa era un arma en las manos de un héroe. Podía...

Una bota le apartó la mano de la mesa con una patada casi distraída, dejándosela entumecida e insensible. Una mano la agarró por los cabellos, le retorció el cuello y le incrustó la cabeza en el suelo de tierra de la casita. Su casita, su hogar..., y el de Garth y Hammen.

Con las muñecas colocadas a la espalda en una posición que le obligaba a mantener los brazos rectos y se los dejaba inmovilizados, Norreen respiró polvo e intentó pensar. Había una forma de librarse de esa presa de brazos. ¿Cuál era? Le costaba tanto reaccionar, se hallaba tan impotente... Las lágrimas brotaron de sus ojos y

mancharon la tierra.
--¿Estás seguro de que es una heroína? --preguntó la rubia con voz burlona--. ¡Está más indefensa que una criada sorprendida ordeñando a su vaca, y es más lenta que la vaca!
--Es ella --respondió la voz de Natal--. ¡Guyapi!
Norreen vio por el rabillo del ojo cómo un hombre surgía de la oscuridad del rincón. Llevaba un jubón oscuro similar al de los guerreros, pero en su caso la prenda estaba adornada con un motivo de estrella-y-luna que cubría su pecho y bajaba por sus costillas. Era un hechicero benalita, el hombre que había traído a aquel grupo de asesinos hasta allí mediante un conjuro y el que los sacaría de allí mediante otro conjuro..., en cuanto Norreen estuviera muerta. ¿Y su niño? Nuevas lágrimas mancharon sus mejillas. Y le había dicho a Garth que no estaría allí cuando volviera, y cuando regresase encontraría sus esqueletos meticulosamente limpiados por los coyotes y las ratas.
--Llévanos a casa, Guyapi.
El hechicero no dijo nada y se limitó a separar las manos. Los héroes, con Natal sosteniendo todavía en brazos al sollozante Hammen, se acercaron un poco más los unos a los otros. Chorros de chispas brotaron de las yemas de los dedos del hechicero: un estúpido detalle de vanidad, como sabía Norreen gracias a las explicaciones de Garth. Sólo los hechiceros menores malgastaban la magia en trucos pirotécnicos.
Pero habían dicho que les llevara a casa. Norreen se preguntó si...
Las chispas se hicieron más grandes y numerosas, ardiendo y destellando hasta llenar la casita. Eran tan brillantes que Norreen no pudo seguir contemplándolas. ¿Prenderían fuego a su hogar? ¿Encontraría Garth una ruina humeante y nunca sabría qué había sido de ellos?
¿Volvería alguna vez su esposo?
Y entonces sintió un cosquilleo que se esparció por todo su cuerpo, como si las chispas se le hubieran metido debajo de la piel.
Y un instante después estaba cayendo, llorando en el vacío.

* * *

Cuando las chispas se desvanecieron, Norreen se encontró en una pequeña habitación sin ventanas. Las cuatro paredes del diminuto

cuarto estaban adornadas con tapices, hermosos pero ya un tanto descoloridos, y un candelabro de hierro proporcionaba la iluminación.

Seguía inmovilizada con el rostro en el suelo, sujetada por dos héroes que le colocaron un collar de hierro alrededor del cuello y después lo unieron a grilletes en sus muñecas, que fueron colocadas a su espalda. Norreen consiguió no asfixiarse estirando los brazos hacia arriba. La mujer rubia se rió.

--Esto es como ponerle a un ratón un grillete hecho para las patas de un elefante.

--Conoces las reglas. ¿Todavía no están preparados para recibirnos? --preguntó Natal.

Acalló los gritos de Hammen pellizcándole la nariz y cerrándole la boca con un par de dedos, con lo que impedía que el niño pudiera respirar. Hammen jadeó desesperadamente, intentando tragar aire cuando Natal apartó la mano de su rostro. Norreen se retorció impotentemente bajo sus ataduras de hierro. No podía hacer nada aparte de esperar que les dieran una muerte rápida, en vez de enviarlos a las mazmorras para que los aprendices de torturadores pudieran hacer prácticas con ellos.

--Ya han hecho la señal --dijo Natal desde la puerta--. Vamos. Procurad tener buen aspecto: las cabezas erguidas, los hombros hacia atrás.

«El orgullo antes que cualquier otra cosa», pensó Norreen. ¿Realmente había nacido entre aquellas gentes de corazón duro e implacable? Un instante después sus grilletes recibieron un salvaje tirón, y Norreen fue sacada a rastras de la diminuta sala de espera...

... para entrar en una lujosa cámara que habría podido ser una sala del trono si Benalia hubiera tenido una dinastía real. Pero la ciudad-estado no tenía un rey, sino un sistema de castas rotatorias..., y Norreen sintió un horrible vacío en las entrañas cuando comprendió cuál era la casta que mandaba durante aquella estación, y quién gobernaba a la casta.

Docenas de cortesanos, parásitos y mirones estaban inmóviles en la sala, todos vestidos con ropas caras pero sencillas, esperando impacientemente que se les ofreciera un poco de diversión. En el centro de la sala colgaba un largo estandarte azul adornado con conchas rosadas, el color y el emblema de la casta gobernante de aquel momento, el Clan Deniz. Al final de la sala había un estrado con una larga mesa de madera lustrosa y reluciente, de aspecto muy sencillo pero muy cara, como todo en Benalia. Sentados a la mesa

había siete ancianos, los líderes de su casta. El Portavoz de la Casta ocupaba el asiento central, y Norreen le conocía demasiado bien.

El canciller estaba inmóvil a un extremo de la mesa, sosteniendo en las manos un rollo de pergamino ribeteado de rojo. Rojo, el color de la sangre... Eso indicaba un asunto de la máxima importancia, una cuestión de vida y muerte. Norreen sabía que la muerte de la que se iba a hablar era la suya. Mientras los siete ancianos y la corte escuchaban en silencio, y los héroes inmóviles detrás de ella mantenían firmemente sujetos los grilletes de Norreen y a su hijo, el canciller empezó a leer el pergamino.

--Rakel de Dasha de Argemone de Kynthia --estaba citando los nombres de las madres de Norreen--, se te acusa...

El discurso era muy ampuloso y florido, y duró bastante rato. Nada de cuanto se dijo era nuevo para Norreen. Había sido portadora del escudo del líder de la guerra, una mujer llamada Alaqua, que había muerto en combate. Por derecho y por costumbre, Norreen tendría que haber muerto antes o haber muerto con ella. En vez de morir, Norreen había sobrevivido. Explicar que tenía tres flechas clavadas en el cuerpo y que el hacha de un enano le había asestado un terrible golpe en la cabeza no hubiera servido de nada. Benalia no estaba interesada en la justicia, sino en las reglas. Los crímenes fueron sucediéndose unos a otros mientras Norreen iba llenando mentalmente los huecos en el recitado: cómo había «huido a Estark» (inconsciente dentro de un carro repleto de cadáveres) y «acechado en secreto» (catorce meses en un hospital para pobres) sin «informar a sus señores» (un detalle muy sutil, ya que ni siquiera sabía dónde se encontraba Estark en relación a Benalia), cómo había «rebajado y denigrado su profesión» librando duelos callejeros para diversión de las turbas (y para obtener comida), y había luchado a muerte en la arena «sin compensación» (para salvar la vida de Garth, el hombre del que se había enamorado), y etcétera, etcétera.

Norreen esperó a que llegara el final del discurso, y su muerte con él. Pensó en su hijo, e intentó no llorar.

La lista de acusaciones terminó por fin.

--¿Cómo te declaras?

--Culpable de todas las acusaciones.

¿Se había declarado inocente alguien alguna vez? Norreen habló con voz firme y tranquila. Por lo menos podía morir con dignidad. Pero su hijo... ¡Oh, era tan joven!

--Muy bien. Aguarda el castigo.

El Portavoz estaba intentando no sonreír. Norreen se limitó a fulminarle con la mirada. De los centenares de hombres que había en Benalia, tenía que estar indefensa precisamente ante Sabriam, el hombre con el que se había negado a contraer matrimonio. Pero Norreen sabía contar, por supuesto, y tendría que haber sabido que su casta disfrutaba del poder sobre todas las demás durante aquella estación. Eso no quería decir que el mantenerse lejos de Benalia hubiera sido una mala decisión, desde luego: Sabriam parecía más consumido por la disipación y sus distintas adicciones que nunca. Como gobernante, era continuamente agasajado por los clanes gobernantes de una de las ciudades más grandes de los Dominios, y las fiestas nocturnas estaban empezando a pasarle la factura: el vino, los banquetes y las orgías probablemente acabarían con él antes de que el año llegara a su fin. Norreen esperó que así fuera.

Sabriam se limpió el mentón y no pudo resistir la tentación de burlarse un poco de ella.

--Benalia se siente especialmente desilusionada, Rakel. Alaqua no tenía igual entre nuestros líderes de la guerra, y tú eras su escudera más prometedora... Pero le fallaste, y como consecuencia las montañas del Hierro Rojo siguen fuera de nuestra esfera de influencia. La ciudad ha pagado un precio muy alto durante el tiempo que has estado fuera, divirtiéndote y pasándolo bien lejos de Benalia.

Sabriam casi se lamió los labios después de pronunciar la última palabra.

--Quítame las cadenas y te enseñaré cuál es la diversión que más me gusta --rechinó Norreen.

Una risita líquida, y Sabriam tuvo que volver a limpiarse el mentón.

--Debo añadir que yo también sufrí una severa desilusión cuando rechazaste mi oferta de matrimonio. Eso fue un terrible insulto para mí y para mi clan.

Norreen estaba hirviendo de furia. Ser ejecutada ya era bastante malo, pero tener que soportar aquella charla era todavía peor.

--¡Tú sí que eres un insulto a tu clan y a toda Benalia, Sabriam! ¡Que tus manos llenas de verrugas controlen el destino de esta ciudad es como permitir que los chacales cuiden del cementerio! Y en cuanto al matrimonio, antes me acostaría sobre los excrementos con un cerdo que contigo. El olor sería mucho más agradable, habría menos probabilidades de pillar alguna enfermedad, ¡y cuando el cerdo me abandonara por una botella o por un muchachito no me llevaría

ninguna sorpresa!

La corte dejó escapar un jadeo colectivo, aunque hubo muchos que soltaron risitas. Incluso algunos de los ancianos que flanqueaban a Sabriam sintieron deseos de asentir, pues la rivalidad que existía entre los clanes era tan feroz como las peleas callejeras entre ellos.

Sabriam percibió el ridículo que se agitaba a su alrededor, y cuando volvió a hablar le tembló la voz y acompañó las palabras con una pequeña rociada de gotitas de saliva.

--¡Preparadla!

Las manos que la habían estado aferrando se movieron sobre sus grilletes, y la guerrera rubia se colocó delante de Norreen con una larga daga blanca en su mano. Era la temida daga de Benalia, el signo de un héroe. «¿Van a matarme aquí mismo, en la cámara? --pensó Norreen--. Ah, bueno, mejor aquí que en las mazmorras.» Su hijo recordaría que su madre murió con orgullo...

Pero el cuchillo suspendido sobre su cuello no buscó su corazón. En vez de eso, lo que hizo fue besar su piel mientras iba deslizándose por la parte delantera de su corpiño, cortando las cintas que lo mantenían cerrado. La hoja siguió bajando, hendiendo sus ropas hasta dejarla desnuda.

Los cortesanos murmuraron y soltaron risitas maliciosas. Norreen se ruborizó, volviéndose de un rojo carmesí desde la cabeza hasta los pies, y las risitas se hicieron más ruidosas. Norreen no podía creer que estuviera siendo objeto de aquel insulto tan descomunal. Una heroína debería tener derecho a una muerte de heroína.

La rubia dejó escapar un resoplido despectivo mientras contemplaba el cuerpo desnudo de Norreen: las nalgas engrosadas, las gordas piernas, el estómago saliente, los pechos colgantes que rezumaban leche... Salvo por su rostro y sus brazos, su piel era muy blanca. Norreen había perdido el bronceado, mientras que los guerreros se adiestraban bajo un sol abrasador. Alguien dejó un pequeño bulto de telas al lado de Norreen, y la rubia se inclinó para cogerlo.

En el nombre de los Eternos ¿qué le estaban haciendo?

La estaban vistiendo. La rubia le ordenó que levantara el pie y Norreen obedeció, asombrada. Con la ayuda de uno de los hombres, le fueron subiendo los pantalones de cuero a lo largo de sus gruesas pantorrillas y muslos, gruñendo bastante más de lo necesario teniendo en cuenta el esfuerzo que hacían. Cubrieron el torso de Norreen con el chaleco de cuero de una heroína, y después anudaron las cintas

debajo de sus sobacos a pesar de las cadenas. Finalmente, le colocaron el arnés de guerra con sus bolsas y su espada corta, su daga y sus guanteletes, le colgaron un escudo redondo a la espalda y la calzaron con botas. Después la rubia retrocedió un par de pasos, y escupió para demostrar lo mucho que la irritaba tener que ocuparse de tareas mundanas.

Pero Norreen seguía estando llena de preguntas. ¿Desde cuándo vestían a los condenados como si se fueran a la guerra?

--Las cosas han cambiado --respondió Sabriam como si le hubiera leído la mente--. Hemos instaurado una nueva política. Ya no ejecutamos a los criminales. --«Criminales...» Los ecos de la palabra resonaron dentro de sus pensamientos--. Ya no desperdiciamos... recursos valiosos.

La mención del dinero arrancó siseos ahogados a la multitud. Los guerreros no eran pescadores o zapateros remendones.

Sabriam siguió hablando, levantando la voz como si quisiera acallar una vieja discusión. Benalia nunca andaba escasa de discusiones.

--En una nueva demostración de clemencia, concedemos *una oportunidad* de redimirse a quienes han sido condenados. Solo *una*... Has sido elegida para obrar según los deseos del Castillo Parlante. Si haces bien tu trabajo, serás perdonada y readmitida en la sociedad de los héroes. Si fracasas, se te ejecutará.

Todavía prisionera, pero sintiéndose más fuerte con sus vestimentas de guerrera, Norreen decidió hablar.

--¿Cuál es mi misión? --preguntó.

--Se está reuniendo un ejército en las tierras del este. Dicho ejército planea expandirse desde el este hacia el oeste, y amenazar a la mismísima Madre Benalia. Debes unirte a ese ejército o introducirte en él sin ser vista, lo que te parezca más adecuado, y asesinar a sus líderes.

--¿Quiénes son esos líderes? --preguntó Norreen.

Pedir aclaraciones y detalles acerca de una orden era una reacción automática en ella. La cabeza le daba vueltas ante aquella suspensión de condena tan inesperada. En un momento dado estaba muerta, y al siguiente estaba viva y era lanzada al campo de batalla como un perro de caza. Sabía que Sabriam tenía que estar mintiendo: aquella misión sólo podía tener como objeto reforzar el poder y el dominio de su clan.

--Los líderes son una hechicera, una joven llamada Mangas

Verdes de la que se dice que posee un gran poder sobre la naturaleza, y el general del ejército, llamado Gaviota el leñador. Hazte con sus cabezas, y Guyapi te hará volver en cuanto las tengas.

--¿Y qué hay de mi hijo?

Norreen no había tenido intención de gritar, pero el alarido le fue arrancado del corazón contra su voluntad.

Sabriam sonrió, una mueca babeante.

--Tu... bastardo... se quedará aquí para que esté protegido, y será entregado a los maestros para que vaya recuperando todo el tiempo y las lecciones perdidas. Aunque me imagino que llevará tal atraso que los otros niños lo pondrán a prueba..., con mucha frecuencia. Si tardas mucho en regresar quizá ni siquiera reconozcas al niño, así que procura volver lo más pronto posible. ¡Hechicero!

--¡No! --gritó Norreen.

Los maestros eran implacables, algo que Norreen sabía muy bien por su experiencia personal. Le arrancarían hasta el último gramo de humanidad a su dulce y querido niño, e incluso era posible que decidieran matarle únicamente para dar un ejemplo a los otros estudiantes.

--¡Noooooooo!

Se lanzó hacia adelante, tirando de sus ligaduras y escapando a las manos de sus captores. Norreen corrió hacia el estrado, manteniendo el cuerpo inclinado hacia adelante para no caer. Subió al estrado de un salto, moviéndose con una vieja agilidad que no conocía vacilaciones ni fallos, y después dio otro salto que la colocó encima de la mesa. Sabriam retrocedió torpemente, aturdido y lento en sus reacciones. Norreen tuvo tiempo de asestar una potente patada --que aplastó la nariz de aquel sapo e hizo brotar chorros de sangre-- antes de que la arrancasen de la resbaladiza superficie de la mesa y la hicieran caer.

Se derrumbó sobre el estrado y su hombro chocó con él. Alguien la agarró para darle la vuelta, pero Norreen lanzó otra patada y oyó el crujido de una rodilla que se rompía. Entonces la mano de la rubia descendió, con la empuñadura de la daga por delante, y el pesado diamante utilizado para romper cráneos que estaba incrustado en el pomo del arma hizo que la cabeza de Norreen rebotara sobre el suelo de teca y le llenó los ojos con un estallido de estrellas. Norreen, que seguía luchando y debatiéndose, vio cómo el hechicero Guyapi extendía las manos hacia ella y las chispas empezaban a surgir de las puntas de sus dedos.

--¡Mamá! --gritó su hijo--. ¡No me dejes!

Y entonces las chispas la envolvieron, y Norreen volvió a caer en el vacío.

_____ 3 _____

--¡Dejadlo! ¡No e-es im-importante!

Mangas Verdes intentó hacer salir a sus seguidores de su tienda, pero todos siguieron dándose codazos y removiéndose en un continuo entrechocar de traseros mientras llenaban de fardos y objetos cuatro grandes baúles de viaje.

Mangas Verdes se inclinó para coger a su tejón antes de que alguien lo pisara y recibiese un mordisco. La bestia de hirsuto pelaje surcado por franjas grises y marrones era áspera al tacto, y tenía el pelo tan tieso y duro como un caballo. Una de sus orejas lucía una muesca resultado de una pelea librada hacía mucho tiempo. El tejón no era una mascota ni un familiar. Sólo era otro de los animales salvajes que seguían a Mangas Verdes de un lado a otro, como el gorrión posado sobre su hombro que un día había bajado de un árbol y se había quedado allí.

La joven hechicera se volvió hacia la entrada abierta de la tienda al oír un potente aleteo en el cielo, como un kilómetro de ropa recién lavada que chasqueara en una inmensa cuerda de la colada. El tornado giraba en la lejanía, pero no se aproximaba. ¿Cuál podía ser la causa de ese ruido entonces? El tejón que sostenía en sus brazos gruñó.

La gente recogía niños, armas y herramientas por todo el campamento y corría hacia el bosque. Mangas Verdes, que era responsable de todos, empezó a gritar.

--¡Huid to-todos! Y e-escondeos...

La joven se rindió. Nadie la estaba escuchando, y ponerse nerviosa sólo servía para que su tartamudeo empeorase todavía más.

--¡Yo me voy! --gritó la siempre práctica Lirio mientras se ponía la capa--. ¡Tenemos que salir de aquí y huir al bosque! ¡Vamos, Mangas Verdes!

Pero los dos hombres no le hicieron ningún caso y se limitaron a seguir llenando los cofres todavía más deprisa que antes. Los dos eran «estudiantes de magia», personas que amaban la magia pero eran incapaces de hacer conjuros. El más bajo se llamaba Tybalt, y había sido nombrado encargado de los artefactos del ejército. Tenía una enorme nariz, unas patillas más bien ralas y unas orejas lo suficientemente puntiagudas para sugerir que por sus venas corrían unas cuantas gotas de sangre de elfo. El otro era Kwam, un muchacho alto, esbelto y muy moreno.

Mangas Verdes tenía a cuatro de aquellos estudiantes a su servicio: intentaban descifrar los enigmas de lo que podía considerarse como un auténtico tesoro de artículos mágicos, el botín obtenido por el astuto y traicionero Liante, el hechicero que había tratado de sacrificar a Mangas Verdes y matar a Gaviota. Obligado a huir, Liante había dejado abandonados cuatro arcones repletos de pergaminos, artefactos, juguetes, pociones y cachivaches sin ningún valor. No había forma de distinguir lo que era valioso de lo que carecía de valor, por lo que los estudiantes de la magia estaban recogiéndolo todo.

Y entonces el ataque cayó sobre ellos, tan repentino como un rayo surgido de un cielo invernal.

Unos cuantos segundos bastaron para que varias cabezas envueltas en telas multicolores se alzaran sobre el horizonte de arbolillos, y después aparecieron guerreros de piel oscura vestidos con ropajes maravillosamente abigarrados..., que viajaban sobre alfombras voladoras.

Las alfombras tenían unos dos metros de longitud complejamente tejidos con todos los colores del arco iris y adornados por borlas que aleteaban en las cuatro puntas, y formaban un conjunto casi insoportablemente abigarrado en aquel grisáceo día invernal. Mangas Verdes se preguntó cómo se las arreglaban para dirigirlas, pues los atacantes se limitaron a mirar hacia abajo para hacer descender a sus temblorosas alfombras. Las alfombras quedaron suspendidas a unos treinta centímetros del suelo, como para evitar ser ensuciadas por la tierra y la nieve embarrada. Los incursores vestían holgadas camisas de colores chillones, pantalones bombachos y botas amarillas con la puntera curvada hacia arriba. Capas tan ligeras como la seda revoloteaban alrededor de sus hombros mientras se movían con la gracia de danzarines de ballet.

Pero los recién llegados eran unos danzarines mortíferos. Aullaron un nombre en una lengua desconocida, desenvainaron cimitarras de hojas curvas y se lanzaron al ataque. El primero en morir fue un derviche muroniano que había estado girando y entonando su canción de catástrofe y muerte. El derviche hizo realidad su profecía, pues un hombre volador lo derribó con un mandoble de su espada. El derviche, que aún gimoteaba su cántico, se encogió entre los sucios pliegues de su túnica y cayó de bruces sobre la nieve embarrada, donde siguió canturreando hasta que otro invasor le separó la cabeza del cuello de un solo golpe asestado con una hoja que estaba tan afilada como una navaja de afeitar.

Hombres y mujeres de piel oscura --una veintena o más-- iban y venían como una exhalación por el campamento, derribando a los escasos rezagados que habían sido demasiado lentos en su huida. Una cocinera murió, con un cucharón todavía derramando salsa en su mano. Un cartógrafo sólo logró sacar la mitad de su machete de la vaina antes de acabar destripado de un sablazo. Al ver que se les negaba un rico botín de víctimas, una docena de incursores saltaron sobre las alfombras que temblaban en un suave e incesante ondular, ladraron órdenes a sus monturas y se remontaron por encima de las coníferas para buscar víctimas en el bosque.

Durante los primeros segundos de la incursión, media docena de merodeadores convergieron sobre Mangas Verdes y su tienda. La hechicera, boquiabierta y con los ojos desorbitados, giró sobre sus talones para entrar corriendo en ella. Si lograba protegerles de alguna manera --suponiendo que consiguiera recordar cómo hacerlo--, podría salvarse y salvar a sus estudiantes.

Pero apenas había tenido tiempo de volver a cerrar el pliegue de la entrada cuando Lirio gritó.

Toda la parte delantera de la lona amarillenta quedó rajada de arriba abajo. Un hombre de rostro huesudo y muy moreno que lucía una perilla negra y un turbante emplumado la había rasgado desde la punta del poste hasta el suelo. El hombre dirigió un veloz chorro de palabras incomprensibles a las mujeres, probablemente diciéndoles que no se movieran, y después lanzó un torrente de parloteo igualmente incomprensible a sus compañeros.

Más cimitarras hicieron jirones la gruesa lona de la tienda. Las cuerdas fueron cortadas, y el poste que sostenía la tienda se fue inclinando y acabó cayendo sobre la lona destrozada. Mangas Verdes y Lirio retrocedieron hasta tropezar con Tybalt y Kwam mientras los incursores de ambos sexos las dejaban al descubierto como granjeros que acabaran de abrir un nido de ratas.

La pálida claridad solar iluminó dos catres de acampada, cuatro arcones recubiertos de tallas y adornos, una alfombra bastante sucia y nada más. Los incursores empuñaban con mano firme sus cimitarras, creando un anillo de acero en el que estaban atrapados las dos hechiceras y los estudiantes. Un nombre --«Karli»-- se abrió paso entre el burbujeo de su charla. Mangas Verdes vio que su aliento formaba nubéculas en el aire frío y que les castañeteaban los dientes: con la excitación de la batalla momentáneamente apagada, los incursores empezaron a notar el frío y se envolvieron los hombros con

sus capas de seda.

--¿Qué andan buscando? ¿A nosotras, quizá? --graznó Lirio--. ¿Y a qué están esperando?

Mangas Verdes no respondió. Su vida dependía de ello, pero no podía recordar cómo se las había arreglado para protegerse en el pasado.

Por centésima vez, deseó conocer los misterios del arte de lanzar hechizos.

La respuesta llegó cuando otra figura apareció en el cielo: era una mujer vestida con ropajes todavía más abigarrados y de colores más vivos, e iba rodeada por cuatro incursores montados en alfombras voladoras.

Aquella hechicera volaba por los aires sin una alfombra, como si pudiera mantenerse de pie sobre el vacío. Calzaba unas zapatillas rosadas de punta tan curvada que se enroscaba sobre el empeine y provistas de unas diminutas alas que zumbaban como las de un ruiseñor. La mujer alzó los brazos y se posó tan grácilmente como una mariposa en el centro del campamento devastado.

Era bajita y delicada como una flor de cactus, y tenía la piel oscura como la caoba y los cabellos blancos como un diente de león. Llevaba una chaquetilla recubierta de brocados, pantalones largos de una tela bastante gruesa, y una capa de plumas amarillas tan finas y delicadas que parecían vellones de lana. El rasgo más curioso de su atuendo era que las solapas y la cintura de su chaquetilla quedaban ocultas por una miríada de botoncitos y medallones. Su sonrisa era triunfante y arrogantemente satisfecha de sí misma.

Mangas Verdes reconoció aquella sonrisa. La había visto en el rostro de Liante, normalmente en el momento culminante de una nueva traición. El tejón que sostenía en sus brazos volvió a gruñir, y el gorrión --al que había puesto por nombre Hueso de Cereza-- avanzó a saltitos sobre su hombro y se ocultó detrás de la cabeza de Mangas Verdes.

La mujer se posó sobre la nieve embarrada con una cautelosa delicadeza, como una gata que temiera mojarse las zarpas, y fue hacia los restos de la tienda. Después arqueó una ceja ante sus ocupantes: Lirio envuelta en pieles y lana blanca, sus prendas adornadas con flores bordadas en hilo amarillo, azul y rojo, todas ellas mostrando las manchas y la suciedad del viaje; y Mangas Verdes, que siempre parecía un bribonzuelo sin hogar, con su maltrecha falda de lana, una chaqueta harapienta cuyas mangas verdes habían sido

recortadas, una tosca capa sostenida en el hombro mediante un broche de latón, un viejo chal por encima de ella, y un sombrero para ocultar su enmarañada cabellera castaña.

La hechicera, que debía de ser Karli, se dirigió a las dos mujeres en un lenguaje cantarín que hacía pensar en un burbujeo de aceite emergiendo de la arena. Su tono era condescendiente: podía reconocer la hechicería en cada una de ellas, pero la sencillez de las prendas y el descuido general de su apariencia sólo le inspiraban desprecio. Después frunció el ceño al ver que no respondían y probó otro lenguaje, con tan poco éxito como antes. «Viene de muy lejos --pensó Mangas Verdes mientras meneaba la cabeza--, y ha llegado de un lugar de los Dominios que se encuentra muy alejado de aquí.»

Irritada, la hechicera lanzó una mirada llena de codicia que fue más allá de Tybalt y Kwam y acabó posándose en los cuatro arcones repletos de tallas que reposaban sobre la arrugada alfombra. Lirio carraspeó. Mangas Verdes enseguida reconoció la mirada, identificándola como el deseo de hacerse con las posesiones de otra hechicera. Karli rozó con la punta de un dedo un botón de cristal que llevaba en la solapa y extendió dos dedos hacia los estudiantes.

Tybalt y Kwam gruñeron como si acabaran de recibir una patada en el estómago. Un golpe invisible hizo que sus pies dejaran de estar en contacto con el suelo, y los dos estudiantes fueron arrojados hacia atrás y volaron unos tres metros por el aire para acabar chocando con la hilera de coníferas. Las ramas se partieron y chasquearon, rodeando sus cuerpos y ocultándolos.

Karli acarició otro medallón, éste en forma de cabeza de león, y habló a sus incursores con voz cantarina. Los guerreros se apresuraron a retroceder y se fueron a toda prisa, dejando únicamente a dos centinelas prudentemente apostados detrás de Karli con las espadas desenvainadas. Los otros incursores se dedicaron con gran entusiasmo al saqueo y el vandalismo, desenrollando petates, vaciando cajas y mochilas e, incluso, derribando a patadas todos los cacharros de cocina.

Eso dejaba únicamente a Mangas Verdes y Lirio para enfrentarse a Karli. Mangas Verdes tuvo un destello de intuición, y pensó que aquella hechicera creía que ya tenían en acción algún hechizo protector (y Mangas Verdes deseó que así fuera)..., y comprendió que algún hechizo horrendo estaba a punto de caer sobre ellas para abrirse paso a través de ese escudo inexistente.

Antes de que eso pudiera ocurrir, Mangas Verdes pronunció un

hechizo muy familiar y de cuyo efecto estaba totalmente segura.

Y ocho gigantescos lobos del bosque surgieron de la nada, gruñendo y formando un círculo alrededor de ella y de Lirio.

* * *

Un mono gigante.

Gaviota lo reconoció gracias a los dibujos de un viejo libro que había visto en una ocasión. Era un mono tan grande como un hombre alto y robusto, recubierto de un lustroso pelaje tan duro y áspero como el de un jabalí, una criatura monstruosamente fuerte y feroz.

O eso parecía. Con todo, seguía siendo un animal, y Gaviota no tenía ni tiempo ni deseos de enfrentarse a una bestia sin cerebro. Tenía que llegar al campamento, que estaba siendo atacado por los jinetes de las alfombras voladoras.

El gorila alzó los brazos por encima de la cabeza y soltó un grito gutural, pero no atacó. Gaviota, que había crecido en una granja, comprendió que el simio se estaba limitando a ofrecer una exhibición de ferocidad, fingiendo atacar con el objetivo de convertirse en rey del gallinero mediante un farol.

Y en vez de atacar, el leñador decidió imitar a la bestia, esperando que el gorila comprendiese que estaba presenciando una fiel copia de sus acciones.

Gaviota alzó su hacha por encima de la cabeza, empuñándola con las dos manos, y devolvió el aullido que acababa de escuchar.

El gorila se irguió cuan alto era --revelando ser más alto que Gaviota--, levantó los brazos hacia el cielo y volvió a rugir.

«¡Fuego de los titanes --pensó Gaviota--, esta criatura es inmensa!» Debía de pesar tanto como un toro. Aquellos puños probablemente podrían incrustarle la cabeza en el centro del torso.

Pero el gorila aún no le había atacado.

Gaviota movió su hacha de un lado a otro y volvió a rugir. Vio por el rabillo del ojo cómo Tomás y otro soldado avanzaban en un lento movimiento circular hasta colocarse junto a él, con el arco y la ballesta preparados para hacer fuego. Gaviota no necesitaba aquella ayuda, que podía asustar al gorila lo suficiente para que decidiese atacar.

El leñador dio un paso hacia adelante y siguió gritando hasta que le dolió la garganta. Había entrado en el radio de acción de aquellos brazos imposiblemente largos, y aferró su hacha todavía con más fuerza que antes. Tal vez la necesitara. El simio olía a estiércol y a

sudor rancio. Gaviota siguió gritando hasta acabar con la garganta en carne viva.

El gorila parpadeó, y sus gruesos labios se fruncieron en un gruñido salvaje. Después la bestia giró repentinamente sobre sí misma y se esfumó por entre los troncos. El gigantesco animal se desvaneció, dejando el lento ondular de la punta de una rama como única señal de su marcha.

Tomás abrió la boca para decir algo, pero lo que hizo fue soltar una maldición y señalar con la mano. Media docena de negras siluetas encorvadas se alejaron velozmente por el bosque. Gaviota supuso que serían hembras o machos menos robustos. Si alguien venía a vivir allí alguna vez, las leyendas sobre los demonios de las colinas durarían hasta el fin de los tiempos.

Y, pensándolo bien, después de lo ocurrido los soldados tendrían otra historia increíble sobre Gaviota el leñador para contarla cuando estuvieran sentados alrededor de la hoguera del campamento.

--Va... --Gaviota tosió, con la garganta ardiendo--. ¡Vamos! Haz formar a tus tropas. Hemos de llegar al campamento para echar de ahí a esos condenados jinetes que montan alfombras.

«Alfombras voladoras...», pensó con amargura. Nuevas insensateces creadas por los hechiceros. ¿Acaso nunca tendrían fin? ¿Por qué los hechiceros no podían canalizar sus poderes para una buena causa, como mejorar los campos con vistas a la siembra, curar a los enfermos, drenar pantanos o coleccionar mariposas? ¿Qué razón podía haber para atacar al séquito de un hechicero en mitad de un erial vacío y desolado?

La razón era que estaban sedientos de poder, naturalmente. Eran como los dragones, que se comían a otros dragones y se hacían más fuertes devorándose entre sí. La vida surgía de la muerte de otros, y los hechiceros aspiraban a mandar sobre todas las criaturas vivientes.

Gaviota expulsó esos extraños pensamientos de su mente, y volvió a comprobar que los soldados seguían con él y que estaban avanzando lo más deprisa posible a través de las coníferas con rumbo al campamento.

No habían andado más de treinta metros cuando un derviche muroniano surgió de entre los árboles y fue corriendo hacia ellos, aullando y con el capuchón echado hacia atrás y la sangre que brotaba de una herida en la cabeza chorreando por su cara. El aterrorizado derviche chocó con Gaviota y empezó a manotear frenéticamente, buscando protección. El leñador tuvo que apartarle de

un empujón para poder seguir adelante. Uno de los soldados de Tomás dejó escapar un grito y señaló con un dedo.

Acercándose velozmente desde el campamento llegaba una alfombra voladora. La incursora que viajaba sobre ella estaba tan absorta en la víctima a la que ya había herido que no vio a los soldados hasta que ya era demasiado tarde. Una flecha se incrustó encima de sus senos. En el mismo instante, un dardo de ballesta se abrió paso a través de la alfombra y le atravesó una pierna. El doble impacto hizo que la mujer se tambaleara. Gaviota esperaba verla caer de la alfombra, pero ésta siguió unida a sus pies incluso mientras la mujer se doblaba lentamente sobre sí misma y se precipitaba desde el cielo. «Pegamento mágico --pensó el leñador--. Un hechizo muy útil...»

La incursora dio un par de giros por el aire, como un águila herida envuelta en ropajes multicolores, antes de estrellarse entre los árboles. Gaviota se preguntó qué clase de botín podría proporcionarles, y después se reprochó a sí mismo haberse permitido tales pensamientos. Se estaba volviendo tan codicioso como sus soldados, pero lo cierto era que últimamente sus gastos estaban alcanzando magnitudes tremendas.

Siguió corriendo y oyó a una mujer que chillaba órdenes, hombres que gritaban maldiciones en una lengua extraña y gruñidos que parecían surgir de una pelea entre perros. Cuando por fin logró salir de entre los árboles, Gaviota se sacudió las agujas que le pinchaban la piel llenándosela de escozores y recorrió el campamento con una rápida mirada. Sus ojos se posaron sucesivamente en los cadáveres y el vandalismo, la hechicera de piel morena y cabellos blancos y los dos guardias que amenazaban a Mangas Verdes y Lirio, y en la manada de lobos que se apresuraba a defenderlas.

¿Qué hacer? ¿Proteger a su hermana y a su amiga? ¿Proteger a los inocentes que habían buscado refugio en el bosque? ¿Matar incursores? ¿Quién sabía cuál era el curso de acción más aconsejable en una batalla, y cuál era el acto más insensato elegido por quienes luchaban en ella? ¡Gaviota ni siquiera era un soldado, y mucho menos un general!

Detrás de él resonaron rugidos que invocaban a Torsten, Ragnar, Jacques le Vert y una docena de dioses de la guerra más. Los doce soldados de Tomás surgieron del bosque, llenos de ardor guerrero y deseos de atacar. Los incursores de abigarrados ropajes, aquellos guerreros sometidos a la voluntad de la hechicera de los cabellos blancos, abandonaron su saqueo para gritar un potente desafío de

réplica.

Gaviota pensó que sus acciones ya habían sido decididas. Alzó su temible hacha de leñador y atacó.

Hizo girar el hacha por encima de su cabeza y se lanzó sobre el primer merodeador, que era una mujer..., y que además resultó ser increíblemente rápida. La mujer se hizo a un lado con un veloz salto perfectamente equilibrado y dirigió la punta de su cimitarra hacia el rostro de Gaviota, que se precipitaba sobre ella. El leñador se retorció, esquivando la hoja con un chillido ahogado mientras adelantaba su hacha con un torpe vaivén en vez de usarla para golpear correctamente. No logró herir a la incursora, pero la obligó a apartarse de un salto y, un instante después, estuvo a punto de empalarse en la punta de la espada. Gaviota perdió el equilibrio y se tambaleó sobre la nieve embarrada.

Cuando hubo logrado recuperar el equilibrio --esperando sentir la gélida punzada de un acero en la espalda durante todo ese rato--, Tomás ya se estaba enfrentando a la incursora. El veterano hizo una finta con su escudo y consiguió engañar a la mujer, haciendo que se lanzara contra el escudo y liquidándola limpiamente después mediante un veloz mandoble que le rajó la tráquea. Tomás ya había reanudado su avance antes de que la mujer muriera.

Gaviota siguió adelante, tropezando con raíces y tocones, y acabó uniéndose al combate. Los gritos de batalla habían hecho que la mayor parte de los soldados de Neith y Varrius vinieran corriendo desde el bosque, por lo que estaban igualados en número con los incursores. Pero aquellos halcones del desierto eran unos luchadores temibles y llenos de recursos. Gaviota vio cómo un hombre vestido con colores tan vivos como el plumaje de un pájaro hacía retroceder a tres de sus guerreros. Un sable derribó a una combatiente que empuñaba una pica. Sería difícil vencerles..., si es que podían hacerlo.

Gaviota alzó su hacha y corrió hacia el grupo de incursores que estaba atacando a los hombres de Neith, cargando sobre su flanco derecho mientras gritaba «¡Seguidme! ¡Adelante!» y otras tonterías similares. Los soldados de Neith --la mayoría eran hombres, con tres o cuatro mujeres entre ellos-- intentaron mantener su maltrecha formación mientras avanzaban, dándose ánimos con gritos enronquecidos.

Los moradores del desierto se prepararon para enfrentarse al torpe ataque de Gaviota. Pero el leñador tuvo el suficiente sentido común para detenerse antes de entrar en el radio de acción de las

espadas, aunque todavía lo bastante cerca para poder usar su hacha. El incursor del desierto que tenía delante comprendió su error cuando ya era demasiado tarde para remediarlo. El filo del hacha se incrustó en su costado justo debajo del sobaco, matándole al instante y haciendo que su cuerpo saliera despedido hacia atrás y chocara con el de su compañera de incursión.

Gaviota aprovechó aquella ventaja momentánea para seguir atacando, y arrancó el hacha de las costillas del agonizante y la hizo girar sin perder ni un instante para hundir el pomo en las tripas de la mujer. La incursora dejó escapar un jadeo ahogado y se derrumbó. Gruñendo, odiando lo que hacía y a sí mismo, Gaviota la golpeó debajo del mentón, rompiéndole la mandíbula.

«Maldita hechicería --pensó--, y malditas sean todas estas muertes innecesarias.» Aquellas personas se veían obligadas a luchar y eran esclavas de la magia, forzadas a combatir hasta la muerte por la vanidad de un hechicero.

El leñador pensó que todo aquello sólo tenía una cosa buena, y era que aunque el ejército que obedecía sus órdenes y las de su hermana debía luchar y morir, todos sus soldados eran voluntarios. Nadie era reclutado por la fuerza.

Los combatientes aullaban, chillaban, gritaban y morían a su alrededor. Los defensores, aquellos que habían decidido seguir a Gaviota, estaban manteniendo sus posiciones y no se retiraban. El leñador no podía ver qué tal le estaba yendo a su hermana con los lobos, pues la batalla se había vuelto particularmente encarnizada alrededor de su tienda. Gaviota empezó a preguntarse si podría expulsar a los demonios del desierto e invertir el curso del combate cuando Helki entró al galope en el claro con un retumbar de pezuñas.

--¡Gaviota! --gritó la centauro--. ¡Vienen tropas de caballería! ¡Son veinte jinetes, o más!

* * *

Los acontecimientos se estaban sucediendo tan deprisa que Mangas Verdes apenas podía seguirlos.

La visión de los lobos hizo que los dos guardias de Karli dieran un salto. Ya fuese por lealtad o por compulsión mágica, los dos se prepararon para proteger a su señora. Un hombre reaccionó instintivamente lanzando un mandoble contra el jefe de la manada, una enorme bestia de hirsuto y negro pelaje, consiguiendo herirle en el

hocico mientras retrocedía para esquivar el golpe.

Normalmente las enormes bestias no habrían atacado si no eran atacadas antes, pero estaban confusas y asustadas, y sus gruñidos y feroces chasquidos de mandíbulas hicieron vibrar el aire. El gran lobo saltó para proteger a su manada. Un instante después el líder de los lobos y cuatro animales más ya estaban encima del hombre, gruñendo, mordiendo y sacudiendo salvajemente las cabezas de un lado a otro para desgarrar la carne hasta revelar el hueso. El otro guardia empezó a lanzar mandobles contra los lobos, pero sólo consiguió hacer que el resto de la manada se lanzara sobre él.

La hechicera ignoró la carnicería que estaban sufriendo sus guardias.

Karli llevó una esbelta mano morena a un medallón que colgaba de su cintura y ladró una palabra. Una cortina de fuego floreció alrededor de sus pies, como si fuera una bruja que estuviera siendo quemada viva. Las llamas subieron rápidamente hasta llegar a su cintura y su brisa hizo temblar las plumas amarillas de su capa, pero Karli no les prestó ninguna atención. Mangas Verdes y Lirio podían sentir el calor y oler el aroma resinoso de las ramitas de conífera que ardían y el pesado olor a polvo que desprendía la lona recalentada.

Visiblemente impaciente y de genio muy vivo, e incapaz de hablar su lengua, la mujer hundió los dedos en la palma de su otra mano. Usando imperiosamente el lenguaje de los signos, describió primero una forma redonda y luego movió los dedos para indicar pasos, acabando con un ondular que los hizo agitarse como si fueran los tentáculos de un pulpo.

Mangas Verdes, que no podía estar más perpleja, intentó entender lo que pretendía decirles con aquellos signos. La joven había pasado la mayor parte de su vida con la cabeza llena de nieblas y aturdimiento y el cerebro repleto de un caótico torbellino de mil pensamientos distintos que cambiaban a cada momento, y todavía tenía serias dificultades para concentrarse en una sola idea durante mucho rato. Mangas Verdes intentó ignorar los gruñidos y chillidos y el chasquear de las llamas, y meneó repetidamente la cabeza.

--¿Qué qu-quieres?

Mangas Verdes vio que Lirio tampoco entendía nada, pero su amiga se le acercó un poco más, intentando interponerse entre la druida y la cada vez más enfurecida hechicera.

La hechicera la contempló con ojos que parecían echar chispas y se golpeó la palma con el puño, en una última exigencia de que se le

entregara la cosa en forma de caja que caminaba y se ondulaba. Después hizo un mohín, señaló a Lirio con un dedo y rozó otro medallón de entre los muchos que adornaban el extremo de su chaqueta.

Lirio tragó saliva y se derrumbó como un globo pinchado.

--¡No! --jadeó Mangas Verdes--. ¡No, p-por fa-favor! ¡No sé qué qu-quieres de no-nosotras!

Pero la hechicera estaba enfurecida. Las llamas que envolvían sus pies se habían vuelto tan altas que su rostro quedaba distorsionado por las ondulaciones del aire recalentado. Karli alzó una mano hacia Mangas Verdes, y puso los dedos sobre otro medallón.

Y Mangas Verdes se sintió repentinamente ligera y desprovista de peso, como si estuviera flotando aunque sabía que seguía con los pies en el suelo. Vio con una distraída falta de interés cómo Karli fruncía el ceño ante el fracaso de su hechizo (¿qué hechizo?), agarraba otro botón y volvía a alzar la mano para señalarla.

Esta vez Mangas Verdes sintió una punzada helada, como si un carámbano le hubiera atravesado el pecho hasta pincharle el corazón, y un alarido silencioso resonó en la profundidades de su mente. Un irresistible impulso de salir huyendo recorrió todo su ser, ordenándole que cogiera a su tejón y escapara para esconderse, enterrándose en un agujero si llegaba a ser necesario..., pero algo la mantuvo tan inmóvil como si sus pies hubieran echado raíces en el suelo.

El hechizo cayó sobre los lobos. Los animales cubiertos de sangre huyeron hacia las coníferas entre gañidos y chillidos. Dos habían muerto, abatidos por las cimitarras, pero los dos guardias estaban caídos en el suelo y no se movían. Lirio yacía sobre la sucia alfombra de su tienda destrozada, con el rostro tan pálido como sus ropas y los miembros estirados en ángulos extraños, como una muñeca que alguien hubiera tirado ahí.

Mangas Verdes intentó pensar en alguna réplica a aquel ataque mágico, pero el luchar no formaba parte de su naturaleza. Su reacción normal siempre era echar a correr y esconderse, tal como haría un animal. Sólo los humanos se mataban los unos a los otros sin razón. Pero debía permanecer allí, y defender el campamento y a sus seguidores si podía hacerlo. ¿Cómo podía combatir a aquel monstruo lleno de agresividad que codiciaba curiosidades desconocidas? ¿Y cómo podía enfrentarse a una hechicera que conocía verdaderos hechizos, cuando todos los que podía emplear Mangas Verdes surgían del ciego instinto?

Envuelta en llamas y siseando como una víbora del desierto, Karli acarició un par de botones dorados colocados en los lados de su chaqueta.

El humo empezó a aparecer en forma de espesas nubes, como si brotara de una fisura en el suelo, y dos mujeres enormes y muy feas cobraron forma.

Más altas que su hermano Gaviota, las mujeres tenían la piel tan roja como si acabaran de hervirlas, y su cabellera negra sobresalía del cráneo al quedar recogida en una gran coleta que surgía de un pico de viuda muy claramente marcado. Todo su cuerpo era muy corpulento, y los gigantescos pechos caídos estaban salpicados de verrugas peludas. Sus rostros no eran humanos: tenían la frente muy baja, la nariz tan larga como el hocico de un sabueso, y gruesos labios que sobresalían de la cara debido a los enormes colmillos, dignos de un tigre dientes de sable, que les llegaban hasta más abajo del mentón. Vestían una grotesca parodia de un atuendo de bailarina en colores verde y amarillo, y sus descomunales orejas caballunas lucían pendientes terminados en borlas tan grandes como la cola de un zorro.

«Ogros», pensó Mangas Verdes. O más bien ogresas, gigantas famosas por su crueldad.

Karli emitió una serie de órdenes en un veloz parloteo y las ogresas avanzaron hacia la joven, extendiendo sus rojas manos cubiertas de verrugas para agarrarla. Mangas Verdes, aterrorizada, pensó que si la cogían le romperían los brazos y que la aplastarían hasta matarla. A menos que Karli obtuviese lo que deseaba, fuera lo que fuese.

«Ayuda --pensó la muchacha--. Necesito ayuda.» Pero era una hechicera carente de todo adiestramiento y limitada a su poder nato, capaz de invocar únicamente cosas que hubiera tocado en el pasado a las que no sabía cómo controlar después.

Las ogresas alzaron aquellas temibles manos que parecían ganchos para colgar carne... Mangas Verdes manoteó frenéticamente, como si intentara apartarlas de ella.

Y entonces la sucia alfombra fue perforada desde abajo en una docena de sitios debajo de ella y a su alrededor.

* * *

Gaviota estaba contando sus cada vez más reducidas fuerzas e

intentaba pensar cómo podrían rechazar el inminente ataque de la caballería, cuando Holleb, el otro centauro de pelaje rojizo y armadura pintada y recubierta de volutas y adornos --que habían pasado a estar manchados de sangre-- entró en el claro con un galope tan desenfrenado y atronador como si acabara de ser disparado desde una catapulta.

Holleb empuñaba una lanza, adornada con plumas y más larga que su cuerpo de caballo, cuyo astil estaba empapado en sangre hasta allí donde lo sujetaban sus dedos. El centauro le gritó algo a Helki, que volvió grupas y fue trotando hacia él, para detenerse y volver grupas nuevamente cuando entendió lo que le había dicho su pareja.

«Tiene que ser algo malo», pensó Gaviota. Holleb había estado siguiendo a la caballería hacia el este. Si se encontraba allí, eso significaba que...

--¡Tomás! --gritó el leñador--. ¡Forma un cuadrado! Tenemos que...

Y entonces un grupo de jinetes vestidos con túnicas y capas azules irrumpió en el claro, acompañando su carga con un ulular tan estridente como el de un vendaval del desierto.

* * *

Surgiendo de la nada y alzándose alrededor de Mangas Verdes con un veloz ondular verde y marrón, aparecieron columnas de piedra tan puntiagudas como espadas. Algunas no eran más grandes que agujas de hacer punto, y otras le llegaban hasta los hombros. Eran estalagmitas de alguna caverna distante, un lugar que Mangas Verdes nunca había visto.

Afiladas como anzuelos, las estalagmitas formaron un muro de espadas alrededor de la joven hechicera. Cubrieron el suelo, haciendo agujeros en la sucia alfombra y dejándole únicamente un pequeño claro de dos metros de diámetro rodeado por muros de cuatro metros de grosor. La muchacha tuvo que dejar caer al tejón que se agitaba en sus brazos y coger la mano de Lirio para tirar de ella y meterla dentro del círculo, pues de lo contrario habría quedado empalada varias veces desde abajo. Mangas Verdes arrugó la nariz y notó que le empezaban a llorar los ojos debido a la pestilencia del amoníaco, pues el suelo de la caverna que acababa de importar hasta allí estaba recubierto por una capa de varios centímetros de guano de murciélago

e insectos negros que se retorcían frenéticamente.

Pero si Mangas Verdes había esperado detener a las ogresas con las estalagmitas, su truco no dio ningún resultado. Contenidas durante un momento por la veloz aparición de aquellas temibles lanzas, los feroces monstruos retrocedieron un par de pasos y después se lanzaron a la carga como un par de toros enfurecidos. La piedra tintineó, crujió y se resquebrajó cuando se abrieron paso a través de la barricada. Mangas Verdes se encogió sobre sí misma al sentir el impacto de los fragmentos de piedra que chocaban con su rostro. Las ogresas aullaron cuando sus pies descalzos cubiertos de verrugas pisaron los muñones de piedra, pero siguieron avanzando tozudamente.

«¡Necesito algo más!», pensó Mangas Verdes. Tenía que hacer un nuevo conjuro. Pero el estrépito atronador y los gritos --pues un nuevo contingente de jinetes acababa de entrar en el campamento y se estaba lanzando a la carga-- hacían que le resultara cada vez más difícil pensar.

¿Qué podía salvarla de unas ogresas enfurecidas?

Una esbelta silueta de color dorado apareció en su mente, una forma que corría tan velozmente como el viento, saltaba por los riscos y los acantilados igual que una cabra montes, y tenía dientes y garras.

Y la conjuración llegó con el pensamiento y el deseo.

Un león de las montañas cobró existencia a los pies de Mangas Verdes con un gruñido ahogado y un resplandor iridiscente. Un hocico recubierto de bigotes blancos rugió, y dos orejas redondas ribeteadas de negro y cubiertas de un suave pelaje dorado retrocedieron hasta pegarse al cráneo..., y el jaguar atacó al enemigo que se alzaba ante él.

El gran felino dio un salto, abandonando el suelo tan deprisa y con tanta agilidad como si tuviera alas. Garras afiladas como navajas de afeitar se deslizaron sobre el rostro de una ogresa, extrayendo un ojo, rajando una larga nariz y destrozando los rojos labios cubiertos de babas hasta dejarlos convertidos en una masa de carne ensangrentada. Cegada, la ogresa se derrumbó hacia un lado aullando como un demonio, y la fuerza de su choque con las afiladas estalagmitas fue tan grande que se empaló en ellas. El olor de la sangre recién derramada impregnó el aire helado de la taiga con su inconfundible vaharada de cobre caliente.

Pero, al igual que cualquier otro animal, el jaguar luchaba únicamente para escapar. El temible felino usó el colosal cuerpo caído

en el suelo como si fuera un trampolín, y se desvaneció entre las coníferas que se alzaban a su alrededor. Un fugaz atisbo de su peluda cola fue lo último que pudo verse de él antes de que el gran gato desapareciese.

La otra ogresa aulló al ver el destino sufrido por su hermana y se lanzó hacia adelante para aplastar a Mangas Verdes. Karli, detrás de ella, la animó lanzando gritos dignos de una loca.

«Una barrera más grande... --pensó la joven hechicera--. Necesito algo más sólido.» Entonces llegó a su mente el vago recuerdo de un artefacto que se encontraba en un lugar muy lejano de los Dominios, sobre una isla tropical, una rareza llegada hasta allí desde otro sitio todavía más lejano.

Vaharadas de aliento fétido que apestaba a carne podrida cayeron sobre el rostro de Mangas Verdes mientras la ogresa destrozaba las últimas estalagmitas. Mangas Verdes agitó los brazos en un frenético y desesperado manoteo, pues su vida dependía de sus acciones.

Temblando como una calina de calor y solidificándose rápidamente, una antigua y exótica estatua de arcilla de dos metros de altura cobró existencia de repente con una violenta ondulación del aire y partió docenas de lanzas de piedra bajo su peso.

Mangas Verdes pudo sentir el calor de aquella efigie impregnada de sol tropical. No sabía nada sobre ella, salvo que había sido encontrada yaciendo sobre el suelo de una isla a la que había sido desterrado su hermano. Plácida como un santo, la estatua tenía las piernas cruzadas y las manos encima del regazo. Sus ojos en forma de almendra estaban cerrados, y una hilera de huellas y arañazos parecían perseguirse a lo largo de su estómago como si fuese una hilera de botones. Su piel, de un color bronce oscuro, era tan dura como la terracota, pero aun así la estatua parecía lo bastante flexible y ágil para poder levantarse y empezar a bailar si así se le ordenaba..., y quizá pudiera hacerlo si se le daba la orden adecuada.

Fuera cual fuese su propósito, no cabía duda de que era una barrera magnífica.

La ogresa lanzó un trompeteo de rabia cuando la estatua le obstruyó el camino hasta Mangas Verdes, y descargó un puño de callosa piel rojiza sobre el artefacto mientras avanzaba pesadamente por encima de las lanzas de piedra intentando rodearlo.

Pero Mangas Verdes ya estaba erigiendo un muro de ramas, una muralla de troncos, tallos y raíces que se curvaban y retorcían sobre sí

mismas adoptando las formas más extrañas imaginables hasta que ni siquiera un conejo hubiera podido pasar a través de ellas, y que la joven hechicera había traído de las profundidades de su tierra natal, el Bosque de los Susurros. Incluso la pesada estatua de arcilla se bamboleó cuando la madera empezó a crecer debajo de su trasero. Mangas Verdes movió las manos de un lado a otro e hizo que el muro de ramas fuera creciendo más y más a su alrededor --tres metros de altura, cuatro--, hasta que se encontró en el centro de un pequeño círculo de penumbra. Mangas Verdes se quedó inmóvil, y por fin se sintió a salvo --al menos hasta que se le ocurriera alguna otra defensa-- mientras escuchaba los enfurecidos manotazos que la ogresa lanzaba contra el muro.

A menos que hubiera creado una trampa, por supuesto. Mientras estuviera dentro de aquella jaula de ramas no podría ver qué conjuraba Karli. Mangas Verdes oyó el grito de rabia y frustración que surgió de los labios de la hechicera del desierto.

Gaviota, que estaba al otro lado del claro, pudo ver cómo la hechicera colocaba la mano sobre un medallón de bronce en cuyo centro había incrustada una piedra púrpura. Una silueta purpúrea atravesada por relampagueos verdosos brotó de la piedra, agitándose en una ondulación tan fluida como si estuviera hecha de humo. El leñador vio cómo la nube se iba haciendo cada vez más grande y se acumulaba sobre el pozo de madera que ocultaba a la muchacha en su fondo..., y un instante después Mangas Verdes también pudo verla.

Alzándose sobre ella, desnudo desde la cabeza hasta los pies, se erguía un demonio púrpura cuyos ojos llameaban con destellos verdosos.

_____ 4 _____

Norreen tenía chispas tanto dentro como fuera de la cabeza, las primeras a causa del golpe sufrido por su cráneo y las segundas por haber sido transportada a otro lugar mediante un conjuro.

Cuando las chispas se hubieron disipado, se encontró arrodillada sobre el barro y la nieve medio derretida. El olor de la resina de abeto inundó sus fosas nasales. Su escudo, que estaba colgado en el sentido equivocado, se le clavaba en la espalda. Norreen vio que tenía las manos libres: el hechicero se las había arreglado para enviarla sin sus ligaduras.

Un escalofrío se extendió por su cuerpo, y Norreen se estremeció. Lo único que llevaba encima de la piel era su chaleco de cuero benalita que la cubría del cuello hasta la ingle. Sus pechos estaban manchados de leche, y su aliento formaba grandes nubes en el aire.

Y entonces Norreen vio desarrollarse un ataque a través de las pequeñas humaredas de vapor.

* * *

Gaviota el leñador, que se había convertido en general sin desearlo, no tardaría en carecer de ejército.

El atuendo de la falange de caballería era muy similar al de los incursores de las alfombras, pero aquellos jinetes agitaban cimitarras lo suficientemente largas para partir un cuerpo humano en dos desde la cabeza hasta los pies.

La hilera de caballos surgió como una exhalación del bosque de coníferas, y cada jinete se desvió expertamente hacia la izquierda o la derecha para dejar sitio al siguiente invasor, ofreciendo el ataque más amplio posible y proporcionándose la ocasión de matar el máximo número de objetivos.

Habían llegado tan deprisa que Gaviota fue sorprendido en el centro del claro, indeciso entre el deseo de ayudar a su hermana --mientras dos gigantas vestidas de verde y amarillo embestían su frágil barrera de piedra--, y la necesidad de dar ánimos a sus tropas, que eran la columna vertebral de su defensa. Pero ¿dónde estaban todos los demás? ¿Dónde estaba Liko y su gigantesca fortaleza? ¿Y por qué los centauros habían vuelto a desaparecer en el bosque? ¿Para rechazar a otro contingente de caballería, quizá? ¿Y qué había sido de Bardo y sus exploradores de ojos de águila? ¿Estarían

combatiendo en algún otro lugar? ¿Cómo era posible que aquel ejército hubiera sido tan enorme a la hora de cenar y que, aun así, todo el mundo desapareciera de repente en una batalla?

Una desconocida armada y vestida de cuero negro que acababa de entrar en el campamento atrajo su atención entre toda aquella confusión y el caos de los muertos y los que agonizaban. La mujer se había quedado inmóvil, y parecía estar tratando de entender la situación. ¿Era una exploradora enviada para estudiar sus defensas desde la retaguardia? No había mucho que estudiar, desde luego, ya que no tenían defensas.

Tomás, que era el más viejo de los veteranos y nunca perdía la calma por muy temible que fuese el enemigo, había colocado a sus combatientes en una formación de cuña. Los hombres y mujeres, dispuestos en dos filas, iban retrocediendo hacia los troncos con sus espadas, lanzas y pértigas dirigidas hacia los incursores. Habría unos veinte, con Tomás en la punta de la cuña y Neith y Varrius en los extremos. Además de oponerse a la caballería lanzada al ataque, los sargentos rojos impedían que sus no muy aguerridas tropas rompieran la formación y salieran huyendo.

Pero a pesar del muro de acero, la primera pasada de los jinetes que galopaban en aquellos veloces caballos tuvo un efecto terriblemente letal sobre la hilera que intentaba resistir su ataque. Los combatientes de Gaviota empezaron a caer como flores cortadas.

O Tomás no había sabido calcular adecuadamente su defensa o los jinetes estaban locos, pues se deslizaron a lo largo de la línea igual que si estuvieran galopando junto a una inofensiva valla de madera. Moviendo expertamente sus largos y delgados sables, abatieron a media docena de soldados, rajando cráneos, caras y brazos y alejándose un instante después tan velozmente como si sus monturas tuvieran alas. Cuando sólo tres jinetes habían cargado sobre la hilera, la formación ya estaba empezando a desmoronarse. Tomás había caído, con su yelmo desaparecido en la confusión y la sangre brotando de su calva cabeza.

Gaviota soltó una maldición y echó a correr, con su rodilla lesionada lanzando corrientes de dolor por su muslo. Cuando vio a su hermana por última vez, estaba siendo amenazada por una nube púrpura. Lirio había caído unos momentos antes, desplomándose tan repentinamente como si le hubieran dado un garrotazo.

¿Y si moría? ¿Y si nunca llegaban a entender y derribar el obstáculo desconocido que se interponía entre ellos?

¡Maldita fuese toda la hechicería! ¡Y maldito fuese también él, por ser hermano de una hechicera y estar enamorado de otra! En cuanto a combatir a los hechiceros, y teniendo en cuenta los escasos resultados que estaba obteniendo, quizá sería mejor que se dedicara a cuidar de una piara de cerdos.

Un sordo retumbar que resonó repentinamente debajo de sus pies hizo que Gaviota se diera la vuelta. Estaba tan absorto en aquellas recriminaciones llenas de amargura que había olvidado la primera regla del campo de batalla, y había dejado de prestar atención a lo que le rodeaba.

Dos jinetes se le acercaban por detrás, veloces como el viento, y se disponían a encerrarle en el paréntesis formado por los sables preparados para golpear.

* * *

Mangas Verdes chilló mientras el demonio iba creciendo en el aire, el objeto más alto en muchos kilómetros a la redonda.

Envuelto en nudosos músculos purpúreos, su cabeza era tan larga como la calavera de un caballo, con una parte superior bulbosa y humo que brotaba de un agujero igual que el surtidor de una ballena. Ojos vacíos e inexpresivos relucían con un resplandor verdoso, y una boca abierta formaba un agujero verde. Desnudo y con la forma de un hombre, el demonio sólo llevaba unos gigantescos aros dorados en sus orejas puntiagudas. Los enormes pinchos que brotaban de sus codos brillaban con destellos blanquecinos, destellando con los fuegos infernales que contenían.

Mientras la criatura iba alzándose en el aire, la hechicera Karli dejó escapar un estridente chillido en aquella extraña lengua gorgoteante suya. El efrit separó las manos, y sus dedos empezaron a crecer y se fueron alargando rápidamente. El demonio introdujo los dedos repentinamente alargados en la muralla de madera entretejida alrededor de Mangas Verdes, metiéndolos con tanta facilidad como si ésta no existiera, y tiró. Los árboles que habían unido sus troncos se rompieron, convirtiéndose en astillas y trozos de corteza. La criatura arrojó los pedazos de madera a un lado como si fuesen ramitas para encender el fuego y sumergió sus dedos púrpura a gran profundidad en la tierra alrededor de Mangas Verdes, arrancando una cantidad de suelo lo bastante grande para llenar una carreta.

Mangas Verdes, Lirio y el contenido de la tienda quedaron

suspendidos en precario equilibrio sobre la masa de tierra.

Subiendo hacia el cielo, dando tumbos sobre el tembloroso montículo de tierra --que continuaba unido solamente gracias a la maltrecha alfombra de la tienda--, Mangas Verdes dejó escapar un sollozo de pura frustración. El luchar no le servía de nada, pero aun así no le quedaba otra elección. Volvió a buscar algo que la ayudara, algo que pudiera causar los menores daños posibles.

Su primera y más natural reacción fue conjurar algo familiar. El tejón que tenía a los pies, compañero constante a pesar de que no tuviera nombre, le recordó otra criatura. Mangas Verdes concentró su mente en la bestia y se la imaginó volando a través de kilómetros invisibles...

... viniendo velozmente hacia ella entre un centelleante arco iris de colores de la tierra: marrón para el suelo, verde para las plantas, aclarándose hacia el azul para el cielo y las nubes y, finalmente, amarillo para la luz del sol, que daba la vida, acudiendo a ella, posándose...

... encima de los pies del efrit.

Era otro tejón, pero en este caso se trataba de un ejemplar gigantesco, con un cuerpo tan grande como el de un caballo que pesaba media tonelada o más. Por sí solo su peso ya bastó para que el efrit se quedara inmóvil durante un momento, e hizo que descendiera medio metro en el aire.

Sorprendido y aturdido al haberse materializado en el vacío, el tejón gigante se aferró desesperadamente a la superficie sólida que había debajo de él.

Las garras del tejón se hundieron quince centímetros en el pecho púrpura del efrit. El animal se removió frenéticamente, gruñendo y buscando algún agarradero, y sus contorsiones dejaron surcos de carne viva sobre la piel purpúrea, que se hendió para derramar sangre verde. Las cicatrices se curaron en un instante, pero el efrit se retorció en una convulsión de sorpresa y dolor.

Con las dos manos alargadas llenas de tierra, las dos jóvenes hechiceras y sus pertenencias, el demonio sólo podía atacar con sus verdes fauces desprovistas de dientes, y eso hizo. La inmensa boca cavernosa se cerró sobre la cabeza del tejón.

Mangas Verdes se encogió sobre sí misma al oír el horrible crujido que acompañó al aplastamiento del cráneo del tejón. Cuatro patas se tensaron en un espasmo y perdieron su presa. El efrit escupió huesos, pelos y sangre. Mangas Verdes, llena de dolor,

apenas pudo contener un grito ante la pérdida de su pobre tejón gigante.

El efrit siguió llevándola más y más arriba, subiéndola hasta una altura tan grande que su hermano acabó pareciendo un ratón. El rostro que el leñador mantenía vuelto hacia el cielo casi quedaba oculto por los jinetes vestidos de azul que se agitaban a su alrededor. En la lejanía, con los troncos de las coníferas rodeándole las rodillas, se alzaba el gigante Liko, buscando a unos enemigos que probablemente estaban debajo de sus colosales pies. El gigante por fin percibió la apurada situación de Mangas Verdes y corrió hacia ella..., demasiado tarde.

El montículo de tierra se removió debajo de ella y Mangas Verdes se puso en cuclillas para no perder el equilibrio, agarrándose a Lirio con una mano y a su pequeño tejón con la otra.

Karli subió por el cielo hasta quedar flotando junto a ella, sostenida por sus zapatillas voladoras de color rosa. Con su blanca cabellera ondulando al viento, la hechicera cruzó sus morenos brazos dentro de su capa de plumas amarillas mientras una burlona sonrisa de satisfacción curvaba sus labios.

Mangas Verdes deseó poder borrar aquella sonrisa de un bofetón, y se asombró ante la intensidad del odio que se había adueñado repentinamente de ella.

Muy bien. Si tenía que luchar, lo haría.

Atacaría a esa mujer con algo que la enloqueciera.

* * *

Perseguido por dos jinetes, Gaviota levantó su hacha hasta que le rozó la cabeza y echó a correr hacia la conífera más cercana, como un conejo que buscara refugio en un matorral. Los dos jinetes galopaban detrás de él, tan cerca que Gaviota imaginó poder sentir el aliento caliente de los caballos en su cuello y esperó sentir de un momento a otro el impacto de una espada curvada como una hoz que le abriría el cráneo hasta la mandíbula.

Y entonces un destello de negrura se interpuso en el camino del caballo más próximo.

Era aquella extraña mujer vestida de cuero.

Norreen, veloz como un hurón y ágil como una pantera, se lanzó sobre el caballo más cercano. Repartiendo su atención entre su blanco y el resbaladizo suelo cubierto de tocones, la benalita alargó el brazo

que empuñaba su espada..., y la corta hoja de acero hirió el sensible hocico del caballo.

Asustado y sorprendido, el caballo piafó y se desvió tan bruscamente --alejándose de Gaviota-- que el jinete casi cayó de la silla. Norreen aprovechó la pausa para agacharse y pinchar nuevamente a la montura en las patas, obligándola a alejarse todavía más de Gaviota.

Después Norreen le golpeó en un hombro para hacerle caer mientras gritaba «¡Al suelo!». El leñador se derrumbó estrepitosamente sobre el suelo empapado y los tocones de las coníferas.

Norreen saltó por encima de él sin mirarle. Moviéndose de lado para ofrecer un blanco más reducido, ejecutó un impecable ataque por encima de la cabeza que no dejó al descubierto ninguna parte de su brazo al otro jinete, que ya llegaba al galope.

El brusco movimiento de su objetivo hizo que el golpe que pretendía lanzar quedara desviado, y el jinete intentó convertir su tajo en un mandoble asestado del revés. Nunca llegó a completarlo.

La espada de Norreen le cortó limpiamente el brazo a la altura del codo. La hoja benalita estaba tan afilada que el jinete lanzado a la carga sólo sintió un frío beso a lo largo de su articulación. Cuando alzó el brazo que sostenía la cimitarra para averiguar dónde había sido herido, se encontró con un muñón ensangrentado. Su montura sólo tuvo tiempo de dar tres pasos más antes de que el jinete cayera de la silla.

Norreen recuperó el equilibrio con un veloz retroceso y levantó a Gaviota de un tirón, sorprendiéndole.

--¡Busco a Gaviota el leñador, general de este ejército! --exclamó mientras seguía sujetándole la mano para que le prestara atención.

--¡Bah! --resopló Gaviota--. ¡Es un idiota, y el culpable de toda esta catástrofe!

Su ejército ya había desaparecido hacía un buen rato. Los restos de la formación de Tomás se habían desintegrado, dejando un montón de cadáveres esparcidos alrededor de su agonizante jefe. «¿De qué puede servir la muerte de todas estas personas?», se preguntó Gaviota.

Norreen habría podido aullar de pura frustración.

--Entonces, ¿dónde...?

Gaviota se soltó con un retorcimiento del brazo y agarró su enorme hacha.

--¡No hay tiempo! Debemos...

Buscó a su hermana con la mirada y un instante después la vio, a seis metros del suelo y subiendo velozmente sobre un montículo de tierra que se desmoronaba por momentos y estaba siendo levantado por un demonio púrpura.

Norreen contempló su hacha, la gran herramienta de doble filo que podía esperarse utilizara un leñador. ¿Era aquel el hombre al que buscaba?

Un retumbar ahogado que resonó debajo de sus pies despertó sus instintos de guerrera. Volvió a agarrar el brazo del hombre y buscó la fuente del peligro.

Cuatro jinetes acababan de cambiar el curso de su galopada y venían hacia ellos.

* * *

Siseando como una gata enfurecida, Mangas Verdes canalizó su furia hacia la mujer que la mantenía cautiva en el aire y que flotaba a unos cinco metros de ella, suspendida sobre sus zapatillas de punta curvada.

En una ocasión Mangas Verdes había cruzado un pantano, vadeando las aguas cenagosas que le llegaban hasta los muslos en una misión de rescate. Para gran horror suyo, ella y su hermano habían acabado cubiertos de...

La hechicera Karli quedó repentinamente puntuada por decenas de gordas sanguijuelas que se retorcían en veloces ondulaciones verdes y marrones.

Las sanguijuelas se esparcieron sobre la piel de la mujer morena, grasientas babosas que parecían grandes masas de mocos largas como dedos, aferrándose a su oscura piel con ásperas bocas taladradoras que anhelaban la roja sangre.

Suspendida en el aire al lado del efrit, al principio Karli no entendió lo que estaba ocurriendo y se tocó distraídamente la mejilla allí donde había sentido un contacto húmedo. Después dio un respingo y empezó a tirar de aquella viscosa criatura, pero no consiguió arrancarla. Sus tirones se volvieron más frenéticos y Karli acabó logrando desprender a la sanguijuela de su piel. La sangre brotó de la herida.

Karli dejó escapar un chillido tan estridente como el de un cerdo en el matadero. Aterrorizada y gimoteante, empezó a inclinarse en el

cielo.

El efrit púrpura, igualmente confuso, tembló y empezó a descender hacia el suelo. Mangas Verdes se aferró a su amiga y su mascota, y rezó para que la hechicera no desconjurase al efrit y las dejara precipitarse por todos los metros que las separaban del suelo. Si al menos...

Pero la ira de Karli no conocía límites. La hechicera manoteó desesperadamente buscando un medallón de su cintura, uno que estaba marcado con una espiral, y lanzó un áspero grito que se abrió paso a través de su aullido de repugnancia.

Cayendo del cielo como un relámpago, el tornado entró en el campamento.

* * *

Gaviota plantó firmemente los pies en el suelo, alzó el largo mango de su hacha detrás de su cabeza y se enfrentó a los cuatro jinetes que se aproximaban. Si no le quedaba más remedio, su hacha probablemente podría abrirse paso a través del cuello de un caballo y matar a su jinete. Eso le libraría de un enemigo.

La guerrera vestida de cuero tendría que arreglárselas por su cuenta. Había demostrado ser muy competente en la batalla..., más que él, de hecho.

Pero ¿qué era...?

Un rugido como el de un millar de locos aullantes llenó la mente de Gaviota, un ruido tan tremendo que parecía venir de su interior y no de fuera. El suelo tembló mientras la tierra, las partículas de madera, las ramitas y las cenizas salían despedidas hacia el cielo en una repentina explosión. Dedos invisibles tiraron de la gorra de lana, la capa, las cintas del chaleco de cuero y los cabellos del leñador. El rugido se fue intensificando hasta que llegó un momento en el que Gaviota pensó que su cráneo iba a estallar y que sus entrañas se convertirían en gelatina.

El cielo se oscureció. Una forma convulsa que parecía una montaña invertida se alzó sobre él, una masa oscura que giraba y se arremolinaba con todo el poder y la caprichosa voluntad de un dios.

El tornado atacó.

El leñador no podía saber que los tornados no viajan por el suelo, sino que giran en el aire a decenas o centenares de metros de altura hasta que son repentinamente atraídos hacia el suelo igual que el

rayo, descendiendo sobre él con vientos de ochocientos kilómetros por hora para volver a salir despedidos de la tierra un instante después, flotando y rozando el suelo, como una piedra lanzada a través del agua, hasta que el tirón de la tierra los va frenando poco a poco y acaba por disolverlos.

Y así fue como la tormenta en forma de embudo invocada por Karli reapareció en el aire a treinta metros por encima del campamento...

... y empezó a perseguir a sus víctimas, jugando con ellas igual que un cachorrito.

Las personas fueron arrojadas de un lado a otro, quedando esparcidas por todo el campamento como si fuesen hormigas. Gaviota fue alzado en vilo y arrojado contra el caballo que galopaba hacia él.

El leñador dejó escapar un gemido ahogado cuando chocó con el jinete, un hombre que olía a canela, humo de tabaco y té endulzado con miel. Como por arte de magia, Gaviota chocó con el pecho del hombre y se hundió sobre la silla de montar del caballo marrón. Gaviota tuvo tiempo de ver que las riendas estaban adornadas con joyas e incrustaciones de auténtico pan de oro.

Y un instante después los dos hombres y el caballo salieron despedidos por los aires, girando y dando tumbos.

El jinete se incrustó en las gruesas ramas de las coníferas con una potencia tan irresistible como la de una flecha que se hunde en un blanco de paja, y Gaviota fue con él. Sintió cómo una bota le era arrancada del pie. Aferró desesperadamente su hacha, aunque podía sentir cómo las ramitas le arañaban la piel. El olor de la resina envolvió todo su cuerpo. «Pasaré el resto de mi vida oliendo a bosque», pensó confusamente.

Aplastado debajo de Gaviota, el jinete jadeó y se estremeció. Gaviota olió sangre recién derramada y sintió el pinchazo de una punta afilada y dura que se clavaba en su esternón. El jinete había quedado empalado en el tronco partido de un árbol.

Y entonces el caballo, que había sido arrojado al aire un instante después que los dos hombres, cayó sobre ellos.

Gaviota sintió cómo la montura chocaba con los árboles junto a él, cayendo tan cerca que las crines llenaron su boca con una masa de ásperos pelos empapados de sudor. La carne de caballo expulsó el aire de sus pulmones, y el leñador sucumbió al pánico. El peso muerto siguió cayendo, medio enterrándole y oprimiéndole contra las ramas mientras el caballo seguía coceando y debatiéndose. Gaviota intentó

liberarse sin que sus esfuerzos sirvieran de nada mientras pensaba que el pánico le daba las fuerzas suficientes para mover a un mamut, pero sólo consiguió aferrar ramitas que se partieron entre sus dedos.

Y mientras se ahogaba en las coníferas y la carne de caballo, la cabeza de Gaviota chocó con algo que era duro y blando a la vez, y el leñador dejó de ser consciente de cuanto le rodeaba.

* * *

Mangas Verdes se aferró a Lirio --que estaba tan flácida como un calcetín, y apenas respiraba-- y a su tejón, y a la sucia alfombra que les daba su precario sostén encima del montículo de tierra que amenazaba con desmoronarse a cada momento.

Pero todo estaba siendo arrojado de un lado a otro como paja bruscamente separada del grano. Para lo que iba a obtener de ello. Mangas Verdes bien podría haberse agarrado al cadáver del tejón gigante, o al efrit, que temblaba y ondulaba como la llama de una vela a punto de ser extinguida por el tornado que se alzaba sobre todas las cosas; o a Karli, que daba tumbos y giraba locamente por encima del bosque, aullando y tirando de su piel para arrancar las sanguijuelas, con sus largas uñas causándole tanto daño como las alimañas chupadoras de sangre.

Y entonces Lirio, el tejón, la alfombra y la tierra se deslizaron por entre sus dedos, pues estaba cayendo.

No había tiempo para conjuros...

Mangas Verdes chocó con los troncos.

Sólo sus gruesas ropas de lana la salvaron de sufrir lesiones fatales. Su capa se había enredado alrededor de su cabeza, y Mangas Verdes sintió que un centenar de deditos de madera tiraban de ella y le desgarraban la tela en vez de la piel. Su cabeza chocó con algo y empezó a dolerle. Un instante después Mangas Verdes se olvidó de ese dolor cuando su pie se hundió en un agujero y su cuerpo fue desplazado bruscamente en sentido opuesto. Mangas Verdes aulló al sentir cómo se le rompía el tobillo, y el dolor recorrió todo su cuerpo como una gigantesca ola, aturdiéndola y precipitándola en la oscuridad.

* * *

Los ojos de Norreen fueron los únicos que contemplaron el final

de la incursión de Karli.

El feroz céfiro surgido de la nada había alzado en vilo a la guerrera y luego la había vuelto a depositar en el suelo a quince metros de distancia, bajándola con tanta suavidad como si fuese un vilano. Aun así, la experiencia de haber volado por los aires sobre un viento asesino la había dejado aturdida y con las rodillas temblorosas, y Norreen buscó a tientas el sostén de un tronco cercano.

Desde aquel lugar presenció el descenso de la hechicera del desierto. Otras personas --tanto las que obedecían a Karli como las de aquel ejército-- se arrastraban lentamente por el campamento, o estaban sentadas con la cabeza apoyada en las manos, o permanecían inmóviles para no volver a moverse nunca más, con el aliento aspirado de sus cuerpos y los corazones detenidos. Incluso una gigantesca ogresa envuelta en harapos yacía con el rostro pegado al suelo, gimiendo, la espalda rota por un tocón de árbol que había vagado de un lado a otro.

Karli se había convertido en un horror salpicado de manchas rojas. Se había arañado la piel y se había arrancado los cabellos, y había desgarrado sus ropas para librarse de las horrendas sanguijuelas, aunque de hecho éstas habían empezado a morir apenas fueron sacadas de las aguas de su distante pantano. Furiosa, casi histérica de puro aborrecimiento y dominada por un irresistible deseo de salir de allí, la hechicera se abrió paso a través de los restos del campamento y fue hacia la tienda de Mangas Verdes.

Los arcones cubiertos de tallas, abiertos o hechos añicos, estaban esparcidos alrededor de un agujero que no se encontraba allí hacía unos instantes. Todo estaba cubierto de tierra. La hechicera cavó y hurgó en la confusión, arrojando objetos en todas direcciones mientras su búsqueda se volvía más frenética a cada momento que pasaba.

Norreen permaneció inmóvil, observando y haciéndose preguntas. La hechicera parecía tener una meta bien definida, algún tesoro que anhelaba, pues no se detenía para analizar nada de cuanto iba encontrando, sino que se limitaba a arrojarlo lejos para seguir cavando en el amasijo de restos..., y de repente Karli se quedó inmóvil, atónita ante su buena suerte.

Norreen contuvo el aliento.

La hechicera había encontrado una caja rosada del tamaño de una calavera. El objeto estaba recubierto por extrañas bandas de refuerzo, o --resultaba difícil estar segura-- tenía casi todos sus lados adornados con volutas y medallones, algunos cuadrados y otros

ovalados. Karli dejó escapar una alegre carcajada mientras estrujaba el artefacto contra su pecho.

Y entonces el objeto cayó por entre sus dedos.

Norreen dio un respingo. Por un momento le había parecido como si la mujer lo hubiese dejado caer en su nervioso entusiasmo. Pero no era así. La guerrera lo había visto con sus propios ojos.

La extraña caja se había escurrido entre sus dedos como si fuera de humo.

Karli se inclinó, perpleja y sin entender nada. Intentó levantar el objeto, pero no consiguió cogerlo. Sus manos eran tan incapaces de tocar la caja como de levantar el agua. Karli, cada vez más frenética, movió las manos una y otra vez a través de la imagen de la caja. Pero era inútil.

Enfrentándose a la magia con la magia, Karli acarició los botones que cubrían su maltrecha chaqueta y entonó un hechizo detrás de otro. Cada vez que hablaba intentaba agarrar la caja, y cada vez fracasaba. Lágrimas de frustración brotaron de sus ojos. Norreen comprendió que la hechicera había encontrado un magnífico tesoro..., y acababa de descubrir que no podía llevárselo consigo.

Pero... ¿Sería posible que la caja no quisiera ir con la hechicera, y que se hubiera vuelto intangible?

Karli, cada vez más furiosa, golpeó el suelo con los pies y lanzó feroces patadas al artefacto fantasmal. La hechicera echó la cabeza hacia atrás, y gritó con toda la potencia de sus pulmones hasta que se acordó de su situación. Muchos supervivientes esparcidos por el campamento, tanto defensores como incursores, habían vuelto la mirada hacia ella. Un par de soldados del ejército que había atacado empezaron a hablar en voz baja y buscaron una ballesta...

Lanzando a la caja una última mirada en la que había tanto desprecio como anhelo, Karli se puso en pie, se envolvió los hombros con los restos de su capa de plumas amarillas y empezó a ascender por el cielo para alejarse en un veloz vuelo.

Norreen, que era una veterana de muchas batallas, enseguida se dio cuenta de que había dejado abandonadas a sus tropas. Le habían fallado, por lo que las dejaba allí sin importarle lo que pudiera ser de ellas.

«Malditos sean todos los hechiceros», pensó.

Después suspiró, se incorporó y atravesó el claro. Tenía que encontrar a aquel hombretón del hacha. Parecía saber lo que estaba ocurriendo, y probablemente podría llevarla hasta Gaviota el leñador.

«Y también he de encontrar a esa pequeña hechicera», añadió mentalmente. A pesar de su mísero atuendo de huérfana sin hogar, debía de ser la famosa Mangas Verdes.

Con un poco de suerte, podría matar a Gaviota y a Mangas Verdes antes de que el ejército hubiera logrado recuperarse.

Y volver a Benalia.

Y recuperar a su hijo cautivo.

_____ 5 _____

--¡Eh, soldado! ¡Despierta! ¡Vamos, despierta de una vez!

Aturdido y medio inconsciente, con el cráneo pareciendo a punto de partírsele por la mitad de un momento a otro, Gaviota fue saliendo lentamente de un pozo oscuro para volver a la pálida luz del sol invernal. Los bordes del pozo todavía se alzaban sobre él con sus contornos irregulares y temblorosos, y el leñador los contempló en silencio hasta que se acordó de que aquellos objetos tan extraños eran troncos de coníferas. Oh, sí, había habido otra batalla. ¿Habían ganado, o habían perdido? Gaviota pensó que le gustaría ganar alguna vez, sólo para saber qué se sentía.

Y entonces se acordó de que Mangas Verdes había sido arrastrada hacia los cielos. Y Lirio también había sido llevada con ella. ¿Estaban...?

Norreen volvió a sacudirle y tiró de la única bota que le quedaba.

--¡Eh, chicarrón! ¿Qué haces ahí dentro? ¿Estás vivo, o te has muerto?

--No...

Gaviota tosió y escupió unas cuantas agujas de conífera. Se irguió y sintió un millar de arañazos, como picaduras de insectos. Se limpió el rostro con las manos, resbaló sobre unas cuantas ramas más y se hundió un poco para acabar chocando con algo frío y rígido.

Un caballo muerto.

Gaviota fue liberándose con lenta torpeza de las coníferas que lo aprisionaban, sintiendo los miembros tan tiesos y envarados como la montura muerta, y logró trepar por encima del caballo marrón. Debajo del caballo yacía un jinete vestido de azul con un tocón de árbol cubierto de sangre asomando a través de su pecho. Los tres se hallaban sostenidos por un nido de troncos aplastados. La mujer vestida de cuero le había despertado, y Gaviota vio cómo le ofrecía su mano enguantada y tiraba de él hasta liberarle de la trampa de madera.

--Gracias --murmuró--. ¿Has visto a mi hermana? ¿Y a la mujer de blanco? ¿Y mi bota?

«Ah --pensó Norreen--. Este buey estúpido es el hermano de Mangas Verdes, la hechicera.» Por eso mandaba a unos cuantos hombres, o tal vez desempeñara las funciones de un guardia personal. Probablemente llevaba un hacha de leñador para imitar al famoso general de aquel ejército. Parecía robusto y duro, pero torpe: tenía

docenas de cicatrices, y le faltaban tres dedos de la mano izquierda. Norreen pensó que era una suerte que le hubiera salvado la vida, ya que eso podía hacer que Mangas Verdes le estuviese agradecida y tal vez la ayudaría a acercarse a ella.

--Sí --respondió--. Está más adentro del bosque. Te he sacado de aquí para que podamos sacarla a ella.

--Oh, gracias. Eres muy amable --farfulló el leñador.

Sus labios estaban magullados, hinchados y en carne viva. De hecho, todo su rostro estaba cubierto de costras y arañazos, y la resina y las agujas de las coníferas que se le habían metido dentro de la camisa hacían que sintiera unos picores terribles. En aquel momento Gaviota deseaba un baño más que ninguna otra cosa, pero Mangas Verdes y Lirio tenían prioridad.

--Me has salvado la vida, y te lo agradezco --siguió diciendo--. Y también eres una gran guerrera... Fue como si bailaras por entre esos caballos, y no hubo ni un solo momento en el que corrieras peligro de que te hiriesen. ¿Cómo es que hablas nuestra lengua, cuando ninguno de los combatientes de esa hechicera morena la hablaba?

Los elogios hicieron que Norreen se sintiera invadida por una oleada de orgullo, aunque no era una gran guerrera sino una simple combatiente que nunca había destacado demasiado..., y además estaba gorda y lenta, y en aquel momento los músculos le temblaban y aullaban de dolor por todo su cuerpo. Pero en cuanto al resto, ¿qué había querido decir? ¡Ah! Pensaba que había sido conjurada por la hechicera. Muy bien, pues que siguiera pensándolo.

--Eh... Se me llevó de los confines de su tierra, allí donde termina el desierto.

--Así que tú también andas perdida, ¿no?

Gaviota empezó a buscar su bota y su hacha, y las encontró debajo de un montón de restos de coníferas. El leñador se abrió paso por entre los árboles, yendo hacia el claro del campamento. Norreen vio que cojeaba a causa de una lesión en la rodilla derecha, que parecía estar lisiada.

--Bien, lo lamento --siguió diciendo Gaviota--, pero no estás sola. Todos somos víctimas de los hechiceros, y todos estamos intentando volver al hogar.

Oír la palabra «hogar» hizo que Norreen sintiera una punzada de dolor en el corazón.

--Necesito hablar con Gaviota el leñador --dijo mientras le seguía, haciendo crujir los guijarros y ramitas bajo sus botas.

El hombre que caminaba delante de ella dejó escapar un bufido.

--¿Por qué?

Siguió avanzando hasta salir de entre los árboles. Casi todo el mundo estaba ocupado al otro lado del claro, allí donde la formación de los soldados había sufrido tantos estragos. Los seguidores del campamento gemían, inclinados sobre sus esposos muertos y unas cuantas esposas.

--Está haciendo un pésimo trabajo como general --dijo Gaviota con amargura--. Tendría que haber seguido dedicándose a cortar ramas.

El hombretón fue hacia el grupo más numeroso sin decir ni una palabra más, y Norreen le siguió. Soldados y seguidores del campamento estaban arrastrando cadáveres por encima del suelo y los colocaban en unas largas hileras. Hombres y mujeres lloraban, maldecían o trabajaban en silencio. Amma, una samita, líder de un abigarrado grupo de curanderos y sanadores, daba órdenes sobre qué heridos debían ser llevados a qué sitios. El hombretón permaneció inmóvil con su hacha al hombro hasta que la curandera vestida de blanco le llamó con un gesto de la mano.

Yaciendo en el suelo estaba Tomás, quien primero había sido un orgulloso sargento en sus cohortes rojas y había pasado a convertirse en uno de los líderes de batalla de aquel variopinto ejército primero, y en un agonizante después. Una gran herida relucía con destellos rojos en el nacimiento de su pelo. Sus ojos se alzaban hacia el sol, pues estaba ciego. Pero todavía conservaba una gran parte de la fuerza que siempre le había distinguido, y aún le quedaban las energías suficientes para agarrar la mano de Gaviota y tirar de ella.

--¡Gaviota! --gritó el agonizante, como si ya estuviera muy lejos de allí--. ¡General! ¿Puedes oírme?

Los ojos de Norreen estuvieron a punto de salirse de sus órbitas cuando el hombretón se inclinó sobre el soldado. Manos rojas mancharon su chaleco de cuero y buscaron a tientas su rostro moreno. Cuando respondió, Gaviota también lo hizo a gritos.

--¡Estoy aquí, Tomás! Estoy aquí... Siento que te hirieran, Tomás. Yo he tenido la culpa de todo.

El ciego se medio incorporó, aferrándose desesperadamente a Gaviota.

--¡No! ¡No, no es verdad! Estás haciendo todo cuanto puedes... ¡Luchas en defensa del bien! ¡No lo olvides nunca! Nos estás ayudando, nos ayudas a volver a casa... ¡Te necesitamos, Gaviota, y

también necesitamos a tu hermana! Tu causa es buena...

Las fuerzas y el alma se le escaparon en un largo suspiro, y Tomás volvió a caer sobre el suelo embarrado. Gaviota cerró sus ojos ciegos.

--Lo recordaré, Tomás. Te lo prometo.

Norreen no pudo contener un jadeo de sorpresa. ¿Aquel joven afable y lleno de consideración era el general del ejército, el famoso y temido Gaviota el leñador, el hermano de Mangas Verdes?

¿El hombre al que debía asesinar?

Unos roces suaves y el sonido de su nombre despertaron a Mangas Verdes. Abrió los ojos para encontrarse con un ángel de piel oscura suspendido encima de ella. El ángel tenía las facciones delgadas y una larga y lacia cabellera negra, y su rostro estaba muy serio y lleno de preocupación.

--Oh, K-Kwam... Eres t-tú.

--Sí, sólo soy yo --replicó Kwam en voz baja y dulce.

Kwam, uno de los estudiantes de magia y un ayudante más del campamento, estaba quitándole de encima las ramas que la cubrían.

--¿Cómo está? --preguntó una voz más ronca y un poco áspera.

Era la voz de Tybalt. Los dos estudiantes sacaron a Mangas Verdes del amasijo de ramas de conífera que le había servido de nido. Uno de los curanderos estaba ayudando a Lirio a levantarse de otro montón de madera a unos tres metros de distancia, pero Mangas Verdes chilló cuando intentó ponerse en pie. Su tobillo tembló y se dobló debajo de ella.

--¡Está roto! --baló Tybalt--. Iré a buscar a un curandero, prepararé una litera...

--Yo puedo llevarla --se ofreció el siempre amable Kwam.

Mangas Verdes estaba demasiado absorta en la difícil tarea de no mover su pierna --y hacer otro intento de ponerse en pie-- para protestar. El alto y delgado estudiante la alzó con delicada cautela, sosteniéndola con brazos sorprendentemente fuertes. Acunada junto a su pecho, Mangas Verdes volvió a sentirse como una niña..., pero contuvo el impulso de balancear la pierna. Su tejón se entretuvo unos momentos olisqueando las ramas, y después se apresuró a seguirles. Su gorrión, Hueso de Cereza, emprendió el vuelo desde alguna rama oculta y se posó sobre el chal de Mangas Verdes. Ver a sus amigos animales reconfortó a la muchacha, y sonrió. Kwam seguía estando muy serio, y concentraba su atención en ver dónde ponía los pies.

Tybalt fue despejando un camino por entre los restos de árboles.

El joven ya estaba hablando. Una incursión, un tornado y un encuentro con la muerte no iban a reducirle al silencio, ni a apartarle de su gran pasión.

--¡He echado un vistazo a los artefactos, y todos siguen ahí! Alguien dijo que esa hechicera de piel oscura estuvo hurgando entre ellos, pero que no se llevó nada. Extraño, ¿eh? ¡Oh, y he encontrado un..., no, dos usos más para esas cosas! ¿Quieres verlo?

--¿No po-podrías limitarte a co-contármelo? Ya l-lo veré lue-luego --tartamudeó Mangas Verdes, aturdida por el dolor mientras su cuerpo oscilaba lentamente hacia arriba y hacia abajo en los brazos de Kwam.

--¿Qué? ¡Oh, claro! En primer lugar, esa picadora de carne para hacer salchichas, o lo que parece una picadora de carne para hacer salchichas... ¡Bien, pues nunca creerías lo que salió de ella cuando metimos un poco de tocino dentro! ¿Y ese perro de latón? Empezó a ladrar...

Mangas Verdes apenas oyó su veloz parloteo. Estaba demasiado dolorida para poder prestarle atención, pero se dio cuenta de que Kwam procuraba moverla con la menor brusquedad posible. «Tendría que ser curandero --pensó distraídamente la muchacha--, en vez de ser un estudiante que siempre anda en pos de la magia...»

Torciendo el gesto para resistir una nueva punzada de dolor, Mangas Verdes vio que ya habían salido de la arboleda, y el corazón se le llenó de consternación cuando contempló la larga hilera de cadáveres que había en el claro. Pero intentó ser cortés.

--Sí, Tybalt, e-eso es es-estupendo. Me a-alegra que des-descubrieras esas co-cosas. --Y, en cierta manera, se alegraba de ello--. Fue g-gracias a ti, Tybalt, que pudimos traer a Tomás y a muchos o-otros hasta aquí...

Mangas Verdes fue interrumpida por la aparición de su hermano mayor, que fue hacia ella. Detrás de él avanzaba una mujer de extraño aspecto que vestía cuero negro y arreos de guerra. La túnica de piel de ciervo de Gaviota estaba manchada por nuevas huellas de manos ensangrentadas, y su expresión no podía ser más sombría.

--Si no hubiéramos traído a Tomás aquí, seguiría vivo en aquella isla --dijo el leñador--. Ahora está muerto, junto con muchos más. Tenemos que enfrentarnos a la realidad, Verde: no estamos consiguiendo nada.

* * *

La hoguera que ardía en el centro del círculo chisporroteaba, crujía y desprendía mucho humo, pues había sido encendida con madera verde. Las siluetas sentadas a su alrededor entrecerraban los ojos o se echaban a un lado cada vez que la brisa lanzaba nubes de cenizas hacia sus rostros. Docenas de soldados y seguidores del campamento, cocineros y curanderos, cartógrafos, bibliotecarios y escribanos estaban inmóviles alrededor de la hoguera formando una serie de anillos concéntricos, así como otros muchos cuyo propósito Norreen no conseguía imaginarse. Pero había muchas cosas que no entendía acerca de aquella variopinta muchedumbre.

En el centro estaba el consejo del ejército, un grupo que no podía tener un aspecto menos majestuoso y que se hallaba compuesto por Gaviota como su general, Mangas Verdes y Lirio como sus hechiceras, los centauros como exploradores, los sargentos rojos Varrius y Neith --con la ausencia de su camarada Tomás--, Bardo el paladín como jefe de exploradores, e incluso Stiggur, el muchacho que cabalgaba sobre la bestia mecánica.

Con una cena improvisada detrás de ellos, los líderes del ejército se habían sentado allí y discutían sus planes y estrategias para que todos pudieran oírlos, e incluso aceptaban los comentarios que iban llegando de fuera del consejo. Norreen, que procedía de un ambiente estrictamente militar, con una disciplina feroz, órdenes impartidas en código y una ausencia total de fraternización entre oficiales y soldados, no conseguía imaginarse cómo era posible que se consiguiera hacer algo ni cómo se obedecían las órdenes. Todo era increíblemente tosco e improvisado, y no tenía nada de extraño que perdieran todas sus batallas. ¿Y dónde estaban los piquetes de vigilancia, por el amor de Tifón? Es que aquellas gentes no sabían que el mejor momento para lanzar un segundo ataque era unas cuantas horas después del primero, cuando los supervivientes estaban cansados y dispersos e intentaban volver a agruparse?

--Ya lo s-sé --tartamudeó Mangas Verdes--. Ya sé que n-no lo es-estamos haciendo nada b-bien, pero l-lo estamos in-intentando.

La muchacha se dio cuenta de que su gorrión tenía frío, y colocó un pliegue de su chal alrededor del diminuto cuerpo del pajarillo.

Su hermano se rascó la cara, y torció el gesto cuando las uñas arrancaron unas cuantas costras.

--Bueno, nuestro padre solía decir «Mientras sigas intentándolo, estarás venciendo», pero me gustaría vencer de verdad aunque sólo fuese una vez. Me gustaría obtener un triunfo en vez de intentarlo. Hoy

ha habido... ¿Cuántos muertos ha habido hoy? Y por nada. Teniendo en cuenta como nos están yendo las cosas, bien podríamos pintar dianas en nuestras armaduras y llamar a los hechiceros para que probaran su puntería.

El campamento estaba sumido en el silencio, con sólo el chisporroteo del fuego y los gemidos de los heridos de la tienda que servía como hospital rompiendo la quietud de la noche. Norreen resistió la tentación de menear la cabeza. ¿Unas palabras tan llenas de derrotismo, aunque correspondiesen a la verdad, saliendo de los labios de un general? Resultaba impensable. Se suponía que un general siempre debía decir que había vencido, sin importar lo graves que hubieran sido las pérdidas.

--¿Cuánta g-gente hemos p-perdido? --preguntó Mangas Verdes, poniendo fin al silencio.

Un escribano, un hombre delgado vestido con prendas de color oscuro llamado Donahue, bajó la mirada hacia una pizarra llena de marcas hechas con tiza.

--Es difícil decirlo. Su caballería mató a seis soldados nada más llegar, Tomás incluido. Dos de los derviches murieron, uno pisoteado y otro a causa de una herida de sable. Una cocinera y su hija fueron abatidas. Dos niños fueron acuchillados, pero no hemos podido encontrar a sus padres. Faltan por lo menos cinco seguidores del campamento, que probablemente estarán perdidos en el bosque. Esperamos que vean la hoguera.

Gaviota dejó escapar un suspiro.

--¿Heridos? --preguntó después.

Amma, que llevaba una túnica azul y un sombrero blanco, consultó una tablilla de corteza que contenía anotaciones hechas con un trozo de carbón de leña.

--Tres de nuestros soldados probablemente morirán, y cuatro puede que se recuperen. Un estudiante sufrió graves quemaduras al caer dentro de la hoguera, y probablemente morirá. Un cocinero tiene una pierna rota y heridas internas. Fue pisoteado por un caballo, y no sé nada sobre su estado. Un viejo recibió un fuerte golpe en la cabeza, y probablemente nunca despertará... Nadie sabe quién es. Una de mis sanadoras perdió una mano intentando desviar un ataque, y debería vivir. Uno de los exploradores tiene una herida en el hombro que puede acabar infectándose... --Había otras heridas y lesiones menores que Amma recitó antes de concluir--. Y Mangas Verdes tiene un tobillo roto y no puede caminar. Además, media docena de esos

combatientes de caballería de tierras lejanas y los jinetes de las alfombras voladoras están heridos: cuatro deberían recuperarse.

--Si aceptan la oferta, incorpóralos al ejército. --Gaviota volvió a suspirar--. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

--¡No! --chilló una mujer desde el círculo más alejado de la hoguera--. Han matado a mi Hassel, ¿y quieres que se unan a nosotros? --gimoteó, despeinada y llorosa--. ¿Querían cortarnos el cuello a todos, y tú vas a darles de comer? ¡Eso no está bien! ¡Es un insulto a mi pobre esposo muerto!

Gaviota recorrió con la mirada el anillo de rostros, volviendo su cara enrojecida por la luz de la hoguera de un lado a otro. Cuando respondió, lo hizo en voz baja y suave.

--No se trata de eso. Te llamas Attira, ¿verdad? Siento que Hassel haya muerto, pero debes recordar que todos estamos juntos en esto. Esos soldados del desierto fueron obligados a luchar por la magia de la hechicera. No tenían elección. Nosotros sí podemos elegir, y estamos decididos a cambiar las cosas. Aunque admitiré que de momento no las hemos cambiado mucho...

Norreen no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Un general discutiendo con una arpía envuelta en harapos, una de las rameras que seguían al campamento? Un verdadero líder habría hecho que la azotaran y la descuartizaran. ¿Y admitir el fracaso, las equivocaciones y la impotencia? ¡Aquello no era un ejército, sino una chusma! Haría un gran favor al mundo decapitando a aquellos imbéciles.

¿Por qué nada de lo que decían tenía sentido? ¿Cambiar las cosas? ¿Qué cosas? No podías cambiar el mundo: lo único que podías hacer era sobrevivir en él.

Pero entonces se acordó de que Garth, el hombre al que amaba, había traído el cambio y el caos a toda una ciudad malvada, transformándola para siempre sin ayuda de nadie y provocando la caída de sus casas más corruptas y poderosas, mejorando las vidas de miles de personas...

El consejo oyó los otros informes. El jefe de cocineros informó de que la comida, consistente mayoritariamente en raciones de campaña, no se había echado a perder, aunque no tardarían en necesitar carne fresca. Los cazadores informaron de que en aquel bosque no había absolutamente nada que cazar, salvo pájaros. Si el ejército se acercaba un poco más a los riscos del este, quizá allí podrían encontrar cabras monteses y ciervos. El escribano informó de que muchas de las tiendas habían quedado tan destrozadas que no podían

ser reparadas, aunque habían recuperado a la mayor parte de caballos y mulas. Liko, el gigante, y Stiggur, montado en su bestia mecánica, eran unos expertos en la labor de reunir animales extraviados y conducirlos. Kamee, jefe de los cartógrafos y bibliotecarios que iban compilando los mapas del territorio, informó de que muchos pergaminos habían ardido o habían sido pisoteados, con lo que su trabajo se había perdido. Tybalt, el estudiante de magia, informó de que algunos artefactos mágicos habían quedado totalmente destrozados cuando el demonio púrpura los dejó caer, pero que la mayoría seguían estando intactos.

Gaviota y Mangas Verdes oyeron los informes, ninguno de ellos demasiado estimulante. La gente empezó a murmurar en voz baja. Un niño gritó que tenía mucho sueño y que quería a su papá.

--Así que hemos sobrevivido --dijo por fin el leñador con voz pensativa--. Pero ¿estamos más cerca de nuestra meta? ¿Quién puede decirlo?

Norren no pudo seguir conteniendo su curiosidad por más tiempo.

--¡No lo entiendo! ¿Cuál es vuestra meta? ¿Qué podéis esperar lograr avanzando a través de este bosque olvidado por los dioses? ¿Qué hay aquí que se pueda conquistar o conseguir?

Todos se callaron. Gaviota, Mangas Verdes, Lirio y los demás miraron a Norreen con ojos repentinamente llenos de curiosidad, hasta que la guerrera se maldijo a sí misma por haber atraído su atención. Pero cuando habló, la voz del leñador sonó tan afable y tranquila como siempre.

--Sí, claro, eres nueva... --dijo--. Después deberíamos reunir a los otros conversos y contárselo también. Vamos a ver si puedo explicártelo...

Gaviota le contó rápidamente cómo él y Mangas Verdes habían vivido apaciblemente en un valle del este llamado Risco Blanco..., hasta el día en que dos hechiceros y sus séquitos surgieron de la nada. Los hechiceros habían empezado a luchar entre ellos nada más materializarse, conjurando soldados, monstruos y desastres procedentes de todos los Dominios, firmemente decididos a aniquilarse el uno al otro. La aldea de Gaviota y Mangas Verdes se vio atrapada en aquel fuego cruzado, y fue como si los dioses hubieran encendido una hoguera encima de un hormiguero. Los soldados, bárbaros y trolls y la lluvia, el diluvio de piedras y un terremoto sólo necesitaron unas horas para devastar toda la aldea. Los hechiceros acabaron esfumándose, pero pocos días después su legado --la falta

de agua, la plaga traída por las ratas, los vampiros y la infección--había barrido al resto de la aldea. Los supervivientes se habían marchado y todos se fueron salvo Gaviota y Mangas Verdes, que se quedaron allí más por pura tozudez que por ninguna otra razón.

O eso hizo Gaviota, pues en aquellos días Mangas Verdes era meramente una retrasada. Acamparon en el bosque y se encontraron con algunos integrantes de los ejércitos de los hechiceros que habían sido abandonados allí por sus líderes: el gigante Liko, que había perdido su brazo derecho entre las fauces de una hidra, los centauros Helki y Holleb, la bestia mecánica, e incluso un trasgo inútil llamado Sorbehuevos.

--¿Inútil? --preguntó una vocecita estridente.

El ladrón de piel gris verdosa, una diminuta silueta que le llegaba a la cintura a un adulto, asomó por detrás de un haz de ramas y amenazó a Gaviota blandiendo una gran cuchara.

--¡No soy un inútil! ¿Quién hizo huir a los lobos...?

--¡Eh! --le interrumpió un cocinero--. ¡Esa cuchara es mía!

Sorbehuevos soltó un balido ahogado y giró sobre sus talones para echar a correr, derribando un trípode de hierro y derramando todo un caldero de sopa encima de la hoguera y extinguiéndola. El trasgo se esfumó en la oscuridad, saltando y frotándose la pantorrilla con el cocinero detrás de él.

En circunstancias normales todos se habrían echado a reír, pero estaban demasiado cansados. Gaviota se limitó a suspirar.

--Quizá ése es nuestro problema. Nuestro amuleto de la buena suerte es la mala suerte personificada... ¿Dónde estaba? Oh, sí...

Algún tiempo después, Gaviota había entrado a formar parte del séquito de un hechicero que viajaba con una caravana de carros. La razón, como había acabado sabiendo, era que aquel hombre tenía el poder de hipnotizar y mentir como una cobra. Después, casi demasiado tarde, descubrieron que el hechicero Liante se había dado cuenta de que Mangas Verdes tenía poderes mágicos ignorados, y había planeado sacrificarla..., así como a Lirio. Su plan no había podido salir peor, pues las dos hechiceras carentes de adiestramiento y los abigarrados compañeros de Gaviota le dieron una buena paliza e hicieron que Liante tuviese que huir para salvar su vida.

Aunque sólo después de que muchos, muchos inocentes hubieran muerto.

--Así que, dejando aparte a Lirio y a mi hermana, los hechiceros sólo nos han causado dolores y sufrimientos. Son como tiburones, o

chacales, o dragones... Luchan entre ellos y se comen la magia de los otros hechiceros para llegar a ser más fuertes. Los mortales sólo somos ganado que utilizar, de la misma manera en que los dioses utilizan a los hombres. Pero estas reses que tienen delante han decidido que no se dejarán utilizar.

»Este ejército --y Gaviota alzó las manos para abarcar a toda la abigarrada masa de combatientes y seguidores del campamento-- está formado por víctimas de las rapiñas de los hechiceros, y todos nos hemos jurado dedicar nuestras vidas a encontrar hechiceros y detenerlos.

»Y mientras lo hacemos, también tratamos de encontrar el camino de vuelta a nuestros hogares..., si podemos. Los hechiceros no vacilan ni un instante a la hora de arrancar personas o animales de sus hogares y lanzarlos al centro de una batalla que se libra a centenares de leguas de distancia, para abandonarlos y huir después cuando el discurrir del combate empieza a serles desfavorable. Los Dominios son tan vastos que ningún mapa puede contenerlos, por lo que pueden pasar años antes de que algunos de nosotros encuentren sus hogares..., o tal vez no los encuentren nunca. Y muchos, como el pobre Tomás, nunca los encontrarán. Y por eso tenemos cartógrafos que dibujan mapas de todos los sitios a los que vamos e interrogan a todas las personas con las que nos encontramos, y bibliotecarios, que examinan las historias, rumores y cuentos buscando las verdades que puedan contener e intentan obtener un mapa completo a partir de ellas.

»Pero no resulta fácil --siguió diciendo Gaviota, mientras todos escuchaban con atenta fascinación la historia de la que todos ellos formaban parte--. Llevamos nueve meses viajando, recogiendo almas perdidas en todas partes y buscando otros hechiceros para que podamos controlarlos y detenerles... Para matarlos, si es que llega a ser necesario, aunque todavía no sabemos cómo hacerlo. Y también buscamos nuestros hogares, claro..., o la mayor parte de nosotros los buscan. Mangas Verdes y yo ya no tenemos un hogar.

»Hasta el momento --concluyó Gaviota-- nos hemos encontrado con dos hechiceros y hemos derrotado a sus ejércitos o monstruos, pero siempre han logrado escapar... Aun así, todos somos voluntarios y luchamos con todas nuestras fuerzas y todo nuestro corazón, por lo que tenemos ventaja cuando nos enfrentamos a tropas que luchan únicamente porque la magia les obliga a luchar. Puede que estemos desorganizados, y todavía más ahora que Tomás ha muerto, pero

sabemos luchar. Y seguimos intentando alcanzar la meta que nos hemos marcado.

El leñador hizo una pausa para recuperar el aliento.

--¿Tiene esto algún sentido, o estamos locos?

Norreen, que estaba fascinada por la historia, se sobresaltó.

--¿Qué? --balbuceó--. No. Pero... Nunca había oído hablar de hechiceros que pretendieran ayudar a la gente, no sin pedir un rescate digno de un rey a cambio. En mi tierra, incluso los curanderos piden oro a cambio de atender la herida más insignificante.

Gaviota se echó a reír.

--¿Qué es el oro? ¡En todo este ejército no hay nadie que reciba una paga! Compartimos el botín que encontramos, pero siempre es muy escaso.

--¿No se les paga? --preguntó Norreen--. Nunca había oído hablar de un ejército que pretendiera ayudar en vez de hacer daño... Es como..., como una cruzada.

Sus palabras provocaron un coro de murmullos. La noble palabra nunca había sido pronunciada antes. Norreen pensó que se estaba comportando como una estúpida: se suponía que debía infiltrarse en aquel ejército y asesinar a sus líderes, no atraer la atención y pregonar sus opiniones.

--¿D-Dónde está t-tu ti-tierra? --preguntó Mangas Verdes--. ¿Y cómo te lla-llamas?

--¿Eh? Oh... Ah... Me llamo Rakel. --Era su verdadero nombre, que llevaba años sin usar--. Vengo de..., de las Tierras del Sur, cerca de las comarcas más remotas del país de Gish. Mi... Eh... Mi gente cultiva uvas y las prensa para hacer vino.

O eso había hecho Garth hasta que la magia se adueñó de su alma y se lo llevó. Garth también era una víctima de la magia.

Como lo eran todas las personas que había en aquel campamento. Pero se habían unido en una causa, una cruzada para ayudar a las gentes corrientes, no para adquirir poderes o riquezas sino para ayudar a los inocentes.

«Es como algo salido de una historia», pensó. Sí, era algo directamente surgido de uno de esos viejos cuentos que se narraban a los niños sobre los días gloriosos de Benalia, cuando era una ciudad fabulosa decidida a mejorar las vidas de todos..., en vez de un laberinto repleto de intrigas donde todo estaba en venta, la lealtad y el honor incluidos, al igual que los guerreros --como ella misma-- y sus almas.

Y si asesinaba a esos hermanos tan llenos de bondad y dulzura y ponía fin a aquella cruzada, el mal que reinaba en el mundo lanzaría aullidos de triunfo.

Pero si no los mataba, nunca volvería a ver a su hijo...

--Bien, ¿te unirás a nuestra... cruzada? --preguntó Lirio, que había guardado silencio hasta aquel momento.

--S-Sí --dijo Norreen, que había pasado a ser Rakel--. Lo haré. Gracias.

Pero las lágrimas se deslizaron por sus mejillas mientras hablaba.

_____ 6 _____

--¡Aquí está! --exclamó Tybalt con voz triunfante, alzando lo que parecía una picadora de carne--. ¡Esperad a que hayáis visto lo que puede hacer!

A la mañana siguiente el campamento había recobrado una apariencia de orden, y Mangas Verdes tuvo ocasión de volver a ocuparse de su séquito mágico. Tybalt, que era algo así como su líder oficial, ardía en deseos de mostrar sus últimos descubrimientos. El muchacho fue llenando la picadora, metiendo una serie de cosas en el embudo superior mientras hablaba a toda velocidad en un incesante parloteo dirigido tanto a sí mismo como a su audiencia.

Mangas Verdes estaba sentada delante de su tienda en una silla hecha con arbolillos y ramas cortadas a toda prisa. La estructura que se alzaba sobre el suelo fangoso y repleto de raíces le ofrecía un asiento de lo más aromático, aunque un poco precario. Su tobillo entablillado estaba sostenido por una caja, y palpitaba dolorosamente a pesar de la mixtura de rebrilla, hinojo, rosaderas y otras hierbas preparadas por Amma. Hueso de Cereza, el gorrión, iba y venía por la pierna de Mangas Verdes, dando saltitos sobre ella como si fuese la rama de un árbol. El tejón dormía, lanzando gruñidos dirigidos a enemigos fantasma.

Mientras Tybalt y dos estudiantes más se afanaban, Mangas Verdes alargó una mano callosa y más bien sucia y rozó a Kwam con las puntas de los dedos. El alto y delgado estudiante, siempre callado y serio, reaccionó de una manera bastante curiosa, pues dio un salto.

--Lo s-siento, Kwam --dijo Mangas Verdes--. Sólo quería a-agradecerte t-tu ayuda. Me re-refiero al que me lle-llevaras en brazos...

El estudiante de magia parecía tan confuso que sólo pudo ruborizarse y desviar la mirada, y Mangas Verdes intentó entender su reacción. ¿Sería que no le caía bien? Kwam murmuró que no había nada que agradecer, y después se fue a toda prisa a traer algo.

Mangas Verdes suspiró. Siempre era tan torpe con la gente... Ya tenía diecisiete años, pero en muchos aspectos se sentía como si sólo tuviera uno o dos. Desde su nacimiento en la aldea de Risco Blanco, tan dominada por la misteriosa presencia del Bosque de los Susurros, Mangas Verdes siempre había sido medio retrasada. Su familia --todos estaban muertos, salvo su hermano, sin que nunca se les hubiera agradecido su paciencia como se merecían-- dijo que se le

«había dado el don de la segunda vista» y la había aceptado, tolerando las molestias que causaba y soportando sus torpezas y pequeñas travesuras con bondadosa amabilidad. Su hermano Gaviota había cargado con la peor parte y había aguantado la pesada carga de sus vagabundeos, pues se había acostumbrado a llevársela consigo al bosque cuando iba a cortar leña, tanto para disfrutar de su compañía como para impedir que causara problemas en la aldea. Mangas Verdes había sido sorprendida en muchas ocasiones abriendo las jaulas de los conejos y los hornos del pan, haciendo saltar trampas y sacando bebés de sus cunas, o desatando a los perros y robando pasteles.

Por aquel entonces nadie había sospechado --y la joven nunca había sabido-- que la extraña magia del Bosque de los Susurros había investido su alma y su espíritu con una magia tan poderosa que se había impuesto a su mente. Cuando hubieron dejado el bosque a su espalda, Mangas Verdes empezó a pensar con claridad por primera vez en su vida; pero todavía llevaba tanta energía mística dentro de ella que era capaz de mover la magia de un lado a otro, igual que un niño puede amontonar la tierra enfangada para hacer pasteles de barro con ella.

Pero, como en el caso del niño, su control era errático, falto de adiestramiento y lamentablemente ignorante.

Mangas Verdes era un arco tensado al máximo en el que no se podía colocar una flecha y que carecía de un blanco contra el que disparar. ¿Y de qué servía el poder carente de control? Un rayo podía destruir árboles, pero ¿quién quería ver sus árboles hechos pedazos?

Sola en el bosque, recorriéndolo en vagabundeos que abarcaban muchos kilómetros y sin más cerebro que una marmota, la muchacha se había hecho amiga de lobos de las montañas, dríadas, tejones enormes y pequeños, osos, elfos, cardenales, jaguares, abejas, gentes de los árboles y docenas de criaturas más.

Pero en cuanto a relacionarse con las personas... Mangas Verdes las amaba, pero no siempre podía entenderlas. Había pasado a tener muchos amigos --Lirio, Kwam, Tybalt, y finalmente Rakel, la última incorporación al círculo de sus amistades--, y sin embargo nunca sabía qué estaban pensando.

Y, de hecho, había muchos momentos en los que ni siquiera ella misma entendía del todo los extraños pensamientos que pasaban por su propia cabeza.

--¡Muy bien! --La exultante voz de Tybalt interrumpió el curso de

sus pensamientos--. ¡Estamos preparados para empezar!

Tybalt era un misterio para todos, pues nadie sabía si era humano, elfo, medio elfo o incluso medio enano..., o alguna otra cosa. Había oído hablar de su cruzada hacía algunos meses y había cruzado muchas tierras --con su enorme nariz, sus patillas de pelos tan tiesos que parecían alambres, su gorra púrpura, sus increíbles ropas de payaso y todo lo demás-- para unirse a ellos. Cuando explicó que era un «experto en artefactos mágicos» (lo cual podía ser verdad, y también podía no serlo), Mangas Verdes se apresuró a poner en sus manos los arcones, jarras y demás cachivaches que habían sacado de entre los restos del carro de Liante. Poco a poco Tybalt había ido encontrando más estudiantes de magia, como Kwam. Junto con dos mujeres, Ertha y Daru, los cuatro dedicaban todo su tiempo a experimentar con el contenido de los arcones, aunque ninguno de ellos era capaz de producir conjuros.

Hasta el momento, no habían hecho muchos descubrimientos.

El objeto que hasta aquel momento había pasado por ser una picadora de carne para hacer salchichas estaba encima de un cofre, al que Tybalt lo había sujetado bastante torpemente mediante unos clavos. Tybalt movió una mano en un melodramático vaivén.

--Esto parece una simple picadora de carne para hacer salchichas, ¡y lo cierto es que puede utilizarse para hacer salchichas! Mete carne, especias y sebo en el embudo de arriba, coloca el envoltorio en el agujero de salida que hay aquí, ¡y obtendrás una salchicha! Pero... ¡Hay más! Hemos invertido muchas horas en hacer experimentos...

--¿Podemos seguir adelante con la demostración? --preguntó Daru, más vieja, corpulenta y rubicunda--. Estás consiguiendo que me entre hambre.

--Oh, desde luego. Eh... Oh, así que hemos rellenado el embudo con mezclas de todo lo que conseguimos encontrar. Ahora, tenemos... A ver... Sí, tenemos tocino salado, sesos de ciervo, hojas de espino, tierra, ramitas de conífera, cera y un pellizco de sal...

Mangas Verdes se inclinó hacia adelante en su complejo y retorcido asiento de ramas. Poner expresión expectante quizá haría que Tybalt por fin siguiera adelante con la demostración.

--Bien, ¡contemplad y asombraos! --concluyó Tybalt.

Agarró vigorosamente la manivela y empezó a darle vueltas mientras Daru usaba una ramita para ir apretando la mezcla dentro del embudo. La máquina crujió y chirrió, y Mangas Verdes clavó la mirada

en el agujero de salida. Esperaba ver cómo el relleno de salchicha rezumaba por él y caía al suelo..., pero el relleno brotó con una apariencia extrañamente sólida, como si ya estuviera metido dentro del envoltorio.

La joven hechicera dio un respingo de sorpresa.

Lo que estaba saliendo por el agujero de acero era la cabeza de una serpiente.

Un hocico con dos agujeros nasales fue seguido por las gruesas mejillas de una serpiente de cascabel. La cabeza era de color verde salpicado por irisaciones amarillas: el color de las ramas de conífera mezclado con el de la cera, quizá. Parecía como si la serpiente se hubiera metido en la máquina por accidente y estuviera intentando salir de ella. Pero Mangas Verdes sabía que eso era imposible...

--¡Cuidado! --advirtió Kwam, con un grito tan estruendoso que la joven hechicera dio un salto.

El ruido hizo que el tejón desapareciera al instante, y Hueso de Cereza se apresuró a emprender el vuelo.

Tybalt estaba tan concentrado en la labor de hacer girar la manivela, y Daru en la de asegurarse de que la máquina no le pillaba los dedos, que ninguno de los dos se había dado cuenta de la aparición de la serpiente. El reptil de un metro y medio de longitud cayó sobre el suelo embarrado con un estremecimiento, un siseo y un golpe ahogado. Enfurecida --quizá ante la frialdad de la tierra, quizá por el ruido o por la tosca conjuración en sí--, la serpiente de cascabel se enroscó instantáneamente sobre sí misma y se preparó para atacar. Sus largos colmillos eran tan blancos como astillas de hueso y relucían con el veneno que goteaba de ellos.

La criatura centró toda su escasa y miope vista en la pierna herida de Mangas Verdes. Mientras Tybalt y Daru se apartaban de un salto, la serpiente agitó la cola con un breve cascabeleo que sonó como un zumbido de irritación, y se preparó para hundir sus colmillos.

Por muy amiga de los animales que fuese, Mangas Verdes no pudo evitar ponerse a chillar...

... y Kwam se interpuso entre ella y la serpiente.

La serpiente de cascabel estalló en una erupción de veloz movimiento, desenroscándose y atacando con un impacto tan poderoso como el de un garrote. El estudiante de magia dejó escapar un gruñido cuando la cabeza chocó con su rodilla y los colmillos se hundieron como agujas a través de la pernera de su pantalón de lana. La serpiente se retorció para liberar sus dientes, perdiendo uno que

quedó atrapado en la tela. Sus poderosas rotaciones hicieron que Kwam se tambalease de un lado a otro, bamboleándose como un árbol bajo los embates de un vendaval.

Y entonces Tybalt, que por fin había recobrado el control de sí mismo y había comprendido lo que estaba ocurriendo, alzó la picadora de carne y la dejó caer sobre la serpiente.

La venenosa criatura se echó hacia atrás para morder al hechicero pródigo, pero tenía la columna vertebral rota y sólo consiguió ejecutar un débil medio giro. Kwam dejó caer su pesada bota sobre la cabeza del reptil mientras éste intentaba volverse. El largo y fuerte cuerpo se agitó y se flexionó, chasqueando como un látigo para ir quedando gradualmente inmóvil después.

Tybalt echó hacia atrás su gorra púrpura y se secó la calva.

--¡Uf! ¡Caramba! ¡Nunca habíamos creado una serpiente venenosa! ¡Siempre eran pequeñitas, meras culebrillas de jardín! Me pregunto si no habremos puesto demasiada pimienta...

Después dejó escapar un balido de sorpresa cuando Kwam cayó sobre él.

* * *

Una vez disipada la confusión --cuando la pierna de Kwam estuvo atada con un torniquete y fue transportado hasta la tienda-hospital, Amma abrió la herida y extrajo el veneno chupándola, los sanadores hubieron masajeado sus brazos y sus piernas para esparcir el veneno por todo su cuerpo y diluirlo, y se declaró que sobreviviría--, Tybalt tuvo grandes dificultades para despertar algún interés hacia otro artefacto mágico.

--Veamos lo que tenemos aquí. --Alzó un perro de hojalata al que se le podía dar cuerda y que estaba colocado sobre un pequeño pedestal, como si fuera una caja de música. Por una vez, Tybalt no esperaba que nadie le prestara atención y habló en voz baja--. Lo sacamos de una caja que tenía una cerradura mágica. Cuando le das cuerda y lo acercas a una persona capaz de utilizar la magia, entonces...

Hizo girar una llavecita en la espalda del objeto y el perro giró al instante sobre su base, dirigió su hocico de hojalata hacia Mangas Verdes y Lirio y empezó a ladrar. «Yipyipyipyipyipyip», ladró durante largos minutos que produjeron un efecto lamentable sobre los nervios de todos los presentes, y siguió ladrando hasta que se le acabó la

cuerda.
Tybalt recorrió con la mirada el círculo de rostros muy serios que le contemplaban bajo la pálida claridad del amanecer.
--Impresionante, ¿verdad?
Mangas Verdes se recostó en la silla de ramas e intentó no suspirar. Hueso de Cereza volvió, y la joven le ofreció un dedo para que se posara en él.
--Sí, Tybalt, es im-impresionante. M-Muy bo-bonito. Y ahora llévatelo, p-por favor.
Tybalt asintió con expresión abatida y se apresuró a esfumarse con su juguete de hojalata. Daru y Ertha estaban descifrando un rollo de pergamino, trabajando con las cabezas inclinadas y sin hacer ningún ruido. No sentían ningún deseo de compartir la vergüenza de Tybalt.
Gaviota había venido corriendo en cuanto el estudiante de magia se derrumbó, y Rakel le había seguido como una sombra. (Si Gaviota se había dado cuenta de ello, no hizo ningún comentario al respecto.)
--Me pregunto si fue así como Liante supo que tú y Lirio teníais poderes mágicos --comentó distraídamente con voz pensativa--. Pero ¿por qué no oísteis esos ladridos?
Mangas Verdes alzó las dos manos hacia el cielo y las dejó caer lentamente.
--N-No...
La joven se rindió. Hablar resultaba demasiado difícil, y su tartamudeo la agotaba. Mangas Verdes se había sentido mucho más a gusto antes, cuando sólo podía emitir ruidos animales y olisqueaba como un tejón, parloteaba como una ardilla y silbaba como un arrendajo.
Rakel levantó una mano enguantada y dirigió un dedo hacia la caja rosada rodeada de extrañas bandas colocada encima de otro arcón, señalándola con tan poco interés como si acabara de fijarse en ella.
--¿Qué es esa cosa tan fea?
Todo el mundo miró en esa dirección. Lirio, que había estado sentada en silencio mientras adornaba una camisa con bordados, se encargó de responder a su pregunta.
--Creemos que es un cofre de maná --dijo--. Liante lo hizo sacar del fondo de un cráter. Cayó del espacio. Se supone que almacena maná, energía mágica, pero no hemos conseguido averiguar cómo lo hace. Liante lo llevaba encima de su cabeza, sujeto con un pañuelo,

cuando intentó sacrificar a Mangas Verdes, pero no creemos que sea la forma adecuada de utilizarlo. --La ex bailarina contempló con más atención a la guerrera--. ¿Por qué lo preguntas?

--Mera curiosidad.

Rakel se encogió de hombros. Sabía que ése era el objeto que la hechicera Karli había codiciado, pero que no había podido llevarse consigo porque se había vuelto intangible. Pero Rakel se guardó aquel conocimiento para sí misma, pues podía acabar resultando útil.

--Es horrible.

Lirio asintió, aunque sin una corroboración verbal, y volvió a concentrarse en su labor de bordado. Sin mirar hacia allí, se dio cuenta de que Gaviota se marchaba y de que la guerrera Rakel le seguía los pasos. Lirio dejó escapar un ruidoso suspiro y su mano tiró de un hilo con demasiada fuerza, rompiéndolo.

Mangas Verdes imitó su suspiro.

--¿Tú también, Lirio?

Lirio dejó su labor y clavó la mirada en el cielo.

--¿Qué vamos a hacer, Mangas Verdes? ¿Qué podemos hacer?

Mangas Verdes se levantó, cojeando sobre su pie bueno, e hizo girar su silla hasta dejarla de cara a su amiga, que estaba sentada encima de un escabel. El aire de comienzos del invierno era frío, pero las capas de lana que la envolvían hacían que la débil claridad solar resultara bastante agradable. El trabajo del campamento proseguía a su alrededor: un ajetreo continuo, niños que gritaban y se perseguían unos a otros, los sargentos que aullaban órdenes mientras entrenaban a sus nuevos reclutas, el olor de una comida que hervía en la olla, un padre cantando a un bebé que colgaba de su espalda mientras él daba martillazos sobre un pequeño yunque... Hueso de Cereza se metió un poco más adentro de la capa de Mangas Verdes y se quedó dormido.

Pero las dos mujeres estaban inquietas, y se les notaba.

--Quizá s-si repasáramos l-lo que sa-sabemos... --empezó a decir Mangas Verdes.

--¡Ya lo hemos hecho un millar de veces!

--¡Lo s-sé, lo sé! Pero quizá s-se nos ha pa-pasado por a-alto algo.

Lirio reprimió otro suspiro. Estaba harta de compadecerse de sí misma.

--Muy bien, intentémoslo. ¿Qué es lo que sabemos? Bueno, de hecho no sabemos nada aparte de lo que hemos visto y hecho... Así

pues, y basándonos en eso, ¿qué sabemos con certeza?

Lirio siguió hablando e inició una enumeración. Al parecer, los hechiceros tenían la capacidad (en cuanto a de dónde surgía, eso era algo que nadie sabía) de trasladar cosas de un sitio a otro mediante conjuros. Cuando, mediante sus viajes, podían tocar cosas, los hechiceros también podían «marcarlas» (para usar el término empleado por Tybalt). De esa manera formaban un catálogo de animales, plantas, accidentes del terreno como las estalagmitas, fuentes de magia como los lotos negros, praderas encantadas y toda clase de criaturas. Esas cosas contenían «maná», una energía mística a la que los hechiceros podían acceder y que podían utilizar (nadie sabía cómo). Un hechicero que hubiera marcado algo, posteriormente podía manipular el maná (¿de las tierras en las que se encontraba, de las tierras que había estado recorriendo y catalogando, o del interior de su propia persona?) e invocar el objeto, haciendo que apareciese ante él.

Y, de alguna manera igualmente ignorada, también podía obligar al objeto o criatura invocada a que luchara en su beneficio.

Después de haber sido adiestrado en el arte de la creación de magia, naturalmente.

Ni Mangas Verdes ni Lirio habían recibido ningún adiestramiento. Sólo podían hacer magia a través de la intuición y las corazonadas, y a veces no podían hacer ningún conjuro.

Suponían que Mangas Verdes había ido siendo impregnada de magia desde su nacimiento por el Bosque de los Susurros y que, si se encontraba bajo una presión lo suficientemente grande, podía conjurar una cosa que hubiera tocado en el pasado. Pero no podía desplazarse a través del vacío («deslizarse», otra de las palabras de Tybalt), como hacían Liante y otros hechiceros a los que habían visto. ¿Por qué no? ¿Cómo hacerlo? ¿Por qué los conjuros de Lirio brillaban con un resplandor blanco, mientras que los de Mangas Verdes ondulaban con el centelleo de los colores de la tierra? ¿Cómo se las arreglaban otros hechiceros para controlar hordas enteras de demonios? ¿Se habían aventurado por tierras de demonios y habían tocado a uno? Nadie lo sabía, aunque todos --Mangas Verdes, Lirio, Tybalt y los bibliotecarios-- tenían un centenar de ideas, vagas nociones y retazos de historias y viejas leyendas entre las que buscar las respuestas.

Pero pese a toda la confusión que padecía Mangas Verdes, la situación de Lirio era todavía peor. Sabían que poseía capacidades mágicas, pues en un momento de terrible presión, cuando Mangas

Verdes había estado a punto de ser sacrificada, Lirio había deseado que Gaviota estuviera allí y había invocado al leñador desde una isla lejana a la que había sido expulsado. En esa ocasión sus manos habían ardido con un resplandor blanco (la ex prostituta rió con amargura ante la idea de que su persona poseyera alguna clase de blancura.) Desde entonces. Lirio no había tenido absolutamente ningún éxito con ninguna clase de hechizos.

Salvo una.

Lirio y Mangas Verdes eran hechiceras, y no tenían forma alguna de controlar sus poderes. Cierto, Mangas Verdes podía conjurar jaguares, lobos y muros de espadas, pero nunca deprisa o con excesiva facilidad..., y bastaba con ver sus morados, y los de sus seguidores, y la hilera de tumbas recién cavadas allí donde empezaba el bosque, para saber hasta qué punto era poco fiable su magia.

De hecho, si no fuera por Tybalt y sus estudiantes, quizá no existiera ningún ejército. Los estudiantes habían estado jugueteando con un aro de plata adornado con incrustaciones de coral y habían hecho surgir de la nada una puerta iridiscente que llevaba a la isla tropical en la que Liante desterraba a sus prisioneros. Cruzar la puerta y poner los pies en la isla les había permitido rescatar a los soldados rojos Tomás, Neith y Varrius, a Bardo y a un puñado de orcos, y descubrir nuevos objetos extraños e incomprensibles, como la estatua de arcilla oriental. Los combatientes se habían convertido en el núcleo de su ejército, dado que Gaviota no sabía nada sobre los ejércitos y su organización. Pero, como había observado Gaviota, Tomás había venido hasta allí para pelear y sólo había encontrado la muerte. La magia, había murmurado el leñador, era una bendición y una maldición..., y normalmente era lo último.

En el caso de Lirio, la magia había resultado ser una causa para la introspección y el examen personal. Bailarina y prostituta desde la infancia, práctica y tozudamente decidida, con escasas ambiciones y ninguna ilusión acerca de la vida, Lirio se había asombrado al enterarse de que era una hechicera..., que apenas poseía un hechizo. Sus capacidades desconocidas la habían maravillado y horrorizado al mismo tiempo, y se había mostrado tan poco dispuesto a ponerlas a prueba como lo estaba el pajarillo a dejar su nido. Eso había hecho que empezara a tener dudas sobre cada aspecto de su persona, desde la magia y la vida hasta el amor y la lealtad.

--¡Antes siempre estaba tan segura de todo! --gimió--. ¡Sabía quién era, mis deberes estaban claros, y sólo tenía que entretener a

Liante y cobrar mi sueldo! ¡Iba a viajar a una ciudad y abrir una tienda, por el amor del cielo! Pero ahora... ¿Qué bien le estoy haciendo a este ejército y a su cruzada? Tú nos proteges con conjuros, Gaviota organiza los combates, Amma cura, los cartógrafos hacen mapas, los cocineros cocinan... ¡Por las alas de Xira, yo ni siquiera sé cocinar! ¡Ya ni siquiera soy una ramera! ¡Ni siquiera soy «la amiguita del general»! Ah, estaba enamorada de tu hermano, o creía estarlo, y él estaba enamorado de mí, aunque no entiendo cómo podía amar a una ramera, y ahora ni siquiera me acuesto con él porque..., porque...

Los sollozos la interrumpieron. Lágrimas de rabia, frustración, ira y confusión corrieron por sus mejillas. Mangas Verdes se inclinó hacia adelante y le agarró la muñeca. Lirio casi se echó a reír: ella, que se suponía era la mujer de mundo dura y experimentada, recibía consuelo de la diminuta y tartamudeante Mangas Verdes. Pero aquel día incluso la exuberante e inagotable alegría natural de Mangas Verdes se hallaba en uno de sus puntos más bajos. Quizá su tobillo roto hacía que estuviera fatigada.

--Oh, L-Lirio. --La muchacha suspiró. Movió sus delgadas piernas, y torció el gesto al sentir la punzada de dolor de su tobillo entablillado--. Yo tampoco sirvo de m-mucho co-como hechicera. Lo único que co-consigo es ofrecer un b-blanco a otros hechiceros. ¿De qué si-sirve e-eso? --Su tartamudeo la obligaba a hablar despacio--. O-Odio lu-luchar. ¿Por qué las per-personas no pueden lle-llevarse b-bien unas c-con otras?

Lirio cogió su labor y alternó el estrujarla con el alisarla.

--No lo sé, Verde --respondió, usando la abreviatura de su nombre con que Gaviota solía llamar a su hermana--. Me temo que la magia cambia a las personas. En cuanto descubren que pueden manipularla, entonces deben hacerlo, igual que un niño ha de tener la golosina que ha visto en un estante. Pero ¿puede alguien aprender a usar la magia y no convertirse en un parásito, un vampiro que vive de las personas corrientes que no pueden usar la magia? ¿Acabaremos convirtiéndonos en eso?

--Sólo el lla-llamarlas «personas corrientes» y-ya es de-denigrarlas --dijo Mangas Verdes, y suspiró--. Oh... ¿No c-crees que sería mu-mucho mejor que nu-nunca hubiéramos llegado a sa-saber que podíamos ha-hacer magia?

Lirio extendió su mano en la penumbra y rozó el delgado hombro de la muchacha. Consolar a Mangas Verdes volvió a darle ánimos.

--De una manera o de otra, ya está hecho y no puede deshacerse.

Si hay algo que he aprendido en una vida de golpes y dificultades, es que llorar por el pasado no sirve de nada. Debes volver la mirada hacia el futuro y esperar que será mejor. Seguiremos intentándolo, tal como hace Gaviota. Sé que lo haremos... Y, aunque no sé cómo, aprenderemos a controlar la magia no para nosotras, sino en ayuda de otros. Y también aprenderemos a controlarnos.

Mangas Verdes rozó la mano de Lirio, como buscando una confirmación a aquellas palabras en su contacto.

--M-Muy bien. Y l-lo ha-haremos juntas. Una de las po-pocas cosas buenas de to-todo esto es que he hecho una b-buena a-amiga.

Y al oírle decir eso, la ex bailarina sonrió y dio un suave apretón a la manecita de su amiga.

Formaban una pareja extraña e improbable, la una con demasiada experiencia del mundo y la otra totalmente ignorante de él, pero tenían mucho en común y poco a poco habían acabado dependiendo la una de la otra, confiándose sus secretos y sus dudas.

--¿Puedes e-enseñarme tu he-hechizo? --preguntó Mangas Verdes para cambiar de tema--. Es a-algo que yo n-no pue-puedo hacer.

Lirio sonrió y volvió a dejar su labor de bordado.

--Muy bien. Me encantará enseñarte mi hechizo..., mi único hechizo.

Se apartó un poco de los arcones, los bultos y la tienda, y se quedó inmóvil a unos tres metros de ella. Lirio cerró los ojos y los oídos, confinando la visión y el ruido al exterior de su persona, y buscó la magia que necesitaba para su único hechizo. No sabía cómo definir o explicar lo que hacía, y sólo sabía que «hurgaba dentro de su cráneo», persiguiendo al hechizo como si fuera una codorniz escondida en las profundidades de su mente. Por fin lo encontró, pero una vez encontrado necesitaba alimentarlo. Para hacerlo, Lirio envió sus pensamientos hacia arriba, haciendo que subieran cada vez más y más altos y lanzándolos hacia las nubes. Fue sintiendo cómo un curioso cosquilleo se extendía lentamente por sus manos y sus pies, y el cosquilleo no tardó en volverse quemazón. El resplandor --y Lirio sabía que sus manos ya estaban brillando con un resplandor blanco--fue subiendo por sus brazos y descendió por sus piernas, irradiando de sus muñecas hacia su estómago, sus riñones, sus hombros y su torso, para acabar iluminando su cabeza como si fuese una vela. Y entonces...

--¡Lo estás ha-haciendo, L-Lirio! ¡E-Estás vo-volando!

La ex bailarina abrió los ojos y se encontró contemplando las copas de las coníferas cercanas. La inclinación de su cuerpo hacía que su oscura cabellera colgara alrededor de sus mejillas, y estaba suspendida en el aire. El resplandor se había extendido a todo su cuerpo, pero se había vuelto frío, y Lirio se sintió tan vacía como una cáscara de huevo. Mangas Verdes estaba a unos tres metros debajo de ella. Pellas de barro se desprendían de las suelas de sus gruesas botas y caían en un pequeño diluvio. Lirio, titubeante y temblorosa, extendió los brazos como si fueran las alas de un pájaro, un nudo de miedo y asombro en el estómago, y siguió subiendo...

--¡Maravilloso! --retumbó una voz--. Eso es fab...

Lirio, sobresaltada, perdió el control del hechizo y se precipitó al suelo. Oyó un grito debajo de ella, y un instante después gruñó cuando alguien la agarró por la cintura y por una pierna.

Gaviota meneó la cabeza mientras la bajaba al suelo.

--¿Estás bien? ¡Te he pillado por los pelos! ¿He interrumpido tu hechizo? ¡Oh, lo siento!

--No te... preocupes. No... No importa, todo va bien.

Lirio se liberó de los brazos del leñador y puso los pies en el suelo. Después de su breve vuelo, su contacto le pareció duro, frío e inhóspito.

Le sorprendió descubrir que deseaba ser capaz de poder seguir volando eternamente. Quería volar cada vez más lejos, hasta haberse alejado definitivamente de sí misma y todos sus problemas y preocupaciones, y llegar a un sitio en el que no tuviera ninguna necesidad de sueños, amor o esperanza, un sitio en el que pudiera ser tan pura como el aire.

Pero no podía decirle eso a Gaviota.

Se fue apartando lentamente del hombre que había sido su amante. Lirio vio la expresión de dolor que aparecía en el rostro de Gaviota, como si fuese un cachorrito lleno de amor que intentaba entenderla y no reprocharle su distanciamiento. Ya no dormían juntos, y ni siquiera hablaban mucho: últimamente Lirio pasaba los días pensando y haciéndose preguntas. Pero no podía explicar acerca de qué. Eso era algo que Lirio no podía explicar ni a Gaviota ni a Mangas Verdes, y ni siquiera a sí misma.

Pero ¿cómo podía querer a alguien sin quererse a sí misma antes?

--Bueno, Lirio, tenías un aspecto magnífico mientras volabas --dijo Gaviota, sin hosquedad pero en un tono que había dejado de ser

afable--. Sigue con ello. El volar sería una habilidad muy valiosa que podríamos utilizar.

--Oh, Gaviota... --dijo la muchacha.

Pero el leñador giró sobre sus talones y se fue, tan atareado como siempre. La nueva guerrera, que había caído del cielo ayer mismo, fue detrás de él. Un chispazo de curiosidad se impuso a la frustración que se había adueñado de ella, y Lirio la miró fijamente.

--¿Qué se traerá entre manos? --murmuró.

--¿Qué has dicho? --preguntó Mangas Verdes, sin entender nada y siguiendo con la mirada a su hermano.

--Nada, nada --dijo Lirio--. Ven. Vamos a ver qué están haciendo Kwam y los demás.

--Muy b-bien.

Mangas Verdes se levantó con dificultad y Lirio le ofreció un hombro. Hueso de Cereza protestó al verse expulsado de su chal, y expresó su indignación dando saltitos de un lado a otro. Lirio procuró ir despacio: sabía lo que significaba no poder valerse por sí misma, pues se había roto un brazo y una pierna durante la batalla final con Liante.

Mientras avanzaban lentamente. Lirio se mantuvo absorta en sus pensamientos, pero aun así oyó a Mangas Verdes cuando rompió el silencio que estaban manteniendo.

--Es m-muy e-extraño, pero cada v-vez que me d-doy la vu-vuelta, K-Kwam está allí --dijo la muchacha.

--Hmmmm... --murmuró Lirio, pero no dijo nada más.

Mangas Verdes no tardaría demasiado en comprender por qué Kwam siempre estaba «rondando por allí». Hasta que llegara ese momento, su vida ya era lo suficientemente complicada.

La muchacha suspiró.

--Hay tan-tantas cosas que n-no en-entiendo...

Pero Mangas Verdes iba a aprender todo lo que ignoraba y deseaba conocer, y su educación empezó aquella misma noche.

Cuando una voz la despertó.

Una voz que resonó dentro de su mente. Con una orden.

* * *

--Maaaaaaangasveeeeeerdes...

La muchacha despertó de golpe, y se irguió tan deprisa que su tobillo fue atravesado por una feroz punzada de dolor. Mangas Verdes dejó escapar un siseo ahogado y, con la frente cubierta de sudor, se

agarró la pierna palpitante y escuchó en silencio.

Había estado teniendo otra pesadilla, como le ocurría casi todas las noches.

En su sueño estaba caminando por un bosque, sabiendo que se había perdido y sin tener ni idea de en qué dirección debía avanzar..., y eso era aterrador, porque Mangas Verdes nunca se había extraviado en ningún bosque de verdad. Pero aquel tenía el mismo aspecto en todas direcciones, y las cortezas de los árboles parecían sesos arrancados de cráneos y tensados alrededor de los troncos. Los cerebros le hablaban en susurros, pero Mangas Verdes no podía entender lo que le decían. Lo único que llegaba con toda claridad hasta ella era su amenaza, una amenaza que nunca comprendería y que consistía en la advertencia de que todo cuanto creía saber era falso. Después los susurros se hacían más potentes y repiqueteaban dentro de su mente con un frenético tamborileo, hasta que llegaba un momento en el que la cabeza le palpitaba y le dolía, y acababa estallando...

Pero la parte más aterradora era que sabía lo que ocurriría a continuación. Sus sesos salían disparados de su cabeza, dejando vacío su cráneo. Mangas Verdes sucumbía a una locura babeante, y se volvía todavía más loca de lo que había estado cuando era una idiota, una criatura tan carente de cerebro como un pajarillo recién nacido, condenada a no poder pensar nunca más con claridad...

... y siempre despertaba en ese momento, temblando y empapada en sudor.

Pero aquella voz que había pronunciado su nombre era nueva.

Y no había sido oída, sino sentida.

El cuerpo de Mangas Verdes estaba sudando, pero la voz se abrió paso a través de su mente con una caricia tan fresca como la de una brisa primaveral. La voz prometía agua de manantial, límpidos riachuelos que burbujeaban sobre las rocas, praderas llenas de hierba y helechos, y el picante aroma del tanino y las hojas de roble.

--Mangas Verdes. Ven.

La muchacha se puso las manos sobre las orejas, pero eso no acalló a la voz. Mangas Verdes dio un suave codazo a Lirio para preguntarle si la había oído, pero no consiguió despertar a su amiga. ¿Estaba bajo los efectos de un hechizo, o meramente exhausta?

--Ven. Ahora.

Mangas Verdes no tenía elección. Debía ir.

Tambaleándose sobre sus delgadas piernas, Mangas Verdes

apartó al tejón que dormía debajo de ella y al gorrión que dormía encima, y abrió de una patada el faldón de la tienda con su pie bueno y se arrastró hacia el exterior. Mientras yacía inmóvil, jadeando de dolor, vio a un guardia que recorría el perímetro del campamento.

--¡Ayúdame, p-por favor! --suplicó, aunque no tenía ni idea de cómo podía ayudarla.

Pero el hombre no la oyó.

--¡Eh! ¿Por fa-favor? Oh... ¡Gaviota! ¿D-Dónde estás?

Pero era inútil. Tres guerreros estaban jugando a los dados junto a la hoguera del campamento a menos de diez metros de Mangas Verdes, pero ninguno volvió la cabeza en su dirección. Mangas Verdes se había convertido en un fantasma, pero el suelo estaba frío debajo de ella y el rocío seguía mojándola. La muchacha se estremeció y trató de envolverse en su capa.

--Ven.

Tenía que ir. La atracción era hipnótica, una exigencia suave pero insistente. Mangas Verdes fue tambaleándose y tropezando de una tienda a otra primero y hasta la hilera de caballos después, donde escogió un bayo con aspecto de jamelgo y deslizó su estómago encima de su espalda, pasando su pierna torturada por el dolor sobre la grupa. El tejón la había seguido, queriendo estar con su dueña, pero Mangas Verdes no podía llegar hasta él desde su nueva altura. Hueso de Cereza, que no estaba acostumbrado a las excursiones nocturnas, daba saltitos a su alrededor.

El caballo piafó y golpeó el suelo con las pezuñas, protestando al ser molestado durante la noche, pero aun así ningún centinela se volvió en esa dirección o percibió los ruidos. Una guerrera armada con una ballesta pasó directamente por detrás del caballo y siguió andando.

Sollozando ante la misión que se le había impuesto y su dolor, la muchacha tiró de las bridas de su montura. Más gracias al instinto natural y la afinidad animal que al adiestramiento, Mangas Verdes logró sacarla de la hilera y hacer que saliera del campamento con paso lento y cansino para ir...

... hacia los árboles...

... hacia el norte, hacia el final de la taiga y más allá de donde terminaba, y para que subiera una pendiente cubierta de hierba que Mangas Verdes podía ver en su mente y llegara hasta una pequeña meseta llena de robles.

Y a la voz.

Y a su origen.

--¡Estabais dormidos, bastardos! ¡O borrachos! ¡O quizá os habéis vuelto ciegos, o idiotas!

--¡No es verdad! --replicó la centinela de ojos vidriosos y cansados--. ¡Ninguno de nosotros lo estaba, aunque me habría gustado estar dormida! No me iría nada mal poder descansar un poco...

--¡Ah, deja de pensar en dormir! --rugió Gaviota en su cara--. Mi hermana es sacada de su tienda en mitad de la noche, ¡y vosotros, que sois más inútiles que una quinta rueda en un carro, ni siquiera os habéis enterado! ¡Ya sé qué valor tiene vuestra palabra!

Todo el campamento estaba escuchando las furiosas invectivas de Gaviota. Era la primera vez que el leñador perdía el control de sí mismo y se dejaba dominar por la ira, pero todos sabían con cuanta devoción protegía a su hermana..., al igual que sabían que la magia tenía que haber estado involucrada en lo ocurrido.

Lirio expresó en voz alta aquel pensamiento.

--Hubo algún encantamiento, Gaviota --dijo--. No me desperté en ningún momento, y ya sabes lo ligero que tengo el sueño. --De repente, e inesperadamente, Lirio se ruborizó delante de todo el campamento--. Quiero decir que... Bueno, Mangas Verdes tenía un tobillo roto. Tuvo que arrastrarse por encima de mí para salir de la tienda. Tuvo que ser un hechizo...

--¡Oh, calla! --replicó secamente el leñador--. ¡Tú eres igual de culpable! Si hubieras tenido más cuidado...

Pero se interrumpió cuando la vio parpadear para contener las lágrimas abrasadoras que intentaban brotar de sus ojos.

--¡Olvidémoslo! ¡Bardo, ensilla los mejores caballos! Trae a tres de tus exploradores. ¡Y coge algo de comida! Voy a ir en su busca, y no volveré hasta que Mangas Verdes esté a salvo. Tú te quedas al mando, Varrius... Levanta el campamento lo más pronto posible y síguenos. Encenderemos hogueras cada día al amanecer, el mediodía y el ocaso para que puedas ir siguiendo nuestro rastro. ¡Y no me falles como han hecho estos montones de tripas ambulantes!

Los centinelas irguieron la cabeza, pero se limitaron a fulminar con la mirada al leñador en vez de responderle.

Gaviota no les prestó ninguna atención. Obtuvo unas cuantas provisiones de los cocineros --un odre de vino, una cantimplora de agua, un jamón y unas cuantas patatas-- y fue corriendo a su tienda,

donde se colgó la aljaba y el arco largo a la espalda y agarró su hacha y su látigo de mulero.

Stiggur llegó a la carrera. El muchacho estaba creciendo, pero seguía siendo bajito. Stiggur había adquirido la costumbre de recogerse los cabellos en la nuca mediante una coleta, igual que hacía su héroe.

--¡Puedo ir contigo, Gaviota! Puedo llevar a Cabezota --se refería a la bestia mecánica, a la que había puesto el nombre de una de las mulas muertas del leñador--, y podré ver por encima de los árboles...

--No. Necesitan a la bestia para que transporte los bultos más pesados. Quédate aquí y protege el campamento.

Gaviota se sentía incapaz de tratar con dureza al muchacho, que era tan inofensivo y estaba tan deseoso de complacerle como un cachorrillo.

Pero el leñador apenas se había vuelto hacia su caballo cuando se encontró contemplando a alguien por encima de su grupa: era un hombre joven de su misma altura y su edad, pero delgado, vestido de negro. Gaviota sabía quién era --un estudiante de magia--, pero no su nombre. ¿Qué quería?

--¿Puedo acompañarte? Quizá necesites algo de magia...

--No --declaró el general.

Por el escudo de Adun, ¿es que todo el mundo pensaba que aquello iba a ser un viajecito de placer a una ciudad en busca de pasteles y cerveza? ¿Y qué razón podía tener un inepto estudiante de magia para querer ir en busca de su hermana?

Rakel llegó corriendo, con sus arreos de guerra puestos, su maltrecho casco de cuero en la cabeza y una capa que había tomado prestada alrededor de los hombros.

--Iré contigo --dijo--. He recibido adiestramiento como exploradora.

Gaviota frunció el ceño mientras ensillaba su montura, un caballo gris con manchas marrones de robusto pecho.

--¡No, por última vez! No necesito...

--Iré.

Gaviota la miró por primera vez. ¿Qué razón podía haber para que quisiera ir con él? ¿Es que nadie tenía ninguna otra cosa que hacer? Pero aquella mujer era una guerrera bien entrenada. Su porte marcial y aquella extraña estrella de siete puntas que lucía en el antebrazo lo decían con toda claridad.

--¿Puedes usar un arco?

--Mejor que tú.

El leñador frunció el ceño, pero algo indefinible que percibió en la mirada y el tono de la mujer le impulsó a creerla.

--Pues entonces pide prestado uno. ¡Y deprisa!

Rakel ya estaba encima de su montura y preparada para partir antes que él, pues había mil detalles de los que ocuparse esparcidos por todo el campamento. Gaviota terminó gritando un desafío a los centinelas.

--¡Y ya podéis ir haciendo turnos dobles hasta que Mangas Verdes haya vuelto sana y salva!

Los centinelas giraron velozmente sobre sus talones y le enseñaron la espalda.

Gaviota se volvió hacia Bardo, los tres exploradores y Rakel, todos preparados para la marcha.

--¡Vamos! ¡Encontrad sus huellas y meted las narices en ellas!

* * *

La mujer era muy, muy vieja. Llevaba mucho tiempo siendo vieja.

Estaba sentada sobre una piedra plana de la que habían sido quitados los líquenes. La piedra se encontraba delante de una caverna que abría su boca en la ladera de una colina iluminada por el vivo color amarillo de la hierba invernal. Las hojas muertas de los robles enanos crujían y susurraban encima de ella. La hondonada se encontraba en el centro de un robledal, y el bosque cubría la cima de una gran meseta que se alzaba en las tierras altas.

Mangas Verdes no se sentía muy cansada. Mientras cabalgaba por la taiga, había visto cómo el sol iba subiendo en el cielo, se ponía y volvía a subir en lo que le había parecido una hora; pero no había necesitado bajar del caballo ni una sola vez para comer, beber o hacer sus necesidades. Otro día abreviado siguió al primero y la taiga llegó a su fin, y después pasaron otros tres días durante los que subió por una pendiente que llevaba hasta la meseta, a veces desmontando y arrastrándose allí donde la cuesta era demasiado empinada para poder montar, y luego invirtió tres días más en abrirse paso a través del robledal. Pero todo eso no había requerido más de un «día» de viaje.

Mientras avanzaba, sin que el caballo se cansara jamás, con el tejón acompañándole sin ningún esfuerzo aparente y el gorrión siempre posado en su hombro, la muchacha había pensado que a su hermano le hubiese gustado ver aquel bosque, pues en él abundaban

los jabalíes, ciervos y alces, los mapaches y las marmotas, y había muchos castores en los arroyos. Estaban a comienzos del invierno, pero aun así había gran abundancia de setas y bayas. El sol brillaba con fuerza en aquellas tiernas altas, y Mangas Verdes sabía que no era meramente debido a la altitud.

Era por la presencia de aquella mujer.

Llevaba por todo atuendo una túnica blanca, milagrosamente limpia pero hecha de tosca lana. Estaba descalza y no lucía ningún adorno, y su larga cabellera blanca colgaba por su espalda formando las extrañas cascadas propias de una anciana. Sus ojos estaban cerrados, pero la mujer le habló en cuanto la muchacha estuvo un poco más cerca.

--Saludos, Mangas Verdes --dijo--. Me alegra que hayas venido.

La muchacha no había tenido otra elección, pero no lo dijo. Mangas Verdes contempló con atención a aquella desconocida que también podía usar la magia, y que resultaba obvio poseía un gran poder.

Necesitaba tener un gran poder para seguir viva.

El lado derecho del rostro de la mujer estaba paralizado, y el labio que colgaba en una media mueca hacía que babeara. La mujer subió la mano izquierda, de piel arrugada y repleta de venas azules, para limpiar la saliva, pues todo su lado derecho estaba muerto. Su brazo colgaba junto al costado, flácido y marchito; su pierna estaba retorcida, y el pie se curvaba sobre sí mismo. El hombro estaba tensado hacia arriba. Pero el lado izquierdo no tenía muchas más fuerzas, pues la anciana a duras penas si conseguía sostenerse sobre la roca para empaparse de sol como si fuera un perro viejo.

--Te pido disculpas por mi apariencia --dijo la mujer, como si le hubiera leído los pensamientos y hablando en un susurro tan reseco como las barbas del maíz de la cosecha pasada--. Ya llevo mucho tiempo batallando con la muerte. Me visita con regularidad, igual que un pretendiente no deseado, pero siempre logro expulsarla de mi puerta. Tal como hice con muchos pretendientes anteriores... --añadió con una risita--. Pero cada vez muero un poco. Como un árbol que perdiera sus ramas, así voy perdiendo un miembro cada vez... La podredumbre todavía no ha detenido mi corazón, pero se necesita mucha magia para mantenerlo despierto y en marcha.

La risita reseca volvió a surgir de sus labios.

Mangas Verdes se dejó resbalar de la silla de montar, asegurándose de que aterrizaba sobre su pie bueno y torciendo el

gesto ante la punzada de dolor que sintió en el lesionado. Dejó suelto al caballo para que vagara a su antojo, y el animal empezó a alimentarse con las hierbas que crecían junto a la hondonada. Tanto el tejón como el gorrión se fueron en busca de comida. La muchacha, sin sentir ningún miedo, se sentó junto a la anciana de la roca.

--Eres u-una dr-dr... --Mangas Verdes respiró hondo--. ¡Druida!

--Sí, y tú puedes usar la magia. Pero careces de adiestramiento. ¿Te gustaría aprender a usarla?

Mangas Verdes puso ojos como platos.

--¡S-Sí! Yo... Y-Yo... --Durante un momento sólo fue capaz de tartamudear, y tuvo que volver a tragar aire--. ¡Sí, cla-claro que sí! ¿P-Puedes en-enseñarme?

--Sí, puedo. Si tu deseo es lo bastante grande. Si puedes hacer el sacrificio.

--¿Mi de-deseo? Sí, cla-claro que lo de-deseo. Pero ¿d-de qué sa-sacrificio hablas?

--De cualquiera. De todos. Del sacrificio máximo y definitivo.

--¿Mi vi-vida?

--Eso y más.

Mangas Verdes estaba perpleja. ¿Qué sacrificio mayor que el de la vida se podía llegar a hacer?

--Cualquier co-cosa. No so-soporto ser sólo una es-especie de me-media persona, sa-saber que t-tengo poder pero que no pu-puedo u-utilizarlo...

La temblorosa mano de la druida se levantó de la roca y fue a descansar sobre Mangas Verdes. Pesaba tan poco como una pluma errante, pero estaba fría como un carámbano.

--Soy Chaney, que significa «Bosque de robles» --susurró la anciana--. Cuando nací, mi familia ya sabía lo que llegaría a ser. Y lo mismo ocurrió contigo: se te dio tu nombre porque tus manos siempre estaban manchadas de verde de tanto arrancar flores y plantas. Bien, ¿estamos de acuerdo pues? ¿Yo seré la maestra, y tú la estudiante?

--L-Lo que queráis, mi se-señora.

--Llámame Chaney. Eres joven, y das muy poca importancia a los juramentos. Ya aprenderás a no jurar tan a la ligera... Pero empecemos. Ahora apoya el tobillo aquí, niña, y quítate el entablillado.

La druida trabajó en silencio y con la tranquila rapidez de la práctica mientras Mangas Verdes observaba y esperaba. Por fin aprendería a usar la magia.

Lo único que pedía era no enloquecer durante el proceso.

* * *

--Es hechicerría, y no cabe duda de ello.

Cuatro hombres estaban vueltos de cara a diminutos huecos de la taiga, orinando en hoyos que habían cavado con sus talones. Rakel y la otra exploradora, una mujer llamada Channa, estaban acuclilladas en el extremo opuesto del sendero. Llamarlo «sendero» resultaba bastante engañoso, pues su ruta les obligaba a abrirse paso como buenamente podían por entre las puntas de las ramas de aquella interminable extensión de coníferas que se entrelazaban unas con otras.

Todos los exploradores vestían igual, con túnicas y pantalones verdes o marrones, capas de lana gris oscuro y sombreros de ala ancha que dejaban sus rostros sumidos en la sombra. Arcos largos se alzaban hacia el cielo, sobresaliendo de los estuches sujetos a las sillas de montar. Espadas cortas de hoja muy ancha llamadas machetes, que podían desmembrar la caza, las ramas o a los enemigos, colgaban de las caderas de los exploradores.

--¿Cómo puede estar embrujada si nadie vio entrar a ninguna persona desconocida en el campamento y Lirio estaba durmiendo junto a ella? --preguntó Gaviota.

Bardo se encogió de hombros y se subió el cinturón.

--No lo sé --dijo--. Mas aquí tenemos a una muchacha lisiada sobre un jamelgo que deberría estarr alimentando a los perros, sin cantimplorra, sin comida y sin mantas, moviéndose al paso mientrras que nosotrros hemos galopado hasta que nuestrras vejigas estaban a punto de rreventarr..., y sin embarrgo no vemos rrastrro alguno de que haya desmontado.

El paladín, un hombre alto de movimientos lentos y pausados, se acuclilló y separó unas cuantas ramas más. Las agujas secas que había debajo mostraban huellas de pezuñas.

--O tu herrmana es un animal mecánico como ese colgadorr de sombrrerros de Stigurr, o se halla bajo un hechizo. Ni los paladines que van de crruzada cabalgan durante seis horras seguidas.

Gaviota se sentía tan frustrado que hubiera querido gritar.

--¡Pero ella sólo va al paso, y nosotros galopamos como si tuviéramos a una hueste de diablos pisándonos los talones! ¿Cuándo la alcanzaremos?

Bardo volvió a encogerse de hombros.

--Tal vez no la alcancemos. Yo dirría que se encuentrra bajo una compulsión, y que no se detendrrá hasta que llegue a su destino. He oído hablarr de hechizos semejantes, que imponen un yugo mágico al caballo y a su jinete. El tiempo deja de tenerr sentido, de tal manerra que los días trranscurren como horras. En cuanto a alcanzarrla... No somos hechicerros, así que debemos darr descanso a nuestrras monturras.

--Pero...

Bardo no se molestó en discutir con el leñador, y se volvió hacia sus exploradores.

--Una horra --dijo--. Dinos, acampa más adelante; Channa, vigila nuestrra rretaguarrdia. Dad de beberr a vuestrras monturras antes de beberr vosotrros.

Dando ejemplo, Bardo echó agua dentro de su sombrero para abrevar a su blanco corcel de guerra. El aliento del caballo humeó en el aire mientras empezaba a sorberla.

--¿Te llamas RRakel? --siguió diciendo el paladín--. ¿Has aprrendido a explorrarr? Bien, ya lo verremos... Te harré trrabajarr como a los demás. Ve prreparrando la hoguerra parra hacerr la señal.

Como líder, Gaviota fue el único al que no se le asignó ninguna tarea. Eso significaba que podía dedicar más tiempo a la preocupación y a ponerse nervioso. Necesitaba hacer algo, por lo que derribó un pino y cortó sus ramas mientras Rakel hacía entrechocar el pedernal y el acero. La guerrera quedó impresionada ante la eficiencia con la que trabajaba el leñador, utilizando su enorme fuerza sin desperdiciarla.

--Te preocupas mucho por tu hermana, ¿verdad? --le preguntó.

--¿Eh? Oh. Sí, así es. --Gaviota echó las ramas más secas en la hoguera que había encendido Rakel para que empezara a chisporrotear, y después añadió las partes verdes para producir humo grisáceo--. Sí. Ya no es una retrasada, pero sigue siendo tan inocente... Es como una criatura.

Rakel ocultó una sonrisa. Su hermana no era la única criatura llena de inocencia que había en aquel bosque. No conseguía acostumbrarse a la sincera ingenuidad con que aquel hombre respondía a cualquier pregunta que se le hiciera. Gaviota no se parecía en nada a los hombres de Benalia, que ocultaban todos sus pensamientos y acciones para evitar que alguien pudiera utilizar su fuerza o su debilidad contra ellos..., tal como había hecho Garth en los últimos tiempos. Rakel siguió acosando a Gaviota con más preguntas, diciéndose a sí misma que lo hacía para saber más cosas sobre su

enemigo..., el objetivo al que se le había encargado asesinar.

--¿Mangas Verdes es tu única pariente?

--Sí. --Gaviota se apoyó en el mango de su hacha y clavó la mirada en las llamas, contemplándolas como si las respuestas estuvieran ahí. Cuando Rakel empezó a comer sus raciones de campaña, el leñador se acordó de que también debía comer--. Toda nuestra familia pereció cuando dos hechiceros destruyeron Risco Blanco. El corazón de mi madre sucumbió bajo un hechizo que robaba la vida. Mi padre murió cuando llovieron piedras del cielo. Esas mismas piedras mataron a mis hermanos y hermanas, y los que sobrevivieron a la lluvia de piedras murieron por la plaga. Gavilán, mi hermano pequeño, desapareció. Supongo que fue capturado por algunos soldados y convertido en esclavo, o que murió y no pude encontrar su cuerpo. Nunca lo sabremos. Sólo me queda Mangas Verdes, y se me encomendó cuidar de ella. Siempre me tomo muy en serio mis obligaciones.

Rakel bebió un sorbo de vino de un odre y le observó disimuladamente.

--Pero seguramente no es lo único que tienes. ¿Qué hay de Lirio? ¿Acaso no es tu... enamorada?

Un encogimiento de hombros.

--No lo sé. Lo fue durante un tiempo, pero ahora está obsesionada con la magia. Igual que le está empezando a ocurrir a mi hermana... Hay algo extraño en la magia: es adictiva. Las personas que son capaces de utilizar la magia la persiguen con más ahínco que a la comida, el sexo, la amistad o cualquier otra cosa. Espero que nunca llegue a descubrir qué les atrae hacia ella. Te roba la humanidad... ¡Y ha vuelto a llevarse a mi hermana, maldita sea!

--Pero ¿qué hay del ejército? Cuentas con su lealtad. Todos te admiran y quieren parecerse a ti.

--Son una pandilla de inadaptados. La mitad buscan sus hogares, y la mitad se enrolaron porque les pagamos algunas monedas y anhelan aventuras, o no tienen un hogar que buscar. Preferiría que no hubiera ningún ejército y que Verde, yo y mi familia siguiéramos viviendo felices en Risco Blanco y que nunca hubiera oído hablar de la magia. Pero todo eso ha desaparecido... Y desear una existencia libre de hechiceros es como maldecir a los tábanos durante el Mes de la Cosecha. Tienes que vivir con ellos.

Gaviota removió la hoguera con la hoja de su hacha, sacándola enseguida para evitar que el metal se calentara y el temple se echara

a perder.

Rakel comió en silencio. No hizo ninguna pregunta más. Las respuestas que le había dado el leñador la habían afectado demasiado. Gaviota no quería fama, gloria, adulación o riquezas. Sólo quería un hogar, una familia y días tranquilos para cultivar una granja o atender las tareas domésticas.

Ése había sido el sueño de Garth..., o eso había dicho. Pero la magia le había seducido y se lo había llevado, y después ella había sido arrancada de su hogar para pagar viejas deudas. ¿Por qué los dioses siempre te negaban las cosas que deseabas, incluso las más sencillas?

Rakel pensó que Gaviota nunca abandonaría a su familia para perseguir la magia y la fama. Era un hombre que deseaba exactamente lo mismo que ella...

* * *

--... porque, verás, todo es una red, una telaraña. Formamos parte de ella. Algunos hechiceros quieren creer que somos el centro, pero cualquiera que tenga una pizca de sentido común puede ver que no hay centros, sólo esferas conectadas las unas a las otras..., de la misma manera que los copos de nieve, con seis puntas, están juntos en un montón de nieve, tocándose pero a distancia, unidos pero separados...

Dedicados al estudio y a la concentración desde el amanecer hasta el ocaso, sin un solo momento de ociosidad, los días transcurrieron rápidamente para Mangas Verdes.

Chaney no le daba ni un segundo de reposo. La vieja druida hablaba incesantemente, pues tenía todo un mundo de conocimientos que impartir y ya no le quedaba mucho tiempo. La mujer nunca se cansaba y Mangas Verdes tampoco, aunque sólo comían setas, pan de piñones, tiras de corteza de sauce o bayas y moras. Las noches pasaban en un parpadeo, y Chaney ya estaba hablando cuando Mangas Verdes se despertaba; o quizá fuese que las noches pasaban sin que Mangas Verdes llegara a enterarse de su transcurrir, de tal forma que la oscuridad llegaba y se marchaba como si una nube se hubiera deslizado por delante del sol.

Pero la muchacha no tenía ningún motivo de queja, pues aprendía más y más a cada minuto que transcurría, y el conocimiento se iba amontonando sobre sí mismo y cada fragmento de sabiduría se

añadía a los demás, y se iba apilando sobre su cabeza hasta que llegó un momento en el que Mangas Verdes creyó que quedaría aplastada bajo su peso. Pero escuchó, y aprendió, y vivió nuevas experiencias, y fue adquiriendo más confianza con cada día que pasaba.

--... por extraño que pueda parecer, lo que resulta más fácil es conjurar a alguien para llevarlo de un punto a otro --le explicó Chaney un día.

La anciana parecía tan débil y consumida como siempre. Sólo el áspero susurro de su voz tenía vida, y rara vez se alejaba de su roca recalentada por el sol. Pero Mangas Verdes tenía la sensación de que habían explorado el universo y todos sus planos, y de que incluso habían llegado a tocar las estrellas, todo eso mientras estaban sentadas en aquel claro.

--Llevar un objeto de un sitio a otro, en cambio, no es tan sencillo como ese truco de magia. Levantarse de una silla, cruzar un umbral y coger una vela en otra habitación resulta mucho más difícil y cansa mucho más. El conjurar mueve los objetos a través del espacio. Eliges un objeto que está ahí, y haces que el espacio que lo rodea pase a ser el espacio de aquí...

Mangas Verdes medio esperaba ver nevar cualquier día, pues el invierno ya había empezado cuando se fue del campamento, y ya debían de estar aproximándose al final del año. Pero cada nuevo día seguía siendo todo lo cálido que podía llegar a ser el invierno, y cada día aprendía más cosas. De vez en cuando se preguntaba cuándo llegaría Gaviota, pero enseguida expulsaba el pensamiento de su mente. Tenía cosas más importantes que la comida, la compañía o el sueño de las que asombrarse. La joven hechicera estaba aprendiendo cómo mover al mismísimo universo.

Y sin embargo había algunas noches en que los sueños volvían, llenos de locura, y cuanta más magia aprendía Mangas Verdes, más cerca le parecía encontrarse del precipicio...

Pero la voz amable y enronquecida de Chaney siempre estaba allí para apartarla del peligro, elogiando, pidiendo, insistiendo, animando..., como le había hablado en tiempos lejanos la voz de su madre, Agridulce, a la que la muchacha, que por aquel entonces era retrasada, sólo había conocido de una manera muy vaga. Quizá, al cuidar a Chaney, Mangas Verdes podría devolver a su madre muerta todo aquel amor y todas aquellas atenciones. Una cosa estaba muy clara, y era que Mangas Verdes nunca se sentía mejor y más feliz que cuando Chaney la llamaba «niña».

--Me llamaste druida, o algo que está por encima de eso, archidruida --estaba diciendo Chaney--, y sin embargo druida no es más que el nombre que se da a una persona que puede usar la magia y que ha profundizado en la magia de la naturaleza. Hechicera, brujo, bruja, taumaturgo, hechicero, caminante de los planos, hacedor de magia, chamán, sacerdote... Todo eso no son más que nombres. La gente ve a un pajarillo y lo llama arrendajo, pero eso es sólo para ellos: no cambia la forma en que vive el arrendajo, o lo que piensa de sí mismo...

Y así prosiguieron las lecciones, con Mangas Verdes teniendo la sensación de que había aprendido los conocimientos de toda una existencia en muy poco tiempo. Pero una mañana encontró a Hueso de Cereza metido dentro de un pliegue de su capa, rígido y frío. Cuando le comentó la muerte del pajarillo, Chaney guardó silencio durante unos momentos antes de contestar.

--Los gorriones sólo viven dos o tres años como mucho, querida... --replicó por fin.

* * *

El grupo de búsqueda de Gaviota salió de la taiga al segundo día y subió por una pendiente cubierta de hierba amarilla que llevaba a otra meseta. Había muchos momentos en los que desmontaban y subían usando las manos, tirando de sus caballos y medio arrastrándolos por la fuerza. Cuando llegaba la noche ataban a sus monturas para que no se escaparan y apostaban un centinela, y Gaviota siempre insistía en hacer un turno de guardia.

Los exploradores se hallaban en un mundo que les pertenecía por derecho propio, leyendo los sonidos e imágenes del bosque, vigilando en silencio durante la noche y hablando muy poco. Dinos y Channa eran amantes que compartían las mantas por la noche. Bardo cabalgaba un poco por delante de ellos o a un lado, absorto en sus pensamientos y en comunión con su dios; y la consecuencia de todo eso era que Rakel cabalgaba al lado de Gaviota, y que los dos hablaban.

Hablaron de muchas cosas, aunque Rakel siempre tenía mucho cuidado con lo que le decía. Permitió que el leñador pensara que no era más que una guerrera vagabunda obligada a servir a Karli por una compulsión mágica. Pero le habló de la familia que había dejado atrás en Benalia, y las preguntas llenas de inocencia de Gaviota le hicieron

recordar cosas que había olvidado hacía mucho tiempo: historias, recuerdos e incidentes de su infancia y su juventud, cosas que últimamente habían estado volviendo a la superficie de su mente porque el tiempo le había dado su propio hijo, Hammen. Pensar en su hijo llenaba de dolor su corazón, pero se trataba de un dolor muy dulce y Rakel se iba sintiendo cada vez más unida a su familia pese a que estaban separados por una gran distancia.

Aun así, Rakel se juró que recuperaría a su hijo y que volvería a ver a su familia perdida. Y si Garth regresaba algún día, le exigiría que empleara su magia para el bien y para ayudar a la gente, y no en conjuros que hicieran aparecer a monstruos y asesinos para que lucharan con otros monstruos y asesinos.

Pero si quería liberar a su hijo, debía colocar las cabezas de Gaviota y Mangas Verdes delante del consejo, presentárselas al odioso Sabriam...

¿Podía hacer eso después de todo lo que había ocurrido? ¿Sería mejor quizá que no volviera nunca? ¿Podría esconderse de Guyapi, aquel hechicero capaz de «deslizarse» de un sitio a otro? ¿Podía desaparecer en las tierras salvajes de los dominios, ocultarse allí?

Pero, oh, su hijo, y que nunca pudiera conocer a su madre...

De noche Rakel yacía sobre su manta bajo las estrellas que destellaban con resplandores helados y oía a Gaviota recorriendo el campamento de un lado a otro, respirando a dos metros escasos de distancia de ella. Los pechos de Rakel por fin habían perdido la leche y habían quedado secos después de días de dolores, y el camino había ido endureciendo la blandura de su cuerpo. Mientras yacía en su soledad, echando de menos a su hijo y a Garth junto a ella, Rakel descubrió que anhelaba ser abrazada.

Y una noche ya no fue en Garth, cada vez más alejado dentro de su mente, en quien pensó cuando volvió a sentir aquel deseo, sino en Gaviota.

Más lecciones...

--Hay magia en todo, aunque más en algunas cosas y criaturas que en otras. Los humanos llevan un poco de magia dentro. Los elfos viven tan metidos dentro de la magia, igual que un pez vive metido dentro del agua, que no pueden separarla de sus existencias cotidianas. Algunos humanos dicen ser afortunados, pero la suerte no es más que usar la magia sin darse cuenta de ello. Así pues, en realidad la distinción entre los que pueden usar la magia y los que no pueden usarla no existe. Todas las criaturas son mágicas. Pero sólo

unas pocas han aprendido cómo acceder al poder que llevan dentro...

Una mañana Mangas Verdes alargó la mano para dar unas palmaditas a su tejón, y el animal la mordió. Sorprendida, la muchacha observó con más atención a la criatura y descubrió que sus ojos habían quedado cegados por las cataratas, por lo que lanzaba mordiscos a todo cuanto le rodeaba en una reacción de defensa instintiva. El pelaje del animal ya no era gris, sino que se había vuelto casi totalmente blanco, y se movía con lenta rigidez, como si padeciera artritis. Mangas Verdes sabía que los tejones vivían seis o siete años. Aquel tejón de la oreja mellada tenía un año cuando empezó a seguirla. ¿Cómo...?

--La magia está revuelta y mezclada, como un gigantesco estofado. Hay magia de todos los colores, sabores y especies. Los druidas practican la magia de la naturaleza, pero incluso esa magia está compuesta de magia de la tierra, magia del agua, magia de los animales y magia del viento. A algunos hechiceros sólo les gusta la magia-magia, es decir, el manipular la magia: hechizos para determinar cuánta magia hay dentro de un artefacto, o cómo hacer invisible un artefacto. Sospecho que tu amiga Lirio, dado que sólo puede hacer algunos conjuros y volar un poco, tiene acceso a la magia de las nubes, o a la magia del cielo, o a la magia de lo que haya en el cielo, suponiendo que haya algo allí. He subido a las cimas de algunas montañas y he descubierto que el aire es tenue y frío, y supongo que a medida que vayas subiendo más arriba al final no habrá nada en absoluto..., salvo quizá alguna clase de magia que nadie ha descubierto y empleado todavía...

»El truco está en saber a qué clase de magia puedes tener acceso y purificarla. Si pretendes volar, entonces sólo quieres magia del cielo, de las nubes y del sol. Si llevas contigo magia de la tierra de color rojo hierro, entonces unirás un ancla a tus pies. Pero debes aprender a ver, a escoger una hoja de un árbol en un vasto bosque interminable...

La muchacha aprendía lentamente, absorbiendo y haciendo preguntas. Mangas Verdes hacía centenares de preguntas.

--¿Caminar entre los planos? Yo solía hacerlo cuando era joven, pero ya no lo hago. Lo he superado. Con el tiempo, aprendí que es mejor permitir que la naturaleza siga su curso. Sospecho que tú también lo aprenderás algún día. Todo es refinamiento, siempre aprender y más aprender... Por eso ya no tengo un grimorio. Verás, lo he reducido todo a una canción, porque así resulta más fácil de

recordar...

»¿Compulsión? Ah, sí, la imposición de yugos, el obligar a lo que invoques a luchar por ti... Sí, muchos hechiceros emplean esa habilidad en su búsqueda del poder. Normalmente es el segundo hechizo que aprenden, pues su razonamiento es que no sirve de nada conjurar a menos que puedas controlar y dirigir lo que has conjurado. Pero una hoja tiene dos filos y si vives mediante la compulsión, puedes tener la seguridad de que acabarás conociendo su peso en tu espalda. Pero tú no estás interesada en doblegar a otros y hacer que se inclinen ante tu voluntad, ¿verdad, muchacha? No, ya me parecía que no. Sólo voluntarios, como tus soldados. Estupendo, eso siempre es mejor. Porque no te enseñaría a hacerlo ni aunque supiera cómo se hace...

»¿No te derrumbaste cuando esa hechicera del desierto te señaló con el dedo, y sin embargo Lirio sí? Quizá estás tan impregnada de magia que actúa como un escudo natural. ¿Tienes un hechizo de escudo? ¿No? Pues entonces se trata de eso. Normalmente se necesitan años para dominar esa habilidad y aprender a formar una muralla de maná puro, y sin embargo tú rechazas la magia con tanta facilidad como el plumaje de un pato rechaza la lluvia...

»¿Pesadillas? Todos los hechiceros las tienen, querida. Cuando conjuras, estás enviando tu mente, una parte de tu espíritu, en pos de la cosa que deseas conjurar. Hay historias de hechiceros que han enviado una parte demasiado grande de sí mismos al éter y que nunca han conseguido recuperarla después...

Eso la asustó.

--¿Marcar? Oh, sí, algunos lo llaman así. Sólo significa que si has visto algún objeto o criatura, y lo has tocado y olido, entonces lo conoces con la visión, con el don de ver. Por ejemplo, si a una persona corriente le das un clavo de herradura, lo reconocerá. Pero coge ese clavo y arrójalo dentro de una forja donde haya otros mil clavos idénticos a ese primer clavo, y entonces esa pobre alma ciega no podrá volver a encontrarlo ni en un millar de años. Pero un dominador del camino, un manipulador, podría limitarse a invocar la imagen de ese clavo --el clavo que había tocado--, cambiar el espacio a su alrededor, y atraerlo hasta su mano...

»Los hechiceros inferiores, los que tienen menos poder, sólo pueden marcar algo y dejarlo en su sitio, y esperar que esté allí cuando lo necesiten. Los grandes hechiceros pueden marcar a una cosa o a una criatura sin que ella lo sepa, y dejar cerrada e inviolable

esa marca para evitar que otros puedan marcarla después. De esa manera protegen sus arcones y depósitos de tesoros, y enseguida saben cuándo alguien intenta llegar hasta ellos. Es aconsejable no olvidarlo, especialmente si eres uno de esos idiotas que codician tales artefactos... Roza con la punta del dedo un objeto de gran valor, y correrás el riesgo de atraer la ira instantánea de alguien que se mueve tan por encima de ti que ni siquiera te resulta posible concebir a semejante criatura. Recuerda que las cosas no te pertenecen: eres tú quien pertenece a las cosas.

»Atraer hacia tu persona el maná de las tierras que te rodean, en cambio, es algo muy distinto. Puedes utilizar el maná del aire, la tierra, el aire y el agua, o puedes utilizar reservas ocultas dentro de ti. Pero no hay que profundizar demasiado, si quieres evitar acabar convertida en una cáscara de nuez vacía. Podrías morir. O te podría ocurrir algo todavía peor...

* * *

--Pero inténtalo, querida.

--¿Cómo? --preguntó Mangas Verdes.

Parpadeó, intentando concentrarse. Entendía todo lo que le enseñaba su maestra, pero siempre iba diez pasos por detrás de ella y siempre estaba intentando alcanzarla, como si Chaney galopara sobre un caballo y Mangas Verdes corriera sobre sus pies.

--Invoca algo.

--Eh... ¿El qué, Chaney?

--Cualquier cosa. Cualquier cosa que puedas imaginar.

La mano sana de la druida revoloteó en el aire, una mariposa de maltrechas alas que necesitaba hacer un gran esfuerzo para no caer al suelo.

--Oh. Muy bien.

Mangas Verdes se frotó la frente e intentó imaginarse algo. Algo del campamento, quizá.

Y entonces supo de repente qué iba a invocar, como si el objeto le hubiera enviado una señal.

La muchacha se levantó de la roca con el ceño fruncido. Una brisa fresca surgió del robledal, haciendo oscilar de un lado a otro los largos tallos de hierba amarilla y esparciendo un lento temblor por entre las curvas hojas de los robles. Mangas Verdes estaba segura de que últimamente hacía más frío, de que el invierno ya había llegado y

la brisa contenía una sombra de hielo. Pero quizá lo que la manchaba de frío fuese el hielo derretido, y quizá fuera un viento primaveral y el invierno hubiese quedado a su espalda..., o quizá fueran varios inviernos los que había dejado atrás. Mangas Verdes no podía saberlo.

Su fruncimiento de ceño se hizo más marcado, y extendió las manos en un gesto que no parecía dirigido a nada en concreto. Últimamente sus movimientos se habían vuelto más torpes. Mangas Verdes sospechaba que los movimientos que había hecho en el pasado --en sus ignorantes intentos de dominar la magia, cuando no tenía a nadie que la guiara-- la habían estorbado más que ayudado. Pero no podía saber por qué. Ya hacía tiempo que se limitaba a mover las manos en el aire, agitándolas tan torpemente como una niña que está aprendiendo a caminar.

Una vaharada de pesadilla se deslizó por su mente durante un instante fugaz, como una serpiente de escamas aceitadas que surgiera de la oscuridad y volviera a ella enseguida, pero dejase un rastro de oscuridad detrás de sí. El sudor perló su frente, y Mangas Verdes se preguntó si el poder merecía pagar el alto precio del temor a la locura.

Pero el objeto que quería estaba allí, cantándole igual que una sirena.

Chaney estaba inclinada hacia adelante encima de su roca, tan inmóvil como un lagarto paralizado. Mangas Verdes movió la mano en un lento pase a través del aire y después la movió en sentido contrario..., y después, y con mucha más facilidad que ninguna vez anterior, creó un parpadeo luminoso a lo largo del suelo.

Un cuadrado marrón no mucho más grande que un sombrero de hombre apareció sobre la hierba. Después hubo una ondulación luminosa hacia arriba: era verde, pero no del verde fangoso que siempre había conjurado antes, sino de un verde tan puro y vivo como el primer aliento de la primavera. A continuación apareció un cuadrado de vivido azul, tan luminoso como el día después de una tormenta. Un atisbo de amarillo solar, y...

... el cofre de maná se materializó a los pies de Mangas Verdes.

El objeto brillaba, rosado y tan reluciente como una concha limpiada y frotada. Mangas Verdes lo cogió.

--No sé por qué he elegido esto --explicó--. Casi podría creer que es más bien como si me hubiera elegido a mí. Es un cofre de maná que un hechicero llamado Liante...

--¿Un cofre de maná? --replicó la voz enronquecida de Chaney--. Oh, no, niña. Eso no es un cofre de maná.

--¿No? --Mangas Verdes movió la caja de un lado a otro como una niña jugando con una piedra--. Pero cayó del cielo. El hechicero que lo sacó de donde había caído se puso muy contento cuando lo encontró. Dijo que era un cofre de maná.

--Pues entonces ese hechicero era un idiota. Esa cosa está viva. Está tan viva como tú y como yo.

* * *

Gaviota señaló con un dedo.

--¡Allí está! ¡Eeeeeeeeeh, Verde!

El grupo de búsqueda llevaba tres días atravesando el robledal que cubría aquella meseta. Los exploradores iban cargados con caza de todas clases: pavos salvajes, gallinas de los páramos, castores, un cuarto de venado... La tentación de disparar contra aquella caza tan abundante resultaba casi irresistible, y dispararon hasta que tuvieron mucho más de lo que podían llegar a comerse, pues aquel bosque era como un cuerno de la abundancia después de la taiga que había parecido un desierto.

El leñador tiró de las riendas en el comienzo de una hondonada que se abría delante de una colina y una pequeña caverna. En el centro estaba su hermana y, sentada sobre una roca, una anciana vestida de blanco que parecia más muerta que viva. Gaviota bajó de un salto de la silla y descendió a la hondonada, cojeando sobre su pierna lisiada. Mangas Verdes pasó el cofre de maná rosado (pero ¿no debería estar en el campamento?) a la anciana, y después echó a correr hacia su hermano. Gaviota la agarró por la cintura, la alzó en vilo y la estrujó contra su pecho con tanta fuerza que Mangas Verdes soltó un chillido.

--¡Estaba tan preocupado! ¿Por qué te fuiste de esa manera? ¿Fue algún hechizo?

--¡Oh, hermano, tengo tantas cosas que contarte! ¡Lo he estado aprendiendo todo sobre la magia, y Chaney me ha enseñado! ¡Su nombre significa «Bosque de robles» y es una druida, y yo también soy una druida! ¡Me ha enseñado muchísimas cosas! A interpretar signos astrológicos, puntos chakra; son centros mágicos que hay en tu cuerpo, ¿sabes?, cómo escuchar lo que dicen los cristales...

Gaviota la dejó en el suelo, sonriendo, y sus ojos la recorrieron

lentamente de la cabeza hasta los pies para asegurarse de que estaba sana y salva.

Y de repente el leñador pensó que su hermana era distinta a como la recordaba. Pero ¿de qué manera?

Mangas Verdes parecía fuerte y sana, esbelta como siempre, quemada por el sol y con los cabellos despeinados. Su traje y su chal estaban más deshilachados y harapientos que nunca, como si hubiera pasado los últimos inviernos viviendo a la intemperie. Y...

--¡Tu tobillo está curado!

La muchacha bajó la mirada y meneó el pie de un lado a otro.

--¡Oh, sí! Chaney lo curó. ¡Hizo que los huesos se unieran de la noche a la mañana! Puede hacer toda clase de cosas maravillosas...

--¡Y... has... crecido!

--¿Eh?

La joven retrocedió un paso para estudiar el rostro de su hermano, aquel hermano mayor que ya no parecía tan alto como antes.

Gaviota vio todavía más cosas. Mangas Verdes era unos tres o cuatro centímetros más alta que antes. Sus senos y sus caderas también habían adquirido una nueva opulencia, y en su rostro había más carne. Las mejillas eran dos suaves curvas, y el cuello había adquirido firmeza. La apariencia general de potranca medio muerta de hambre había desaparecido. Su nueva hermana se parecía bastante a su madre, Agridulce.

La muchacha se había convertido en una mujer.

Quizá mayor que Gaviota, su hermano mayor.

Como si varios años hubieran transcurrido en una noche.

--¡Y tu... tartamudeo ha desaparecido!

--¿Qué? --La joven se llevó a los labios una mano manchada por el verde de la hierba--. ¡Oh! Tienes razón... No me había dado cuenta.

Rakel estaba inmóvil en el comienzo de la hondonada, contemplando a los hermanos mientras los dos charlaban animadamente. No era consciente de ello, pero su mano estaba encima de la empuñadura de su espada.

«Vuelven a estar juntos --pensaba--, con sólo unos cuantos exploradores como séquito. Esta noche podría matarles sin ninguna dificultad, y llevarme sus cabezas. Mañana ya podría estar en Benalia, reclamar mi recompensa, recuperar a mi hijo y volver a la granja, y esperar a Garth, en el caso de que vuelva algún día.»

Pero no podía hacerlo. Gaviota era un hombre bueno que luchaba

por una buena causa. Mangas Verdes era una hechicera altruista que pretendía ayudar a los demás con su magia, algo que carecía de precedentes en la experiencia de Rakel. No podía acabar con aquellas personas y con sus sueños, con la esperanza que encarnaban y prometían al mundo.

Pero eran ellos dos o ella..., y su hijo.

«¿A quiénes he de escoger? --pensó, conteniendo a duras penas el deseo de gritar--. ¿Qué he de hacer?»

--No lo entiendo. --Mangas Verdes estaba examinando el cofre de maná, cosa que llevaba días haciendo. El objeto la fascinaba, especialmente desde que Chaney había declarado que estaba vivo--. ¿Cómo puedes saber que está vivo?

Chaney se apoyó en su brazo bueno y la obsequió con un encogimiento de hombros de un solo lado.

--Es una forma de ver, querida. Ya aprenderás. ¿Te has dado cuenta de que está caliente al tacto?

--Bueno, sí... --dijo la muchacha--. Pero pensaba que era sólo porque el sol la calentaba.

--No, y una persona que carezca de adiestramiento en las artes mágicas no podría notar ese calor. Ven, ponla junto a mí.

La muchacha colocó el objeto encima de la roca, al lado de la pálida mano surcada por venas azules de la anciana. Hacía otro día de invierno casi cálido, sin nieve a pesar de la altitud. Los acuosos rayos del sol calentaban la hierba amarilla y las hojas susurrantes de la hondonada. La llegada de su hermano, Rakel y los exploradores, que cazaban y buscaban un sitio para que el ejército acampara en cuanto llegase, hacía que los días transcurrieran más despacio y, al mismo tiempo y pese a esa nueva lentitud, más deprisa. Mangas Verdes acabó decidiendo que volvía a vivir en el tiempo normal, donde las horas pasaban velozmente junto a ti si estabas ocupado o se arrastraban si no tenías nada que hacer. No se trataba de que Chaney le diera ni un solo momento de descanso, desde luego: de hecho, y suponiendo que eso fuera posible, la anciana hablaba todavía más deprisa que antes, arrojándole ideas y nociones como si estuviera lanzando heno a unos caballos hambrientos.

--Pero aun así, para que esté viva... No puedo imaginármelo. Se precipitó a la tierra como una estrella fugaz. Hizo un agujero tan grande que podías tirar una piedra de un lado a otro, y tan profundo que había capas de arena amarilla en el fondo. ¿Cómo...?

--Con la magia, al igual que con la vida, todas las cosas son posibles --la interrumpió Chaney--. Debes llegar a entender eso por encima de todo lo demás, pues la magia sólo está limitada por el maná disponible y por la imaginación de quien lo emplea. Ésa es la razón por la que Liante no vio la vida que hay en esta caja. Le echó un vistazo y decidió que era un cofre de maná y, como consecuencia, eso es lo que siguió siendo a partir de entonces.

--¿Quieres decir que... piensa?

¿Qué se sentiría al tener la mente atrapada dentro de..., de aquella cosa?

Chaney soltó una risita ahogada.

--Todo lo que vive piensa, y algunas criaturas piensan con más claridad que otras. Y ahora, guarda silencio. Deseo hablar con esta cosa.

La anciana puso la mano sobre la caja rosada, depositándola encima de ella tan delicadamente como si fuese una pluma. Después cerró los ojos y permaneció inmóvil durante tanto rato que Mangas Verdes pensó que se había quedado dormida, pero de repente la druida se sacudió y abrió los ojos.

--Está protegida. Por otros y por sí misma... Ayúdame a apoyarme aquí, querida.

Mangas Verdes, sin tener ni idea de lo que pretendía hacer la anciana druida, ayudó a Chaney a inclinarse poco a poco hasta que su frente estuvo apoyada sobre la caja, como si ésta fuera una almohada de piedra.

--También aprenderás a hacer esto --murmuró la druida con voz pensativa--. Dormir sobre una calavera para conversar con los muertos... Ah, ahí está... Una chispa, muy adentro... Hola...

Y de repente la anciana chilló, lanzando un seco graznido.

La cabeza de Chaney retrocedió tan bruscamente como si acabara de ser coceada por una mula. Gruñendo y estremeciéndose, la druida cayó hacia atrás hasta que su espalda chocó con la piedra cubierta de musgo. Después Chaney gimió y babeó, y sus ojos rodaron dentro de las órbitas hasta quedar en blanco.

Mangas Verdes intentó sostener a la druida, y apartó la caja rosada para que no la estorbase.

Y retrocedió, llena de horror.

El cofre de maná se removió y desarrolló media docena de gruesos brazos verdes. Los apéndices convulsos, de distintos tamaños, truncados o terminados en una especie de pinzas, habían surgido de la caja en todos los lados, algunos de depresiones y otros de esquinas, sin ningún orden aparente. La caja rosada se volvió de un verde oscuro salpicado de puntitos marrones, como la piel de una rana. Entre los tentáculos que se retorcían asomaron tres tallos que dejaron al descubierto grandes ojos redondos e inyectados en sangre que giraron hacia Mangas Verdes. Una esquina se partió por la mitad para convertirse en una boca provista de una larga lengua roja.

Todo eso ocurrió en cuestión de segundos. Después la caja se irguió con un sacudida temblorosa, sosteniéndose sobre un puñado de tentáculos llenos de manchas y verrugas, bajó de un salto de la roca y echó a correr por encima de las hojas secas.

Mangas Verdes la vio marchar, perpleja y aturdida, y se sorprendió al caer en la cuenta de que por fin entendía lo que había querido decir Karli cuando exigió que le entregara una «caja mágica que caminaba».

Entonces se acordó de Chaney. Puso la mano sobre el pecho de la anciana, y descubrió que no estaba respirando.

--Oh, Chaney... --gimoteó--. ¡Oh, Gaviota! ¡Oh, socorro!

* * *

--He tomado una decisión, Gaviota --dijo Rakel, una mano inmóvil sobre el pomo de su espada--. Voy a unirme a tu ejército.

El leñador la observó con curiosidad. Los dos habían pasado la mañana cabalgando en un gran círculo, buscando un claro para que el ejército pudiera vivaquear cuando llegaran dentro de unos días. Era una labor agradable, subiendo y bajando sobre la silla de montar con el tranquilo trote de los caballos mientras avanzaban sobre una alfombra marrón de hojas, serpenteando por entre los troncos de los viejos robles, con el cielo azul y blanco sobre sus cabezas y el sol calentándoles el cuello. Gaviota se dijo que estaba trabajando, pero de hecho estaba disfrutando de un descanso. Dirigir aquel ejército improvisado durante los últimos meses le había dejado exhausto y después de haber encontrado a su hermana, por fin tenía una magnífica excusa para no hacer nada.

No entendió el comentario de Rakel, pero después de todo tampoco entendía casi nada de lo que le decían las mujeres. Para Gaviota, las mujeres siempre pensaban en un plano más elevado que el suyo. Mientras los hombres iban dando tumbos de un lado a otro, buscando una piedra para afilar un hacha para cortar un árbol para convertirlo en tablones para construir un nuevo granero, las mujeres enviaban sus corazones a las estrellas, buscando... Bueno, buscando lo que fuese que buscaban las mujeres. ¿La felicidad? ¿Las pequeñas alegrías de cada día? ¿El secreto de la existencia? No lo sabía, y no disponía de tiempo para pensar en ello. Gaviota tenía árboles que cortar y un ejército al que mandar, y eso ya era trabajo más que suficiente.

--Estupendo --replicó--, pero pensaba que ya lo habías hecho. Sabes luchar, y necesitamos combatientes que...

--Sé luchar --le interrumpió Rakel--, pero tú no.

--¿Eh?

Gaviota detuvo a su montura, un caballo gris con manchas al que llamaba Cintas por sus largas crines, y la contempló con los ojos entrecerrados.

--Sé cómo hay que luchar --le explicó Rakel--, pero tú... Nunca aprenderás. Lo único que te mantiene vivo en una pelea es tu fuerza y tus reflejos..., y supongo que también el hecho de que no has parado de empuñar esa hacha desde el primer momento en el que fuiste capaz de levantarla. Pero si alguna vez te enfrentas a auténticos guerreros, te harán picadillo.

--Supongo que sí. --Gaviota tenía una naturaleza demasiado tranquila y bondadosa para sentirse insultado, y además Rakel tenía razón--. No he recibido ningún adiestramiento en las artes de la guerra, y sólo he aprendido a cortar árboles. Lo hago lo mejor que puedo.

--Pues no es suficiente.

Rakel, sintiéndose repentinamente inquieta, dejó caer las riendas y bajó de un salto de su caballo para oír el crujido de las hojas bajo sus pies. Dio un par de pasos y se rodeó el pecho con los brazos, abrazándose a sí misma sin darse cuenta de lo que hacía, y contempló el robledal sin verlo. Un alce que estaba pastando en un claro bañado por el sol alzó su cornuda cabeza, observó a los dos humanos durante un momento y volvió a mordisquear la hierba. Gaviota bajó de su caballo, se estiró y calculó la distancia en tiros de arco que lo separaba del alce.

--Bueno, podría aprender con... No, Tomás ha muerto --dijo--. Bardo, quizá. Pero el día tiene tan poco tiempo...

--¡No!

Rakel giró sobre sus talones y se encontró a Gaviota incómodamente cerca de ella. Volvió a darse cuenta de lo apuesto que era, con la piel teñida de color caoba por una vida al aire libre, su cabellera castaña despeinada y recogida en una coleta, y sus ojos de un límpido color verde. Más bajo y moreno, apuesto a pesar de su cicatriz en forma de estrella, Garth se había ido esfumando en su mente, hasta que llegó un momento en el que Rakel ya apenas si era capaz de verlo con los ojos del pensamiento.

--No --siguió diciendo, confusa y un poco ruborizada--. Necesito

adiestrarte. Es una..., una especie de regalo que te hago. Antes de que deba...

Gaviota esperó en silencio.

--¿Antes de que debas hacer qué? --preguntó por fin. El leñador pensó en lo extrañamente vulnerable que se volvía Rakel cuando veías más allá de su coraza de cuero, su tatuaje de soldado y sus armas. Su cabellera negra, que llevaba tan corta al principio, había crecido hasta casi rozarle los hombros. Su rostro tenía la dureza de las facciones de una guerrera, pero conservaba la suavidad de una mujer oculta en las profundidades de sus ojos.

La mujer le dio la espalda.

--Antes de que deba... irme.

Gaviota, sintiendo una repentina curiosidad, la siguió.

--¿Por qué tienes que irte?

Rakel movió una mano de un lado a otro, un aleteante gesto femenino que ignoraba poseer.

--No puedo pasarme toda la vida con tu ejército. Por eso quiero adiestrarte, y adiestrar a los demás. Me han enseñado a entender el pensamiento militar desde antes de que pudiera hablar. Tus sargentos, Varrius y Neith, tienen cierta habilidad natural, pero no han recibido adiestramiento de oficiales. No tienen ningún sentido de la logística y de la táctica.

--¿Qué es eso? --preguntó Gaviota.

Sentía curiosidad por cualquier cosa que pudiera mejorar las capacidades combativas de su ejército, y por la mujer que quería cambiarlo.

Rakel se dio la vuelta, y se encontró con que el leñador estaba lo bastante cerca de ella para que pudieran besarse. En vez de besarle, lo que hizo fue responder con un gruñido.

--¿Lo ves? La logística y la táctica son los dos lados de un ejército y sus funciones más básicas, y tú no sabes absolutamente nada sobre ellas. En la tierra de la que vengo, todos los niños y las niñas aprenden...

Pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

Una imagen de Hammen riendo le ocultó a Gaviota. Hammen, su hijo, al que nunca volvería a ver, pues adiestrando al ejército de Gaviota y Mangas Verdes --su regalo para mantenerles con vida y hacer posible que pudieran combatir a la hechicería-- había decidido desprenderse de su vida y de todo cuanto amaba.

Su hijo sería criado por un estado cruel y carente de sentimientos,

y nunca volvería a ver a su madre.
Y sus ojos se llenaron de lágrimas, y estalló en sollozos.
Gaviota reaccionó de manera instintiva, pues no podía soportar su impotencia cuando una mujer lloraba, y la atrajo hacia su pecho. Nunca entendería cómo se las arreglaban las mujeres para ponerse a llorar en cuestión de segundos, ni el porqué tantas llevaban alguna pena secreta en sus corazones. Aquella mujer --Rakel, la dura, triste y dulce Rakel-- parecía cargar con un peso de penas todavía más grande de lo habitual.
Rakel se aferró al pecho del hombre, y sus lágrimas se deslizaron sobre su chaleco de piel de ciervo. Gaviota era tan bueno, amable y delicado... ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez en que Garth la abrazó y la besó? Alzó el rostro hacia él. Gaviota parecía tan alto como los robles que había cortado en el pasado. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, y obedeciendo un impulso irresistible, Rakel le puso la mano en la nuca y le inclinó la cabeza para que la besara.
Gaviota le devolvió el beso. Estaba sorprendido, pero no mucho. Pensó durante un momento en Lirio, que había entrado en su vida para amarle y luego había dejado de amarle (¿o seguía amándole?) para explorar la magia. Probablemente se enamoraría de Rakel. No sabía por qué, pero las mujeres acudían a él buscando un punto de apoyo, algo a lo que agarrarse, y cuando lo hacían... Bueno, entonces Gaviota les devolvía los abrazos y se enamoraba de ellas. Pero eso era otro misterio, algo tan misterioso como el que las mujeres pudieran ser tan duras y tan suaves, tan inflexibles y tan capaces de ceder repentinamente, tan delicadas y tan salvajes.
Rakel, que era mayor que él y más sabia, era consciente de que aquello no era amor, y ni siquiera deseo. Sólo era tristeza y pena y el deseo de tener a alguien junto a ella y abrazarlo. Abrazaría a Gaviota, amaría al leñador con su cuerpo y lo utilizaría para que le proporcionase consuelo y alivio, e intentaría extinguir su tristeza mientras su corazón se iba rompiendo dentro de ella.
Porque estaría muerta antes de que llegara la próxima luna.

* * *

Aterrorizada, sola, sin saber qué hacer, Mangas Verdes acostó a la anciana sobre la piedra --Chaney no pesaba más que un cesto de flores--, colocó la boca encima de la de Chaney y sopló con la fuerza

suficiente para hinchar el pecho de la mujer. Después de cuatro potentes soplidos, Chaney dejó escapar un sollozo y se estremeció, y empezó a respirar por sí sola. Mangas Verdes se echó hacia atrás, sintiéndose repentinamente agotada de pura preocupación y temor, y se limpió el rostro con las manos.

Y así fue como las encontraron Gaviota y Rakel algún tiempo después.

Mangas Verdes se dio cuenta de que su hermano no la miraba a los ojos, sino que lanzaba la mirada por encima de su cabeza, mientras que Rakel parecía tranquila y en paz consigo misma por primera vez desde que había aparecido en el campamento tan repentinamente como si hubiera surgido del aire. Mangas Verdes enseguida pensó en su nueva amiga, Lirio, y en lo que pensaría..., y en si se daría cuenta de aquel cambio. Últimamente Lirio también parecía distraída y distante, hechizada por la magia y frustrada por su incapacidad para controlarla, de la misma manera en que Mangas Verdes se sentía frustrada e impotente ante ese nuevo miedo a la locura que se agitaba dentro de ella.

Pero Mangas Verdes decidió olvidarse de las preocupaciones personales, al menos por el momento. Fue corriendo hacia su hermano y tomó su mano izquierda, la mutilada, entre sus dedos.

--¡Tienes que ayudarnos, Gaviota! El cofre de maná... ¡No sólo es un cofre, sino que también es un cerebro verde con tentáculos..., y se ha escapado!

Durante un momento, Gaviota sólo fue capaz de pensar que su hermana había sido muda durante dieciséis años y que por fin estaba recuperando todo aquel tiempo perdido.

--Cálmate, Verde, y no hables tan deprisa. ¿Qué estás diciendo? ¿Un cerebro? ¿Tentáculos?

La muchacha le explicó a toda prisa la extraña transformación sufrida por el cofre. Rakel se volvió hacia Chaney y vio que la anciana se encontraba bien, aunque parecía agotada. La druida había sido sorprendida por aquel ataque tan repentino, y estaba claramente consternada por su falta de precaución.

--Pero es un artefacto muy poderoso, de eso no cabe ninguna duda --murmuró--. Es el artefacto más poderoso que he visto jamás...

Mangas Verdes intentó apartar a su hermano.

--¡Tengo que encontrarla! Es...

Gaviota la sorprendió agarrándola por la muñeca.

--¡Espera! No creo que debas ir detrás de ella. Si es lo bastante

poderosa para dejar fuera de combate a esta druida, sólo necesitará un momento para convertirte en alimento de gusanos.

Mangas Verdes tiró de su muñeca, pero ésta permaneció inmovilizada en la férrea presa de su hermano.

--¡Suéltame, Gaviota! ¡No es peligrosa! ¡Probablemente sólo está asustada! Yo...

Su hermano siguió sujetándola. Los sufrimientos que le habían infligido los hechiceros hacían que Gaviota odiara por principio a todos los que practicaban la hechicería, y todavía no se había acostumbrado del todo a la idea de que su hermana practicara las artes mágicas. Llevaba algún tiempo queriendo hablar con ella sobre el uso de la magia y su abuso. El leñador, siempre tozudo, decidió que aquél era el momento adecuado para hacerlo.

--¡No, creo que no! Es mejor que esté lejos de nosotros, al menos por ahora. No puedes...

Pero Mangas Verdes tampoco le estaba escuchando.

--¡Te he dicho que me sueltes, hermano! ¡Quiero ese artefacto mágico! ¡Yo sé lo que me conviene, y tú no!

--¡He cuidado de ti cada día desde que naciste! Has sido mi primera preocupación y mi responsabilidad durante todo el tiempo que abarca mi memoria. Y no voy a...

Gaviota estaba empezando a enfurecerse, pero su hermana también.

--¡Suéltame! --gritó Mangas Verdes, dando un último tirón.

Gaviota tuvo tiempo de replicar con un «¡No!» antes de que...

Su mano fue bruscamente apartada de la muñeca de su hermana. Una especie de rayo, o golpe, o carga de energía, hizo que Gaviota saliera despedido hacia atrás y chocara con Rakel, rebotando en ella y golpeándose la cabeza con un árbol. Gaviota acabó con el trasero en el suelo, y se frotó su dolorida cabeza mientras empezaba a soltar maldiciones de mulero.

Dejó de hacerlo porque le dolía la mano. Abrió la palma, y descubrió que su piel estaba tan quemada y enrojecida como si hubiera tocado una estufa encendida.

--¿Qué me has hecho?

Mangas Verdes se limitó a mirarse la muñeca. Su piel estaba roja allí donde la había sujetado su hermano, pero por encima del enrojecimiento había un resplandor verde que le rodeaba la muñeca como un brazalete. Chaney se levantó de su roca, avanzó cojeando sobre una pierna sana y otra rígida y marchita, y examinó aquel anillo

verde que ya estaba empezando a desvanecerse.

--Hmmmm... Otra variante de un hechizo de escudo. Pronto serás capaz de envolver todo tu cuerpo con él. Entonces nadie podrá usar la fuerza contra ti.

La anciana dirigió un resoplido despectivo a Gaviota, y después volvió a su roca con aquel extraño caminar tambaleante suyo que tanto recordaba a los cangrejos.

Gaviota se levantó del suelo y se lamió la palma de la mano para aliviar el dolor de la quemadura.

--Bien, así que Mangas Verdes se une a las filas de los auténticos hechiceros y utiliza la magia para apartar a los mortales a un lado... ¿Qué será lo siguiente que aprenda a hacer, y cómo nos controlará ahora que ha dejado de ser un peón?

Mangas Verdes estaba contemplando sus manos como si pertenecieran a una desconocida.

--Eso no es verdad. No he cambiado...

Pero en lo más profundo de su corazón sabía que había cambiado.

Y eso la aterraba.

Un instante después Mangas Verdes se llevó un buen susto y dio un salto, como hicieron todos los demás, cuando una voz chirriante y llena de ecos que no se parecía a ninguna voz que hubieran oído jamás resonó de repente detrás de ella.

--Echar a correr hice yo porque pensamientos aplastaban los míos y mente asustada pero veis no son malos sino buenos por eso he vuelto yo y me pregunto qué queréis de mí.

Todos volvieron la mirada hacia el mismo sitio con los ojos llenos de perplejidad.

El cerebro verde, sostenido por los tentáculos que ondulaban y se retorcían manteniéndolo a unos treinta centímetros del suelo, estaba inmóvil sobre las hojas invernales. La voz procedía de su diminuta boca roja.

* * *

Al igual que Mangas Verdes, en cuanto empezó a hablar el cerebro verde ya no dejó de hacerlo ni un solo instante..., ni durante esa noche, ni durante todo el día siguiente, ni durante la noche de ese segundo día. Sólo se callaba cuando quienes le escuchaban acababan tan agotados que ni siquiera su sed de conocimientos podía

evitar que se quedaran dormidos.

El que la veloz cháchara del cerebro parlante fuese casi incomprensible no ayudaba demasiado.

--... mías cada mano con altas torres por encima de grandes agujeros debajo de torre de marfil toda blanca y caverna como boca con ojos encima enanos viajan dentro de carretas bajan hasta muy profundo recogen maná Mishra usa contra Ashnod preguntan por qué señal verde cae del cielo y yo puesto dentro de jaula barrotes de óxido presionan los ojos no puedo ver largo tiempo frío en espacio no frío sino vacío no hay comida y ver cómo las estrellas se vuelven blancas púrpuras azules rojas todo estalla y hay una explosión puesto dentro de caja y enviado al espacio todo el mundo quiere tenerme y el consejo decide que no y entonces Sabios huyeron corriendo y gritando uno grande se derrumba ojos estallan sangre cuchillo vuela hace ruido como chapoteo aplastado corriendo en la oscuridad luz del sol caliente grandes pájaros se comen al hechicero y brazos que tiran me pertenecen el sol asa y la mujer oscura que huele a arena viene no quiero ir con ella me vuelvo fantasma que no se encuentra...

Mangas Verdes se restregó los ojos doloridos y alargó una mano en un gesto titubeante, como si quisiera hacerle callar.

--¡Más despacio, por favor! ¿Cuál era la historia? ¿Alguien te robó y huyó al desierto, o fue la mujer llamada Karli la que intentó robarte el mes pasado? ¿De qué momento estamos hablando? ¿Y cómo llegaste al cielo para caer de él y hacer ese enorme agujero?

--... los Sabios dijeron que si uno tiene todo lo que querría y hace que todos los demás hagan lo que ese uno dice entonces nadie puede tenerme y me meten dentro de una caja y no puedo ver oscuro dentro de la caja pero siento gran peso y soy empujado apretado lanzado a través del cielo y lo encuentro frío no-frío y brazos flotantes que van por todas partes no hay nada a lo que agarrarse así que adopto forma de caja...

--¡Por los brazos de Axelrod, Verde! --gruñó Gaviota--. ¿Quieres hacer que esa condenada cosa se calle de una vez para que podamos dormir? ¡Debe de ser un aparato de tortura! Estoy seguro de que lo usaban para torturar a la gente: ¡te encerraban en una habitación con eso y te volvía loco!

--Vamos, Gaviota, deja de decir tonterías --bromeó Rakel.

Todos --Mangas Verdes, Gaviota, Rakel, Chaney y los exploradores, salvo un centinela que iba y venía de un lado a otro-- estaban dentro de la caverna de Chaney, aquel oscuro agujero que se

abría en la ladera de la colina. Los ocho estaban pegados unos a otros, apretujándose desde la cabeza hasta los pies encima de mantas colocadas sobre el suelo arenoso. Rakel y Gaviota compartían la misma manta, y en toda la noche la mujer no había apartado ni un solo instante el brazo con que lo rodeaba del robusto pecho de su nuevo amor. Chaney estaba echando una corta siesta, pues nunca dormía más de una hora seguida, pero Mangas Verdes intentaba mantenerse despierta y trataba de descifrar el interminable discurso carente de todo sentido que entonaba aquella voz chirriante.

La caja estaba encima de una tosca mesa, con una vela de sebo al lado. La diminuta llama bailoteaba y brillaba sobre su piel llena de arrugas. Los gruesos tentáculos truncados o terminados en aquella especie de pinzas nunca paraban de moverse, retorciéndose continuamente como si fueran un nido de serpientes. Pero la joven hechicera estaba sentada a menos de medio metro de la cosa, con la cabeza apoyada en el brazo y aparentemente fascinada por ella.

--Espera, espera --suplicó Mangas Verdes. Necesitaba dormir, pero su necesidad de conocimiento era todavía más grande--. ¿Por qué todos te querían? ¿Qué puedes hacer, aparte de convertirte en una caja rosada y volver a tu auténtica forma después?

--... caja rosada es la forma de caja mantenida y yo apretado y estrujado dentro metido en el espacio cuando enviado lejos caja no verdadera forma cualquier forma buena...

--Espera, espera. Adoptaste la forma de la caja dentro de la que te metieron, ¿verdad? Pero en realidad no tienes ninguna forma, ¿eh? Puedes adoptar cualquier aspecto, ¿no? Como por ejemplo... ¿Una rana?

Mangas Verdes se echó hacia atrás cuando la masa temblorosa absorbió sus tentáculos en sí misma, se retorció un poco más violentamente y se encogió de repente..., y se convirtió en una rana del tamaño de un gato. El cambio se produjo en un abrir y cerrar de ojos, pero el artefacto no dejó de hablar ni un solo instante.

--... obliga a que los hechiceros hagan lo que los otros hechiceros quieren que ellos hagan y los Sabios dicen que no es bueno obligar a que nadie haga lo que no quiere hacer y que entonces hay que enviar muy lejos si es que no se puede destruir porque fue hecho por todos...

Mangas Verdes volvió a sobresaltarse cuando un fantasma se materializó junto a ella: era Chaney, blanca y tan reseca como un cadáver bajo la luz de las ramas y juncos. La anciana extendió la mano --Mangas Verdes hubiese podido jurar que la luz era visible a

través de ella--, y rozó la cabeza de aquella cosa que no era una rana. Los enormes ojos saltones ni parpadearon ni se retrajeron, como sí habrían hecho los de una rana de verdad.

--Repite eso último, Hijo de los Sabios --dijo la druida.

--... no es bueno hacer que alguien tenga que hacer algo sólo porque otro quiere que haga eso así que debo irme pero no puedo ser destruido porque fui hecho por todos...

--¡¡¡Ahhhh!!! --jadeó la druida, y Mangas Verdes temió que estuviera sufriendo otro ataque. Pero la druida sólo estaba sintiendo un gran asombro--. ¿Lo ves, niña? ¡Este artefacto fue construido por los Sabios de Lat-Nam! Ellos...

--¿Quiénes?

--Oh, querida, ha pasado tanto tiempo... Los Sabios de Lat-Nam eran un antiguo colegio de personas con poderes mágicos fundado por Drafna y dedicado a codificar la magia, pero también a entender los artefactos todavía más antiguos que se conservan de tiempos desconocidos..., ¡y a detener a los hermanos, Urza y Mishra! Ya te contaré más cosas sobre ellos después, aunque en realidad no hay mucho que contar. Los Sabios eran el cónclave de hechiceros más grande que jamás ha existido, y trabajaron durante... Bueno, se piensa que durante décadas. Pretendían controlar la magia y fabricaron muchos, muchos artilugios maravillosos y letales. La mayor parte fueron destruidos cuando Urza y Mishra los encontraron durante la Guerra de los Hermanos, pero olvidémonos de eso ahora.

»¡Éste es uno de los objetos que crearon! --añadió, dando unas palmaditas sobre el artefacto, que seguía hablando--. Y si he entendido bien lo que acabo de escuchar, ¡tenía el poder de obligar a un hechicero a obedecer a otro! No sé si fue diseñado para ser un aparato de control, un castigo que el cónclave pudiera utilizar para someter a otros hechiceros a su voluntad o, quizá, como una especie de aparato de conexión para que pudieran unir sus poderes. Pero hay una cosa que no debes olvidar y que hemos de tener en cuenta: dice que no pudo ser destruido porque era demasiado poderoso, pues había sido creado por muchísimos hechiceros que trabajaron en estrecha colaboración. Y, en consecuencia, al final no les quedó más remedio que enviarlo lo más lejos posible...

La luz de la comprensión empezó a extenderse por la mente de Mangas Verdes, que de repente había dejado de tener sueño. La muchacha se irguió sobre su manta.

--Quieres decir...

--Que este juguetito es el artefacto más poderoso que ha existido en toda la historia --concluyó Chaney.

* * *

Mangas Verdes intentó entender las ramificaciones de todo aquello mientras un caos de pensamientos contradictorios se agitaba dentro de su cabeza. Gaviota y Rakel se habían levantado de su manta para estudiar el artefacto.

--Es demasiado poderoso --jadeó Mangas Verdes--, porque puede controlar... a cualquier hechicero...

--¡Y nosotros lo controlamos! --la interrumpió Gaviota.

--¿Qué? --preguntaron todos a coro.

--¿Es que no lo veis? --El leñador se levantó y se golpeó la cabeza en el techo de la caverna, pero ni siquiera se enteró--. ¿Es que no lo veis? ¡Era demasiado peligrosa para tenerla cerca, porque un hechicero puede utilizar esto para obligar a otros hechiceros a que hagan lo que él quiera! De la misma manera que ahora los hechiceros dominan a los peones y los someten a su voluntad... ¡Es la respuesta a nuestras plegarias! Con esta... cosa... por fin podremos atrapar a esos hechiceros que van de un lado a otro haciendo de las suyas, y podremos arrebatarles todo su poder. Es lo que el ejército necesita para triunfar.

El silencio fue casi absoluto mientras todos asimilaban aquel hecho..., casi, porque la rana siguió parloteando en un veloz susurro.

--No puede ser tan sencillo --murmuró Mangas Verdes--. Cuando se trata de la magia, nunca hay nada sencillo.

--¡Creía que odiabas la magia, Gaviota! --exclamó Rakel.

--¡Y la odio! --protestó el leñador--. ¡Pero esto pondrá fin a las carreras de quienes la emplean para malos usos! ¡Por fin hemos encontrado un poco de magia buena!

--O mala --graznó Chaney, que se había apoyado en la mesa con su mano buena y mantenía la mirada clavada en los ojos de la rana--. Un artefacto tan poderoso será un imán para cada persona capaz de utilizar la magia que haya en esta esfera. Cada día tendréis que enfrentaros a alguien que querrá robarlo.

--¡Sí! --jadeó Rakel de repente--. Eso es lo que estaba buscando Karli cuando atacó vuestro campamento. Arrojó todos los otros artefactos a un lado sin estudiarlos, y sólo cogió éste. Pero se volvió intangible como una imagen fantasmal apenas la hechicera intentó

tomarlo en sus manos, y se escurrió por entre sus dedos. Cuando tuvo que dejarlo allí y huir, Karli gritó de furia.

--¿Por qué no nos contaste todo eso antes? --preguntó Mangas Verdes.

--¿Eh? Oh. --Porque por aquel entonces Rakel había sido su enemiga--. Se me olvidó.

--No importa --dijo Gaviota--. ¿Qué me dices, Verde? ¿Crees que tú y Chaney podríais averiguar cómo utilizar en contra de los hechiceros a esta cosa que no para de hablar?

--Yo... No lo sé. Todo es tan nuevo, tan repentino... ¿Chaney?

--Si invertimos el tiempo suficiente en ello, podemos encontrar la respuesta a cualquier pregunta --dijo la anciana druida con voz pensativa--. Pero...

--Tenemos que averiguar cómo se usa --dijo Gaviota--, y pronto. Antes de que otro hechicero aparezca, se la lleve y la utilice para controlarnos...

_____ 9 _____

--Por el amor de la dama Evángela, ¿quieres levantarla de una condenada vez?

Gaviota deslizó sus dedos sobre el mango de su hacha para empuñarla en un ángulo ligeramente distinto y la sostuvo de lado sobre su pecho.

--No veo por qué...

El leñador se encogió sobre sí mismo cuando la espada de Rakel salió disparada hacia su rostro. Desvió la corta hoja hacia arriba con un giro y un retorcimiento de la muñeca, pero la guerrera retrocedió de un salto e introdujo la hoja por debajo de la guardia de Gaviota, golpeándole en el pecho. Rakel había envuelto la punta de la espada con un trozo de corteza de abedul, pero aun así Gaviota soltó un gruñido ahogado.

Estaban practicando en un claro bastante alejado de la cueva de Chaney. Allí la mordedura del invierno era más intensa, y su aliento formaba nubéculas en el aire mientras sus pies iban y venían sobre las hojas caídas.

--Eres lento.

Pero Rakel también estaba resoplando. Trabajar en la granja y los viñedos la había mantenido en buena forma física, pero su cuerpo estaba preparado para el trabajo del campo, no para la lucha. Las piernas le pesaban como si fueran de plomo, y sus brazos y su estómago se habían ablandado. Pero ya empezaba a sentir los primeros cosquilleos de su antigua fortaleza, y notaba que empezaba a recobrar las viejas energías. Lo que debía hacer era aguzar sus reflejos y poner a punto su cuerpo, tal como había aguzado el filo de su espada.

Gaviota, exasperado, bajó el hacha.

--¡Nunca he afirmado ser un héroe surgido de alguna leyenda que mata hidras y medusas antes del desayuno! ¡Soy un leñador, por todos los Eternos! ¡Los árboles no esquivan tu hacha cuando les lanzas un golpe!

Rakel siguió mirándole fijamente mientras alzaba su espada para volver a atacar, pero esta vez Gaviota desvió la hoja hacia abajo. Gaviota se lanzó al ataque y envió el mango de su hacha hacia el rostro de Rakel, y la guerrera tuvo que agacharse. Pero enseguida se acuclilló y bajó su mano izquierda hasta apoyarse en el suelo, colocando su espada detrás de la pierna extendida de Gaviota en un

movimiento tan veloz como el de una serpiente.

--Te has quedado sin tendón --anunció--. ¡Por los dientes de los dioses, Gaviota! En una hora te he matado una docena de veces, y te he dejado lisiado el doble. Y en Benalia ni siquiera se me consideraba ningún prodigio de la espada, sino que meramente se me tenía por una combatiente normal.

Gaviota, cada vez más disgustado, dejó caer su hacha al suelo, agarró a Rakel por los dos brazos y la arrojó por encima de su cabeza. Rakel aterrizó sobre su espalda, pero se dio la vuelta impulsándose con una mano y enseguida volvió a estar lista para atacar.

--¿Te importaría decirme por qué estás tan deseosa de adiestrarme? --preguntó el leñador--. Me las arreglaba muy bien por...

--Oh, Gaviota... ¿Es que no puedes entenderlo? Hasta el momento has tenido suerte en tus enfrentamientos con bárbaros azules, trolls y hombres-cerdo, o lo que fuesen aquellas criaturas, ¡pero un auténtico guerrero te dejará hecho trocitos esparcidos por el suelo antes de que puedas levantar esa reja de arado!

Gaviota frunció el ceño. Rakel no había respondido a su pregunta, pero decidió no insistir en que lo hiciera. Aquella mujer ocultaba más secretos que una de esas cajas que contenían cajitas dentro de más cajitas.

--He empuñado esta hacha desde que la forjé a los doce años --dijo, moviéndola de un lado a otro--. No voy a sustituirla por algún cuchillo para cortar queso como el que tienes en la mano. Hasta el momento he sobrevivido, ¿sabes? ¡He cambiado el maldito mango seis veces porque no paraban de hacérmelo astillas con sus espadas!

Rakel no pudo ocultar una sonrisa que se fue extendiendo lentamente por sus labios. Bajó la espada, fue hacia Gaviota y se inclinó hasta que su cadera rozó la del leñador.

--Bueno, mientras nadie haga astillas tu otra arma, todo irá bien --dijo.

Frunciendo el ceño y riendo al mismo tiempo, Gaviota la estrujó entre sus brazos con tanta fuerza que Rakel dejó escapar un chillido. Pero el leñador se preguntó por qué su estado de ánimo era tan cambiante como el cielo del verano: Rakel podía estar feliz y contenta en un momento dado para echarse a llorar al siguiente, y no quería decirle a qué se debían esos cambios tan bruscos.

Un instante después los brazos de Gaviota estaban llenos de carne de mujer que parecía derretirse entre ellos, y el leñador se olvidó de todo lo demás.

* * *

La llamada de un cuerno hizo que los dos combatientes volvieran al campamento.

El abigarrado ejército por fin había llegado a la meseta. Los exploradores de Bardo llevaron a las cansadas huestes hasta un claro en el bosque donde los robles no habían podido crecer demasiado y sólo tenían unos nueve metros de altura como mucho, pegándose tanto los unos a los otros que no habían tardado en dejar de estirarse hacia el cielo. Todo el mundo caminaba, montaba o conducía animales de carga, pues una de las primeras reglas de Gaviota era que no debían usar carros. Los soldados llevaban mochilas y fardos a la espalda y lanzas atravesadas encima de los hombros. Las esposas y los maridos iban cargados con sacos de comida y equipo del campamento. Curanderas samitas llevaban bolsas de ungüentos, vendajes y hierbas. Liko transportaba el largo garrote atado a su muñón, y blandía otro. Stiggur conducía a su rechinante bestia mecánica, de la que colgaban bultos, tiendas, cacharros de cocina, armas de repuesto y un sinfín de objetos más, y que además se hallaba tan repleta de niños como un muelle lo habría estado de gaviotas. Helki y Holleb, tan engalanados como caballos en un desfile, transportaban su armadura y sus arreos encima de sus lustrosos flancos rojizos. Tybalt y los otros tres estudiantes de magia arrastraban una plataforma de ramas cargada de maltrechas cajas, arcones y bolsas llenas de cachivaches y artilugios mágicos. Cocineros con las manos llenas de quemaduras llevaban el grano en los pliegues de sus camisas, y por lo menos un borracho estaba colocado de través sobre la grupa de una mula. El trasgo Sorbehuevos se había instalado encima de la cola de la bestia mecánica y estaba durmiendo en aquel nido improvisado. Un derviche muroniano cuya cabeza hacía mucho tiempo que no regía avanzaba lentamente sobre sus pies descalzos, discutiendo en voz baja consigo mismo. Había perros de todas clases, muchos de ellos medio salvajes; tres vacas de pelaje marrón rojizo conducidas mediante cuerdas; y gallinas encima de bultos vueltos del revés. Seis cartógrafos y bibliotecarios remolcaban otra plataforma de ramas cargada de tubos de observación montados sobre trípodes, rollos de pergamino sobre los que había dibujados mapas y montones de pergaminos envueltos en pieles aceitadas, y el resto de los exploradores de Bardo cabalgaban a

lo largo del perímetro.

Aquella extraña multitud fue entrando poco a poco en el claro, donde dejó caer sus cargas, erigió tiendas, se levantó las faldas o se desabotonó los pantalones para hacer sus necesidades, cavó hoyos para las hogueras que no tardarían en encenderse, taló árboles para obtener combustible, empezó a limpiar y descuartizar la caza cobrada durante el viaje, exploró el bosque o gastó bromas pesadas a sus amigos, y se enfrascó en otras cien tareas más que el ejército necesitaba llevar a cabo para sobrevivir a un nuevo día.

Rakel estaba inmóvil encima de un pequeño montículo con las manos enguantadas apoyadas sobre sus caderas recubiertas de cuero, y meneaba la cabeza mientras ponía cara de disgusto.

--¡Qué pandilla de espantapájaros más sucia, torpe y lamentable! ¡Un ejército de verdad se los comería crudos y no dejaría nada de ellos salvo sus gritos!

Gaviota, un poco irritado, decidió defender a sus tropas.

--Pues no lo hicimos tan mal cuando nos enfrentamos a esos jinetes azules y a los incursores de las alfombras voladoras de Karli.

--¿Qué estás diciendo? --Rakel le contempló como si el leñador hubiera empezado a babear delante de ella--. Perdiste a diez combatientes: ¡un tercio de tus fuerzas! ¡Eso es una derrota lo mires como lo mires! ¡Otra victoria como ésa, y no te quedará ni un perro cojo al que dar órdenes!

--Oh, muy bien. ¡Pues entonces ya puedes empezar a enseñarles cómo hay que luchar! Eso es lo que acordamos, ¿no?

De hecho, Gaviota no estaba muy seguro de qué habían acordado, y sólo tenía claro que Rakel le había asegurado que reorganizaría aquel ejército hasta convertirlo en una potente fuerza de combate. Gaviota pensaba que era una gran idea, ya que él no era capaz de organizar ni a un grupo de niños para que recogiesen madera.

--Dales un poco de tiempo para que se instalen --siguió diciendo--, y luego...

--No. No hay tiempo. Esa cosa verde y viscosa es un imán para los problemas, y el cielo puede caer sobre vuestras cabezas en cualquier momento. No nos quedarían brazos suficientes para enterrar a los muertos. No. Vamos a empezar ahora. Empezaremos ahora mismo, ¿entendido?

Gaviota se limitó a agitar una mano.

Rakel movió la espada que colgaba de su cinturón hacia el

costado, colocó su daga de heroína sobre la otra cadera y bajó del montículo para ir al encuentro del ejército.

Su ejército.

* * *

Rakel ordenó a la trompeta que lanzase una llamada general con su cuerno de carnero, y le dijo que debía ser lo más sonora posible. ¡Ta-roo, ta-ta-tataroooooo!

--¡Venid aquí todos, y deprisa! --gritó después, haciendo bocina con las manos alrededor de su boca.

Gaviota tuvo que admitir que nadie echó a correr. Los hombres y las mujeres volvieron la mirada hacia Rakel, se encogieron de hombros, interrumpieron sus tareas y fueron obedeciendo sin darse ninguna prisa. La guerrera benalita se había subido encima de la caja de una cocinera. La multitud murmuró, habló, bromeó y se preguntó qué iba a ocurrir.

--¿Quién eres? --gritó una combatiente que llevaba la cabellera rubia recogida en una larga trenza--. ¡No recuerdo haber contratado a ninguna bailarina!

La chanza provocó risotadas hasta que Rakel dirigió un dedo enguantado hacia la bromista.

--Lo averiguarás en cuanto te calles --dijo--. Por el momento, te has quedado sin la mitad de la paga de un día por habernos hecho perder el tiempo. ¿Dónde está el escribano? ¿Cómo te llamas? ¿Donahue? Bien, pues ahora has pasado a ser el furriel, porque así es como un ejército llama a su escribano jefe... Anota el nombre de esa mujer, Donahue. ¡Porque a partir de este momento sois un ejército, y yo soy su comandante!

Todos empezaron a hablar en susurros e intercambiaron codazos.

--¿Y en qué situación deja eso a Gaviota? --preguntó una mujer.

Como respuesta, el leñador se colocó al lado de Rakel, aunque no se subió a su caja de cocinera. Gaviota era lo bastante alto para que todo el mundo pudiera verle.

--Soy el comandante en jefe, o el general, o como quiera llamarme... Vamos, que soy el que está arriba de todo. Rakel será la que dé las órdenes. Sabe hacerlo mejor que yo, y de momento me dedicaré a mirar.

--¡Eh! --exclamó la bromista, haciendo oscilar de un lado a otro su trenza amarilla--. ¿Qué la hace tan especial? ¡Yo podría hacerlo mejor

que ella! ¡Cualquiera de nosotros podría!

La respuesta de Rakel consistió en bajar de un salto de la caja. La multitud le abrió paso, y Rakel fue avanzando por entre ella hasta que se plantó delante de la rubia, que era una cabeza más alta que ella, con un enorme par de senos y unos hombros tan anchos como la puerta de un granero. Su coraza de cuero estaba señalada en una docena de sitios, así como sus brazos desnudos. Con su despeinada cabellera negra y sus pulcras prendas de cuero, Rakel parecía una niña delante de aquella amazona.

--Estoy al mando porque en todo este ejército no hay nadie que sepa luchar mejor que yo --le dijo a la bromista--. Puedo vencer a cualquiera de vosotros, repugnante pandilla de bastardos. ¿Quieres verlo?

La enorme rubia retrocedió un paso. Después movió cautelosamente una mano hasta colocarla sobre la empuñadura de la descomunal espada que colgaba de su costado...

... y Rakel se convirtió en un torbellino de actividad.

Una bota giró velozmente a la altura de su cintura mientras se agachaba y golpeó el codo de la mujer con tanta fuerza que la hizo girar sobre sí misma. La bromista dejó escapar un rugido de dolor y rabia, y lanzó un terrible golpe con su otra mano. Rakel se agachó por debajo del puñetazo y se impulsó hacia arriba hasta que su hombro golpeó el codo de la mujer desde abajo, dejándoselo tan inutilizado como el otro. Los dedos de Rakel se incrustaron en la garganta de la mujer, ahogando un grito. La guerrera rubia empezó a caer hacia atrás entre un acceso de toses y náuseas, y Rakel le golpeó la rodilla con un puño para ayudarla a acabar de caer. La espalda de la rubia chocó con el suelo...

Pero entonces un amigo suyo desenvainó su espada, la empuñó con ambas manos por encima de su cabeza y lanzó un feroz mandoble contra Rakel, acompañándolo con un alarido..., y la espada de Rakel se movió con la velocidad del rayo y las dos hojas chocaron produciendo un tremendo tañido metálico. El atacante, que había quedado con las manos entumecidas, intentó sostener su espada. Rakel dejó atrás sin ninguna dificultad su casi inexistente defensa y le golpeó debajo del mentón con el canto de la mano. Las mandíbulas del hombre se encontraron con un seco chasquido, cerrándole la boca de repente. Después Rakel le hizo retroceder casi dos metros con un espantoso puñetazo en el estómago que arrancó un gemido colectivo a la multitud.

Con sus dos atacantes caídos en el suelo, Rakel agarró el brazo de la bromista y se lo retorció hacia atrás hasta que la mujer aulló. La guerrera se sacudió como si estuviera levantando una bala de paja y dejó caer a la rubia junto a su amigo. Cuando pudieron volver a ver con claridad, los dos soldados se encontraron contemplando la reluciente longitud de la hoja de Rakel.

--Y ahora repito que soy la comandante de este ejército --jadeó Rakel--. ¿Hay alguien más que quiera discutirlo?

La mujer y el hombre menearon la cabeza, asegurándose de que no movían ninguna otra parte de sus cuerpos.

--Muy bien. Levantaos. Tenemos trabajo que hacer. --Rakel envainó la espada y alzó la voz--. ¡Quiero que todos los combatientes estén aquí dentro de una hora con el arma que mejor sepan manejar! ¡Y cuando ese cuerno suene, vendréis corriendo! ¿Entendido?

Hubo un murmullo de asentimiento general. «Sí. Claro. Desde luego que sí.»

--¡Cuando hago una pregunta, quiero oír bien claro «¡Sí, comandante!» como respuesta! --gritó Rakel, alzando todavía más la voz--. ¿Ha quedado entendido?

--¡Sí, comandante! --gritaron una docena de bocas.

--¿Qué habéis dicho?

--¡Si, comandante! --gritaron medio centenar de bocas.

--¡Muy bien! ¡Una hora, y venid corriendo! ¡Quien llegue el último, hoy trabajará gratis!

Cuando se dio la vuelta esta vez, toda la multitud se apresuró a retroceder. Los dos soldados caídos en el suelo fueron ayudados por algunos amigos. Todos se dieron cuenta de que, aun habiendo sido tratados con gran dureza, no habían padecido morados ni roturas de huesos.

Rakel se reunió con Gaviota.

--Ven. Vamos a comer.

--¡Sí, comandante! --gritó el leñador.

Rakel le fulminó con la mirada y Gaviota le sonrió, pero su sonrisa se fue desvaneciendo poco a poco.

--Eh... Por supuesto. Por aquí..., eh..., Rakel..., ah..., comandante.

Después de la comida, Rakel hizo sonar el cuerno y los soldados acudieron a la carrera. Los seguidores del campamento también vinieron para ver cómo la nueva comandante ejercía su cargo.

Rakel no desperdició ni un instante. Contó a diecinueve soldados, ocho de ellos mujeres, más cuatro jinetes del desierto que habían sido

capturados en la batalla de la taiga. Los jinetes no compartían ninguna lengua con el resto del ejército, pero dieron a conocer sus deseos mediante el lenguaje de los signos. Todo el mundo había dado por sentado que ya eran miembros del ejército, y los jinetes habían sido aceptados como tales. Si alguno de los seguidores de Gaviota les guardaba alguna clase de rencor por el ataque, todavía tenían que demostrarlo con actos.

Rakel emparejó a los soldados al azar, tres parejas cada vez, e hizo que lucharan con las armas que habían elegido, advirtiéndoles de que no debía haber ningún derramamiento de sangre. Junto a ella permanecía inmóvil una escribana que había pedido prestada a Donahue, una joven llamada Frida provista de tintero, pergamino y pluma. La nueva comandante del ejército observó los combates con el ojo perspicaz de una experta en las artes de la guerra, estudiando los puntos débiles y las habilidades y viendo en qué sobresalía cada soldado y qué trataba de ocultar. Después de cada batalla, Rakel pedía a los combatientes que le dijeran sus nombres, los calificaba en una escala, les daba un descanso y llamaba a una nueva pareja. Gaviota permaneció detrás de ella todo el rato, y observó y aprendió. A mediados de la tarde, Rakel emparejó ganadores con ganadores y asignó una calificación a todo el mundo, desde el recluta más inexperto que padecía delirios de grandeza al veterano mas viejo, duro y astuto; pero incluso a estos últimos fue capaz de enseñarles unos cuantos trucos nuevos, que le granjearon un respeto concedido a regañadientes.

Rakel anunció el fin de los combates cuando aún faltaba un buen rato para la llegada del crepúsculo, y todo el mundo se estiró y empezó a gruñir y soltar gemidos. Después volvieron a gemir cuando Rakel se enfrentó a su siguiente responsabilidad.

Más de la mitad de los soldados del campamento tenían seguidores: esposas, maridos, hijos cuyas edades iban desde los que todavía llevaban pañales hasta los adolescentes... Muchos eran artesanos que vendían sus artículos y servicios al ejército, y entre ellos había herreros, cocineros, hojalateros, remendones y trabajadores del cuero. Algunos hombres se habían emparejado para compartir su manta y la corpulenta bromista rubia no se había conformado con una sola esposa, sino que tenía a dos viviendo en su tienda. Algunos combatientes eran simples mercenarios que andaban detrás del botín, y otros eran muchachos y muchachas que se habían escapado del aburrimiento de las granjas, y también había muchas familias de

refugiados que habían sido expulsadas de sus hogares por las guerras, los hechiceros, las plagas o unos gobernantes demasiado tiránicos. A Rakel le daba igual quién se hubiera unido al ejército, y lo único que quería era averiguar si había venido libremente y porque así lo deseaba.

--Los voluntarios no pueden quejarse cuando no les gustan las órdenes que reciben --le dijo a Gaviota--, porque no pueden culpar a nadie salvo a ellos mismos.

Y su siguiente orden fue que debían levantar el campamento y volver a montarlo.

Los hombres y las mujeres habían instalado las tiendas como les daba la gana, poniéndolas aquí o allá para que recibieran el sol o estuvieran vueltas hacia el amanecer o quedaran enfrente de un vecino o lo que fuese. Había hogueras para cocinar por todas partes, al igual que ocurría con los montones de basura, desperdicios y excrementos. Rakel acabó con toda aquella confusión y la hizo desaparecer.

Fue de un lado a otro arrancando estacas de tiendas y apartando fardos y bultos a patadas, y después le pidió prestada una cuerda al encargado de las caballerías. Colocó a Frida al otro extremo de la cuerda y tiró de ella hasta dejarla tensa, y trazó una línea sobre las hojas, la tierra embarrada y los arbustos del claro. Todas las tiendas tendrían que ser erigidas a lo largo de aquella línea, con un paso de distancia entre una y otra, y además no se trataría de un paso cualquiera sino de un paso militar, que medía exactamente ochenta centímetros de longitud. Con nuevos gemidos, pero con una nueva admiración otorgada de mala gana, el campamento volvió a levantar sus tiendas.

Había más. A exactamente cien pasos de distancia de la última hilera, en el bosque, estarían las letrinas. Tendrían que ser cavadas de una manera determinada, y estar provistas de una pala y de tierra que pudiera ser arrojada encima de las heces. Cualquier persona que fuera sorprendida haciendo sus necesidades fuera de las letrinas, acuclillada en los arbustos o detrás de un árbol, sería colocada encima de un montón de ramas para el fuego con el trasero al aire y recibiría golpes de junco hasta que le sangraran las nalgas, sin que se admitieran excepciones para hombre, mujer, niño, soldado, seguidor del campamento u oficial.

Se les concedió una hora para cenar. Todos se habían instalado más o menos cómodamente para descansar, cotillear, darse masaje

en las zonas doloridas y relajarse al final del día, cuando el cuerno volvió a sonar. Hubo un coro de gemidos, pero todos echaron a correr para responder a la llamada. Frida, la escribana de la comandante, leyó la nueva relación de oficiales.

Sin contar a los exploradores y la caballería (¿caballería?, se preguntaron), habría tres compañías: la roja, la verde y la azul. El capitán Varrius mandaría la Compañía Roja, el capitán Neith mandaría la Azul, y la capitana Ordando mandaría la Verde. Ordando fue la más sorprendida de todos al oírlo, pues era la corpulenta bromista de la trenza rubia a la que Rakel había dado una buena paliza aquella mañana. Cuando Rakel la felicitó, Ordando sólo fue capaz de tartamudear como una colegiala en su primer baile.

Rakel tenía unos cuantos anuncios más que hacer. Hasta que los uniformes hubieran alcanzado un grado de uniformidad más elevado, cada soldado tendría que llevar una escarapela de colores en su sombrero. Rakel esperaba que las escarapelas estuvieran en su sitio cuando se iniciara la revista (¿la revista?) fijada para el amanecer del día siguiente.

Terminó diciéndoles que estaba orgullosa de sus combatientes y que prometían mucho, pero que el ejército considerado como un todo todavía tendría que esforzarse mucho para ser una auténtica fuerza de guerra. Las luces se apagarían dentro de una hora, y estaba prohibido hablar después de que se hubieran apagado las luces. Su escribana leyó los turnos de guardia, que ya no consistían en un solo retén --como había apostado Gaviota hasta entonces--, sino en cuatro que se moverían por rutas que se intersectaban en diversos puntos. Todos fueron a sus tiendas sintiéndose más o menos agotados y perplejos, salvo un grupo que se congregó alrededor de una hoguera para beber coñac y hacer especulaciones sobre su nueva comandante y su futuro en el ejército. Una hora después descubrieron que la nueva comandante hacía honor a su palabra, pues Rakel surgió de la nada con un cubo lleno de agua que derramó encima de su hoguera, rociándoles con un diluvio de cenizas calientes y vapor impregnado de suciedad.

Rakel terminó su noche repasando las órdenes del día siguiente con su escribana, y después dio permiso a la agotada joven para que se marchara. A continuación patrulló el perímetro de guardia moviéndose sobre pies veloces y ágiles que no hacían ningún ruido, y dando un buen susto a por lo menos dos centinelas. Sorprendió a una pareja de jóvenes que se estaban dando un revolcón entre los

arbustos, los separó de un manotazo y lanzó al muchacho a tres metros de distancia por los aires para que aterrizara sobre su trasero desnudo. La pareja huyó a la carrera, buscando el refugio de las tiendas de sus padres. Después Rakel sorprendió a una mujer que se estaba levantando las faldas. La mujer le explicó con voz gimoteante que las letrinas quedaban demasiado lejos y que estaba demasiado oscuro para ir hasta allí, pero Rakel le asestó un golpe con el plano de su espada allí donde más podía dolerle y después la observó escapar cojeando.

Finalmente, cuando la noche había llegado a su momento de máxima oscuridad, Rakel subió tambaleándose la pendiente que llevaba a su tienda. Gaviota estaba sentado delante de ella, afilando su hacha con una piedra de amolar mientras contemplaba cómo las estrellas del invierno giraban lentamente en los cielos.

--Eres asombrosa, Rakel --le susurró el leñador--. Has hecho más en un día de lo que yo he conseguido hacer en seis meses.

Rakel no se detuvo, y se limitó a quitarse el cinturón antes de arrastrarse hasta su petate, dejando sus armas allí donde pudiera llegar hasta ellas con la mano.

--Todavía no he conseguido nada, pero lo haré.

Y un segundo después estaba dormida, sumida en ese profundo sueño instantáneo que sólo un combatiente veterano es capaz de alcanzar, dejando a Gaviota a solas para preguntarse de dónde surgía aquella decisión obsesiva y toda esa fanática energía.

Después el leñador entró en la tienda y se acostó junto a ella, y se durmió.

* * *

Los días siguientes fueron idénticos: las órdenes llegaban tan deprisa y eran impartidas con tal ferocidad que todo el mundo acabó sintiendo que le daba vueltas la cabeza. Pero Rakel era implacable y, de hecho y a medida que el ejército se iba volviendo más eficiente, fue volviéndose más y más estricta hasta que llegó un momento en el que los soldados pedían permiso antes de escupir.

Las tres compañías --Verde, Roja y Azul-- eran pequeñas, con sólo seis o siete combatientes en cada una, pero Rakel aseguró que se expandirían con el paso del tiempo. (Nadie conseguía imaginarse cómo iba a ser posible eso, pero no discutieron con ella.) Rakel formó filas dentro de cada compañía, colocando a los luchadores más

veteranos en el exterior y a los reclutas más faltos de experiencia en el centro para que los veteranos pudieran impedir que huyesen durante la batalla. Después inició una campaña de reclutamiento, ofreciendo a cualquier chico o chica del campo que tuviera más de trece años un rango de cadete con media paga, y obtuvo seis nuevos combatientes en un instante. Además, asignó media paga a todos los seguidores adultos del campamento, basándose en que ayudaban a sostener al ejército y merecían ser recompensados, con lo que consiguió que todo el mundo la apreciase.

Rakel cambió las tácticas de combate. Se acordaba de cómo habían sido masacrados por la carga de caballería en la taiga, por lo que su primera acción fue convertir a cada soldado en un lancero. Cortaron arbolillos en el bosque y los convirtieron en pértigas, y los dos herreros del ejército recibieron montones de espadas viejas y chatarra de hierro para que les dieran una nueva forma. Siguieron las especificaciones de Rakel, y forjaron puntas de lanza que podían ser encajadas en las puntas de las pértigas. Cada soldado tendría que llevar una pértiga mientras viajara, colgando equipo en ella si era necesario. Cuando fueran llamados al combate, tendrían que unir las puntas de lanza a las pértigas y crear un muro de lanzas inclinadas con los extremos de las pértigas firmemente plantados en el suelo. Rakel les aseguró que por muy bien adiestrado que estuviera, ningún caballo sería capaz de abrir una brecha en semejante línea de acero. Después les hizo una demostración lanzando un corcel de guerra contra la línea de lanzas. El caballo hundió las cuatro pezuñas en el suelo, y Rakel salió despedida de la silla de montar para acabar chocando con la tierra fangosa. Para gran asombro suyo, y de todos los demás, veinte combatientes fueron corriendo hacia ella para ayudarla a incorporarse. Todo el mundo se echó a reír, y el cemento invisible que unía al ejército se volvió más sólido que nunca.

Hubo más cambios. Cada combatiente debía llevar un arco, corto o largo. Rakel opinaba que las ballestas eran demasiado lentas y pesadas, y las hizo desaparecer en una hoguera. Todos los soldados debían llevar un escudo a menos que pudieran demostrar que resultaban más efectivos sin él, como ocurría con los hacheros, y a esos combatientes especializados se les asignó un compañero para que los protegiese mientras se abrían paso a través de filas de enemigos imaginarios. Señales de cuerno sencillas para indicar el avance, la retirada, la carga y otras maniobras fueron creadas, aprendidas de memoria y puestas a prueba en hora tras hora de

prácticas y adiestramiento. Cuando las compañías estuvieron lo suficientemente entrenadas, Rakel hizo que practicaran las maniobras todas a la vez y se enfrentaran unas a otras, y la competición, las pullas y las fanfarronadas impulsaron a los hombres y las mujeres a superarse y luchar mejor que nunca.

Rakel examinó la cincuentena de monturas que había en el campamento, escogió varias sin importarle a quién pertenecían, y creó un cuerpo de caballería. Los cuatro jinetes del desierto, tres hombres y una mujer que estaban aprendiendo lentamente el lenguaje local y que tenían como portavoz a un bizco llamado Rabi, fueron a parar a él. Para el resto de monturas, Rakel escogió a dos hombres y una mujer que demostraron ser buenos jinetes y los equipó con botas y sables. Para obtener más jinetes, le robó a Bardo dos exploradores, Channa y Givon, y los sustituyó poniendo al servicio del paladín a Holleb, el centauro. Helki, su esposa, fue convertida en capitana de caballería. Helki, tan aparatosamente sentimental como siempre, fue corriendo en busca de Gaviota para contarle entre sollozos que había sido separada de su amado, pero Gaviota se negó a revocar las órdenes de Rakel. La fuerza de caballería recibió escarapelas y brazales amarillos, y decidieron llevarlos largos para que ondularan impulsados por el viento que creaban al galopar. Acostumbrada a la disciplina militar, Helki se mordió los labios y entrenó a su pequeña tropa durante todo el día y la mitad de la noche, hasta que fueron capaces de cargar y girar en una formación tan unida e impecable como la de una bandada de estorninos.

Bardo y los cuatro exploradores restantes, a los que se había unido Holleb, no recibieron ningún uniforme especial, pues tendrían que confundirse con el bosque. Rakel les ordenó que cosieran plumas negras en un hombro de sus ropas, y se les dijo que eran el signo del cuervo. De hecho, Rakel sólo quería que tuvieran algo especial de lo que poder presumir, pues las distintas unidades del ejército habían desarrollado toda una serie de amistosas rivalidades que Rakel sabía en el fondo sólo servían para reforzar aún más la unidad.

Como nuevo incentivo, Rakel creó una escala de paga basada en el reparto del botín. Gaviota se había limitado a permitir que el botín fuera dividido en partes iguales..., cuando había algún botín que repartir. Rakel cambió todo eso. Los reclutas recibían una porción al día; los veteranos dos o tres, dependiendo de los años de servicio; los capitanes cinco; la comandante diez; y Gaviota, como general, quince. Cuando Gaviota protestó diciendo que no necesitaba tanto botín,

Rakel le explicó sus motivos. Los soldados eran perezosos por naturaleza y necesitaban metas, aunque fuesen modestas. Si un soldado obtenía la misma paga que un sargento o un capitán, había muy pocos incentivos para buscar el ascenso y distinguirse en la campaña con el fin de ser nombrado oficial. Gaviota, que no había tenido ningún contacto con lo militar, no tuvo más remedio que estar de acuerdo con ella, pues los soldados empezaron a presentarse para ofrecer habilidades de las que no habían hablado hasta entonces. Pero nadie se quejó de que toda aquella «paga» tan extravagante existiera principalmente sobre el papel, pues aquel embrión de ejército solía pasar meses sin ver ninguna moneda.

Rakel fue más allá. Explicó a Donahue, que se había convertido en el furriel, y a Gaviota, que había dos aspectos a considerar en la guerra: la logística y la táctica. La táctica giraba en torno al combate: cómo encontrar al enemigo, cómo enfrentarse a él y destruirlo, cómo aprovechar la victoria... La logística cubría las mil tareas que debían llevarse a cabo para mantener aprovisionado a un ejército con el fin de que pudiera combatir, y asegurar que no le faltara comida, tiendas, flechas o golosinas. Donahue, sintiéndose en la gloria al tener tantas cifras con las que hacer malabarismos, reclutó a tres seguidores del campamento que sabían escribir y tenían conocimientos de aritmética para que se encargaran del control de los suministros, y también formó partidas de cazadores y grupos de recolectores del bosque para que se encargaran de traer caza y forraje.

Una semana después, el campamento estaba impecable y ordenado, limpio y sano, y rebosante de comida y camaradería. La gente sólo hablaba de las ideas, las dotes y capacidades de Rakel, y de las nuevas ideas que podían proponer. Todos juraban que nunca habían visto nada parecido a aquello, y que Rakel era una auténtica hacedora de prodigios.

Pero Gaviota, que la abrazaba sobre sus mantas por la noche, sabía hasta qué punto podía llegar a ser frágil y solemne aquella mujer. A veces Rakel se echaba a llorar sin que hubiese ninguna razón que el leñador pudiera discernir, y después se negaba a darle respuestas o pistas.

Salvo en una ocasión. Rakel, consumida por el agotamiento, le preguntó cuántos días faltaban para que la Luna de las Neblinas estuviera llena.

--¿Por qué te preocupa eso? --preguntó Gaviota--. ¿Hay alguna cita a la que no puedas faltar? ¿O acaso el haber puesto en forma al

ejército para cierta fecha es una meta particular que te has marcado?

--Responde a mi pregunta --replicó Rakel con un suspiro--. ¿Cuántos días faltan?

Gaviota fue hasta la entrada de la tienda, asomó la cabeza al exterior y contó con los dedos.

--Quizá... ocho días. O siete. ¿Por qué?

Pero Rakel se limitó a rodar sobre sí misma poniéndose de espaldas a él, y siguió llorando con sollozos ahogados hasta que acabó quedándose dormida.

Gaviota volvió a quedarse solo para recorrer el campamento sumido en el silencio, contemplar la luna y meditar en lo extrañas que eran las mujeres.

* * *

Después de haber puesto en forma a los soldados, el campamento y los seguidores del campamento, Rakel siguió adelante con sus planes. Unos guardias condujeron a todas las personas que había en el campamento delante de una falange de escribanos que anotaron su nombre y su trabajo. El nuevo censo proporcionó unos cuantos resultados asombrosos.

Para empezar, había cinco huérfanos medio salvajes en el campamento. Sin que nadie se enterase, aquellos niños cuya existencia era desconocida para todos se habían infiltrado en el ejército procedentes de pueblos y aldeas, y habían formado su propio clan. Vivían mitad robando y mitad ayudando en las tareas imprescindibles: llevaban madera y agua de un lado a otro, cuidaban de las hogueras, y se ganaban un plato de comida aquí y una moneda allá. Rakel puso fin a eso. Los dos niños más pequeños fueron entregados a familias que los solicitaron. Dos más fueron asignados a las cuadrillas de las cocinas. A la mayor, que era la líder, una niña que todavía no tenía diez años y se llamaba Dela, se le asignó la misión de ayudar a Stiggur y su bestia mecánica.

Pues incluso la bestia mecánica tuvo que trabajar. El enorme y extraño animal de Stiggur había sido utilizado de vez en cuando para transportar suministros como si fuese una mula gigante. En esas ocasiones la bestia mecánica quedaba recubierta de calderos de hierro, redes llenas de cebollas, armas, arcones, bultos de ropa y colada a medio secar y demás parafernalia, lo que le daba el aspecto de un bazar gigante. Stiggur se enorgullecía de transportar toda esa

carga, pues el artefacto nunca se resistía o reducía la velocidad. Pero a Rakel no le gustaba que lo hiciera. Declaró que la bestia era demasiado valiosa como máquina de guerra para servir de tendedero de la ropa, y los herreros y carpinteros fueron convocados para equiparla y modificarla. Tomando como modelo a un elefante de guerra, Rakel ordenó que se construyera una plataforma encima del cuello y la espalda de la bestia. La plataforma protegería al conductor de las flechas y permitiría transportar a media docena de arqueros. Stiggur, que rebosaba ideas, propuso instalar una ballesta gigante encima de la grupa de la bestia. El muchacho pensaba que, teniendo en cuenta todos los engranajes y poleas que había dentro del cuerpo de la bestia, resultaría bastante sencillo colocar un gancho y una tira, y luego añadir otra polea para tensar la pesada cuerda de la ballesta hasta dejarla tirante.

Rakel mejoró su idea, y asignó a Liko a la unidad de la bestia, como acabó siendo llamada. Si se construía una ballesta, el gigante podría tirar de la cuerda hasta dejarla tensa. Liko fue adiestrado para trabajar formando equipo con la bestia. Tendría que luchar junto a su lado derecho, con lo que protegería su brazo izquierdo sano y gozaría de la máxima libertad de movimientos posible para su garrote-brazo derecho. Stiggur y Liko se entrenaron obedientemente con un caballo de madera y un gigante con la cabeza más dura que la madera. Ambos eran tan torpes como árboles ambulantes, pero a Rakel no le importaba. Pensaba que la simple visión de un colosal caballo de madera y un gigante de dos cabezas bastaría para desintegrar cualquier formación de soldados. Liko también fue equipado con un blusón de cuero hecho con pieles de buey curtidas que fueron obtenidas sacrificando a los tres bueyes. Las pruebas demostraron que la mayor parte de las flechas que se disparasen contra él rebotarían en las pieles, con lo que posiblemente éstas le salvarían la vida.

Rakel se dedicó a recorrer el campamento e inspeccionó otros grupos. Algunos funcionaban tan bien que Rakel se limitó a pasar revista y dar su aprobación. Los curanderos samitas vestidos con sus túnicas azules y sus sombreros blancos que trabajaban bajo la supervisión de Amma conocían muy bien su oficio, y eran capaces de enfrentarse a cualquier herida o desastre mediante una combinación de afable atención, hierbas, conocimiento, magia y plegaria. Amma le explicó que eran sanadores itinerantes, y que se habían unido al ejército porque estaban de acuerdo con su misión.

Lo mismo podía decirse de los cartógrafos y bibliotecarios, un grupo a cuyo frente estaba una joven de aspecto siempre serio llamada Kamee. Invitados por Gaviota, y bajo la protección del ejército, solían estar ausentes durante días, explorando, investigando ruinas, cavernas y torres, dibujando mapas, entrevistando a pastores y aparceros, y recogiendo detalles de la geografía y las tradiciones populares de cada tierra. Por lo que se sabía de su trabajo, estaban creando los primeros mapas e historias de aquel continente que nunca las había tenido, y buscaban pistas que condujeran a los hogares perdidos de tantos miembros del ejército.

Pero en aquel momento los bibliotecarios se habían ido con Mangas Verdes, y estaban recopilando docenas de cuentos y relatos populares junto con Tybalt y sus estudiantes de magia. Rakel los asignó mentalmente a Mangas Verdes y se olvidó de ellos.

Los cocineros, que se hallaban bajo el control directo del furriel, prosperaron gracias a la ayuda extra que se les había asignado y las considerables mejoras introducidas en los sistemas de caza y recogida de provisiones. Rakel se limitó a insistir en que las hogueras, el descuartizamiento de los animales y la preparación de la comida siempre debían llevarse a cabo de una manera limpia y ordenada.

Todo el mundo trabajaba, cargaba con un arma o contribuía de alguna manera, y finalmente Rakel pudo ocuparse de las heces del ejército. Su censo había revelado la existencia de un viejo que era una auténtica esponja y que siempre estaba borracho gracias al licor que compraba o mendigaba. Después de ser atado a un árbol y duchado con varios cubos de agua, el viejo se negó a mantenerse sobrio, por lo que acabó siendo conducido ante la anciana Chaney, quien usó un conjuro para enviarle a una ciudad lejana donde el vino era muy popular. El único derviche muroniano superviviente fue inmovilizado y calmado durante el tiempo suficiente para que se enterase de que su «ocupación» --pregonar a voz en grito el fin del mundo, condenando a los pecadores, lamentando su falta de fe y prometiendo que el ejército perecería en el horror y el holocausto-- no tenía cabida en el nuevo esquema. Se le advirtió de que debía encontrar un trabajo o, de lo contrario, esperar la llegada de los cataclismos finales en otro lugar. El derviche acabó accediendo a recoger ramas en el bosque mientras murmuraba sombrías predicciones.

El destino de Sorbehuevos, el trasgo verdigris que vivía del robo y el latrocinio, tuvo que esperar al final de la reorganización debido a su gran habilidad para esconderse y desaparecer. Rakel quería que

Chaney lo enviara a otro plano, pero esta vez Gaviota intercedió afirmando que Sorbehuevos era su «mascota de la buena suerte». Había estado con ellos desde aquella primera incursión contra Risco Blanco, era el único superviviente de su clan y merecía una oportunidad de buscar su tierra natal. Rakel se dejó convencer y «asignó» a Sorbehuevos a los exploradores, lo cual significaba que el trasgo se pasaba todo el día rondando por el bosque, saqueando nidos de pájaros y hormigueros. De noche dormía sobre la cola de la bestia mecánica, instalado en un nido que él mismo había construido.

Los únicos que sufrieron fueron los perros del campamento. Rakel expuso sus argumentos: los perros mordían a los niños, robaban comida de la cocina, se cagaban por todas partes y mantenían despierta a la gente con sus peleas nocturnas. Nadie podía adiestrarlos como perros de guerra, por lo que sólo daban problemas. Todos quedaron bastante atónitos y escandalizados cuando Rakel ordenó que fueran reunidos, sacrificados y guisados, pero la lección quedó muy clara: si quería seguir con el ejército, todo el mundo tenía que contribuir de alguna manera.

La lección fue reforzada todavía más el día en que Rakel ordenó que todas las personas del campamento --absolutamente todas-- debían colocar sus posesiones encima de sus capas para que fuesen inspeccionadas. Implacable, Rakel ordenó que se encendiera una gran hoguera y después fue examinando los bienes de todo el mundo y arrojó a las llamas cualquier cosa que supusiera un «exceso de equipaje». Ropas hechas harapos, mantas llenas de desgarrones, herramientas sobrantes, botas gastadas, cachivaches e incluso la muñeca de una niña (que tenía dos) fueron quemadas. Rakel anunció que aquel ejército se movería más deprisa si no tenía que transportar consigo ninguna carga extra.

Gaviota la fue siguiendo de un lado a otro durante toda aquella reorganización y la contempló con un respetuoso asombro. El leñador también hizo su parte del trabajo: aplacó las vanidades heridas, dispensó consejos, eliminó tensiones y tomó decisiones cuando Rakel estaba ocupada. Incluso pidió disculpas a los centinelas a los que había acusado de estar durmiendo durante sus turnos de guardia cuando Mangas Verdes desapareció. Rakel le dijo que había hecho muy bien: un general debía ser una figura paterna con algunos defectos humanos, mientras que el comandante podía ser la máquina arrolladora sin sangre en las venas que aplastaba a los soldados contra la piedra de amolar para endurecerlos y sacarles brillo.

Pero lo que más asombraba a Gaviota era su nueva libertad. Sin todos esos pequeños e irritantes detalles para que le robaran los días y turbaran sus sueños, por fin tenía tiempo para pensar en su gran misión. Podría planear sus próximos movimientos, fueran cuales fuesen, en cuanto hubiera hablado con Mangas Verdes, Rakel y Chaney.

Y con Lirio.

_____ 10 _____

Gaviota se encontró con toda una multitud congregada en la hondonada de Chaney delante de la colina. Además de su hermana, Lirio y la druida, todos los bibliotecarios estaban allí. Había cuatro, encabezados por Kamee, una mujer de rasgos severos en cuya cabellera rubia brillaban hebras de plata. Todos los bibliotecarios llevaban prendas muy parecidas, sencillas chaquetas de discretos colores oscuros provistas de muchos bolsillos para guardar plumas, tinteros, rollos de pergamino y papel hecho de corteza de árboles, y faldas holgadas o pantalones. Sus dedos eran delicados y fuertes, y estaban llenos de manchas de tinta.

Mangas Verdes saludó a su hermano con un abrazo, y Gaviota se sorprendió al enterarse de que había pasado días a no más de un kilómetro de distancia.

También se fijó en otra novedad. Mangas Verdes siempre había llevado el mismo harapiento chal verde que su madre había tejido para ella cuando cumplió doce años. Pero el chal había pasado a estar adornado por un sinfín de diminutos objetos de todas las formas y tamaños posibles. Gaviota reconoció unos cuantos: una Conchita marina, un trocito de hongo seco, una semilla de pino, un zarcillo de viña, unos pelitos grises de la cola de un caballo, una hilacha de barbas de maíz, una telaraña... Había otras cosas que le hicieron preguntarse cómo las habría obtenido Mangas Verdes, entre ellas un diente de oso, una garra de león, un alfiler que tenía forma de daga, una perla y una gema azul verdosa.

--¿Qué es...? --preguntó el leñador mientras levantaba una punta de la maltrecha prenda.

--Oh. --Mangas Verdes meneó sus despeinados rizos castaños y contempló sus hombros--. Esto es mi catálogo.

--Tu cata...

--Mi grimorio, mi libro de magia. Chaney dice que al principio todos los hechiceros necesitan uno. ¿Te acuerdas de que Liante siempre llevaba encima un librito unido a su cinturón con una cadena, y de que Dacian, la hechicera marrón, llevaba una bolsita en el hombro? Bueno, estas cosas me ayudan a recordar mi catálogo de animales y hechizos. Verás, esto es un hongo para el fungosaurio. Y este alfiler...

Mangas Verdes se calló y siguió la dirección de la mirada de su hermano.

Lirio acababa de entrar en el bosque invernal, y venía sola.

Mangas Verdes llevó a su hermano hasta la multitud. Chaney seguía en la roca donde tomaba el sol, pero había pasado a compartirla con el cerebro verde, que aquel día parecía un cruce entre caja y tortuga. Inmóviles a su alrededor estaban los cuatro bibliotecarios, consultándose en susurros, escuchando y anotando a toda prisa el interminable chorro de parloteo que brotaba del artefacto viviente.

--¿Cómo podéis aguantar el escuchar a esa cosa? --preguntó Gaviota--. Yo me volvería loco.

--Todos enloqueceríamos --admitió Mangas Verdes--. Nos turnamos, y luego nos vamos un rato para comentar y analizar lo que hemos escuchado. Después formamos preguntas para averiguar si podemos guiarlo hacia un tema determinado, pero resulta muy difícil. Tiene la mente de un loro. Puede decirte lo que ha visto y oído, pero no puede decirte lo que significa. Creemos...

Gaviota alzó una mano de dos dedos para interrumpirla.

--¿Todavía no le habéis sacado algo que tenga un poco de sentido y que podamos utilizar?

Mangas Verdes se mordió el labio inferior.

--Bueno... Una parte de su poder consiste en cambiar de forma, quizá para que alguien pudiera esconderlo. Llevaba tanto tiempo metido dentro de una caja de piedra que adoptó esa forma. ¿Te acuerdas de que la caja parecía estar recubierta de bandas y hebillas? Chaney piensa que hubo un tiempo en el que estaba rodeada de tiras y correas. Y también tiene una cierta idea de cuál es su público, porque se niega a hacer nada para algunos hechiceros. Permaneció cerrada para Liante, y se convirtió en un fantasma intangible para que Karli no pudiera llevársela. Pero ¿eso se debe a que le caemos bien? Hemos averiguado que los Sabios de Lat-Nam se enfrentaron entre ellos para decidir quién debía poseerla. En un momento dado alguien la robó y huyó al desierto, y los buitres acabaron comiéndoselo. Pero no sabemos quién era esa persona. Al final creemos que el cónclave de los Sabios metió a esa cosa dentro de la caja rosada y la envió a los cielos.

--¿Qué? ¿Cómo?

--No lo sabemos. Dice que dentro de la caja no había luz, pero que fue más allá del cielo. Nunca había pensado que el cielo tuviera un techo, pero debe de tenerlo. Se encontró entre las estrellas, donde hace mucho frío, o quizá no es que haga frío, sino que... Bueno, tal

vez sencillamente está vacío.

Mangas Verdes se encogió de hombros.

--Pero ¿cómo se usa para controlar a otros hechiceros? ¿Te limitas a apuntarla hacia ellos y decir «Te ordeno que hagas tal cosa y tal otra», o haces que se convierta en cadenas y que aprisione a alguien?

Otro encogimiento de hombros.

--Todavía no lo hemos descubierto. Esperamos que acabe diciéndonoslo.

Gaviota meneó la cabeza.

--Me alegro de que seáis vosotros los que están trabajando en eso y no yo --dijo--. ¿Has aprendido algún truco nuevo? Vamos, ¿es que Chaney todavía no te ha enseñado cómo sacarte un conejo de la manga, o a convertir la tiza en queso? ¿Tampoco te ha enseñado cómo se fulmina a la gente con un chorro de fuego del infierno para conseguir que te suelte el brazo?

Su hermana le contempló con el ceño fruncido, pero ella también lamentaba lo que había ocurrido.

--Ya lo sé, Gaviota. Todavía estás dolorido porque te lancé ese... rayo. Pero eso fue un accidente, y no deberías ir por ahí agarrando del brazo a la gente. Y de todas maneras, la magia también puede hacer mucho bien... Le he estado hablando de ti a Chaney, y le he contado cómo cuidaste de mí en el pasado...

--¿En el pasado?

--No me interrumpas. Y que eras el leñador de la aldea, y el hombre más fuerte de toda la aldea, pero que tienes una rodilla lesionada...

--¿Y por qué debería importarle todo eso a Chaney?

--¡Calla! ¡Porque puede curarte la rodilla!

Gaviota empezó a irritarse.

--No me parece probable. Me hice esa lesión hace tres años. Si todavía no se ha curado a estas alturas...

Mangas Verdes no discutió con su hermano, y se limitó a cogerle de la mano y llevarle hasta los bibliotecarios y la cosa inmóvil encima de la roca.

--Me curó el tobillo roto de la noche a la mañana. Y los tobillos son más complicados que las rodillas: tienen muchos más huesos, y son más pequeños. Así que limítate a escuchar, ¿de acuerdo? ¿Chaney?

La anciana druida abrió los ojos tan despacio como una vaca, y necesitó unos momentos para poder centrar la mirada. Después hizo

una temblorosa inspiración de aire, y Gaviota reprimió un estremecimiento. Aquella mujer estaba más muerta que viva, y sin la magia ya habría sido pasto para los gusanos... ¿Cuándo? ¿Hacía años, o quizá décadas?

Pero cuando habló, Chaney empleó un tono jovial y lleno de animación.

--Ah, sí. El hermano mayor, el leñador... Mangas Verdes me ha hablado de ti.

Gaviota volvió a sentirse como un muchacho. Chaney era tan anciana que un roble se habría sentido como una semilla ante ella.

--Me habló de tu mano. ¿Puedo verla?

«Mi rodilla», la corrigió mentalmente Gaviota, pero entregó su mano mutilada a la mano sana de Chaney. Sus tres dedos habían quedado amputados a la altura de la palma: cuando los dedos fueron aplastados por aquel tocón que se movió inesperadamente, su madre, Agridulce, los había cortado por las articulaciones con un cuchillo de la carne, y luego había doblado la piel encima de los muñones y ésta se había endurecido, convirtiéndose en tejido cicatricial blanco que nunca se bronceaba. Hacía años que Gaviota había dejado de pensar en su deformidad, y ya no trataba de ocultarla. Aun así, ver cómo la druida la contemplaba con tanta atención hizo que sintiera un extraño nudo en su estómago. Era como si el horrendo dolor de la herida fuese a regresar de un momento a otro bajo aquel contacto tan seco y áspero que hacía pensar en las escamas de una serpiente.

--Es bastante fácil, si sabes cómo hacerlo --murmuró la anciana--. Sí, puedo animarles a que vuelvan a crecer, aunque...

Gaviota retiró su mano en una brusca reacción totalmente involuntaria.

--¿Volver a crecer? ¿Estás loca? No puedes...

La anciana le sonrió con su sonrisa torcida. Un ojo legañoso se clavó en él, y el otro se entornó. Gaviota se dio cuenta de que eran de un azul tan claro que apenas si tenían color.

--No, no puedo hacer que vuelvan a crecer. Pero tú si puedes..., con mi ayuda. ¿Nunca has oído hablar de ello? Una salamandra puede recuperar la cola que ha perdido, ¿no?

Gaviota se restregó la mano mutilada.

--Por supuesto. Pero un hombre no es una salamandra.

Un encogimiento de hombros de un solo lado.

--Cierto, sólo son primos. Aun así, si deseas...

Mangas Verdes se apresuró a intervenir.

--Quizá podrías ocuparte de su rodilla, Chaney. Mi hermano... Eh... Bueno, digamos que la magia le pone un poco nervioso.

«Hablan de mí como si fuera un caballo tonto», pensó Gaviota. Pero ofreció su rodilla lesionada. Tenía un aspecto casi totalmente normal, pero después de que un árbol se la hubiera roto, la rodilla había quedado rígida y no podía doblarse mucho ni hacia atrás ni hacia adelante. También se le cansaba con facilidad, y le dolía cuando hacía mal tiempo.

La mano fría como las escamas de una serpiente volvió a tocar su piel morena, haciéndole estremecer. La druida cerró los ojos para percibir mejor las sensaciones y hundió su mano, sorprendentemente fuerte, en el músculo.

--Ah, sí. Rota por un árbol. Un roble negro cuya copa fue fulminada por el rayo, lo que hizo que quedara desequilibrado y cayera hacia donde no debía. --El asombro que vio en el rostro de Gaviota le hizo soltar una risita--. Podría quedar casi tan bien como antes de la fractura. Los huesos han desarrollado cuernos muy dentro de ellos. Tenemos que disolverlos, y luego hay que relajar los tendones...

La anciana druida empezó a susurrar una cancioncilla tan simple como repetitiva en alguna lengua antigua. Gaviota esperó, primero pacientemente y luego con creciente impaciencia a medida que Chaney seguía y seguía con su canturreo. No había ido allí para perder el tiempo con aquellas paparruchadas mágicas, sino para hablar con su hermana. Y con Lirio...

Una oleada de fatiga se extendió repentinamente por todo su ser, y Gaviota se bamboleó y estuvo a punto de caer. Chaney dejó de canturrear y asintió. Mangas Verdes puso cara de perplejidad.

--¿Te encuentras bien, hermano?

Gaviota se llevó una mano a la cabeza, volvió a tambalearse y tuvo que sentarse.

--No, me siento... débil.

Un aleteo de pánico se agitó dentro de su pecho. La sensación era idéntica a esa debilidad letal que había matado a tantos familiares suyos.

--Es normal --graznó Chaney--, perfectamente normal. Debes desprenderte de una parte de tus energías y distribuirlas a través de tu cuerpo para curar lo que está lesionado. Come con abundancia y duerme, y estarás estupendamente.

Gaviota no creía ni una sola palabra de todo aquello. ¡Dioses, cómo odiaba la magia y a todos sus sucios manejos! Se irguió con

cierta dificultad y descubrió que su rodilla lesionada estaba tan temblorosa como siempre, pero además notó que ardía con un fuego interior.

--No. Ya me encuentro bien. Iré a ver a... Lirio.

Gaviota se alejó con paso vacilante. Las dos druidas le siguieron con la mirada.

--¿Se pondrá bien? --preguntó Mangas Verdes.

Chaney asintió.

--Sí, tanto de la cabeza como del cuerpo.

--¿La cabeza?

--Sí. Habrá hecho desaparecer el abismo que existía entre la magia y sus creencias. Pero ahora, volvamos al trabajo... Dime, ¿cómo puedes animar a un árbol a que crezca más deprisa?

* * *

Cojeando más que nunca, y con todo el cuerpo dolorido de puro cansancio, Gaviota fue en busca de Lirio y la encontró caminando lentamente sobre las hojas marrón amarillentas de los robles y las hayas. Todavía llevaba la chaqueta y el traje de invierno adornados con bordados de flores rojas, amarillas y azules que había usado durante todo el viaje, y una capa blanca cuyos bordes estaban adornados con más flores, pero calzaba unos resistentes zapatos de piel de buey. Una capucha blanca cubría sus oscuros rizos.

Lirio se envaró cuando Gaviota fue hacia ella.

--Eh... ¿Cómo estás, Lirio?

--Estoy siendo ignorada --respondió con voz malhumorada, y sus ojos oscuros destellaron bajo sus largas pestañas. Lirio llevaba la capucha puesta, y Gaviota tuvo que inclinarse para poder verle la cara--. Chaney no dispone de tiempo para enseñarme. Mangas Verdes está muy ocupada con ella, los estudiantes estudian al cerebro verde, los bibliotecarios garrapatean en sus pergaminos, tú te entrenas durante el día y practicas la lucha libre sobre las mantas con tu amazona durante la noche, y yo..., yo no hago nada.

--Yo... Eh... pensaba que estabas practicando con tu magia. Aprendiendo a volar, ya sabes.

--¿Me ves volar? --Lirio agitó las manos encima del suelo--. ¿Me ves conjurar alguna cosa, o deslizarme de un lugar a otro en un instante? Quizá nunca llegue a ser capaz de volar, y puede que nunca consiga conjurar ni un higo. Chaney estuvo un minuto entero

examinándome con sus poderes, pero se limitó a decir que mi magia es distinta de la de Mangas Verdes. Mangas Verdes puede acceder a la magia de la naturaleza, y yo... Bueno, hay muy poca magia que pueda utilizar. Chaney piensa que utilizo la magia del cielo, o de las nubes, o de la niebla, o la magia del sol. Dice que por eso resulta tan difícil de emplear. Un árbol es sólido y está repleto de magia, pero la luz del sol que se derrama sobre los tréboles está dispersa y se limita a fluir y gotear. Y yo estoy aquí abajo y el cielo está allá arriba, ¿y cómo voy a arreglármelas para acceder a esa magia? ¿Haciendo una peregrinación hasta la cima de alguna montaña? Cada vez que pienso que estoy lista para avanzar un poco más, desperdicio el maná. He de ser como una abeja, recolectando acres de maná como si fuesen néctar para obtener una gotita de miel. Yo...

Lirio se interrumpió de repente, pues no soportaba las quejas..., especialmente si salían de su boca.

--Chaney me llama Lirio la Blanca --siguió diciendo pasados unos momentos--. ¿Puedes imaginártelo? ¡El símbolo de la pureza para una bastarda y una ramera! En mi caso, «Blanca» resulta tan poco adecuado como «Lirio».

Gaviota volvió a caer en la cuenta de que no sabía si Lirio tenía otro nombre, y de que nunca se lo había preguntado.

El leñador se frotó su ardiente y dolorida rodilla. Estaba exhausto y se moría de hambre.

--Nunca pensé en ti como una ramera, Lirio, ni siquiera cuando trabajabas para Liante. La vida es dura, y te limitabas a sobrevivir, tal como hacía yo. Hice el sagrado juramento de matar hechiceros y acabé trabajando para uno. Si se puede decir algo de ti, es que fuiste más honrada que yo. Y los lirios son hermosos y puros broten donde broten, incluso si lo hacen en un montón de estiércol. Sé que tu corazón es puro...

--Calla.

Lirio se le acercó y le puso un dedo en los labios para acallarle. Pero después retrocedió cuando Gaviota intentó tomarle la mano.

Sus bondadosas palabras la animaron a pesar del sombrío estado de ánimo que se había impuesto a sí misma, pero los elogios no resolverían su problema. Lirio decidió cambiar de tema.

--¿Y cómo estás tú, Gaviota? ¿Qué tal te trata tu devoradora de hombres? Apuesto a que tiene más pelo en el pecho que tú.

Gaviota ignoró sus pullas.

--Rakel está siendo roída por alguna pena secreta. Creo que se

está muriendo por dentro, y que se siente desesperadamente sola. Lo que quiere no es que le hagan el amor y ni siquiera amor, sólo... contacto, afecto. Hubo un tiempo en el que tú también eras así y me necesitabas. Después encontraste la magia...

Lirio desvió la mirada, pero Gaviota vio caer lágrimas de sus pestañas. Extendió las manos hacia ella, y esta vez Lirio se deslizó entre sus brazos para llorar en silencio sobre su pecho.

--No sé qué hacer, Gaviota... Hay magia dentro de mí, pero no funciona. Es como si mi cuerpo fuese un recipiente inadecuado, viejo y resquebrajado, y la magia se escapara de él...

El leñador echó hacia atrás la capucha blanca y acarició la nube aromática de su cabellera.

--Ni eres vieja ni estás resquebrajada, Lirio. Eres joven y fuerte, y dulce. La única explicación que se me ocurre es que la magia no quiere residir dentro de ti porque eres demasiado pura. Por lo que he visto de ella, la magia engendra males y problemas y corrompe a todo lo que toca.

Lirio sorbió aire por la nariz y meneó la cabeza, pero sonrió.

--Sabes que eso no es verdad, pues tu hermana posee una gran magia y hace el bien. Ojalá yo también pudiera hacer el bien.

Gaviota suspiró. ¿Cómo había llegado a volverse tan complicada la vida?

--Procuro vigilar de cerca a Verde para asegurarme de que no llegue a corromperse, y sigo sin estar muy seguro de que debas practicar la magia. El mero hecho de que a alguien se le dé muy bien... No sé... Bueno, el que alguien tenga una habilidad natural para matar cerdos no quiere decir que deba convertirse en matarife, ¿verdad? Hubo un tiempo en el que ibas a abrir una tienda, ¿recuerdas?

--Sí, pero me parece que no encontraría muchos clientes por aquí. --Lirio se rió--. Oh, Gaviota, haces que me sienta mejor, aunque sólo sea porque estás tan confuso como yo. Pero por lo menos tu camino en la vida está claro.

--¿De veras? A veces me pregunto si... Me gustaría que algún día volvieras a ir por mi camino, cuando estés preparada. Dentro de mi corazón, todavía sigues allí.

Aunque en los últimos tiempos Rakel también estaba allí. Gaviota se preguntó si las mujeres tenían tantas dificultades para entender el amor como los hombres.

Lirio percibió la lucha que se estaba desarrollando en su interior, y le apartó con suave delicadeza.

--Bueno, me alegro. Pero es mi corazón el que necesita ver descifrados sus misterios, Gaviota... Sigo sin saber quién soy, o cuál es mi destino o mi propósito. --El leñador abrió la boca como si se dispusiera a hablar, pero Lirio le detuvo con un rápido beso y después le sonrió valerosamente--. No discutas. Ya discuto bastante conmigo misma. Ocúpate del ejército, y yo me ocuparé de mis..., mis vuelos. Ya veremos dónde acabamos. Has venido a ver a Mangas Verdes porque querías hablar de la partida con ella, ¿verdad?

--Bueno, sí. --Gaviota la miró a los ojos--. Pero ¿cómo lo has sabido? ¿Es que todas las mujeres tenéis poderes mágicos?

--Eso es un secreto.

Y Lirio le tomó de la mano y volvió a llevarle a la hondonada.

* * *

Mangas Verdes estaba comiendo sopa y unas galletas y hablaba en voz baja del gran cerebro con los otros y sus extrañas declaraciones, cuando un grito de júbilo hizo que diera un salto.

Gaviota salió de la caverna de Chaney a tanta velocidad como si hubiera sido lanzado por una ballesta gigante. Había vuelto a la hondonada exhausto, bostezando y con los ojos que se le cerraban, y se había metido casi a rastras dentro de la caverna y se había quedado dormido encima de una piel de oso igual que un niño..., pero de repente Mangas Verdes vio cómo reía, gritaba, agitaba los brazos en el aire y bailaba una jiga.

--¡Mira! --jadeó Gaviota--. ¡Mira! ¡Gracias, Chaney!

Antes de que nadie pudiera parpadear, Gaviota corrió hacia Chaney, rodeó su blanca cabeza con las manos y la besó en los labios. La anciana druida se echó a reír y sus labios dejaron escapar chorritos de saliva junto con la carcajada, pero a Gaviota le daba igual. El leñador soltó una risotada de puro deleite mientras hacía girar su pie derecho de un lado a otro y lo movía hacia atrás y hacia adelante.

--¡Esto es maravilloso! ¡No siento ningún dolor! ¡Y se mueve tan bien, con tanta flexibilidad! Puede que esté un poquito rígida, pero...

Chaney seguía sonriendo.

--Es normal. Tus músculos han estado años sin ser utilizados. Un poco de tiempo, algunos meses, y estarán como nuevos...

Mangas Verdes se había echado a reír ante el deleite de su hermano.

--¿Ves? --exclamó--. ¡Ya te lo había dicho! ¡Hace milagros! Y si

continúo estudiando, algún día seré capaz de obrar esos mismos prodigios... Eso espero --añadió.

--Te creo, Verde. Me he convertido. ¡La magia también puede ser usada para cosas buenas! --Gaviota le revolvió sus rizos castaños, como hacía cuando Mangas Verdes era pequeña, y los dos se echaron a reír--. A partir de ahora seré bueno, y no volveré a acusar a quienes pueden usar la magia de difundir el mal y de buscar únicamente el poder.

--Ya lo veremos --murmuró Chaney.

Pero la anciana druida también estaba sonriendo.

* * *

El buen humor se fue extendiendo por todo el grupo mientras hablaban alrededor de la hoguera del campamento hasta bien avanzada la noche. El tiempo había seguido siendo tan agradablemente cálido como a comienzos de la primavera. Mangas Verdes sabía que aquello era obra de Chaney, que había encantado la meseta..., o, como lo habría expresado ella, «había animado al tiempo a seguir siendo bueno», pues nunca provocaba nada por la fuerza. Mangas Verdes amaba la idea de dispensar la magia con delicadeza y dulzura en todas las ocasiones, pero a veces se preocupaba pensando si sería capaz de mantenerse fiel a ella.

--Chaney nos dice que existen cuatro etapas de la conjuración...

--Eso pienso, querida. Otros podrían tener opiniones distintas --intervino la anciana druida, que estaba sentada con los ojos cerrados como si durmiera. Chaney soltó una risita--. Seguramente muchos dirían otras cosas. Nada provoca más discusiones que el intento de codificar la magia.

--Sí, bueno... --siguió diciendo Mangas Verdes--. La primera etapa es conjurar desde lejos algo que has tocado directamente y que has manipulado y llegado a conocer. La siguiente es conjurar a tu propia persona allí, en el sitio por donde has caminado antes: eso es lo que los estudiantes llamáis deslizarse. Después de eso, puedes aprender a conjurar algo que no has tocado, pero que eres capaz de imaginarte. Finalmente, puedes conjurar tu persona a un lugar en el que nunca has estado, y a eso se le llama caminar entre los planos.

Mangas Verdes recorrió con la mirada el círculo de rostros que el fuego volvía de color bronce. Chaney, Gaviota, Lirio, Tybalt, Kwam, Daru, Ertha, Kamee y uno de sus bibliotecarios estaban allí. Rakel,

que no era estudiante de la magia ni de las tradiciones populares, estaba un poco separada de los demás, sentada allí donde terminaba la luz de la hoguera, y contemplaba el resplandor del cielo. Mientras los demás tenían el rostro enrojecido por estar cerca del fuego, la luna llena que derramaba su claridad sobre el rostro de Rakel la empalidecía, como si fuera un fantasma sentado entre ellos, un espectro al que no se podía ver ni oír.

En el centro del círculo, encima de una roca, estaba el cerebro verde, que en aquel momento fingía ser una linterna de un verde amarronado salpicada de manchitas. La cosa seguía parloteando, por supuesto, pero en voz muy baja. Tybalt le había pedido que asumiera aquella forma, pues le encantaba someter a prueba las capacidades del cerebro.

--Espada --dijo, rozando la linterna con un dedo.

La forma de linterna se derritió siseando igual que una serpiente, como si se fundiera por estar demasiado cerca del fuego, y después se alargó y fluyó hasta adquirir la forma de una espada. Pero en su punta había una diminuta boca roja que seguía hablando en susurros. Tybalt se rió, y los demás se limitaron a ignorar el espectáculo.

Mangas Verdes terminó su exposición.

--Yo puedo conjurar cosas que me sean familiares. Lirio sólo ha hecho una conjuración hasta el momento, pero también puede volar, algo que ninguno de nosotros es capaz de hacer. ¿O tú puedes volar, Chaney? --La anciana druida se limitó a menear la cabeza--. Chaney piensa que pronto estaré preparada para la siguiente etapa, y que no tardaré en poder conjurar mi persona a otro lugar. Yo no estoy tan segura de ello, pero...

--Pero ¿qué? --preguntó Gaviota--. Estás divagando, Verde. ¿De qué no estás segura?

Mangas Verdes no respondió. El miedo y la incertidumbre, que nunca estaban muy lejos, volvieron de repente. No se atrevía a enviar su mente a otros lugares porque temía perderla. La locura flotaba encima de su hombro igual que una arpía.

Y Mangas Verdes había aprendido lo suficiente sobre sí misma y la magia para saber que a menos que venciese ese temor, nunca llegaría a ser una auténtica hechicera.

--¿Verde? --preguntó su hermano.

Mangas Verdes volvió a la realidad y salió de su ensimismamiento. No era el momento más adecuado para exponer su miedo a la locura, no cuando todo el mundo confiaba en ella... Pero

aun así Mangas Verdes solía tener la sensación de que era un fraude, porque estaba ofreciendo esperanzas que tal vez nunca llegaran a materializarse.

--Eh... Bueno, de todas maneras, si mis... estudios van bien, seré capaz de... deslizar a todo el ejército a otro lugar.

--¿Y de qué forma nos ayudará eso a capturar hechiceros? --preguntó Gaviota--. No te olvides de nuestro objetivo. Cuando lo hagas, ¿podrás hacernos aparecer al lado de algún bastardo de puños de hierro al que podamos aplastar?

Mangas Verdes no se enfadó ante la crítica implícita en las palabras de su hermano. Estaba acostumbrada a que Gaviota hablara con toda claridad.

--Quizá. A veces, si tienes un objeto que un hechicero ha marcado, puedes seguir su rastro a través de esa señal y encontrar al hechicero. Pero digamos que encontramos un hechicero. Entonces, si podemos usar el cerebro verde para capturarlo...

--¿Cómo?

Mangas Verdes empezó a irritarse un poco.

--¿Quieres dejar de interrumpir? Nosotros... Bueno, todavía no lo sabemos. Sabemos que esa cosa tiene un gran poder. Si dieras con la orden adecuada, podría hacer bajar las lunas del cielo. Pero todavía tenemos que descubrir exactamente cómo someter a los hechiceros...

--Eso es como encontrar una roca de diez toneladas colocada en una catapulta y no saber dónde está la palanca que la dispara. ¿De qué nos sirve...?

--¡Cállate de una vez, Gaviota! ¡Encontraremos la palanca! ¡Necesitamos tiempo! ¡La magia es una ciencia muy imprecisa!

Su hermano dejó escapar un ruidoso suspiro, pero pasó al asunto siguiente.

--Piénsalo un poco: incluso si puedes llevarnos a cualquier sitio y conseguimos atrapar a un hechicero, eso es como aplastar de un pisotón a una cucaracha en una letrina. Habremos detenido a uno mientras un centenar siguen por ahí arruinando las vidas de la gente.

--Hemos de empezar por algún sitio --dijo Mangas Verdes, y suspiró.

Tybalt cogió la espada verde, la examinó bajo la luz amarilla de las antorchas y volvió a dejarla en el suelo.

--Martillo de guerra.

El cerebro fluyó y se dobló sobre sí mismo, y se convirtió en un martillo de cabeza cuadrada y mango largo que tenía un pincho y una

boca roja que seguía parloteando. Tybalt lo empuñó y lanzó un golpe contra un enemigo imaginario.

El silencio se prolongó. El júbilo del consejo se evaporó cuando comprendieron la tremenda magnitud de su tarea. La noche pareció susurrarles que podían ir dando tumbos de un lado a otro, dirigiendo un ejército y cazando hechiceros, hasta que fueran viejos y estuvieran llenos de canas.

Mangas Verdes acabó rompiendo el silencio.

--¿Qué estás haciendo, Tybalt? --preguntó.

--¿Eh? ¡Oh! ¡Nada, sólo hacía experimentos! --El narigudo estudiante ya hervía de entusiasmo--. Quizá lo que necesitamos es un arma. Una espada o... ¡Una lanza, tal vez! Quizá si golpeas a un hechicero con ella, si la arrojas contra ellos... Bueno, puede que eso les obligue a obedecerte. Existen leyendas similares.

Nadie se acordaba de ninguna, pero nadie discutió su afirmación.

Gaviota flexionó su pierna derecha, todavía jugando con su nueva libertad de movimientos.

--Bueno, no podemos esperar a que camines entre los planos o lo que sea, Verde. Ya va siendo hora de seguir adelante. Vamos a ponernos en movimiento.

--¿Nos marchamos de aquí? --preguntaron varias personas.

--Sí. Rakel ha hecho maravillas con el ejército. Lo ha convertido en una máquina de guerra tan cortante como una espada y tan unida y firme como el parche de un tambor. Lo único que necesitamos hacer ahora es entrenarnos cada día e ir creciendo en número, pero Rakel dice que podemos enfrentarnos a cualquier grupo de nuestro tamaño, o incluso más grande. Y supongo que ella entiende de estas cosas... Además, ya nos hemos comido, salado o curado cada pedazo de carne que hay en esta meseta, así que ha llegado el momento de que nos vayamos. Podéis hacer vuestros estudios por el camino, pero tenemos que decidir hacia dónde vamos.

--No hay donde elegir. --El susurro enronquecido de Chaney los sobresaltó a todos--. Vinisteis del sur. Las montañas del oeste son demasiado altas para que puedan ser atravesadas, y las mesetas del este no ofrecen nada, así que debéis seguir en dirección norte. Allí el nivel del suelo va bajando lentamente hasta que se convierte en una zona de malas tierras.

--¿Malas tierras? --preguntaron media docena de voces.

--Sí. Hay cañadas y colinas bastante altas, algunas de casi un kilómetro de altura... Llevan años sin ser exploradas, y probablemente

rebosen maná. Mangas Verdes y Lirio pueden irlo recolectando para usarlo en el futuro. Y también hay ruinas y cavernas que explorar... Entregarán muchos secretos.

--Casco --murmuró Tybalt, que estaba inclinado sobre el cerebro convertido en martillo de guerra.

--¿Puedo preguntar cuál es nuestro destino final? --exclamó Gaviota--. ¿Tenemos siquiera uno? ¿Durante cuánto tiempo viajaremos, recolectando maná y esperando que llegue la ocasión de poder dar una buena paliza a un hechicero?

Mangas Verdes frunció los labios. Gaviota la miró fijamente, continuamente sorprendido ante lo mucho que había crecido y cómo había madurado desde que llegó a aquella meseta encantada. Era como si fuese una persona totalmente distinta, y sin embargo la misma de siempre. Era como su rodilla, que había pasado a ser vieja y nueva a la vez.

--Tendremos que acabar encontrando un hogar, un sitio en el que podamos hacernos fuertes e ir consiguiendo cada vez más seguidores. Si nos instalamos en una zona poblada, habrá que construir un castillo o una fortaleza, y luego podremos hacer que las gentes de ese lugar nos respalden e ir extendiendo nuestro...

--¿Estás loca? --Gaviota movió las manos de un lado a otro--. ¡Por todos los Eternos, eso nos convertiría en señores de la guerra! ¿Vamos a esclavizar a la gente, tal como hacen otros hechiceros? ¿Cómo puede estar bien si eres tú quien lo hace, pero mal si son ellos quienes lo hacen?

Mangas Verdes puso los ojos en blanco.

--¡Piensa, hermano! No podemos pasarnos toda la vida vagabundeando de un lado a otro. ¡Tú mismo lo has dicho! Y si encontramos gentes que nos den la bienvenida, no como conquistadores sino como amigos, podemos pacificar un valle o incluso una comarca entera, imponiendo la paz y haciendo que perdure.

Gaviota dejó de tratar de discutir con ella y se frotó el rostro con las dos manos. El tejido cicatricial de su mano izquierda dejó una sensación de frío en su cara cuando la tocó, y el leñador se preguntó si Chaney realmente podía regenerar sus dedos. Llevaba tanto tiempo con siete, que se sentiría torpe teniendo diez.

Tybalt soltó una risita. El cerebro verde había formado un casco, redondo y plano, aunque tan lleno de arrugas por la parte de arriba como si siguiera siendo un cerebro. El estudiante lo cogió, examinó su

interior y se lo puso.

Y no se dio cuenta de que el casco carecía de boca roja y que, por primera vez desde que lo habían descubierto, el cerebro verde guardaba silencio.

Gaviota se levantó.

--Muy bien, olvidémonos de los planes a largo plazo por el momento. Mañana pondremos en movimiento al ejército. Rakel... ¿Dónde se ha metido Rakel?

Todos miraron a su alrededor, pero no la vieron. Rakel se había esfumado igual que si fuese un espectro.

Y entonces todos dieron un salto cuando Tybalt gritó con un penetrante alarido que le dejó la garganta en carne viva.

Tybalt se debatió, aulló y lanzó patadas con tal violencia que casi derribó a Gaviota mientras se agarraba el casco que llevaba en la cabeza. Su boca echaba espuma y sus ojos rodaban en las órbitas. El estudiante aulló y aulló, y siguió aullando.

Gaviota apartó las manos de Tybalt del casco mientras mascullaba una maldición y lo agarró por el borde para sacárselo. El leñador tiró, volvió a tirar y soltó una nueva maldición..., esta vez motivada por el miedo.

--¡Está atascado! ¡No quiere salir! ¡Ayúdame, Verde!

Pero la joven hechicera estaba temblando, paralizada por el temor. Allí estaba: la locura en su estado más puro, el mayor de todos sus miedos, materializado por el artefacto mágico más poderoso que jamás hubiera existido. ¡Y ella lo había tocado, y lo había tenido en sus manos!

Gaviota siguió tirando y soltando juramentos.

--Rakel, entonces... ¡Maldición! ¿Dónde está Rakel?

* * *

La guerrera no estaba demasiado lejos, y se encontraba a medio kilómetro de ellos. Rakel se arrodilló sobre las húmedas hojas del invierno, desenvainó su espada y la invirtió. Agarró firmemente la empuñadura con las dos manos y apoyó la punta en su pecho, justo debajo de las costillas del lado izquierdo. Sus brazos se tensaron mientras se preparaba para empujar la hoja e introducirla en su cuerpo hasta que llegara al corazón.

Una luna llena que acababa de empezar a subir sobre el horizonte iluminó el cielo azul por entre los árboles.

--Mi trabajo ha terminado. Adiós, Hammen, hijo mío... Que crezcas lleno de fuerza.

Y Rakel hundió la hoja en su pecho.

_____ 11 _____

Afilada como el diente de una serpiente, la punta de la espada atravesó el chaleco de cuero de Rakel, rajó su piel, mordió una costilla...

... y salió volando por entre los árboles, impulsada por una veloz patada.

Gaviota había perdido un poco de cuero de la puntera de su bota. Rakel tenía una herida que mostraba el hueso en el antebrazo izquierdo, y sangraba como un cerdo degollado.

Pero estaba viva. De momento.

--¿Es que te has vuelto loca? --Gaviota la agarró por los brazos y la alzó en vilo. Lívido de rabia, el leñador la sacudió como si fuese un cachorrillo. Rakel colgó flácidamente entre sus manos y le dejó hacer sin resistirse--. ¿Qué estás haciendo? ¿Estás intentando matarte?

«Una pregunta de lo más estúpida», pensó Rakel. Los pensamientos giraban confusamente dentro de su cabeza. ¿Qué diría Garth si llegaba a enterarse de lo que había hecho? Y, de todas maneras, ¿dónde estaba Garth, y le importaría que hubiera tratado de matarse? Garth tenía a la magia. Pero ¿por qué debía importarle a Gaviota lo que ella hiciese? Oh, sí, el leñador afirmaba amarla. Pero ¿qué era el amor, de todas maneras? Rakel amaba a su hijo, pero había estado a punto de dejarle solo en el mundo...

--¡Respóndeme! ¿Por qué estás haciendo esto?

Gaviota la sacudió con tal violencia que la cabeza de Rakel se bamboleó de un lado a otro. Cuando no le respondió, la dejó caer al suelo para que se agitara en él como si fuese un pez sacado del agua. Rakel se fue limpiando lentamente la frente helada. Sentía que todo su cuerpo estaba frío. Debería estarlo. Debería ser un cadáver.

Pero por la mano que alzó corría sangre recién derramada. Estaba cubierta de sangre por todas partes. Había sangre en su brazo y en su cara, y burbujeando debajo de sus costillas.

Gaviota se alzó sobre ella, temblando de ira. Dos palabras salieron de sus labios y cayeron sobre Rakel para aplastarla con su inmenso peso.

--¿Por qué?

La respuesta de Rakel consistió en otras dos palabras, que eran la clave de toda su existencia.

--Por deber.

--¿Deber hacia qué?

El leñador se alzaba en la oscuridad como un árbol gigante entre los troncos, alto, moreno y curtido por la intemperie, con las manos extendidas como ramas que se dispusieran a atraparla.

--Mi deber..., como madre.

Rakel se pasó el brazo ensangrentado por el pecho sin darse cuenta de lo que hacía. Su cerebro estaba embotado y confuso, como si ya hubiera entrado en el dominio de la Oscuridad.

--¿Madre?

La palabra galvanizó a Gaviota. Cayó de rodillas junto a ella, y usó un cuchillo que colgaba de su cinturón para cortar tiras del chaleco de Rakel y envolverle el brazo. Rakel tenía un hijo. ¿Tenía también un esposo?

--Tengo un hijo. Se llama Hammen, y es rehén del consejo. Le matarán si no cumplo mi misión. Tenía de plazo hasta la luna llena, y no he cumplido mi misión. Pero si estoy muerta, si el hechicero que puede deslizarse de un lugar a otro no fuese capaz de encontrarme... Entonces tal vez supondrían que morí intentando cumplir con mi deber.

De repente hubo personas afanándose a su alrededor mientras balbuceaba. Mangas Verdes y Lirio cortaron más tiras de cuero y vendaron la herida abierta debajo de sus costillas. Rakel intentó detenerlas, pero las dos jóvenes se limitaron a apartarle las manos y siguieron trabajando diligentemente.

--Si moría luchando, quizá no transmitieran la vergüenza de mi fracaso a Hammen. Los maestros no lo maltratarían hasta matarlo. Mi bebé podría acabar uniéndose a las filas de los guerreros. Estaría vivo, a diferencia de mí...

--¡No lo entiendo! --replicó secamente Gaviota--. ¿Un consejo te ha enviado aquí? ¡Dijiste que el ejército de Karli se te había llevado por la fuerza! ¿Cuál es esa condenada misión de la que me estás hablando?

Rakel yacía inmóvil sobre su espalda, contemplando la oscuridad mientras las siluetas trabajaban a su alrededor. El cielo que se extendía sobre su cabeza estaba negro salvo por la brillante claridad blanco grisácea de la Luna de las Neblinas.

--Tenía que mataros... A ti y a Mangas Verdes, y tenía que volver con vuestras cabezas.

Los tres se miraron, perplejos.

Gaviota se inclinó, deslizó sus manos por debajo de la espalda y las rodillas de Rakel y la alzó hasta su pecho. Nadie la había llevado

de aquella manera desde que era una niña... como ella había llevado a su hijo, no hacía tanto tiempo, para colocarle dentro de su cuna y mentir diciéndole que su padre no tardaría en volver.

Si lo intentaba con todas sus fuerzas, quizá conseguiría morir de pena...

* * *

Una hora después, Rakel estaba colocada encima de unas mantas y de una piel de oso perfumada con canela en la caverna de Chaney. La hoguera, un simple agujero en el centro del suelo, había sido alimentada hasta que la luz amarillenta y las sombras bailotearon sobre las paredes. Rakel iba tomando sorbos de una cantimplora de agua de manantial a la que Chaney había añadido febrilla, roseras y unos pellizcos de un polvo rojo. Hablaba, pero sólo con su cabeza. Su corazón estaba muy lejos de allí, buscando a Hammen y Garth.

Tybalt, que seguía pidiendo a gritos que le quitaran el casco que rodeaba su cabeza, había sido envuelto en mantas y llevado a las tiendas del hospital.

--...y así me encontré transportada al centro de vuestra batalla con esa hechicera. Os ayudé para ganarme vuestro favor, para poder acercarme a vosotros, para mataros...

Mangas Verdes se inclinó hacia adelante sobre su pequeño escabel de tres patas.. Su tejón de pelaje blanco asomó la cabeza por debajo de su falda, y Mangas Verdes le rascó distraídamente el hocico que siempre estaba contraído en un gruñido.

--Pero, Rakel... ¿Por qué no nos pediste ayuda desde el principio?

La guerrera mantuvo los ojos clavados en el fuego. Tomó otro sorbo de agua: haber perdido toda aquella sangre hacía que tuviese una sed terrible.

--Mi deber estaba muy claro. Tenía que mataros. Pensaba que erais como cualquier otro ejército: cruel, rapaz, implacable... Pero enseguida descubrí que la verdad era muy otra, que todo lo que dijeron Sabriam y el consejo era mentira..., aunque el que eso me sorprenda sólo indica lo estúpida que soy. Ahora todos los consejos de todos los clanes mienten. Benalia está tan envuelta en la red de la intriga y las maquinaciones que sería incapaz de reconocer la verdad ni aunque se presentara desnuda delante de ella. O la decencia, o la justicia... Y esas cosas son precisamente los cimientos de vuestra cruzada. Tenía que cumplir con mi deber, pero no podía hacerlo, y no

sabía qué hacer, y decidí ayudaros, pero eso significaba mi muerte hiciera lo que hiciese...

Durante unos momentos la caverna quedó sumida en un silencio roto únicamente por los chasquidos y crujidos de la hoguera.

Lirio, que había crecido entre las dificultades y las privaciones y que siempre era práctica, fue la primera en romperlo.

--No me parece un problema demasiado difícil de resolver --dijo-- Iremos a esa ciudad... Iremos a Benalia y recuperaremos a tu hijo.

Rakel soltó una mezcla de resoplido y risa cansada.

--Nunca habéis visto Benalia. Es una ciudad de más de doscientas mil personas, una de las más grandes que existe en los Dominios, y cada una de esas personas ha sido adiestrada en las artes de la guerra. Tenemos abuelas que podrían quitarle el hacha a Gaviota con una mano y darle una azotaina con la otra.

Bebió un poco más de agua. Estaba muy fría, y le produjo estremecimientos que recorrieron todo su cuerpo. O quizá fuera sencillamente que ya no le quedaba ni una sola gota de sangre dentro de las venas. Rakel se sentía vacía.

--Lirio tiene razón --dijo Gaviota--. Tenemos suficientes combatientes y personas con poderes mágicos para entrar en la sala de ese consejo a través de los planos y obligarle a que te devuelva a tu hijo.

Rakel meneó la cabeza, infinitamente cansada.

--El consejo se reúne en la Gran Sala, con la flor y nata del ejército montando guardia codo a codo a su alrededor. No podéis usar la magia para llegar hasta allí. Hay protecciones contra cualquier clase de magia, a menos que hayan sido suspendidas por otro hechicero. Debéis entender que Benalia no es un lugar, sino una gigantesca máquina para producir guerra. Es capas y más capas de mentiras, músculos, acero y oro...

--Un hechicero puede ir a cualquier lugar en el que moren humanos, con protecciones o sin ellas --murmuró Chaney con su voz entrecortada y jadeante.

--Sí --dijo Mangas Verdes--. Si dejamos inactivas unas cuantas, podríamos llegar hasta el consejo...

--Y agarrarlo por el cuello --gruñó Gaviota.

--Y salir de allí en un abrir y cerrar de ojos --añadió Lirio--. Pero ¿quién debería ir?

--Yo --dijo Gaviota--. Y Rakel. Veamos... Arqueros. Liko, tal vez.

Rakel sintió cómo un escalofrío helado recorría todo su cuerpo.

--Estáis hablando de... Planeáis... ¡Habláis en serio! ¿Vais a enfrentaros a toda la ciudad? ¿Cuántas vidas arriesgaréis? ¿Sólo para sacar a mi hijo de allí..., cuando fui enviada para asesinaros?

--Por supuesto --dijo Mangas Verdes--. Eres nuestra amiga.

Rakel se sorprendió cuando un estrepitoso sollozo brotó de lo más profundo de su pecho.

Y un instante después estaba llorando incontrolablemente, y todos la consolaban.

* * *

Pero sus planes no tardaron en chocar con un muro infranqueable. No disponían de la información suficiente para tomar una decisión.

Rakel les informó de que Guyapi, el hechicero que podía viajar por el éter, vendría a buscarla cuando la luna estuviera llena para llevársela junto con sus trofeos. Pero la luna ya estaba llena y no había ni rastro del hechicero. ¿Cuál era la razón de ese retraso? ¿Había ido hasta allí, la había seguido sigilosamente, había visto que Gaviota y Mangas Verdes seguían con vida y se había marchado? No, replicó Chaney sin inmutarse, pues si alguien hubiera utilizado la magia de los desplazamientos por los alrededores ella lo habría sabido enseguida. Así pues, la pregunta a responder seguía siendo cuál era la razón de ese retraso. ¿Y qué podían hacer cuando llegara Guyapi? ¿Podían capturarle, y obligarle a que les llevara a Benalia? (Ninguno de ellos sabía dónde se encontraba Benalia, incluso Rakel, quien sólo sabía que estaba en algún lugar del oeste.) ¿Podrían entonces rescatar a Hammen y salir corriendo, o escapar mediante la magia? No lo sabían.

No tenían más remedio que esperar. Chaney podría avisarles de la llegada de Guyapi, y entonces harían cuanto estuviese en sus manos.

Y tenían que ponerse en marcha. Sorprendentemente, Chaney iría con ellos. Abandonaría su caverna y su meseta encantada y sufriría, como sólo una inválida podía hacerlo, viajando con el ejército. Les dijo que aún tenía muchas cosas que enseñar a Mangas Verdes. Después «seguiría su viaje», pero no a través de aquel mundo.

Y al amanecer, con todos sentados alrededor de la hoguera, se decidió la partida.

Irían a las malas tierras.

* * *

Las malas tierras no podían tener un nombre más adecuado.

El grupo podía verlas a lo lejos desde el final de la meseta, allí donde terminaba el robledal. Una extensión de matorrales iba descendiendo hasta una oquedad del terreno que Chaney les informó había sido un gran río en tiempos lejanos. Las tierras malas parecían talladas por el agua, y estaban tan llenas de ondulaciones como el fondo de un cauce. Se extendían hasta allí donde podía llegar la vista, confundiéndose con las todavía abruptas sierras del oeste y dejando detrás de ellas las mesetas al este.

Los oficiales del ejército y las hechiceras podían estudiarlas desde el río seco.

Las tierras malas casi eran dos clases de tierras totalmente distintas: había grandes pináculos, riscos y pequeñas mesetas, todo ello perforado en mil lugares distintos por cañadas, desfiladeros y arroyos secos, algunos de un kilómetro y medio de anchura y algunos demasiado angostos para que un caballo pudiera pasar por ellos. Directamente debajo de ellos había un valle que tendría casi un kilómetro de anchura, pero surgiendo de él había decenas de salidas tanto anchas como estrechas. Las cornisas más altas tenían unos veinte metros de altura. La escalada carecía de objeto, a menos que se quisieran ver más malas tierras, pues algunas cimas sólo tenían el espacio suficiente para acoger a un nido de águila mientras que otras eran cuchillos de piedra terriblemente afilados. Algunas mesetas quizá tuvieran un kilómetro cuadrado de superficie, pero estaban aisladas de sus vecinas, por lo que subir a ellas sólo serviría para tener que bajar luego. El ejército tendría que avanzar por el laberinto de cañadas, desfiladeros y pasadizos. Gaviota se alegró de haber tomado la decisión de viajar a pie y a caballo, pues los carros nunca habrían podido atravesar aquel tipo de terreno. No había ninguna superficie plana mayor que el tablero de una mesa y el suelo se ondulaba e inclinaba por todas partes, subiendo y bajando y volviendo a subir, y a menudo estaba surcado por grietas lo bastante grandes para atrapar una pierna, con todas las malas tierras salpicadas de rocas y peñascos cuyos tamaños iban desde el de un cráneo hasta el de un granero. «Seremos ratones que avanzan por un hoyo de grava rodeado por enormes muros de piedra», pensó Gaviota.

Si es que llegaban a entrar en aquella comarca.

--Si no hay agua...

--La hay --dijo Mangas Verdes.

Gaviota miró a su hermana y su maestra. Mangas Verdes montaba una yegua de un color marrón rojizo a la que había puesto por nombre Vara de Oro. La anciana montaba un caballito tan pequeño que casi parecía un pony, y viajaba sobre una especie de asiento-hamaca construido con lona, ramas y tiras de cuero. El caballito soportaba la carga sin ningún problema, pues Chaney pesaba tan poco como un gorrión.

--¿Cómo lo sabes? --preguntó Gaviota.

Mangas Verdes parpadeó.

--Puedo olería. Y también puedo oler vegetación.

Gaviota se mordisqueó el interior de la mejilla.

--Si puedes hacerlo, me basta con eso.

Mangas Verdes lanzó una mirada llena de perplejidad a Chaney, pero la druida se limitó a sonreír y menear la cabeza al ver, una vez más, lo duros de mollera que podían llegar a ser quienes no conocían los misterios de los druidas. Mangas Verdes se sorprendía de que nadie más pudiera detectar la presencia del agua. Desde que salieron de la meseta, había descubierto que todos sus sentidos se iban volviendo más agudos. Sabía que el agua que había delante de ellos se encontraba allí bajo la forma de pequeñas lagunas y diminutos manantiales en los que había rastros de plomo y álcali, pero que era potable a pesar de eso. La vegetación consistía en robles enanos, castaños y hierba amarilla que crecía dentro de las grietas y en angostas cornisas. Podía oír a las grajillas que dormían en sus nidos de los riscos y notaba que las mulas de la vanguardia, que eran más listas que los caballos, habían empezado a inquietarse ante una presencia desconocida que se encontraba a kilómetros tierra adentro; sabía que una tormenta se estaba incubando en el horizonte, hacia el suroeste; oía a los perros de la pradera que se escondían en el subsuelo; y sabía que la mayoría de las rocas estaban compuestas de cuarzo, caliza y feldespato. Mangas Verdes explicó todas esas cosas a Gaviota.

El leñador acogió los nuevos talentos de su hermana con un gruñido y siguió hablando.

--Si hay agua, el siguiente problema a resolver es el forraje para los caballos. ¿Podríais conjurar un campo lleno de heno?

Ni él mismo estaba seguro de si bromeaba o no.

--Eso no será ningún problema --dijo Chaney.

La anciana y marchita dama estaba instalada en su asiento-hamaca como un buho viejo, con sólo una delgada capa alrededor de sus hombros y un cestillo de juncos debajo de un brazo: ésas eran todas sus posesiones.

Pero lo que más inquietaba a Gaviota era que toda aquella comarca estuviera tan silenciosa. Dejando aparte el vuelo de las aves que se deslizaban por el cielo --¿eran halcones o buitres?-- no había ningún sonido. Ni siquiera se oía el siseo del viento, pues los riscos actuaban como barreras. El aire era fresco y seco, y el aliento de Gaviota no formaba nubéculas en esas primeras horas de la tarde.

--Quiero pensármelo bien antes de actuar --les dijo--. ¿Dónde está la trompeta? Podemos... --Rakel se aclaró la garganta con un ruidoso carraspeo junto a él. Oh, sí, Rakel era la comandante del ejército y se ocupaba de todos los detalles mientras que él se encargaba de la estrategia--. Eh... Tenga la bondad de ordenar un descanso, comandante. Yo hablaré con los exploradores.

Rakel se limitó a asentir ante la nueva pomposidad de Gaviota. Había pequeñas arrugas de preocupación profundamente marcadas alrededor de sus ojos y su boca, pues últimamente dormía muy poco; pero sabía cómo dar órdenes. Se volvió hacia la trompeta y le ordenó secamente que tocara a descanso.

Las notas volaron por el aire y volvieron bajo la forma de ecos, y soldados, seguidores del campamento, cartógrafos, bibliotecarios, jinetes, cocineros y un gigante bajaron de sus monturas o dejaron caer sus fardos, se frotaron los traseros, hablaron a gritos con sus vecinos, hurgaron en sus bolsillos buscando tasajo o frutos secos, o se alejaron (bromeando y diciendo que necesitaban dar cien pasos) para orinar dentro de una grieta. Rakel ordenó a Varrius que apostara piquetes de su compañía roja y prohibiese a los cocineros que encendieran fuegos.

Complacido ante aquella fluida eficiencia y la libertad para reflexionar que le proporcionaba, Gaviota hizo volver grupas a su montura, el caballo gris moteado llamado Cintas, y fue a reunirse con Bardo y Holleb, capitán y sargento de exploradores respectivamente. Los cuatro exploradores ya estaban desplegados en parejas por delante de ellos, pues habían sido enviados al amanecer. El paladín llevaba su capucha de malla sobre las orejas, con un sombrero marrón de ala ancha encima de ella. El centauro se había puesto el casco y el peto, y sostenía su lanza emplumada con la punta dirigida hacia las cañadas. «Están esperando problemas --pensó Gaviota--, pero

todavía no me han dicho nada. Interesante.»

--¿Qué os parece? --preguntó.

Bardo frunció el ceño y le dio unas palmaditas en el cuello a su montura para calmarla. El animal estaba nervioso.

--No me gusta. Hay algo ahí fuerra. Necesito más de cinco exploradorres. Ya he visto lugarres parrecidos antes... Una ancha avenida puede con-verrtirrse en un cañón que te deja atrapado, o deslizarrse por una grrieta puede rrevelar un valle lleno de verrdorr. No hay forrma de orrientarrse salvo siguiendo las sendas de los animales, que van de un lugarr verrde a otrro. Perro con estas nubes, puedes perrderrte con mucha facilidad y vagarr de un lado a otrro, y luego tienes que esperrarr a que salgan las estrrellas.

Los tres miraron hacia arriba. La capa de nubes ya había llegado, y se estaba espesando. Tenía aspecto de que iba a quedarse allí durante bastante tiempo. Gaviota se dio la vuelta y contempló la lejana meseta cubierta de robles. Las nubes se separaron para derramar un chorro de pálida luz invernal sobre ella, y el leñador se preguntó si era obra de la magia de Chaney o sólo un encantamiento que pesaba sobre la meseta.

--Esta tierra es como nuestras estepas --gruñó Holleb--. El mayor enemigo es el tiempo. Tan pronto hace sol como llueven tridentes, o cae granizo que puede matar, o nieva tanto que acabas enterrado hasta el estómago. No hay forma de saberlo hasta que es demasiado tarde.

--A menos que la druida nos advierta --dijo Gaviota, y un instante después se corrigió a sí mismo--. A menos que las druidas nos adviertan, quiero decir... Tendremos que adoptar precauciones para evitar separarnos. Eso es lo más importante. Tendremos que reunir haces de cañas o arbustos, algo que dé mucho humo al quemarse, quizá algo de sebo, y asegurarnos de que cada grupo tiene uno de esos haces, y acero y pedernal. Cualquier persona que se pierda... Bueno, ¿cómo vamos a hacerlo? Eh... Cualquier persona que se pierda enviará dos columnas de humo al cielo, y luego se quedará donde esté hasta que la hayamos encontrado.

--Sería muy bueno que alguien pudiera volar --dijo Holleb con voz pensativa--. ¿Tu amiga, la dama de blanco, puede volar?

Gaviota meneó la cabeza. Lirio sólo era capaz de flotar, y el leñador pensó que la magia era condenadamente imperfecta y muy poco práctica.

--¿Por qué dijiste que hay algo ahí, Bardo? Mangas Verdes dijo lo

mismo, y también dijo que las mulas podían notar su presencia. ¿Cómo lo sabes?

Un encogimiento de robustos hombros acorazados.

--Pero ¿qué es? ¿Una serpiente de cascabel, o una horda de orcos montados sobre mamuts de guerra?

La respuesta consistió en otro encogimiento de hombros.

--Podrías esconder todo un rebaño de mamuts detrás de ese risco. Pero no podrías alimentarlos. Aun así...

--Bardo tiene razón --dijo Holleb con su voz ronca y gutural--. Percibo quizá sólo una cosa grande y muchas más pequeñas. Más que eso, no puedo decir.

Gaviota reprimió un suspiro. Odiaba tener que tomar decisiones basándose en unas briznas de información y unos cuantos presentimientos.

--Muy bien. Nos mantendremos en guardia. Bardo, usa a los verdes de Ordando para aumentar el número de exploradores...

Mangas Verdes se acercó al trote sobre Vara de Oro.

--¡Alguien viene!

Señaló unos puntitos que oscilaban en la lejanía. Todo el mundo entornó los ojos, sorprendido de que Mangas Verdes hubiera sido la primera en divisarlos, y Bardo incluso pareció levemente irritado.

Los exploradores eran Givon y Melba, envueltos en sus prendas grises y marrones carentes de todo color vivo y adornadas con las insignias de plumas de cuervo, y montaban dos robustos caballos castrados de los mismas tonalidades fangosas. Eran hermano y hermana, y los dos eran morenos y llevaban su rizada cabellera negra bastante corta. Melba se encargó de dar su informe, hablando a Bardo.

--Nos hemos internado unos diez kilómetros --dijo--. No hay rastro de gente. Algunas sendas de antílopes contornean una meseta y luego se separan. El nivel del suelo va bajando muy deprisa, puede que unos treinta metros en un kilómetro y medio. No conseguiremos avanzar más de doce kilómetros al día en ese sitio, y más probablemente serán diez que doce. --Melba titubeó y miró a Givon. Su hermano asintió--. Y vimos un caballo volador.

Bardo soltó un bufido.

--¿Un pegaso? ¿Había alguien montándolo?

--No. Volaba muy alto, pero no cabe duda de que era un caballo de un blanco sucio con tonos amarillos. Sus alas eran como las de un buitre, pero blancas... Ah, y creemos que tenía una cresta de plumas.

Mangas Verdes se fue para informarse sobre el estado de Tybalt, que estaba siendo atendido por los curanderos. Rakel se reunió con ellos.

--¿Hizo algo cuando os vio? --preguntó--. ¿Cambió de curso para advertir a alguien, o se acercó un poco más para investigar?

--No. Desapareció por el norte. Con todos estos muros, resulta muy difícil seguir a algo que va por el cielo.

--Lo sabemos --dijo Bardo--. Buen trrabajo. Esperrad... ¿Cuánto tiempo vamos a pasarr aquí? --le preguntó a Gaviota.

Gaviota giró sobre su silla de montar. Ya era mediados de la tarde, y el ejército había empezado a instalarse.

--Acampemos aquí. Eso nos dará tiempo para acostumbrarnos a esos muros y pensar en las órdenes de marcha, y además tenemos que encontrar agua. Coge a la gente de Ordando y ve a explorar, Bardo. Quiero que tengas un rumbo trazado para el amanecer. Me ocuparé de que los cocineros recojan madera...

Rakel carraspeó y Gaviota se calló.

--Eh... Bien, Bardo, ya sabes qué has de hacer. Y tú, Rakel... Ah... Si tienes la bondad...

Gaviota, sintiéndose entre molesto y avergonzado, hizo volver grupas a su caballo y se alejó al paso..., y un instante después cayó en la cuenta de que no tenía ningún sitio al que ir ni nada que hacer. Era la única persona del ejército que podía permitirse estar mano sobre mano. Pero el leñador se recordó a sí mismo que su trabajo era pensar, así que pensaría.

Entregó su caballo a un chico y una chica que habían sido nombrados mozos de cuadra de oficiales por el encargado de las caballerías, y aceptó un odre de vino del cocinero. Mientras paseaba de un lado a otro, Gaviota encontró una gran alegría en su «nueva» rodilla derecha, que era casi tan fuerte como la otra y que le permitía caminar sin cojera. Se apoyó en una roca bañada por el sol, tomó un sorbo de vino y volvió a tapar el odre. Después clavó la mirada en los muros de roca para pensar en cómo iban a conquistarlos.

Y no tardó en quedarse dormido.

* * *

El primer ataque llegó cuando llevaban tres días en las malas tierras.

De día, el orden de marcha les daba confianza. Muy por delante,

normalmente tan lejos que no era visible, iba la fuerza de exploradores aumentada de Bardo. En el ejército propiamente dicho, primero iba la caballería de Helki, desplegada allí donde eso resultaba posible. Después venía una compañía de soldados. Detrás de ellos avanzaba la bestia mecánica, siempre un poco inclinada hacia algún lado en aquel terreno lleno de desniveles, conducida por Stiggur y Dela, su «paje» de diez años de edad, con Sorbehuevos eternamente malhumorado cerca de la cola. Liko caminaba junto al lado derecho de la bestia mecánica, soñando despierto con una cabeza y contemplando el paisaje con la otra. Después venían los oficiales y las hechiceras, colocados allí donde pudieran ver pero siguieran estando protegidos. A continuación venía la gran masa de seguidores del campamento, artesanos, buscadores de conocimientos y demás grupos variopintos. La marcha quedaba cerrada por la última compañía de soldados, pues en cualquier momento podía surgir un ataque de cualquiera de los cientos de cañadas que había a su alrededor. Las compañías avanzaban en un despliegue de hileras, lo más esparcidas posible para que tuvieran más espacio y para reducir al máximo las posibilidades de que los hombres charlaran entre ellos, pues su trabajo era vigilar el terreno y obedecer los gritos de los oficiales.

Pero no fueron atacados durante el día.

Aquella noche los encontró acampados en una especie de gran cuenco, con treinta o cuarenta grietas hendiendo las paredes rocosas de treinta metros de altura. Las compañías y la caballería estaban dispersadas en los cuatro puntos cardinales de un círculo, con los no combatientes en el centro. Un gran poste y una bandera indicaban la situación de las tiendas de los oficiales, y en la tienda más cercana había una joven que había sido nombrada trompeta y un muchacho que ejercía las funciones de tamboril.

La noche ya estaba muy avanzada, y los fuegos se iban apagando poco a poco. Obedeciendo las órdenes, casi todo el mundo estaba dentro de una tienda o en sus mantas. Sólo Gaviota estaba levantado, pues Rakel no podía dormir y eso hacía que él tampoco pudiera conciliar el sueño. Los dos estaban junto a la hoguera de cocinar más grande, tomando sorbos de té de hierbas endulzado con miel. Gaviota esperaba que Rakel se calmara pronto y lograra expulsar las pesadillas de su mente para poder dormir un poco él también. Ir dando cabezadas sobre la silla de montar resultaba bastante agotador.

El leñador tenía sus propias preocupaciones. Givon y Melba, los hermanos que formaban una de las parejas de exploradores, no habían vuelto con el crepúsculo. Podían haber preferido acampar al raso antes que perder una ruta prometedora, o podían estar orientándose mediante las estrellas. Pero aun así, a Gaviota siempre le preocupaba que cualquiera de las personas que estaban a sus órdenes quedara abandonada a sus propios recursos. También le preocupaba el que se estuviera preocupando tanto, y se preguntaba si el sentir demasiado interés personal por sus soldados podía acabar siendo perjudicial para ellos y para él. Pero no conocía ninguna otra manera de ser, y en consecuencia tenía que aguantarse y seguir viviendo tal como era.

Y entonces Gaviota alzó bruscamente la cabeza cuando una estrella llameante surcó el cielo.

No, no era una estrella fugaz. Estaba demasiado cerca.

Una borrosa mancha de claridad rojo amarillenta chispeó justo por encima de su cabeza, moviéndose tan de prisa y pasando sobre él a tal velocidad que Gaviota apenas la vio.

La luz aterrizó dentro de la hoguera y estalló.

Un diluvio de ascuas y cenizas calientes cayó sobre el rostro de Gaviota, creando agujeros en su ropa y su piel. El leñador, ensordecido por el ruido, manoteó frenéticamente para apagar aquellas partículas que quemaban y se restregó los ojos intentando limpiárselos. Lo primero que vio fue la cabellera de Rakel ardiendo mientras ella le derramaba té frío sobre los ojos. Gaviota apagó sus llamas a manotazos.

Había gritos que resonaban por todo el campamento, pero no tantos como se hubiese podido esperar. La mayor parte, y los que se oían con más claridad, procedían de los oficiales --Varrius, Neith, Ordando, Bardo y Helki--, que estaban aullando órdenes. Rakel, con un ojo todavía cegado por las cenizas, gritó a los seguidores del campamento que se levantaran y ordenó a la trompeta y el tamboril que llamaran a las armas. Pero cada combatiente del campamento ya se había levantado de sus mantas o había salido corriendo de su tienda, con las armas puestas antes que las botas o los sombreros. Gaviota sintió un gran orgullo. Por pequeño que pudiera ser, aquel ejército estaba preparado para enfrentarse a cualquier enemigo.

O eso pensaba él.

Alguien gritó y señaló hacia arriba.

Inmóvil en lo alto de un acantilado, iluminada desde atrás por una

claridad rojiza, había una gigantesca figura acorazada. Todo su cuerpo brillaba con destellos luminosos, plata y gris acero recubiertos de oro, y unos cuernos gigantescos sobresalían de su yelmo para alzarse más allá de unos hombros llenos de pinchos.

Los brazos de la figura estaban extendidos hacia los lados en un gesto de conjuración.

--¡Por las pelotas de Boris! --ladró Gaviota--. ¡Yo conozco a ese bastardo! ¡Nos atacó en el bosque quemado junto al cráter de la estrella! Envió contra nosotros una horda de...

Aullidos, chillidos, gemidos, balbuceos. Una cacofonía repentina surgió de la nada y se alzó alrededor de ellos. Una horda de demonios emergió de la oscuridad por todas las cañadas que rodeaban a la hondonada y cayó sobre ellos, saltando, correteando, deslizándose y trotando. Delante de ellos, sostenidas en alto sobre la punta de largas estacas afiladas, se bamboleaban las cabezas de Givon y Melba, los exploradores que no habían vuelto a la hora fijada.

--¡Bastardos! --les maldijo Gaviota--. ¡Asquerosos bastardos rastreros!

--¡Cállate! --chilló Rakel, corriendo hacia su tienda para sacar de un manotazo su casco y su cinturón--. ¡Acabaremos con ellos! ¡Por fin tenemos algo a lo que combatir! --Y Rakel lanzó un soberbio grito de guerra que hizo retroceder a Gaviota--. ¡¡¡Ye-ha-yeeeeeeee-haü! ¡a las armas, compañías!

_____ 12 _____

--¡A formar! --aulló Rakel--. ¡Preparad las líneas de batalla, capitanes! ¡Tú! ¡No retrocedas ni un centímetro o usaré tus tripas como ligas! ¡Formad de una vez! ¡Dejad de preocuparos pensando en lo que os harán esos demonios, y empezad a preocuparos pensando en lo que os haré yo! ¡He dicho que a formar!

Rakel apartó la mirada de la oleada de demonios que se aproximaba para contemplar el campamento, y Gaviota también volvió la cabeza en esa dirección. Los seguidores del campamento estaban cumpliendo con sus deberes: en vez de quedarse boquiabiertos, ponerse a gritar o huir a la carrera para esconderse, la inmensa mayoría estaba preparando el campamento para la partida. Herreros, cocineros, escribanos y madres, con bebés metidos en sacos que colgaban de su espalda o mocosos pegados a las rodillas, iban tropezando de un lado a otro en la oscuridad, bajando las tiendas, recogiendo los cacharros de cocina, ensillando caballos y cargando mulas. La nueva comandante del ejército había decretado que cuando llegara la acción todos los no combatientes debían levantar el campamento. El propósito de Rakel era doble: en primer lugar, eso permitiría que el ejército se moviera rápidamente, ya fuese para avanzar o para retirarse; en segundo lugar, mantendría ocupada a la gente y evitaría la aparición del pánico.

--¡Venga, un poco de coraje! ¡No pueden hacernos daño! ¡Por todos los espíritus, no son más que demonios!

Rakel gritaba más para mantener entretenidos a quienes estaban a sus órdenes que para proporcionarles información. Había hecho acudir a su pequeña fuerza desde los cuatro puntos cardinales para formar un delgado anillo alrededor del campamento, pero el anillo estaba tan erizado de pinchos que no tenía nada que envidiar a un puercoespín. Casi cincuenta guerreros llevaban escudos colgados a la espalda, hachas o espadas en los cinturones, y arcos y aljabas encima de los hombros. Además, cada uno contaba con una lanza de madera de roble coronada por una temible punta de acero.

La caballería y los exploradores mantenían inmóviles a sus monturas dentro del anillo, y Rakel tenía junto a ella a los jóvenes músicos. Esperando en el centro, listo para ir en cualquier dirección, estaban Stiggur montado sobre su bestia mecánica y Liko armado con dos garrotes. La fuerza era pequeña, pero potente.

Y se enfrentaba a centenares de demonios aullantes.

Resultaba difícil verlos a la débil claridad de las hogueras --que se estaba disipando con gran rapidez a medida que los fuegos para cocinar iban siendo extinguidos--, pero todos los demonios se parecían bastante los unos a los otros. El más alto de ellos sólo le llegaba al pecho a un adulto, por lo que Gaviota se preguntó si no serían otra variedad de trasgos. Algunos tenían grandes orejas puntiagudas y algunos no tenían orejas, y algunos tenían cuernos retorcidos como los de un chivo mientras que otros tenían lisas cabezas calvas. Pero todos y cada uno de ellos parecían resecos y marchitos, como si estuvieran momificados, con las entrañas encogidas y la piel tensada encima del hueso, de tal forma que cada costilla podía ser contada y cada articulación podía ser vista en todo su esquelético detalle. Todos iban desnudos, mostrando su oscura piel llena de arrugas que hacía pensar en serpientes quemadas, y todos tenían largos colmillos blancos que relucían. Lo más horrible de todo eran sus ojos redondos, rojos y resplandecientes como ascuas sacadas del infierno.

¡Y había tantos! Gaviota sintió deseos de gritar de pura sorpresa. Los demonios brotaban de las grietas de las paredes del cañón como hormigas de un árbol podrido, saltando y dando brincos sin dejar de chillar.

Y un instante después el leñador ya no tuvo más tiempo para pensar, porque la oleada de demonios cayó sobre ellos.

La Compañía Verde de la capitana Ordando estaba desplegada inmediatamente delante de Gaviota. Los hombres y unas cuantas mujeres permanecían inmóviles con las rodillas dobladas y los pies firmemente plantados en la tierra, manteniendo las lanzas en paralelo al suelo como si se preparasen para luchar contra una marea. Gaviota se preguntó por qué Rakel no había hecho que disparasen sus arcos, pero quizá pensaba que había demasiada poca luz, o que los demonios se aproximaban demasiado deprisa, o que fallar podía dañar la moral del ejército. Fueran cuales fuesen sus razones, la línea de combatientes le pareció lastimosamente delgada, pero todos se mantuvieron en sus sitios. Eso se debía en parte a la inflexible disciplina y adiestramiento de Rakel, y en parte a que Rakel estaba detrás de ellos con la espada desenvainada. Todos sabían que su comandante abatiría al primer soldado que intentara huir. Pero aunque algunas rodillas temblaban un poco, nadie echó a correr.

Los demonios de piel coriácea se lanzaron sobre la hilera de combatientes entre aullidos, gañidos, chillidos y gemidos. Uno dio un

gran salto por encima de ella, sólo para acabar empalado en la punta de hierro de una lanza. La boca aullante del demonio se cerró con un *clok* claramente audible. La punta había quedado profundamente hundida en el cuerpo convulso, que tenía un aspecto seco y escamoso tanto por dentro como por fuera. El soldado que empuñaba la larga lanza la sacudió e hizo salir despedido de ella aquel cuerpo que parecía hecho de cuero viejo, perdiendo la punta desprendible con él. Otro demonio surgió de la nada inmediatamente para ser alanceado y también murió, con una punta de madera verde perforando sus resecas entrañas.

Un demonio avanzó pegado al suelo con el veloz correteo de una cucaracha, la boca abierta y los blancos dientes revelados como una trampa para osos, buscando la pierna de algún combatiente. Aquellos monstruos no tenían armas, sólo largas garras y dientes afilados, y luchaban como ratas gigantes. La combatiente, una mujer de piel oscura salpicada de tatuajes, echó su lanza hacia atrás, tal como se le había enseñado a hacer, y dejó caer la punta del astil sobre la cabeza del demonio. La horrible criatura quedó aturdida y mordió el suelo rocoso, y la mujer siguió aplastándole el cráneo hasta dejarlo irreconocible. Sin mirar, la mujer atravesó a otro demonio con su lanza, y la punta se abrió paso a través del demonio que había detrás del primero.

Gaviota, al que Rakel había ordenado que se mantuviera atrás para observar la formación de batalla en busca de brechas y estudiar al enemigo, vio una segunda línea de atacantes que surgía de las hendiduras del cañón y empezaba a aproximarse.

Orcos. Gaviota había visto algunos en la isla tropical a la que había sido confinado. Aquéllos no tenían la piel oscura, sino de un color bastante claro. La luz de las hogueras destellaba sobre sus cuerpos, deslizándose a lo largo de ellos con reflejos verdosos. Todos eran calvos, con colmillos que sobresalían de sus mandíbulas inferiores y orejas puntiagudas que se alzaban por encima de sus desnudas coronillas. A pesar del frío invernal, sólo llevaban una especie de arneses y viejos trozos de cuero o faldellines de piel. Casi todos iban armados con garrotes en los que había incrustados trozos de obsidiana, o con lanzas cortas de punta de pedernal. Pero media docena de ellos arrastraban unos largos tubos que parecían troncos huecos. Un orco mantenía en equilibrio un tronco encima de sus hombros. La boca del tubo eructó fuego, y un aullante arco de llamas surcó el cielo. Asustó a los caballos, pero el proyectil sólo consiguió

acertar una distante pared del cañón y allí se quedó, ardiendo y soltando chispas hasta apagarse. Rakel dijo que eran cohetes llenos de alguna clase de pólvora negra que estallaban igual que el rayo, matando a quien los disparaba con tanta frecuencia como al enemigo. Las bolas de fuego lanzadas dentro de las hogueras del campamento debían de haber sido cohetes.

El leñador hizo un recuento apresurado, decidió que había por lo menos un centenar de orcos detrás de los demonios y fue corriendo en busca de Rakel para decírselo.

Rakel no se volvió, y siguió contemplando cómo sus soldados luchaban con los demonios.

--¡Orcos! ¡No son nada! ¡Ignoradles! ¡Quiero menos huecos en esa línea, capitán Neith!

Sintiéndose como un idiota por haberse preocupado --¿cien orcos armados no eran nada?--, Gaviota retrocedió, balanceando distraídamente su hacha de un lado a otro sin darse cuenta de lo que hacía.

Los cuerpos se iban amontonando a lo largo de la línea de batalla. Un combatiente tenía a tres demonios ensartados en su lanza, debatiéndose como truchas, y ya no podía seguir sosteniéndolos por más tiempo. Arrojó la lanza contra un nuevo grupo de monstruos y después desenvainó su espada y tiró de su escudo hasta colocarlo delante de él. El soldado hizo retroceder a un demonio con un mandoble y un grito mientras le abría el cráneo a otro. Escaramuzas similares estaban siendo libradas delante de todas las formaciones.

Más lanzas fueron arrojadas para caer entre los cuerpos que se retorcían. Un hachero dirigió un grito a su compañera, una robusta combatiente con cuatro trenzas rojas asomando debajo de su casco de acero, y la pareja empezó a trabajar en colaboración. El hachero hizo girar su hacha, una temible arma de guerra cuya hoja tenía la forma del pico de un loro, y la alzó por los aires para segar con ella a un trío de demonios mientras su compañera esquivaba ataques y lanzaba mandobles contra estómagos y gargantas de demonios, protegiéndolos a ambos con su escudo.

Los demonios seguían llegando de la oscuridad para entrar en la tenue claridad del campamento. Aquellos extraños gritos, que helaban la sangre y que recordaban los chillidos de águilas o gatos monteses enfurecidos, surgían de sus gargantas para alejarse en un sinfín de ecos y ecos de ecos. Un grupo de demonios se abrió paso a través de la fila de combatientes que se extendía delante de Gaviota, apartando

a dos soldados y haciendo que perdieran el equilibrio. Un soldado cayó al suelo, con un demonio aferrándose a su brazo mediante dientes tan afilados como navajas de afeitar. El soldado no empezó a lanzar chillidos de pánico, lo cual decía mucho en su favor, sino que intentó salir de debajo del demonio para poder incorporarse y seguir luchando. Gaviota no pudo soportar quedarse cruzado de brazos mirando, y alzó su hacha y se lanzó a la carga.

Pero alguien le empujó de repente, desviándole de su camino con tanta fuerza que casi le hizo caer: era Rakel.

--¡Mantente alejado de la línea de batalla! --le gritó--. ¡Tienes que observar desde la retaguardia!

Después Rakel atacó con su espada de hoja corta y ancha, no lanzando mandobles a ciegas como habría hecho Gaviota, sino asestando golpes veloces y precisos que cercenaban el cuello, el brazo o la columna vertebral de un demonio con tanta destreza como una pescatera habría limpiado un pez colocado encima de su tablero. Rakel levantó al ensangrentado soldado del suelo con un tirón de pura fuerza muscular, le ladró un «¡Eres valiente!» y se aseguró de que volvía a su puesto. Después desapareció, partiendo a la carrera hacia cualquier lugar donde fuese necesaria su presencia.

Enfurecido y sintiéndose impotente debido a la inactividad, Gaviota retrocedió, sintiendo el hacha como un peso inútil que tiraba de sus manos. Intentó cumplir con su labor y observar el desarrollo de la batalla como un todo, pero le resultaba muy difícil mantenerse alejado sin hacer nada.

Miró a su alrededor. Los demonios se lanzaban sobre las formaciones viniendo de todas las direcciones, pero había más allí donde se encontraba Rakel. La comandante había ordenado a la caballería que avanzara en parejas, y los jinetes se inclinaban desde la silla de montar y rajaban demonios con sus largos sables. Stiggur hizo avanzar la bestia mecánica para cerrar una brecha abierta entre las Compañías Roja y Azul: el muchacho movió palancas e hizo que el extraño artilugio se moviera primero hacia adelante y luego hacia atrás, con lo que las pezuñas tan grandes como troncos aplastaron a unos cuantos demonios y los dejaron hechos pedazos, impidiendo que docenas más rompieran la formación. Liko, pegado a la bestia mecánica, aplastaba demonios con sus dos garrotes como si estuviera espantando moscas. En el centro, el campamento estaba desmontado y recogido para la marcha, y de él ya sólo quedaban unas cuantas hogueras que desprendían humo. Los cartógrafos, los mozos de

cuadra y caballerizos y unos cuantos cocineros habían desenvainado sus espadas, formando un segundo anillo por si llegaba a ser necesario. Los curanderos, tanto los samitas como los de otras procedencias, llevaban a los heridos a un hospital improvisado. Otro cohete bajó del cielo en el interior del campamento y estalló bastante cerca de unos caballos, derribando a dos y aterrorizando a los demás, por lo que el encargado de las caballerías y sus jóvenes ayudantes tuvieron bastante trabajo para contenerlos.

Gaviota vio a su hermana a unos treinta metros de distancia. Su tienda y sus cosas habían sido recogidas y preparadas por dos muchachas a las que había contratado como criadas. Chaney la druida estaba sentada encima de una caja, sosteniendo su cuerpo marchito con su mano buena. Lirio observaba a Mangas Verdes. Pero la nueva druida permanecía inmóvil, con la cabeza descubierta y la cabellera castaña despeinada, rodeándose los hombros con los brazos como si tuviera frío. Mangas Verdes estaba tan inmóvil, con los ojos clavados en el acantilado sobre el que se alzaba aquel hechicero fantasmal e iluminado desde atrás por un fuego ultraterreno, que Gaviota pensó que estaba paralizada de miedo.

¿Debía correr al rescate, o debía quedarse donde estaba sin pelear? ¿Qué hacer?

* * *

Mangas Verdes no estaba asustada. De hecho, probablemente --y aparte de la anciana Chaney--, no había ninguna persona en todo el pequeño y abigarrado ejército que se sintiera más tranquila y llena de calma que ella.

La hechicera se estaba concentrando. Necesitaba conjurar algo para atacar al hechicero que les observaba desde las alturas, y había pocas cosas en su grimorio que pudieran causarle una auténtica impresión.

Y además Mangas Verdes quería impresionarse a sí misma.

Tybalt había encontrado entre las pertenencias de Liante una gema azul que estaba helada al tacto incluso en el día más cálido. Tybalt se había pasado días jugueteando con la gema, y finalmente había acabado decidiendo qué podía ser.

En cuanto a si Mangas Verdes podría utilizarla, nadie lo sabía..., pero si iba a vencer su miedo a perder la cordura, aquél podía ser el sitio para empezar a hacerlo. La cosa marcada por la piedra le

resultaba totalmente extraña y ajena, y era algo que nunca había tocado. Pero Mangas Verdes estaba decidida a intentarlo.

Su mano derecha rozó la gema, unida mediante unas puntadas al viejo y harapiento chal verde que le había tejido su madre. El frío de la gema le quemó las yemas de los dedos, pero Mangas Verdes siguió tocándola. El ser que representaba estaba muy, muy lejos de allí. Se encontraba tan lejos que moraba en un plano al que los humanos no podían ir. Era un sitio de frío intenso y vientos que giraban incesantemente, un lugar donde no había ningún refugio que pudiera proteger del hielo y el vendaval...

«Ven --le dijo a ese antiguo no-ser--. Ven. Te necesitamos. Para nuestra causa. Para el bien...»

Mangas Verdes se estremeció mientras enviaba su mente a la inmensidad azulada de la gema, haciendo que su espíritu avanzara como una exhalación a lo largo de un sendero arcano y propulsando su corazón por el éter. Su misma vida pareció sisear a lo largo de líneas invisibles, correteando sobre hilos de telaraña por encima de alturas increíbles y saltando junto a los bordes de empinados caminos de montaña. Podría haber sido un pájaro cuyo vuelo lo había llevado demasiado arriba, o un escarabajo arrastrado por el viento hasta acabar en el mar, o un pez que había subido demasiado por el cauce de un río de aguas heladas. Mangas Verdes buscó al ser con su mente, tenue como el aliento de un pájaro, y la envió lejos, muy lejos por el vacío azul, allí donde incluso el aire parecía congelarse...

Y tocó una mano más fría que un peñasco enterrado debajo del suelo. Temblando y estremeciéndose, Mangas Verdes sintió que la presión ejercida sobre su mente resbalaba y empezaba a aflojarse.

Pero la mano, increíblemente poderosa, volvió a tirar y pareció arrancar su cerebro de su cráneo, como si fuera un diente y lo estuviera sacando de su alveolo.

«No --gritó la joven druida en el silencio--. No. Me voy a... quedar... aquí, ¡y tú debes venir! ¡Ahora!»

Mangas Verdes se aferró desesperadamente a su mente y a la tierra que había debajo de ella. Estaba caliente, mientras que el éter estaba frío. La tierra estaba llena de amor y de vida, y anhelaba crecer, mientras que aquellos confines distantes eran horribles, silenciosos y muertos. «No --siguió luchando--. ¡Eres tú quien ha de venir aquí!»

El tirón se reprodujo, esta vez con más fuerza que antes. Mangas Verdes sintió cómo su corazón temblaba en las profundidades de su

cuerpo saltándose primero un latido y luego otro.

Queriendo gritar, pero necesitando todas sus energías, hundió los talones en el calor de la madre-tierra. La magia entró en su cuerpo y fluyó por él: era maná que sacaba de cuanto había a su alrededor, un fluir tan cálido como un baño de lava caliente. Mangas Verdes siguió agarrada a aquella mano que la helaba y tiró de ella, apretando los dientes hasta hacerlos rechinar.

Y de repente la presa que se le resistía resbaló y Mangas Verdes la tuvo en su poder.

Hubo un movimiento vertiginoso, un veloz agitarse y un alarido, y la criatura de hielo se precipitó sobre ella como un cometa que descendiera del cielo.

Mangas Verdes abrió los ojos, y descubrió que incluso éstos se hallaban doloridos a causa del esfuerzo. Volvía a estar en el cañón reseco de las malas tierras del norte, aquel gran surco iluminado por la claridad agonizante de las hogueras medio extinguidas. El clima invernal era frío, pero resultaba tropical comparado con el del sitio en el que había estado. Bien, ¿y dónde estaba...?

--Ah --murmuró Chaney detrás de ella--. ¡Muy bien! ¡Apunta tu descarga!

--¡Oh, cielos! --jadeó Lirio.

«¡Sí!», cantó una voz dentro de Mangas Verdes. ¡Nunca había conjurado algo que estuviera tan lejos de ella! Y quería que cayese... Mangas Verdes recorrió el risco con la mirada y localizó al hechicero acorazado. ¡Sí, quería que cayese justamente allí!

En las alturas donde se suponía a salvo de todo peligro, el hechicero acorazado descubrió que la luz ultraterrena que brillaba a su alrededor empezaba a parpadear. Un sencillo hechizo de luz hacía que su cuerpo quedara perfilado por un fantasmagórico resplandor de fuegos fatuos para despertar el miedo en un enemigo, pero su luz empezó a extinguirse tan deprisa como la de un cabo de vela cuando vientos de otro plano surgieron de la nada y aullaron a su alrededor.

El hechicero acorazado oyó un silbido tan potente como el de un huracán que descendiera del cielo. Giró sobre sus talones y vio cobrar existencia a un cono de luz invertida, marrón en el fondo y luego verde, azul y amarillo.

Y después un chorro de aire cuyo impacto era tan terrible como el de un tornado cayó sobre él.

Al principio parecía una mujer de hielo desnuda, de cuerpo largo y esbelto y totalmente blanco, con líneas de agua o hielo que fluían por

su silueta. Pero aquella criatura era puro aire, helado por las capas superiores de la atmósfera hasta que su mismo aliento podía matar. El elemental de aire parecía una criatura femenina, fluida y atorbellinada, un tornado desde la cintura para abajo, una sirena hecha de aire, pero no tenía ni sexo ni alma. La criatura zumbó sobre la cima de la meseta..., y divisó al hechicero acorazado.

Siempre deseoso de jugar y sin más cerebro que un cachorrillo, el elemental de aire giró por los cielos y se acercó un poco más al hechicero acorazado para averiguar qué era. Abriéndose paso por los aires y remolcando todo un huracán congelado detrás de sí, la criatura se deslizó por debajo de uno de sus gigantescos brazos blindados, resbaló a lo largo de su espalda y giró junto a su hombro.

Mangas Verdes podía verlo todo con gran claridad desde abajo y se enorgulleció del riesgo que había corrido, de haber vencido su miedo y de haber sabido elegir bien. Una vez traído hasta allí, el tozudo elemental quedaría encantado ante aquel descomunal juguete plateado.

El hechicero se tambaleó bajo el roce del elemental de aire y retrocedió bamboleándose para escapar a aquel frío espantoso. Ya medio paralizado, se acercó demasiado al borde del acantilado y se recobró con el tiempo justo de evitar la caída. Girando incontroladamente, y casi desplomándose, golpeó el aire con las manos para mantener alejado al elemental. Pero la criatura se le acercó un poco más, tan amistosa como un delfín. Queriendo jugar, se deslizó por entre las piernas del hechicero, lanzando remolinos de polvo y tierra que giraron por los aires. Con el metal que protegía su ingle repentinamente helado, el hechicero acorazado dio un salto y cayó de rodillas, desgarrado por un dolor agónico tan cortante como una cuchillada; pero el elemental regresó para retorcerse sobre su estómago cubierto de cota de malla.

Desesperado, el hechicero acorazado se irguió con un movimiento convulsivo, pronunció un apresurado hechizo y echó a correr hacia el borde del acantilado.

Mangas Verdes dejó escapar un jadeo ahogado cuando el hechicero salió despedido del acantilado para alzarse por el cielo como un pájaro que emprendiera el vuelo. Pero no estaba volando, sino sólo saltando, y su trayectoria se convirtió en un arco descendente que acabó en un segundo risco que se alzaba al otro lado del cañón. Mangas Verdes, hablando en un susurro consigo misma, se dijo que había logrado escapar por el momento.

Pero había huido para salvar la vida, y el elemental de aire de Mangas Verdes le persiguió.

* * *

Un montón de cadáveres de demonios que llegaba hasta las rodillas de los combatientes se alzaba delante de la Compañía Verde de la capitana Ordando, y Gaviota pudo ver que lo mismo ocurría alrededor de todo el campamento. Pero las formaciones seguían aguantando, gracias a las acertadas decisiones de Rakel y algún que otro mandoble de espada..., y la carga de los demonios había fracasado. Muchos yacían gimoteando, con los cráneos aplastados, las mandíbulas rotas, los hombros o los brazos hendidos. Por encima de ellos se alzaban los combatientes, jadeantes, empapados en su propio sudor y manchados por la sangre color rojo oscuro de los demonios, la suya y la de sus camaradas. Pero todos sonreían con la feroz sonrisa del guerrero, y anhelaban tener otra oportunidad de demostrar su valor.

Los demonios se habían quedado inmóviles en el comienzo de la hondonada y los orcos se mantenían encogidos detrás de ellos, formando una línea ondulante y temblorosa. Ya no había centenares de enemigos, sino sólo quizá doscientos demonios y orcos para manchar la oscuridad. Los monstruos temían al ejército que no habían conseguido hacer huir.

Rakel dio a los guerreros lo que querían: un poquito más de acción. Ordenó a la sudorosa trompeta que tocara las notas del ataque, y alzó la voz para lanzar un grito que su garganta dolorida estuvo a punto de quebrar.

--¡A marcha lenta..., y adelante!

Gaviota meneó la cabeza. Avanzar cuando tenías al enemigo delante era una carga, aunque su comandante no quisiera darle ese nombre. Pero los combatientes avanzaron. Con un gruñido colectivo, el ejército de Rakel pasó por encima de los demonios muertos y agonizantes y se lanzó a la carga, moviéndose tan despacio como una tortuga. «¡Ho!», gritó Ordando, y alguien respondió con otro «¡Ho!». Unos instantes después todos estaban gritando, primero con un rítmico «¡Ho! ¡Ho! ¡Ho!» y luego con un interminable «¡¡¡Hooooo!!!». Cantar les dejó sin aliento, pero lo hicieron de todas maneras y avanzaron hacia la horda oscura con las espadas y las hachas preparadas para ser utilizadas. Sin esperar la aprobación o la

desaprobación de Rakel, Gaviota fue corriendo hasta la línea y se colocó junto a una guerrera. La mujer volvió la cabeza para lanzarle una rápida mirada y le sonrió con sus labios manchados de sangre.

Habían avanzado cincuenta pasos, moviéndose gradualmente más y más deprisa sin darse cuenta de ello, desplegando su formación y dejando caer los pies con fuerza sobre la pendiente rocosa, cuando los demonios fueron incapaces de aguantar ni un instante más y echaron a correr. Los orcos ya no estaban allí, y todos habían vuelto a esconderse en las grietas y cañadas como una manada de ratas asustadas.

Hombres y mujeres gritaron, rieron y aullaron como lo habían hecho antes los demonios. Agitaron sus armas en el aire, lloraron de alegría y gritaron obscenidades, burlas y amenazas.

Gaviota gritó con ellos, pero una parte de su ser estaba triste, pues no había hecho nada para conseguir aquella victoria. El leñador pensó que aquel ejército necesitaba a todos los que lo componían..., salvo a él.

* * *

El hechicero acorazado cayó sobre la cima del acantilado con un terrible estrépito. El elemental de aire le había seguido con un vertiginoso revoloteo, más veloz que él, y había continuado enviando oleadas de frío a través de su armadura. El hechicero lanzó desesperados manotazos a la criatura, pero ésta no era nada más que aire tan gélido como la escarcha eterna de las cimas más altas. El hechicero acabó metiendo una mano enguantada en acero dentro de una bolsita de cota de malla que colgaba de su cinturón, y sacó de ella una piedra que brillaba con destellos rojos y anaranjados. Sosteniendo la piedra en alto y apretándola con su puño delante de su rostro acorazado, el hechicero lanzó su aliento hacia el elemental de aire a través de la piedra.

Con su rostro inhumano convertido en una máscara de hielo y miedo, el elemental inició una loca espiral que lo convirtió en hilachas de aire frío cada vez más pequeñas hasta que acabó desapareciendo.

Mangas Verdes, que se encontraba muy por debajo de él, vio cómo el hechicero se daba la vuelta para pasar nuevamente al ataque. Pero su brazo derecho estaba flácido y colgaba junto a su costado señalando el suelo, con la mano todavía sujetando la piedra.

--La Piedra del Poder de Urza, encontrada de nuevo --jadeo la voz

enronquecida de la anciana Chaney junto a ella--. Me preguntaba dónde había ido a parar... Pero no es lo suficientemente fuerte para utilizarla. ¿Ves cómo le cuelga el brazo? Demasiados hechizos, y le robará la vida sorbiéndosela del corazón. Dudo que esté tan deseoso de ganar a cualquier precio.

Y el hechicero se limitó a usar una mano para conjurar. Rakel detuvo a sus tropas exultantes en el valle que se extendía debajo de él e impidió que persiguieran a los demonios en retirada, llegando al extremo de poner la zancadilla a un par de soldados para atraer su atención. Gritando y ordenando nuevos toques de trompeta, Rakel volvió a formar el círculo alrededor del campamento. Después fue corriendo de un capitán a otro, lanzando elogios aquí y advertencias para reforzar la formación allá. Luego se volvió hacia los seguidores del campamento y su voz áspera y cada vez más ronca les dijo que habían hecho muy bien su labor, pero que debían alimentar las hogueras para que pudieran tener más luz. La batalla todavía no había terminado.

Gaviota la seguía de un lado a otro, sintiéndose inútil.

Cuando un hombre gritó, los dos se volvieron al mismo tiempo.

Mangas Verdes fue la primera en sentir el frío y oler la podredumbre recién salida de la tumba. Después los vio.

Emergiendo de la oscuridad con paso tambaleante llegaba una hilera de zombis. Gaviota ya había visto antes criaturas similares en el bosque quemado. Eran criaturas horribles e infortunadas a las que se les había arrebatado su muerte, recién arrancadas de sus tumbas. La mayoría llevaban los sudarios con los que habían sido enterrados, pero muchos iban desnudos. Algunos estaban enteros, cuerpos muertos de un horrible gris pálido, pero a muchos les faltaban miembros, grandes trozos de piel o incluso la cabeza. Los zombis avanzaban lentamente, tropezando unos con otros, y seguían adelante, muertos y sin mente, seres del más indecible horror y la más abyecta piedad.

Algunos combatientes gimieron y empezaron a murmurar al verlos. Rakel permanecía inmóvil con el rostro muy blanco, intentando concebir un ataque: había sido adiestrada para luchar contra los vivos, no contra los muertos. Unos cuantos guerreros dieron un paso hacia atrás, y cuando Rakel habló para detenerlos, su voz apenas llegó a ser un graznido inaudible.

Pero Gaviota sabía qué había que hacer.

--¡El muro, Verde! --gritó desde el otro lado del círculo.

Pero su hermana se le había adelantado. Mangas Verdes reaccionó de una manera casi instintiva, y su mano rozó una ramita cosida a su chal. Siseando suavemente y produciendo sonidos que recordaban al viento moviéndose en las copas de los árboles, Mangas Verdes se imaginó el Bosque de los Susurros que tan bien conocía, y un lugar de sus profundidades donde la naturaleza parecía haber enloquecido y los árboles crecían con tal frondosidad que se inclinaban sobre sí mismos y sus vecinos. Mangas Verdes desplegó su mente y apremió a una franja del bosque a que apareciese... allí.

Hombres y mujeres suspiraron cuando una valla viviente de madera apretadamente entrelazada apareció a un tiro de piedra por delante de ellos, surgiendo de la nada entre una ondulación verde, marrón, azul y amarilla. A diferencia de lo ocurrido en los esfuerzos anteriores de Mangas Verdes, aquel muro de ramas adquirió una grácil curva que fue resiguiendo el despliegue de su ejército y se extendió limpiamente a través de todo el cañón, yendo de una pared a otra en una gruesa muralla de verdor. Los zombis quedaron ocultos por ella, y el ejército respiró un poco mejor.

Mangas Verdes sonrió para sí misma y se relajó. Chaney permitió que un suspiro de satisfacción escapara de su reseca garganta. Si sobrevivía, algún día Mangas Verdes llegaría a ser una leyenda entre los hechiceros.

* * *

Stiggur gritaba desde lo alto de su bestia mecánica. El muchacho manipuló los controles e hizo girar a la ruidosa y rechinante criatura de madera en un gran círculo. Los costados recubiertos de planchas de hierro empujaron a Liko el gigante, dándole la vuelta hasta dejarlo encarado a una nueva amenaza. La centauro Helki, capitana de caballería, también divisó el peligro desde su mayor altura, y dejó escapar un estridente relincho. Aquel sonido era un grito de deleite, pues por fin la caballería iba a tener su ocasión de luchar. Todos los jinetes, con las cintas amarillas aleteando en sus mangas, se alzaron sobre sus estribos entre gritos y vítores. Rakel rió al ver su entusiasmo.

Por el cañón se aproximaba lo que parecía un torbellino de cenizas envuelto en parpadeos luminosos. Pero la neblina grisácea que giraba incesantemente se fue espesando hasta convertirse en una compañía de caballería, y Gaviota se acordó de aquellos combatientes

nada más verlos. Totalmente negros, desde sus caballos hasta sus barbas, los jinetes iban armados con largos sables y grandes escudos en forma de cometa adornados por un blasón hendido que mostraba el rostro de un diablo dibujado con trazos plateados, su único color. Esbeltas jabalinas sostenidas por estrechas tiras de cuero subían y bajaban sobre sus espaldas, y Gaviota sabía que también iban provistos de cuerdas con garfios que colgaban de sus sillas de montar. Había luchado con aquellos jinetes la primavera pasada cuando atacaron la caravana de Liante, y había perseguido a tres hombres que se llevaron a Lirio, y --por la gracia de los dioses-- los había matado.

Había treinta o más, montados sobre corceles que piafaban y pateaban el suelo con los cascos. Su capitán alzó su sable y empezó a gritar en una lengua áspera y gutural, evidentemente exhortándoles a atacar con todas sus fuerzas.

Pero su áspera orden se extinguió en un balbuceo de confusión cuando vio la fuerza que estaba desplegándose contra él, y Gaviota rió y empezó a lanzar vítores.

Los caballeros negros tenían delante a sus iguales: Helki, con su armadura pintada y adornada con curvas y volutas, con una lanza emplumada tan larga como su cuerpo rojizo; cuatro halcones del desierto que casi eran centauros, tanto era el tiempo que llevaban viviendo sobre la silla de montar; y más caballería que se apresuraba a reunirse con ellos: exploradores con sus ropas incoloras marcadas por la pluma de cuervo; Holleb, todavía más enorme que Helki; Bardo, el paladín acorazado, sobre un corcel de guerra del color del humo; la bestia mecánica con Stiggur gritando sobre su grupa; y Liko, avanzando pesadamente junto a ella con sus dos garrotes.

La caballería de Rakel ardía en deseos de luchar, y gritó y ululó mientras recorría el cañón con un galope atronador y las lanzas enfiladas hacia adelante. Eran catorce contra treinta, pero su carga era todavía más impetuosa debido a esa inferioridad numérica, pues anhelaban demostrar su valía al resto del ejército.

El capitán de los mercenarios negros aulló órdenes y movió su sable hacia la derecha y hacia la izquierda para indicar que sus hombres debían desplegarse formando una hilera, y después hincó sus negras espuelas de acero en los negros flancos de su montura.

Las dos líneas de caballería se fueron acercando la una a la otra con un estrepitoso galopar, una ondulante y desordenada por la salvaje alegría que la impulsaba, la otra tan precisa que los hocicos de

los caballos estaban a la misma altura.

El ruido que se produjo cuando las dos se encontraron fue ensordecedor.

Los sables chocaron con los escudos, las puntas de lanza de acero perforaron los petos, las hojas se abrieron paso a través de los cuellos de los caballos, y los jinetes fueron bruscamente desmontados para caer sobre sus espaldas con tanto estruendo como una caja llena de platos. Un explorador cayó, decapitado por un sable. Un jinete negro dejó escapar un jadeo ahogado cuando la lanza de Helki atravesó su pecho y se derrumbó, robándole la lanza. Bardo, el Paladín del Norte, permitió que su escudo oscilara detrás de él mientras se erguía sobre los estribos y golpeaba con una espada casi tan alta como él mismo que empuñaba con las dos manos. Su mandoble se abrió paso a través del muslo de un hombre y entró casi treinta centímetros en el caballo, con el resultado de que el impacto lanzó al jinete agonizante a tres metros de distancia. Atrapado entre dos atacantes, pues el doblar en número a sus enemigos permitía a los jinetes negros formar parejas, Holleb alzó su lanza ensangrentada y la movió hacia un lado. La gruesa barra sostenida por sus callosas y velludas manos chocó con las tráqueas de los dos jinetes, pero no antes de que uno de ellos rajara el ondulante bíceps del centauro hasta el hueso. Tan terrible era la herida que Holleb dejó caer su lanza rota, se aferró el brazo y volvió grupas para salir del combate, por miedo a desmayarse y estorbar a las monturas de sus amigos. Los halcones del desierto vestidos con túnicas azules eran una borrosa mancha de veloces movimientos, con sus ponys más pequeños y ágiles que el resto de las monturas saltando y bailoteando casi en círculos. Los jinetes herían un muslo aquí, un flanco de caballo o un rostro de mujer allá. Por sí solo, el ataque de los cuatro halcones del desierto dejó a seis jinetes negros muertos o fuera de combate en el primer minuto de la contienda.

Arrastrados por el ímpetu incontenible de su peso, los caballos dividieron las dos líneas en una docena de feroces enfrentamientos. Dos hombres del desierto se enzarzaron con tres jinetes negros en un veloz combate lleno de giros y corvetas. Helki cogió una espada de empuñadura de bronce de su arnés de guerra y asestó golpes terribles a diestra y siniestra. Las líneas se desintegraron en una confusión de resoplidos, pezuñas que se agitaban, gritos y chorros de sangre.

Y entonces los jinetes negros se encontraron con nuevos problemas.

La Compañía Roja del capitán Varrius, que era la que se encontraba más cerca, obtuvo permiso para avanzar. Acosaron a los jinetes negros gritando «¡Hoo-ooo! ¡Hoo-ooo!», y negándoles el espacio que necesitaban para poder maniobrar mediante la amenaza de sus lanzas de roble.

La bestia mecánica se abrió paso por entre ellos, aterrorizando a los caballos negros al igual que lo hacían la visión y el olor del gigante de tierras lejanas. Liko tuvo tiempo de lanzar un golpe, y su gigantesco garrote de árbol pudo reducir a pulpa a un jinete y su montura antes de que el teniente negro --el capitán había muerto atravesado por la lanza de Helki-- ordenase la retirada. Volviendo grupas y lanzando frenéticos mandobles de un lado a otro para mantener a raya al enemigo, pestilenciales como un enjambre de avispas, los jinetes negros consiguieron volver a agruparse en una frágil formación y se alejaron al galope en dirección sur.

Mangas Verdes los vio temblar y ondular y convertirse en cenizas, como si un fuego invisible los consumiera. Alzó la mirada para averiguar cómo había deshecho su conjuro el hechicero acorazado, pero el acantilado estaba vacío y la única claridad que caía sobre él era la luz grisácea de la falsa aurora que precede al día.

Gaviota y Rakel se reunieron con ella, Chaney, Lirio y los demás.

--¿Qué significa esto? --preguntó Gaviota--. ¿Dónde está su siguiente ataque?

--¡No hay otro ataque! --gritó Rakel--. ¡Hemos vencido!

La revelación saltó por detrás de ellos y llegó al ejército, y los combatientes lanzaron al aire un atronador grito de victoria que fue haciéndose más y más potente hasta que acabó haciendo temblar las paredes del cañón.

--¡Pero no lo hemos capturado! --protestó Mangas Verdes--. ¡Ése era nuestro objetivo!

Rakel suspiró, una guerrera a la que nadie agradecía todos sus esfuerzos y sudores.

--¡Lo hemos detenido y lo derrotamos, y estamos vivos y enteros! ¡Da gracias de que así sea! Y procura resolver un problema antes de preocuparte por el próximo de la lista, ¿quieres? Ese bastardo de la armadura sigue rondando por ahí... ¡Lo cogeremos, y lo asaremos a fuego lento dentro de su caparazón de metal!

13

El hechicero acorazado regresó, tal como había predecido Rakel, pero no lo hizo de la manera en que la guerrera de Benalia había supuesto que lo haría.

El ejército reparó los daños sufridos y siguió avanzando. No todo el mundo era capaz de moverse sin ayuda. El brazo del centauro Holleb había sufrido una herida tan seria que las samitas quisieron amputarlo, pero Helki se negó a permitirlo. Chaney lo examinó con el ceño fruncido y continuos chasquidos de lengua, rozándolo con su brazo bueno y murmurando hechizos, y ordenó que fuera inmovilizado junto al pecho de Holleb y dejado allí para que hiciera «lo que debía hacer», que era curarse como buenamente pudiera. Medio inconsciente a causa del dolor y las hierbas medicinales, Holleb avanzaba lentamente en un estupor febril, sostenido por su esposa Helki, que siempre estaba cuidando de él. Rakel hizo algunos cambios en la composición de las compañías, pues las pérdidas habían ascendido a cuatro muertos, dos heridos graves que probablemente morirían, y cuatro heridos capaces de caminar. Un jinete del desierto figuraba entre los muertos, y su camaradas pasaron toda la noche entonando una gemebunda y estridente canción para enviar su alma al oasis paradisíaco que se imaginaban como su cielo. Un enemigo, un caballero negro, había sido abandonado por sus compañeros después de haber sufrido una herida en la cabeza. Hosco y sombríamente convencido de ser superior a cualquier otro guerrero, el jinete juró que nunca serviría en una ridícula parodia de ejército como aquél, por lo que Rakel ordenó que fuese decapitado, ante lo que el jinete cambió de parecer y se unió a la caballería. Se llamaba Terrill y, como muchos de su compañía, era un mercenario procedente de una tierra de llanuras llamada Wrenna. No sabía nada acerca del hechicero acorazado, salvo que pagaba en pepitas de oro siempre que llamaba a los Caballeros Negros de Jenges.

Y el ejército siguió internándose en las malas tierras, y entonces empezaron los ataques.

Los cañones se fueron volviendo más anchos y profundos, y una mañana una avalancha de rocas cayó sobre los seguidores del campamento cuando estaban avanzando por una cañada llena de oscuras sombras. Un cocinero y un bibliotecario murieron, y hubo una docena de heridos, entre ellos una curandera cuya pierna quedó aplastada y tuvo que ser amputada. Cuatro caballos y mulas con patas

rotas tuvieron que ser sacrificados. El ejército se vio obligado a retirarse a un lugar más despejado y luego tuvo que esperar hasta que oscureciese antes de poder avanzar por el pasadizo salpicado de rocas, y la marcha a tientas entre la negrura dejó lisiadas a dos caballerías más. Alguien había tenido un fugaz atisbo de calvas cabezas de piel gris verdosa que sonreían mientras les observaban desde las alturas: eran orcos al acecho que obedecían las órdenes del hechicero acorazado. Aquel cobarde ataque al que no podían responder sólo sirvió para proporcionar más combustible a la ira de los combatientes, sus familias y los demás. Una pareja de jóvenes cogió unas cuerdas y escaló las alturas, en la oscuridad y con sólo una espada al cinto, para ir en busca del enemigo. No encontraron nada, pero su esfuerzo les granjeó muchos elogios.

Después de aquel incidente, el ejército evitó los pasajes más estrechos y acampó con más frecuencia fuera de los cañones. Pero a la noche siguiente, otro cohete cayó del cielo. Por fortuna ya todos sabían que aquello presagiaba un nuevo ataque y echaron a correr, alejándose de las hogueras de los cocineros a tiempo de salvarse. La explosión resultante --una masa de color rojo y amarillo dentro de la que bailaban manchitas verdes-- lanzó los cacharros de hierro a seis metros de altura para que cayeran como un granizo mortífero. El ejército se preparó para enfrentarse a un ataque y después pasó una noche en vela esperando, sólo para ver llegar la paz del amanecer con los ojos nublados por el sueño.

Una mañana un grupo de exploradores fue atacado por gigantescos gatos dorados. Una mujer vio cómo su pierna era desgarrada de arriba abajo, aunque tuvo la suerte de que las bestias prefiriesen despedazar a su caballo en vez de a ella. Gaviota sabía que aquellos animales eran llamados leones, pues había visto cómo el hechicero acorazado los conjuraba cuando atacaron a sus caballos y sus mulas hacía varios meses.

Otro explorador, Dinos, entró en una caverna. Su compañera informó haber oído una música extraña y dijo que le había advertido de que no debía entrar ahí, pero Dinos le prestó tan poca atención como si estuviera fascinado. Cuando la mujer llegó a la caverna, Dinos ya estaba muerto, con la nuca aplastada por un garrote de piedra y el cuerpo convertido en una masa de fragmentos ensangrentados.

Los soldados empezaron a gruñir pidiendo venganza y Gaviota y Rakel comprendían ese deseo y lo compartían, pero había muy poco que pudieran hacer salvo permanecer lo más en guardia posible.

Moverse en solitario o en grupos sólo costaría más vidas y debilitaría al ejército. Cuando otro cohete cayó sobre otra hoguera del campamento, media docena de soldados reaccionaron espontáneamente levantándose de un salto y se alejaron corriendo hacia la oscuridad. Esta vez volvieron cojeando pero sonrientes, trayendo consigo las cabezas de chatas narices y piel verde grisácea de tres orcos y el tubo de madera con el que lanzaban los cohetes. Gaviota pudo felicitarles por haber hecho un magnífico trabajo, mientras que Rakel no tuvo más remedio que castigarles por haber desobedecido órdenes.

--De hecho --le confió a Gaviota una noche dentro de su tienda--, me alegra verles tan llenos de ardor guerrero, comiendo clavos y respirando fuego... Después de esa gran victoria, tienen la moral muy alta y arden en deseos de combatir. ¡Ah, si pudiéramos librar batalla con un enemigo y aplastarlo!

--Lo haremos --dijo Gaviota--. Ten fe. «Quien tiene paciencia, acaba consiguiendo cuanto desea.»

Rakel hizo rodar los ojos en sus órbitas.

--Veo que estás empezando a convertirte en un auténtico viejo general que habla con la digna experiencia de los abuelos. ¿Algún sabio consejo más, vejestorio?

Gaviota soltó una risita y le rodeó la cintura con un brazo.

--Acércate un poco, niñita, y entonces te daré algo más que consejos...

* * *

Mientras tanto Mangas Verdes proseguía sus estudios con Chaney. Las dos se retiraban a algún lugar donde pudieran estar solas, debajo de un árbol en una pared de un cañón, o al lado de un estanque rocoso o a la sombra de un promontorio que les ofrecía cobijo. Entonces Chaney susurraba un cántico que mantenía alejado a todo el mundo sin que su efecto mágico fuese acompañado por ninguna señal exterior perceptible, y después conversaban, la una recitando y la otra aprendiendo de memoria las tradiciones populares, el uso de las plantas, historias, poemas y canciones durante horas y más horas, aunque cuando volvían nunca parecían haber estado lejos del ejército mucho tiempo. Mangas Verdes fue acumulando nuevos conocimientos sobre Urza y Mishra, la Piedra del Poder y la Piedra de la Debilidad, la Guerra de los Hermanos y las Torres de Marfil, las

minas que tenían kilómetros de profundidad y los continentes enteros que habían sido devastados para producir material de guerra, los monstruos conjurados o creados durante los días más oscuros de la guerra, los esclavos condenados formados en los Transmutadores de Ashnod, el potro maldito y el Su-Chi, el Amuleto de Kroog y su capacidad de curar todos los males, una ciudad que había sido destruida tan feroz y concienzudamente que nadie sabía dónde estaban sus ruinas, el sonriente Atog que merodeaba y acechaba por los cementerios, arrastrando tras de sí los pecados de las almas condenadas, y muchas, muchas cosas más. Ir descubriendo los gloriosos y oscuros días de la historia antigua era una experiencia muy emocionante, pero cada historia hacía surgir un centenar de nuevas preguntas para las que ni Chaney ni ninguna persona viva tenían respuesta.

Después de cada lección, Mangas Verdes iba tambaleándose hasta su tienda y se derrumbaba sobre sus mantas, exhausta tanto física como mentalmente. Cuando despertaba, su mente estaba tan llena de conocimientos que parecía hallarse a punto de estallar. A veces confundía los nombres de la gente, incluso el suyo, y perdía toda noción de en qué día estaban o cuál era su destino. Había algunos días en los que estaba borracha de tanta instrucción, y Lirio y sus doncellas tenían que acompañarla cuando vagaba de un lado a otro del campamento.

Y en cuanto a elegir un hechizo de entre los centenares que había aprendido, solía sentirse como un hombre que hubiera estado muñéndose de hambre y se encontrara de repente en un banquete, y quedaba paralizada por el número de elecciones que tenía ante ella.

--¿Cómo puedo decidirme por un hechizo para utilizarlo en un duelo de hechiceros, cuando hay tantos hechizos? --le preguntó a Chaney un día.

Chaney se limitó a soltar una risita.

--Todo quedará muy claro cuando llegue el momento adecuado. Llenar tu mente de hechos es como llenar una cesta de grano: se necesita un poco de tiempo y unas cuantas sacudidas y meneos para que encuentren su sitio. Lo sabrás cuando llegue el momento, porque entonces serás capaz de leer en lo que te rodee, y en el maná y en tu enemigo y en tus recursos, de la misma manera que un bardo sabe qué canción de entre centenares desea oír un rey.

--Pero ¿cuándo podré ir de un lugar a otro a través del éter? --preguntó Mangas Verdes--. Dijiste que eso sólo era la segunda

etapa, y hasta ahora ni siquiera lo he intentado y no tengo ni idea de cómo se hace. Pese a todas las cosas que he aprendido, me encuentro con que hay mil preguntas sin respuesta y mil huecos que no han sido llenados.

Y, secretamente, una parte de su ser temía la experiencia. Si había algo que pudiera desquiciar su cordura, seguramente sería el disolverse a sí misma y quedar hecha jirones que volarían por el éter.

La anciana druida la sobresaltó cuando dio unas palmaditas sobre la mano de Mangas Verdes con una reseca garra de dedos fríos como el hielo.

--Todo a su tiempo.

* * *

Una mañana Amma anunció que Tybalt estaba recuperado. Mangas Verdes, Lirio, Kwam y los otros estudiantes, sintiéndose llenos de alegría, fueron corriendo a la cabecera de su lecho, que consistía simplemente en una estera colocada a la sombra de un álamo temblón.

El hombre-elfo estaba tan pálido y tenía los ojos tan hundidos en las cuencas que su nariz parecía más grande que nunca. Amma les informó de que el cerebro verde convertido en casco de piedra se había desprendido por sí solo la noche pasada, y en aquel momento estaba encima de una roca no muy lejos de allí. Pero los ojos hundidos en las órbitas de Tybalt ya volvían a ser capaces de ver con claridad.

--Nos alegra mucho que hayas vuelto con nosotros, Tybalt --dijo Mangas Verdes, intentando bromear aunque por dentro se sentía tan helada como las rocas que había a su alrededor y no paraba de vigilar recelosamente por el rabillo de un ojo al casco de piedra--. ¿Cómo...? ¿Qué ocurrió?

Tybalt cerró los ojos, todavía agotado por la terrible prueba que había padecido.

--El casco... Ha de ser el objeto que buscamos. El arma... para usar contra los hechiceros..., para someterles a nuestra voluntad... Fijaos, como yo no supe hacer, en que... no hay boca, y no hay susurros.

Todos volvieron la mirada hacia el artefacto mágico. Era verdad. El casco parecía tan carente de vida como una piedra, e igual de silencioso.

--Cuando me lo puse..., pude sentir, oír, un clamor de voces. Había decenas y decenas de voces, y todas exigían que me rindiera, que desistiese, que dejara de practicar la magia. Pero... no tengo magia alguna dentro de mí, y no puedo lanzar hechizos. ¡Oh, me duele!

Todos asintieron. Tybalt, Kwam, Daru y Ertha eran «estudiantes de magia» porque la amaban y estaban fascinados por ella..., y no tenían absolutamente ningún poder mágico. Su esperanza era que el largo estudio acabara permitiéndoles hacer algún conjuro.

Tybalt siguió hablando con voz enronquecida.

--Eran las voces de los Sabios de Lat-Nam, docenas de ellos, gritando y gritando y reduciéndome al silencio... Sin ningún escudo o protección, sin ninguna forma de aislar mi mente. Corrí de un lado a otro aullando, y me escondí dentro de un rincón oscuro de mi cráneo. --El cuerpo de Tybalt fue recorrido por un estremecimiento incontrolable, y Amma subió un poco la manta para que estuviera más tapado. La voz de Tybalt se convirtió en un susurro--. Pensé que nunca saldría de allí...

Las manos de Mangas Verdes temblaron mientras tomaba las de Tybalt.

--Pero lo hiciste. Fuiste muy valiente al soportar semejante... bombardeo de órdenes. Fuiste muy valiente al tratar de recuperar la... --Mangas Verdes descubrió que no podía pronunciar la palabra «cordura»--, al tratar de volver a ti mismo. Ahora todo va bien, y deberías descansar.

--Sí --dijo Tybalt--. Creo que es lo que voy a hacer. --Empezó a adormilarse apenas había pronunciado aquellas palabras, pero después se despertó de golpe y agarró la mano de Mangas Verdes--. Oh, pero si supieras... ¡Hay más! Hay secretos dentro del casco. Ahí dentro hay historias y cuentos, y hechizos, centenares de ellos. Es como si pudieras leer las mentes de todos los hechiceros que unieron sus poderes para crearlo. ¡Imagínate lo que podrías llegar a aprender...!

Mangas Verdes meneó la cabeza y fue liberando suavemente sus dedos de la mano de Tybalt.

--Nunca dejarás de correr detrás de la magia, ¿verdad, Tybalt? Sí, investigaremos los secretos. Pero no hoy. Y ahora descansa.

Agotado y sin fuerzas. Tybalt por fin cerró los ojos y se quedó dormido.

--Bueno --resopló Lirio con la mirada clavada en el casco de

piedra--. Ahora ya sabemos cómo hay que utilizarlo para someter a los hechiceros. Pero ¿nos atreveremos a emplearlo?

Mangas Verdes no tenía respuesta a esa pregunta.

* * *

Un explorador entró al galope en el campamento al día siguiente, pasando como una exhalación junto a los piquetes de guardia y dirigiéndose hacia la tienda de Rakel.

--¡Lo he... encontrado..., comandante! --jadeó después de haber desmontado de un salto--. ¡Un pináculo... hueco..., como una caverna... de murciélagos! Está a unos cinco kilómetros... al noreste. ¡Es la morada del... hechicero acorazado!

Rakel se golpeó la palma de la mano con un puño enguantado.

--¡Lo sabía! Esos rastreros ataques suyos se han ido volviendo cada vez más frecuentes. Está empezando a preocuparse porque nos acercamos a su hogar. ¡Sigue hablando! --La comandante cogió su casco de cuero y una capa marrón--. ¡Eh, tú! ¡Tráeme una cuerda! ¡Avisa al general, y reúne a cualquier explorador que no esté fuera del campamento! ¡Tú, enséñame ese sitio!

* * *

La fortaleza del hechicero acorazado guardaba un increíble parecido con un triturador de patatas puesto de pie.

Como ocurría con muchas de las extrañas cimas esculpidas por el viento que habían visto en aquellos cañones, era más ancha arriba que en el fondo, y consistía en una solitaria columna de piedra rojiza que se alzaba en el centro de un pequeño valle. Chaney les había explicado que aquellos pináculos eran de pedernal o cuarzo, una especie de venas de roca que habían sido impulsadas hacia arriba desde el centro de la tierra y que eran más duras que las capas de piedra caliza acumuladas a su alrededor, por lo que el viento y el agua las habían ido liberando poco a poco a lo largo de los siglos. La cima del pináculo era tan lisa como una mesa, y tendría unos quince metros de anchura. La columna estaba repleta de agujeros, como si fuese una especie de gigantesca pajarera y, de hecho, grandes murciélagos con manchas amarillas en el pecho entraban y salían de los agujeros con un flácido e inquietante aleteo. Pero muchos agujeros habían sido agrandados hasta permitir el paso de un hombre de considerables

dimensiones..., como por ejemplo uno que llevaba armadura y un yelmo adornado con unos grandes cuernos.

Además de la protección natural de la piedra aislada --los agujeros empezaban a nueve metros del suelo--, se había cavado un foso alrededor de la columna. Una gran losa de piedra que servía como pasarela cruzaba el foso, y una escalerilla de eslabones metálicos colgaba del primer agujero.

Esparcidos por el valle, durmiendo como lagartijas, peleándose por comida o botín como buitres o haciendo sus necesidades como ratas, había un centenar de orcos, la guardia permanente del hechicero. Los muros del cañón estaban puntuados por un sinfín de cuevas que servían como cubiles a las criaturas, que podían refugiarse en ellas. La falta de piquetes o centinelas demostraba lo inútiles y descuidados que eran los orcos.

--¿Cuándo atacaremos? --preguntó Gaviota en un susurro.

Los espías estaban agazapados sobre una cornisa de roca que corría a lo largo de una gran grieta y desde la que se dominaba el valle. Rakel había invertido la mayor parte del día en traerlos hasta allí, arrastrándose por encima de las rocas con mantas de color marrón echadas por encima de los observadores. La comandante había hecho que los exploradores se desprendieran de cualquier cosa que pudiera hacer ruido, y había ordenado esparcir hollín y cenizas encima de cualquier objeto brillante. Habían necesitado dos horas sólo para arrastrarse por la grieta, asegurándose en todo momento de que nadie presentaba una silueta recortándose contra el firmamento. El grupo estaba formado por Gaviota, Rakel, Bardo, Kamee, la jefe de los cartógrafos, y dos exploradores.

--El hechicero acorazado siempre ataca de noche, así que atacaremos de día --respondió Rakel--. Al amanecer, cuando esos merodeadores nocturnos estén más cansados... Eso nos dará todo el día para la campaña. ¿Has dicho que hay tres hendiduras que entran en el valle? --añadió, volviéndose hacia Kamee.

La mujer de piel morena asintió.

--Cuatro, contando ésta, pero es demasiado alta para bajar sin cuerdas. Las otras tres pueden ser recorridas a caballo, aunque entonces deberíamos tener mucho cuidado con los desprendimientos de tierra.

--Nos moveremos demasiado deprisa para que puedan producirse. --Rakel reflexionó durante unos momentos--. Utilizaremos las tres. Así dispondremos de más espacio para el ataque, y las

mantendremos abiertas como vías de huida por si algo sale mal.

--Nada saldrá mal --le dijo Gaviota--. Nuestros soldados arden en deseos de atacar y tú estás al mando. Ganaremos esta batalla... Obtendremos una hermosa y limpia victoria para llevárnosla a casa y compartirla con nuestras familias.

Pero había hablado sin pensar en lo que decía, y un instante después sintió una punzada de dolor. Sus padres estaban muertos, víctimas de la hechicería. Haría bien recordando eso durante la batalla que les aguardaba, pues le daría nuevas fuerzas que emplear contra el hechicero acorazado.

--El amanecer de pasado mañana, entonces --dijo Rakel--. Nada de hogueras hasta entonces, y nada de ruidos. Mañana nos colocaremos en posición, y después nos acostaremos pronto y nos levantaremos a medianoche.

Rakel no pudo reprimir una risita de pura alegría. Si sus viejos instructores de la escuela pudieran verla en aquel momento, al mando de un ejército y planeando un ataque en el corazón de un territorio hostil...

Y si Garth estuviera allí... Y Hammen, para ver actuar a su madre y contemplar cómo ganaba la gloria.

* * *

Por una vez, el ejército de Gaviota y Mangas Verdes fue el que llevó a cabo el ataque por sorpresa, y los combatientes lo ejecutaron con un feroz entusiasmo.

Las entradas al valle del hechicero se encontraban en el norte, el este y el suroeste. Las fuerzas de Rakel llegaron a caballo hasta sus posiciones el día anterior, con las armas que podían hacer ruido sujetas para que no tintinearan y los cascos de los caballos silenciados mediante trapos. Los seguidores del campamento habían tomado los mismos caminos e instalaron campamentos debajo de salientes y dentro de cavernas allí donde era posible, y los niños llevaron a cabo sus tareas y sus juegos entre susurros. Finalmente, en la más negra noche, la infantería avanzó y los caballos fueron colocados en formación.

Rakel observaba el cielo y aguzaba el oído para percibir el grado de preparación del ejército. Después, enviando una plegaria a su dios de la guerra, ordenó una carga.

La estruendosa llamada del cuerno de carnero hizo añicos el

amanecer.

Gritando, aullando y chillando, el ejército entró en el valle como un torrente mientras el sol color rojo sangre se alzaba sobre las malas tierras, astillando los suelos en un sinfín de largas sombras rojas y negras. Del norte llegaron la caballería y los exploradores, con las lanzas enfiladas junto a las cabezas de sus monturas y las cintas amarillas aleteando al viento. Del suroeste, la ruta más corta, llegaron a la carrera los Verdes y los Rojos, mientras que del este, la ruta más larga, venían corriendo Rakel y Gaviota precediendo a los Azules de Neith. Aunque sólo eran treinta, gritaban como si fuesen trescientos, y el atronar de pezuñas y botas que invadió los tres angostos cañones fue tremendo.

El adormilado enemigo fue pillado totalmente desprevenido. Los traicioneros orcos, que habían atacado con tanta frecuencia desde las alturas y por la espalda, se encontraron atrapados entre tres falanges de guerreros enfurecidos. Orcos de color aceituna gritaron, corrieron, chocaron unos con otros, tropezaron y cayeron y se metieron en sus diminutas cavernas a tal velocidad que se golpearon la cabeza con los muros de roca. Dos orcos empezaron a luchar entre sí para cruzar la solitaria losa de piedra que salvaba el foso cavado alrededor del pináculo del hechicero, y su frenético debatirse acabó haciendo que los dos cayeran al foso entre alaridos.

Pero sus problemas no duraron mucho tiempo. La mayor parte murieron en cuestión de minutos.

La fuerza combinada de caballería y exploradores tenía permiso para abrir la ofensiva y, bajo las órdenes de Helki, formó una doble cuña que se abrió paso a través de los orcos como las guadañas a través del trigo. Las lanzas atravesaron a los orcos, y cuando los astiles se partieron o se volvieron demasiado pesados, los sables partieron en dos cabezas verdes y hendieron brazos adornados con brazaletes. Los combatientes de a pie prepararon sus arcos. Las cuerdas cantaron y las flechas sisearon, y los orcos murieron atravesados por ellas. Las aterrorizadas criaturas corrieron de un lado a otro para escapar a la muerte que las rodeaba por todas partes, pero las salidas del cañón estaban bloqueadas. Sangre de un negro verdoso fue empapando el suelo rocoso del valle mientras los gritos iban haciéndose cada vez más escasos. Fue una carnicería espantosa, pero Gaviota, Chaney y todos los demás habían estado de acuerdo en que el ejército se había ganado el derecho a infligirla. Los traicioneros ataques de los orcos les fueron devueltos con creces.

La mitad de su guardia había muerto antes de que el hechicero acorazado apareciese. Mangas Verdes y sus estudiantes, incluido el todavía tambaleante Tybalt, habían avanzado lo más deprisa posible pisándoles los talones a los oficiales y los Azules. Pudieron ver una robusta silueta desnuda en una de las ventanas superiores, que era un simple cuadrado abierto en la roca, pero el hombre desapareció enseguida. Volvió a aparecer unos minutos después, con sólo la mitad de su formidable armadura puesta: el hechicero llevaba el peto, el yelmo con cuernos, los guantes y el cinturón, y el resto de su atuendo se reducía a un sucio camisón de lana.

El hechicero movió las manos en su ventana, y lanzó al aire una nube de partículas blancas que parecían semillas. Las partículas llovieron desde la ventana, y allí donde caían aparecían pequeños torbellinos de cenizas que se enroscaron hacia el cielo y formaron a unas seis decenas de esqueletos de trasgo, diminutas siluetas temblorosas compuestas por viejos huesos amarillentos. Gaviota y Mangas Verdes los habían visto hacía tiempo en el bosque quemado, y habían quedado aterrados. Pero de día los esqueletos de trasgo parecían huesos de gallina arrojados en un estercolero, y el primer golpe del sable de un jinete dispersó los huesos como si fuesen ramitas para encender el fuego. Los esqueletos de trasgo fueron aplastados junto con los orcos agonizantes.

Mangas Verdes se echó a reír. Por una vez, otro hechicero se había visto bruscamente detenido. Mangas Verdes sabía que el conjurar requería su tiempo: algunos hechizos precisaban sólo segundos, y otros minutos. Pero el aturdido hechicero medio desnudo no dispondría de más tiempo. Mangas Verdes se aseguraría de que así fuera.

La nueva druida bajó de la grupa de Vara de Oro, alzó una mano para señalar la cámara de las alturas en las que el hechicero hacía desesperados esfuerzos para conjurar otro hechizo, y pensó en algunos de sus más viejos amigos, que en aquel momento estaban durmiendo en las tierras altas del Bosque de los Susurros a la espera de que pasara el invierno.

--Ayudadme, amigos míos, y haré que seáis recompensados...

Un instante después, y a pesar del estrépito de las carcajadas, pudo oír un graznido procedente del hechicero a medio acorazar. El hechicero fue tambaleándose hacia la ventana, se descolgó por encima del alféizar, aferrándose desesperadamente a él con las dos manos, y logró meterse por el hueco de la ventana de abajo. Un

gigantesco oso gris sacó la cabeza por la ventana de la cámara que acababa de abandonar, gruñendo y tosiendo, y miró a su alrededor en busca del hombre que había invadido su madriguera.

Mangas Verdes vio asomar las manos enguantadas por la segunda ventana, y se preguntó sin mucho interés qué querría invocar el hechicero. Tendría que preguntárselo más tarde, cuando hubiera sido capturado...

Se subió las faldas, se puso en cuclillas y colocó las palmas de las manos sobre el suelo. El día anterior había hablado con la tierra, escuchando con una oreja pegada al suelo y leyendo su latir y su estado de ánimo. Si consiguiera establecer contacto con ella y utilizar su poder...

La carnicería del valle ya casi había terminado. Cuerpos verdes manchados de sangre oscura yacían por todas partes, retorcidos en toda clase de posturas y ángulos extraños como otras tantas muñecas rotas. Los hombres y las mujeres del ejército les cortaban la garganta a los orcos heridos y las patrullas iban sacando más orcos de las cavernas, tirando de sus tobillos antes de clavarles sus espadas. Otros combatientes limpiaban sus hojas en los harapientos faldellines de los orcos. Rakel ordenó a la trompeta que tocara la llamada de reunión, pues los oficiales habían acordado mantenerse lejos del pináculo y dejar trabajar a Mangas Verdes. El ejército volvió a adoptar su formación habitual, pero con un brazo de distancia entre cada combatiente para ofrecer un blanco lo más disperso posible en el caso de que fuera atacado con cohetes. Todos reían con deleite ante aquella victoria obtenida con tanta facilidad. La caballería hizo que sus monturas volvieran grupas en una espectacular maniobra, y se alejó en parejas y tríos para vigilar las entradas del valle. Muchos se protegieron los ojos contra la claridad del amanecer para poder ver qué ocurría a continuación.

Y lo que ocurrió fue que el hechicero parcialmente acorazado alzó un puño por entre cuyos dedos se filtraba un resplandor rojizo. Ya sabían que aquella luz procedía de la Piedra del Poder, un arma tan letal como misteriosa. Todos se encogieron un poco sin poder evitarlo, y Rakel tuvo que ordenarles con voz seca y dura que permanecieran en sus puestos.

Pero Mangas Verdes siguió acuclillada con las palmas encima del suelo. Sus ojos estaban cerrados mientras se concentraba.

Desde su balcón, el hechicero acorazado agitó la Piedra del Poder de un lado a otro y gritó una antigua maldición que chocó con

las paredes rocosas y rebotó en una confusión de ecos.

Y las paredes del cañón iniciaron un lento fluir.

* * *

Los soldados, boquiabiertos, señalaron con las manos mientras enormes gotas de roca sólida rezumaban de las paredes y se iban derramando sobre el suelo de piedra. Las gotas de color rojo óxido, ocre, blanco sucio y gris pizarra se fueron uniendo unas a otras como acero derretido, y después volvieron a formarse lentamente. Del centro de los glóbulos se alzó un nudo primero, y luego un cuello y un torso que desarrolló brazos. Las gigantescas siluetas fueron adquiriendo cohesión y se convirtieron en hombres y mujeres, gigantes hechos de arcilla, blandos y carentes de rasgos, pero aparentemente tan poderosos como la misma tierra.

El júbilo embriagador de la victoria se evaporó, y los soldados sucumbieron al pánico mientras iban siendo rodeados por aquellas decenas de seres de arcilla. Los capitanes de Rakel enronquecieron de tanto gritarles que mantuvieran la formación, y golpearon a los soldados en la espalda y los hombros con el plano de sus hojas. Las siluetas a medio esculpir se alzaban por todas partes, tan altas como Liko el gigante. El ejército sabía que aquellos monstruos podían aplastar hombres y mujeres bajo sus pies como si fuesen hormigas, y que no habría forma alguna de replicar al ataque. Las botas crujieron sobre el suelo mientras los combatientes miraban frenéticamente a su alrededor. Algunos gritaron a Mangas Verdes que les salvara, e incluso los estudiantes de magia le dirigieron incoherentes balbuceos de súplica.

Y mientras tanto, Mangas Verdes seguía inmóvil con las manos pegadas al suelo.

Su mente viajó hacia abajo, y su espíritu viajó hacia abajo con ella. Como un topo ciego, como una nadadora, Mangas Verdes buscó en las profundidades con dedos invisibles de maná, investigando, persiguiendo y percibiendo fuerzas y debilidades ocultas. Voces asustadas llegaban tenuemente hasta ella y hombres y mujeres gritaban su nombre, pero Mangas Verdes estaba perdida en el subsuelo.

Olvidada a un lado en su bamboleante silla-hamaca colocada encima de un pony, estaba sentada la anciana druida Chaney. La vieja hechicera carraspeó y tosió entrecortadamente para aclararse la

garganta, y después empezó a cantar con una voz que recordaba el graznido de un cuervo.

Rakel fue corriendo a reunirse con Gaviota. La guerrera de Benalia podía ser muy decidida y tener muchos recursos, pero unos gigantes de arcilla eran demasiado para treinta soldados. Rakel se dispuso a ordenar una retirada, y buscó mentalmente la ruta de huida más rápida y maldijo mientras lo hacía. ¿Qué estaban haciendo todas aquellas agitadoras de manos que no servían para nada? ¿Por qué no detenían aquella amenaza mágica? Más allá de Gaviota, pudo ver cómo las criaturas de arcilla daban sus primeros y largos pasos para salir de los charcos que las habían engendrado, alzando enormes puños de tierra sobre sus cabezas y preparándose para aplastar a los vivos y convertirlos en muertos...

La extraña canción de Chaney se hizo más poderosa y sus ecos resonaron en las paredes...

... y muy, muy despacio, las criaturas de arcilla fueron deteniendo su avance hasta quedar totalmente inmóviles. Cuando todas ellas se hubieron detenido sin haber llegado a dar más de tres zancadas, el cántico de la druida cesó.

Los soldados suspiraron y soltaron risitas de alivio en el repentino silencio. Tybalt, que ya estaba recuperado de la dolencia que había afligido a su mente, avanzó de puntillas. Armado con un garrote que había cogido, fue sigilosamente hacia el gigante de arcilla más cercano, que se alzaba como una copia del pináculo de roca. Tybalt lo rozó con la punta del garrote, alargando el brazo todo lo posible, y después golpeó una pierna inmóvil que había quedado paralizada cuando se disponía a dar otro paso.

La pierna se desmoronó como un castillo de arena, convirtiéndose en fragmentos diminutos que cayeron al suelo.

Los soldados rugieron su aprobación. Rakel también se echó a reír y movió un brazo, dando permiso para romper la formación. La infantería se apresuró a alzar sus armas para correr hacia las criaturas de arcilla y golpearlas con ellas. Recuperados de su pánico, todos rieron tan estrepitosamente como niños mientras deshacían a los seres de arcilla y los dejaban convertidos en colosales montones de barro seco.

Y entonces la tierra tembló bajo sus píes.

* * *

Mangas Verdes había profundizado en la tierra oculta por el suelo hasta encontrar una falla, y la había ido siguiendo hasta un punto cercano a la superficie. La joven hechicera introdujo dedos mágicos en la grieta y, con un encogimiento de hombros igualmente mágicos, irritó a la tierra lo suficiente para que ésta reaccionara.

La tremenda vibración sacudió el suelo del cañón como si fuese una alfombra.

Las rocas se desprendieron de las paredes para caer ruidosamente sobre el suelo. Los soldados se tambalearon e intentaron no perder el equilibrio. Los jinetes tiraron de sus riendas para impedir que sus asustadas monturas huyeran al galope. La joven trompeta dejó caer su instrumento. Alguien gritó. Chaney, que seguía inmóvil sobre su pony, sonrió.

El pináculo de piedra del hechicero se estremeció y empezó a oscilar lentamente de un lado a otro.

Mangas Verdes lo contempló, fascinada por su éxito. La columna de piedra sobre la que se alzaba la morada del hechicero, que no tenía más de cuatro metros de grosor, se partió de repente. Durante un segundo permaneció erguida y en posición vertical, pero después --despacio, muy despacio-- la gravedad empezó a tirar de ella y trató de hacerla caer. Desequilibrado, el pináculo de piedra se inclinó y se derrumbó.

Directamente sobre Mangas Verdes.

Los ojos de la joven druida se desorbitaron. Mangas Verdes se irguió sobre sus sucias rodillas y se levantó las faldas para echar a correr. Mientras la sombra del pináculo que caía la rodeaba, vio a su robusto hermano corriendo al rescate..., pero ya era demasiado tarde para que Gaviota pudiese hacer nada.

Y entonces Mangas Verdes oyó unas ruidosas pisadas junto a ella, y un jadeo. Manos fuertes pero esbeltas rodearon su cintura. El misterioso recién llegado la sujetó contra su pecho y siguió corriendo en una veloz trayectoria oblicua.

Los dos fueron alzados por los aires, y después cayeron al suelo cuando el gran pináculo de piedra se estrelló contra el suelo del cañón.

El impacto produjo una tremenda reverberación sorda y lejana, a la que siguió un gruñido rechinante y ensordecedor cuando las cámaras y las paredes interiores chocaron unas con otras y quedaron destruidas. Rocas y peñascos salieron despedidos por los aires, y derribaron a más de una persona.

El polvo de piedra se fue aposentando lentamente en el suelo, y transcurrieron varios minutos antes de que Mangas Verdes pudiera identificar al hombre que la había rescatado.

* * *

Gaviota había visto un destello en una de las últimas ventanas cuando el pináculo de piedra inició su desplome. El hechicero parcialmente acorazado se había arrojado por ella en un largo salto mágicamente aumentado.

Pero el salto no pudo llevarle hasta el borde del cañón, o ni siquiera a una cornisa, y el hechicero acabó estrellándose contra un muro de piedra a seis metros de altura. La armadura y la magia le protegieron en parte, pero aun así salió dolorosamente despedido hacia atrás y fue resbalando por la ladera hasta acabar en el suelo del cañón.

El hechicero logró levantarse, y se llevó las manos al cinturón en busca de un ensalmo.

Y Gaviota apareció ante él.

Entornando los ojos entre la nube de polvo que había provocado el hechicero, el leñador hizo girar su hacha de doble filo alzándola por encima de su hombro derecho. Antes de que el hechicero pudiera agacharse, el filo del hacha se incrustó en su peto y el impacto hizo que saliera despedido hacia la pared de roca. Otro golpe perfectamente dirigido abolló su yelmo, y el golpe de regreso que completó la trayectoria del hacha se lo arrancó de la cabeza e hizo que cayera entre las rocas con un ruidoso repiqueteo metálico.

Gaviota elevó el hacha por encima de su cabeza empuñando el mango con sus dos robustas manos, listo para partir en dos al hechicero como si fuese un pedazo de tronco. Estaba claramente aturdido, por lo que Gaviota procuró hacerse oír con toda claridad.

--¿Te rindes, bastardo? --gritó.

El hechicero alzó un par de manos vacías.

--¡Sí, sí! ¡Me rindo! ¡No me mates! ¡No haré ningún conjuro!

El leñador bajó el hacha hasta dejarla apoyada en su hombro y sonrió.

--Bien... Supongo que todavía sigo sirviendo de algo después de todo.

Y el ejército prorrumpió en vítores interminables detrás de él.

* * *

Pero pasó algún tiempo antes de que Mangas Verdes se enterase de la captura o de los vítores, pues estaba rodeada por los esbeltos brazos de un hombre que no la había soltado hasta hacía un momento.

--¿Kwam?

El alto y delgado joven se incorporó torpemente y se sacudió las ropas sin responder. Se había quedado sin habla, pero sus ojos brillaban de placer: había arriesgado su vida para rescatarla, y había salido triunfante.

Mangas Verdes se fijó en él por primera vez, y se dio cuenta de que Kwam llevaba meses pegado a ella o no muy lejos de donde estuviera. Siempre había pensado que obraba de aquella manera simplemente por su entusiástico deseo de aprender magia, pero entonces comprendió por qué siempre se había mantenido cerca de ella.

El verdadero objeto de aquel apasionado entusiasmo no era la magia..., sino ella.

Mangas Verdes, que también se había quedado muda de repente, sólo pudo sonreírle. Kwam le devolvió la sonrisa.

* * *

Nadie vio al hombre que surgió del aire con un débil parpadeo luminoso en el borde del cañón. Era barbudo y de piel oscura, y llevaba una cómoda y sencilla túnica oscura adornada con un motivo de estrella-y-luna encima de su pecho y sus costillas. Un símbolo negro ribeteado de rojo brillaba suavemente encima de su túnica, una guarda de ilusión que le ayudaba a pasar desapercibido, pues ya había captado la presencia de dos poderosas hechiceras muy cerca de allí.

Aquel hombre era Guyapi, hechicero de Benalia, y la luna pasada había llevado a Rakel hasta los objetivos que se le habían asignado.

Nadie le vio, pero Guyapi vio a Rakel. La observó mientras daba órdenes a los combatientes para que formaran, y vio cómo hablaba con un hombre muy alto que llevaba al hombro un hacha de leñador y con una mujer que parecía llevar unos harapos verdes y un viejo chal. El hombre y la mujer tenían un notable parecido físico, y sin duda eran hermano y hermana.

Estaban vivos, y Rakel les estaba ayudando.

Después de haber visto todo aquello, el hechicero se esfumó con otro débil destello luminoso.

Para volver a Benalia.

_____ 14 _____

--¿Te llamas Acón?

--¡No, Haakón! ¡Soy Haakón Primero, rey de las Malas Tierras! ¿Y cómo te llamas tú, Orejas-llenas-de-cerumen?

Gaviota pasó por alto el insulto. Una vez estuvo seguro de que no le matarían, el hechicero-ya-no-acorazado se había vuelto tan malhumorado y petulante como un niño malcriado.

El ejército se había trasladado a otro cañón a un kilómetro y medio de las ruinas de la morada del hechicero. Buitres, ratas y coyotes ya habían llegado para darse un banquete con los cadáveres de los orcos que habían abandonados allí. Otra cosa que había quedado abandonada en aquel lugar era la armadura del hechicero, pues Chaney consideraba que llevársela consigo habría resultado demasiado peligroso dado que la armadura podía obligar a alguien a que se la pusiera. Habían arrojado las distintas piezas al foso que corría alrededor del pináculo hecho añicos, y después habían lanzado piedras detrás de ellas. En cuanto a la Piedra del Poder, se la habían quedado.

Aquel valle tenía hierba allí donde una pequeña catarata surgía de las rocas en el lado norte. Chaney les informó de que las malas tierras estaban empezando a no ser tan malas, y también les dijo que el pináculo de Haakón era una especie de puerta a tierras arables que se extendían a lo lejos.

Y después, mientras los ruidos de la cena, las carcajadas y las cánticos de victoria resonaban a su alrededor, Gaviota, Rakel, Mangas Verdes, Bardo, Helki y los otros oficiales intentaron interrogar a Haakón, el hombre que se había proclamado a sí mismo «rey de las Malas Tierras» y que estaba sentado sobre una roca delante de ellos, tan inmóvil como si fuese un feo sapo del desierto.

El «rey» era un hombre alto y robusto, fuerte pero ya caído en la obesidad, con una gran papada, una tripa inmensa y las manos ablandadas y de piel suave. Tenía la coronilla calva, y una lacia cabellera que empezaba a grisear colgaba alrededor de sus orejas y su sucio cuello. Llevar puesta su armadura en todo momento y prescindir de los baños había hecho que apestara. Gaviota pensó que en el pasado habría sido alguien temible e importante en algún lugar, pero de eso hacía mucho tiempo y de aquel alguien temible e importante ya sólo quedaba un prisionero hinchado y maloliente vestido con un sucio camisón de lana.

Y, además de hinchado y maloliente, era tozudo. Gaviota le había hecho varias preguntas, y hasta el momento sólo había obtenido pullas y réplicas despectivas. El leñador hizo un nuevo intento de apelar a su vanidad.

--¿Cuánto tiempo llevas reinando en estas tierras? --preguntó--. Sé que apareciste cerca del cráter de la estrella...

--¡Deja de parlotear, cerdo! --gruñó el hechicero--. ¡No te revelaremos ninguno de nuestros secretos! Lo único que obtendrás de nuestra persona es una advertencia... ¡Vigila tu espalda! ¡No nos mantendrás prisionero mucho tiempo!

Rakel se rió, con lo que se ganó una mirada llena de furia. La guerrera había desenvainado su espada y la sujetaba por la empuñadura, dejando que colgara entre sus dedos.

--Si no quiere hablar, no nos sirve de nada. Deja que le quite un poquito de grasa y que lo ate a un poste para que alimente a los buitres... Al menos les hará un último servicio.

El hechicero la fulminó con la mirada, pero su frente surcada de arrugas quedó repentinamente cubierta de gotitas de sudor. Gaviota dio un par de pasos hacia un lado para evitar que el viento siguiera trayéndole su olor. Su auténtica preocupación era que aquel hechicero tenía que ser vigilado en todo momento por un mínimo de dos personas, para evitar que murmurase, moviera una mano y se esfumara, desapareciendo en el éter. Gaviota pensó que por fin habían capturado a un hechicero, pero el problema era que no tenían ninguna forma de mantenerlo cautivo.

--Tal vez sería lo mejor --dijo, queriendo mantener inquieto al hechicero--. Lo que está claro es que no podemos llevárnoslo con nosotros. Este montón de tripas probablemente come más que tres hombres juntos... Reúne a un pelotón de ejecución, pero recorred un buen trecho de cañón y llevadle lejos de aquí. No me gusta oír el graznido de los buitres --concluyó Gaviota, y guiñó un ojo mientras terminaba de hablar.

Pero Mangas Verdes se acercó con el casco verde en las manos antes de que la charada pudiera desarrollarse. Detrás de ella venían los estudiantes de magia, incluido el todavía tembloroso Tybalt y el siempre callado Kwam.

Mangas Verdes se descubría estudiando a Kwam cada vez más frecuentemente mediante rápidas miradas de soslayo..., cuando Kwam no se daba cuenta de ello. El estudiante de magia era alto, moreno y esbelto, y sus tranquilos y afables ojos castaños eran tan profundos

como un pozo. A Mangas Verdes incluso le gustaba su manera de caminar, ágil y siempre libre de apresuramiento, y la forma en que sus largas y fuertes manos eran capaces de trabajar con tanta delicadeza.

Por primera vez en su vida, Mangas Verdes sentía cómo un hombre le provocaba el proverbial revolotear de unas mariposas impalpables dentro del estómago. Eso hacía que se sintiera molesta, incómoda y feliz al mismo tiempo. Kwam debía de haberla admirado durante largo tiempo sin que ella se diera cuenta, pero Mangas Verdes había estado demasiado ocupada para percatarse de su... atención especial. Mangas Verdes todavía no era capaz de articular la palabra «amor» dentro de su mente.

Gaviota frunció el ceño al ver el casco. Rakel golpeó el suelo con el pie y la empuñadura de su espada con la mano, impaciente por ver resultados. Los otros oficiales sintieron curiosidad, pero no mostraron demasiado interés. Lo que más deseaban en aquellos momentos era dormir, pues habían estado levantados durante toda la noche anterior tomando parte en un consejo de guerra y después habían estado luchando durante la mitad del día.

El gordo hechicero contempló el casco con los ojos entrecerrados. El casco, que seguía siendo de un curioso color marrón moteado de verde, continuaba teniendo más aspecto de cerebro que nunca, y toda su parte superior estaba llena de arruguitas y circunvoluciones. Estaba claro que Haakón no tenía ni idea de qué era aquel objeto o para qué servía.

Sin más preámbulos, Mangas Verdes señaló con una inclinación de cabeza al hechicero sentado.

--Sujetadle, por favor --dijo después.

Acostumbrados a obedecer órdenes, Bardo, Rakel y Helki pusieron sus robustas manos sobre el hechicero. Sólo Gaviota titubeó.

--Verde, ¿qué...?

Y Mangas Verdes dejó caer el casco sobre la cabeza de Haakón.

--¡Yaaaaaahhhh!

El hechicero se sacudió como si acabara de ser mordido por una serpiente de cascabel. Helki se sorprendió lo suficiente para soltarle, pero Rakel y Bardo siguieron sujetándole con hosca firmeza. Todo el gordo cuerpo de Haakón fue sacudido por una serie de espasmos mientras se llevaba las manos al casco, tiraba de él, se retorcía, siseaba, gemía y temblaba.

--¡Por todas las llamas del infierno, Verde! --gritó Gaviota--. ¿Qué estás haciendo?

--Hago experimentos. Estudio. --La joven druida dio un paso hacia atrás, alejándose del convulso y pataleante Haakón--. Sabemos lo que le hizo a Tybalt, así que...

Gaviota estaba tan confuso y exasperado que movió su enorme hacha de un lado a otro en un nervioso vaivén.

--¡Desde luego que lo sabemos! ¡Faltó poco para que le matara, maldición! ¡Hizo que estuviera loco de atar durante una semana!

--Yo... --Mangas Verdes permaneció callada unos instantes mientras la palabra «loco» resonaba dentro de su cerebro como el repique de una campana--. Sé... Sabemos por qué fue creado el casco, y cómo utilizarlo, así que lo utilizaremos. Nos hemos fijado el objetivo de someter a los hechiceros a nuestra voluntad, ¿no?

--¡Bueno..., sí! --balbuceó Gaviota, perplejo ante aquella exhibición de tranquila crueldad--. Pero... No pretendíamos causar... sufrimientos a la gente, ¿no?

Mangas Verdes soltó un bufido. Cuando volvió a hablar empleó un tono entre mohíno y hosco, lo cual probaba que era consciente de que sus argumentos no eran demasiado sólidos.

--¡Haakón ha hecho sufrir a mucha gente! ¿A cuántos de nuestros soldados mató con sus traidores ataques por sorpresa? ¡El pobre Dinos fue atraído por un cántico de sirena y acabó con el cráneo aplastado! ¡Lahela perdió una pierna en un desprendimiento de tierras! Así que si Haakón ha de sufrir... ¡Bueno, pues que así sea! --Pero le temblaba la voz--. ¡Y además no sufrirá mucho! Tybalt no tiene ni una brizna de magia dentro y no puede emplear ninguna clase de magia, así que el casco casi le volvió... Oh, dejemos eso. Pero Haakón está cargado de maná, y el maná le protegerá. Chaney y yo pensamos que ésa es la razón por la que las órdenes son tan poderosas: tienen que abrirse paso a través de cualquier escudo personal que un hechicero recalcitrante pueda llegar a erigir. ¡Y si vamos a poner fin a sus depredaciones, y ése es nuestro objetivo, entonces debemos correr algunos riesgos! --concluyó.

--Si el casco es tan inofensivo --replicó su hermano, hablando muy despacio--, ¿por qué no lo has puesto encima de tu cabeza?

--Yo...

Pero la druida no tenía ninguna contestación que dar a esa pregunta.

Gaviota se fue. Rakel soltó a Haakón, y le siguió.

Mangas Verdes y los estudiantes aguardaron en silencio. Las defensas de Haakón fueron siendo abatidas lenta y gradualmente, y el

hechicero dejó de debatirse. Haakón apartó las manos del casco con un gruñido y un gorgoteo ahogado, y después su cuerpo quedó repentinamente flácido y resbaló del asiento para caer al suelo.

Mangas Verdes se mordió el labio. Aquél era el momento crucial, la prueba final. Si fracasaba, quizá hubiera hecho enloquecer a un hombre para nada.

Y para ella la locura era peor que cualquier muerte.

--¿Puedes oírme? --preguntó con voz temblorosa, inclinándose sobre el gordo prisionero.

--Te oigo.

La hosca irritación de Haakón había desaparecido. El hechicero mantenía la mirada fija hacia adelante, clavada en la nada, y habló en un tono tan vacío como el de un muerto.

--¿A quién...? ¿A quién sirves? --preguntó Mangas Verdes.

--A ti, mi señora.

Mangas Verdes cerró los ojos y envió una silenciosa plegaria de agradecimiento a los espíritus. Después se volvió hacia los estudiantes de magia, que estaban observándoles con una cierta inquietud. Incluso Kwam parecía un poco preocupado e impresionado.

--¿Lo veis? ¡Estábamos en lo cierto! Tybalt, ¿no te parece que esto es magnífico? Por fin tenemos una forma de controlar a los hechiceros. Podemos añadir su poder a nuestra causa, o podemos limitarnos a dejarles marchar después de haberles impuesto la compulsión de perseguir únicamente buenas metas. ¡Esto es lo que siempre hemos buscado y por lo que tanto hemos luchado desde el principio!

Tybalt se limitó a tirar de su larga nariz con una mano huesuda.

--Bien, señora... Si vos lo decís...

Mangas Verdes frunció el ceño, perpleja y empezando a irritarse, pero nadie parecía querer mirarla a la cara. Cuando se volvió hacia Bardo y Helki, vio que estaban recogiendo sus armas y se marchaban.

--¿Qué os pasa? --preguntó--. ¿Es que dos victorias en un día no son suficientes?

La única voz que le respondió fue la de Haakón, que seguía caído en el suelo.

--Sí, mi señora.

Las palabras sonaban curiosamente parecidas a un gemido de dolor.

Mangas Verdes suspiró y señaló al prisionero.

--Traed a los curanderos de Amma para que se lo lleven a las

tiendas del hospital --dijo--, y aseguraos de que el casco sigue en su cabeza mientras lo trasladan. Atádselo debajo del mentón con un trapo, si es necesario.

--Sí, mi señora --respondió Tybalt en un tono más bien ausente.

--¡Y dejad de llamarme «mi señora»! --gritó secamente Mangas Verdes, sorprendiendo a todo el mundo.

Después parpadeó, sintiéndose sorprendida ella misma..., y un instante después se sintió horrorizada ante el miedo que vio en los ojos de Kwam.

Mangas Verdes giró sobre sus talones, las lágrimas nublándole la vista, y se fue a su tienda.

* * *

Aquella noche el campamento zumbaba como una colmena de abejas a pesar del agotamiento general. Las conversaciones que daban vueltas y más vueltas a la victoria sobre los orcos, la destrucción del pináculo y la aparición de los gigantes de arcilla, la captura del hechicero, el casco que doblegaba la voluntad y los planes para el futuro se oían por todas partes y no parecían acabar nunca.

Gaviota y Rakel estaban delante de su tienda, sentados sobre una vieja alfombra deshilachada con las piernas cruzadas y los ojos clavados en la luz de la hoguera. Rakel afilaba su espada para eliminar una mella que había adquirido aquella mañana, y Gaviota sacaba brillo al mango de su hacha mientras hablaban en voz baja para evitar que otras personas se entrometieran en su conversación.

--Me preocupa, Rakel. Es así, y no hay otra forma de expresarlo... Nació con grandes poderes mágicos, y ha aprendido montones de trucos de Chaney. Ahora incluso puede poner a otros hechiceros bajo el poder de su magia, así que es una hechicera capaz de mandar sobre los hechiceros. Si también puede utilizar los poderes de esos hechiceros, será como un lobo que se come a otros lobos más débiles y se convierte en un dios-lobo o algo por el estilo...

Rakel deslizaba la piedra de amolar sobre su espada con más fuerza de la necesaria. Apenas si oía a Gaviota. Su victoria de hoy y el salvaje ímpetu de la batalla la habían llenado de deleite y alegría, pero en cuanto se hubo sentado, y como le ocurría cada noche, empezó a pensar en su hijo y se le formó un nudo en la garganta.

La madre de Hammen rezaba para que su hijo consiguiera aguantar de alguna forma, para que resistiera el lavado de cerebro de

sus maestros y conservara la fe en su madre, para que esperase el rescate. «No te rindas», le pidió a través de kilómetros de distancia. Lo que más la inquietaba era el que Guyapi no hubiera vuelto a buscarla. ¿Por qué no había vuelto? Chaney había dicho que si un hechicero se acercaba a través del éter, ella lo sabría al instante. La luna llena ya había quedado atrás, así que ¿dónde estaba? ¿Sería una nueva argucia diabólica de Sabriam, que hacía esperar a Rakel antes de obligarla a volver a Benalia? Y en cuanto Guyapi llegara y descubriera que no había obtenido ninguna cabeza, ¿podrían capturarle y obligarle a...?

Los pensamientos de Gaviota también vagaban sin rumbo mientras continuaba con su monólogo dirigido a Rakel. El leñador acabó olvidándose de su labor de limpieza y se limitó a clavar la mirada en el fuego.

--¿Y te has dado cuenta de que ahora utiliza el «nosotros» de la realeza, igual que hacía ese hechicero gordo y seboso? Verde era tan dulce... Un ramito de margaritas podía mantenerla contenta y feliz durante horas, y ahora va detrás del poder como cualquier hechicero entregado al mal. Esta empresa en la que nos hemos embarcado empieza a ir por mal camino... ¿Qué pasa? No queremos que nos molesten.

Sus últimas palabras iban dirigidas a un trío de siluetas que venía hacia ellos desde el otro lado de la hoguera. Gaviota llevaba tanto rato contemplando las llamas que no podía verlas muy bien. ¿Eran soldados de la Compañía Verde? Llevaban chalecos de cuero y pantalones y botas de media caña, un atuendo nada adecuado al frío invernal.

Las siluetas apretaron el paso y empezaron a correr hacia ellos. Gaviota empuñó su hacha.

Rakel vio los tatuajes de sus antebrazos izquierdos: las conchas del Clan Deniz.

--¡Cuidado, Gaviota!

Rakel colocó las piernas debajo del cuerpo y se levantó como un saltamontes. Sin decir una sola palabra más, la guerrera de Benalia lanzó un grito de batalla y alzó su espada.

El trío estaba encabezado por una mujer alta de rubios cabellos recogidos en una trenza que caía a lo largo de su espalda. Tanto la mujer como los dos hombres que la acompañaban llevaban espadas cortas en las caderas, pero sus manos sostenían palos de un metro y medio de longitud con un lazo de cuerda en cada extremo. La mujer

rubia rió secamente y lanzó el bastón contra la cabeza de Rakel.

--¡Ah, Norreen! Gorda y lenta como siempre...

Sus palabras murieron cuando Rakel hizo una finta. Después de haber actuado con deliberada lentitud, Rakel invirtió un golpe torpe y carente de fuerza y movió la espada más deprisa de lo que podía seguirla la vista. La punta de la hoja dejó atrás el barrido defensivo del bastón que empuñaba la mujer rubia, y penetró justo lo suficiente en su guardia. Quince centímetros de hoja hendieron el hígado de la mujer. La cruel herida tardaría días en matarla.

--¡Lucha en vez de hablar! --rugió Rakel.

La rubia jadeó y dio un paso hacia atrás, defendiéndose instintivamente..., pero ya demasiado tarde. Horrorizada, empezó a llorar.

--¡Oh, no! ¡Yo no! ¡Oh, no!

Los dos hombres se habían movido hacia los lados, dejando a la mujer rubia entre ellos para poder flanquear a Rakel. La guerrera agarró el bastón de la rubia con la mano libre y lo colocó a su izquierda para que le sirviera como escudo parcial en ese lado. Rakel golpeó el suelo con los pies mientras ladraba un ronco «¡Ah!» y lanzó su hoja hacia el hombre de la derecha, obligándole a retroceder. Había recordado muchas cosas durante los días transcurridos desde que fue abandonada en aquella parte de los Dominios, y empujó a la rubia agonizante hacia el hombre de la izquierda.

--¡Ah! ¡Muévete, Gaviota!

En los tres segundos que habían pasado desde que Rakel se levantó de un salto, el leñador sólo había tenido tiempo de ponerse en pie. Gaviota alzó el mango de su hacha delante de su pecho para detener un golpe del bastón blandido por el hombre de la derecha. La dura madera choco con el mango del hacha del leñador, y a la aturdida mente de Gaviota sólo se le ocurrió pensar que acababa de limpiarlo y sacarle brillo.

Gaviota utilizó las enseñanzas de Rakel y atacó con un áspero gruñido, lanzando primero un extremo de su hacha y luego el otro hacia la parte superior del pecho del hombre, un sitio que siempre resultaba difícil de defender. El héroe, sorprendido al ver que un forastero utilizaba una defensa benalita, retrocedió. Gaviota lanzó una patada, y su bota chocó con la rodilla del hombre y la desvió hacia un lado. «Cuando ataques debes utilizarlo todo --le había instruido Rakel--, y siempre has de emplear todos tus recursos y tu fuerza.» Gaviota terminó sus fintas con un golpe directo que incrustó el pesado

mango de nogal directamente en el rostro del hombre, golpeándole entre los ojos y dejándole sin sentido.

Pero la guerrera estaba teniendo serios problemas. La rubia, que había pasado de la pena a una ira incontenible, dejó de pensar en su muerte y se lanzó sobre Rakel. El bastón de madera y sus cuerdas --Rakel sabía que era un lazo de captura utilizado para obtener esclavos-- encontraron la empuñadura de acero de la espada de Rakel. Habiendo inmovilizado momentáneamente a su enemiga, la rubia deslizó dedos tensos como garras sobre sus ojos. Frustrada por la oscuridad y corriendo peligro de ser cegada, Rakel perdió un segundo precioso intentando liberar su espada..., y el héroe de la izquierda aprovechó ese momento para asestarle un potente golpe en la cabeza. Rakel quedó aturdida e intentó no perder el equilibrio, pero el suelo parecía haber desaparecido. La guerrera cayó, con la cabeza dándole vueltas y todavía intentando liberar su espada.

Gaviota oyó el impacto del golpe y el gemido de su amante. El leñador agarró una trenza rubia que destellaba bajo la luz de la hoguera y tiró de ella, apartando a la heroína benalita de Rakel con tanta violencia que sus pies dejaron de tocar el suelo.

El último héroe que quedaba en pie había deslizado una de las cuerdas de su bastón alrededor de la garganta de Rakel y estaba apretando el lazo estrangulador. Alzándola delante de él como escudo, el hombre empezó a retroceder tirando de Rakel.

--¡Ya la tengo, Guyapi! --le gritó a la oscuridad.

«¿Guyapi? ¿Quién es?», se preguntó Gaviota. ¿Y de dónde habían salido aquellos asesinos? Iban vestidos como Rakel, así que tenían que ser héroes benalitas. Pero ¿cómo habían logrado abrirse paso a través de los piquetes de guardia? Gaviota comprendió que ya era demasiado tarde...

Allí donde terminaba el círculo de luz de la hoguera acechaba una silueta oscura adornada con estrellas y una luna. El hombre extendió las manos, y chorros de chispas brotaron de las puntas de sus dedos.

--¡No! --gritó Gaviota--. ¡Rakel!

Pero su amante, y el héroe que la sujetaba, y los dos héroes caídos en el suelo, quedaron envueltos en un chisporroteo repentino y parecieron arder. Las chispas los engulleron a todos. Gaviota saltó, tropezando en la oscuridad y la luz cegadora, y extendió los brazos tratando de agarrar a Rakel. Sus manos pasaron a través de ella.

Y un instante después los héroes benalitas, el hechicero y Rakel se habían esfumado.

* * *

El grito de Gaviota hizo que todo el campamento fuera presa de una frenética actividad. Centinelas y soldados acudieron a la carrera desde los cuatro puntos cardinales. Mangas Verdes salió tambaleándose de su tienda, bajando a toda prisa los pliegues de su falda. Helki se incorporó con un repiqueteo de cascos y cogió su lanza.

Y la confusión hizo que los dos centinelas que vigilaban a Haakón le dieran la espalda.

El gordo hechicero permanecía nacidamente sentado en el suelo con la espalda apoyada en una roca, en la misma postura de antes, cerca de las tiendas del hospital, con el casco todavía sobre su cabeza y el cuerpo envuelto en una manta proporcionada por una curandera. Su rostro vacío e inexpresivo brillaba con un resplandor grasiento bajo la luz de la hoguera de los centinelas. Haakón parecía muerto para el mundo, una criatura con menos cerebro que un buey.

Pero todavía poseía una mente, y no estaba inactivo.

Un sinfín de voces aullaban dentro de su cráneo, exigiendo, conminando, ordenando que se sometiera. Y Haakón así lo había hecho. Ningún hechicero era lo bastante poderoso para poder enfrentarse a esa cacofonía de demandas en solitario. Pero Haakón había conseguido conservar una diminuta parte de su cordura entre todo aquel torbellino y aquella tormenta mental. No podía desobedecer las órdenes y no podía escapar por el éter, y ni siquiera podía moverse. Pero sí podía enviar un mensaje: podía viajar a lo largo de delgadas hebras invisibles e invocar una fuerza muy poderosa, una fuerza que tal vez fuese lo suficientemente potente para presentar batalla incluso a tantísimas voces...

Los dos centinelas estaban distraídos por el extraño ajetreo iluminado por las llamas. Estaban discutiendo si uno de ellos debía quedarse, o si los dos debían seguir en su sitio. Si se producía otra incursión...

Haakón murmuró un antiguo y arcano encantamiento.

Unas siluetas borrosas surgieron del suelo a su alrededor, alzándose con un susurro como cenizas girando en un remolino de polvo. Las siluetas se irguieron de un salto, revelando que llegaban a la cadera de un adulto, y adquirieron la solidez de formas flacas y angulosas con relucientes ojos rojos y largos dientes blancos.

Demonios, docenas de ellos, cayeron sobre la pareja de

centinelas, derribando a la mujer y arrancándole la carne con feroces mordiscos de sus puntiagudos colmillos. El otro centinela gritó una vez mientras los demonios trepaban por su cuerpo. Intentó echar a correr, pero sólo pudo dar tres pasos antes de morir.

Haakón rió en las profundidades de su mente mientras docenas de demonios de ojos hambrientos saltaban y hacían piruetas junto a sus pies. Que intentaran mantenerle prisionero, pensó con maliciosa satisfacción. Sembraría el caos en aquel campamento, derramaría la sangre del ejército y se las arreglaría de alguna manera para quitarse aquel casco y escapar...

Pero el triunfo se convirtió en confusión primero y en horror después cuando los pequeños demonios cayeron repentinamente sobre Haakón en un enjambre de cuerpecillos, como ratas que se agitaran encima de un estercolero. Atrapado, incapaz de moverse, Haakón maldijo, gritó y gimoteó. Pero los demonios siguieron subiendo por su cuerpo.

Todos, desde el primero hasta el último de ellos, codiciaban el casco verde que llevaba en la cabeza.

Una docena de garras se deslizaron sobre la cabeza de Haakón. Una uña afilada como una navaja de afeitar le rajó la oreja, y otra le hendió la mejilla. Un dedo le sacó el ojo, y la garra se removió dentro de la cuenca. Haakón gritó, y su lengua recibió una multitud de heriditas y aguijonazos.

Y un instante después sintió que se le helaba la calva, pues el casco verde acababa de ser arrancado de su cabeza.

Los centinelas ya llevaban un rato muertos, por lo que no había nadie más para ver cómo los demonios arrancaban el casco de la cabeza ensangrentada de Haakón. Las bestias lo llevaron de un lado a otro, manoteando frenéticamente y luchando entre ellas para quedarse con el artefacto mientras el ciego y gordo hechicero aullaba y sangraba.

Pero los gritos de Haakón habían sido oídos. Mangas Verdes, Gaviota y unos cuantos más llegaron a la carrera justo a tiempo de ver cómo el casco y los demonios se encogían, convirtiéndose en nubéculas de ceniza que se enroscaron sobre sí mismas y desaparecieron por completo.

--Ya no está aquí --jadeó Mangas Verdes--. ¡Se ha... esfumado! ¡Y nos era tan necesario! ¡Es la respuesta a todo! Pero ¿dónde está Rakel? ¿Quiénes eran esos guerreros vestidos de negro?

--¡Unos bastardos, eso es lo que eran! --Lágrimas de rabia se

deslizaban por el rostro de Gaviota--. Los llaman héroes... Es un rango que distingue a ciertos guerreros de Benalia, la ciudad de Rakel. ¡Pero a mí me parecen más asesinos que otra cosa! ¡La han capturado como si fuese una esclava, y se la han llevado a su maldita ciudad! ¡Tenemos que ir en su busca!

La enérgica sacudida de cabeza de Mangas Verdes hizo bailotear sus rizos castaños.

--No, tenemos que recuperar el cerebro. Es el artefacto más poderoso que jamás haya existido. ¡Lo necesitamos, o no somos nada!

--¿Que no somos nada? ¡Estupideces! --La seca réplica de su hermano la sobresaltó--. Parece como si no pudieras vivir sin esa cosa. No es más que... una baratija, un juguete mágico. Podemos arreglárnoslas sin él. Necesitamos a Rakel.

--Tú necesitas a Rakel. No puedes vivir sin ella.

--¡No es verdad! Quiero decir... ¡Por el Fuego de Gabriel, es la comandante de este ejército! ¡La necesitamos para ganar cualquier otra batalla que vayamos a librar en el futuro!

De hecho, para Gaviota ya hacía tiempo que Rakel era algo más que una comandante muy capaz, pero el leñador no podía pronunciar la palabra «amante» en público.

--Está bien. Tienes razón --jadeó Mangas Verdes--. Necesitamos a Rakel, y necesitamos al cerebro. Pero ¿cómo vamos a dar con ellos? No sabemos dónde está Benalia, o adonde han ido los demonios.

Una multitud formada por decenas de personas se había congregado a su alrededor, y todos estaban escuchándoles con gran atención. Una voz áspera y quejumbrosa rompió el silencio, como si un buho que estuviera revoloteando sobre sus cabezas hubiera decidido tomar parte en la conversación.

--Si se me permite interrumpir... --Chaney estaba apoyada en Kwam, con su cuerpo marchito inclinado hacia un lado. La anciana druida tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima de los gimoteos del hechicero cegado--. Creo que sé adonde se han llevado tu juguete verde los demonios. Yo diría que ahora está en Phyrexia.

--¿Phyrexia? --preguntó Mangas Verdes--. ¿Qué...?

--Ah, Mangas Verdes, últimamente eres tan impetuosa como tu hermano... Escucha y aprende. Phyrexia es un plano tan distante que la inmensa mayoría de hechiceros ni siquiera saben que existe, y todavía son menos los que lo han visitado. Muchos creyeron que

había sido destruido en la Guerra de los Hermanos. Es un plano de demonios, como Ashtok y otros... Pero los demonios de Phyrexia sirven a un propósito, y obedecen los dictados de una compulsión mágica que perdura desde la guerra. Roban artefactos conscientes y los desmontan hasta dejarlos totalmente desmantelados. Una horda viviente para matar artefactos vivientes... Otra máquina de guerra que acabó produciendo un resultado totalmente inesperado, sin duda, pues los demonios siguen buscando y destruyendo esos artefactos, y ésa es la razón por la que quedan tan pocos. Esta vez el pobre Haakón invocó a la horda equivocada. Si tu cerebro verde pasa más de un día en Phyrexia, el «Infierno de los Artefactos», no habrá forma alguna de reconstruirlo.

--Pues entonces tenemos que ir allí inmediatamente --dijo Mangas Verdes.

--¿Estás loca? --exclamó su hermano, agitando su hacha de un lado a otro con tal ímpetu que muchos se encogieron y procuraron apartarse un poco--. ¿Es que no has escuchado y aprendido nada? ¡Acaba de decir que allí sólo hay demonios, y que desmantelan todos los cachivaches mágicos! ¿Cuánto tiempo crees que seguirás entera si vas allí? Y mientras tanto, esos asesinos de Benalia estarán descuartizando a Rakel porque no fue capaz de asesinarnos. ¿Has conseguido hacer que tu durísima cabezota entienda todo eso, o es que has vuelto a tu estupidez anterior?

Los que les escuchaban soltaron siseos ahogados y Lirio, que permanecía inmóvil detrás de Mangas Verdes, dio un respingo. Incluso Gaviota quedó un poco sorprendido al comprender lo que acababa de decir. Pero Mangas Verdes no se ruborizó ni se echó a llorar. Tan tozuda como su hermano, se limitó a responderle con un grito igual de potente.

--¿Acaso necesito que me des consejos? ¡Llevas tanto tiempo contemplando a Rakel con ojos de cordero degollado que se te han reblandecido los sesos! ¿Cuánto...?

--¿Ojos de cordero degollado? ¿Yo? ¡Voy a decirte quién hace exhibiciones de ojitos tiernos aquí, quién tiene grandes ojos marrones de vaca y la lengua siempre fuera de la boca, y te va siguiendo a todas partes como un cachorrito atontado por el mal de amores! --Gaviota señaló a Kwam, que estaba inmóvil sosteniendo a Chaney, y el rostro del joven se puso de color escarlata--. Ah, y eso me recuerda que hay algo que quería decirte hace tiempo: ¡mantente alejado de mi hermana pequeña!

--¡Déjale en paz! --La voz de Mangas Verdes adquirió una suave e implacable gelidez, y una fría furia palpitó en ella--. ¿Es que eres el único al que se le permite amar aquí? ¡Ni siquiera eres capaz de decidir de una maldita vez con quién te revuelcas sobre las sábanas, si con la pobre Lirio, a la que has abandonado, o con esa moza de taberna tuya que siempre está blandiendo su espada!

Gaviota resopló, escupió en el suelo y alzó las manos hacia el cielo. Mangas Verdes le tenía bien atrapado, y no había nada que pudiera decir. Su hermana pequeña le fulminó con la mirada, contemplándole con ojos en los que ardía un fuego lo bastante poderoso para derretir la hoja del hacha del leñador.

--Si se me permite interrumpir... --murmuró una voz enronquecida. Chaney guardó silencio hasta tener la seguridad de que la estaban escuchando--. Gracias. Los dos estáis olvidando algo, ¿no? Los dos habláis de «ir en busca» de Rakel o del cerebro verde. Que yo sepa, soy la única hechicera capaz de viajar por el éter que hay aquí. Lirio sólo lo ha hecho una vez y no tiene ni idea de cómo volver a hacerlo. Mangas Verdes, por razones, o temores, particulares, todavía tiene que llegar a esa fase.

»Pero mis días de caminar por los planos se han acabado. Seguir viva en este plano ya me resulta lo suficientemente difícil, así que no hablemos de otros... En consecuencia, eso quiere decir que nadie va a ir a ningún sitio viajando por el éter.

»A menos --añadió-- que Lirio y Mangas Verdes estén preparadas para aprender cómo hacerlo..., esta noche.

15

Rakel volvía a estar atada y, una vez más, se hallaba prisionera en la pequeña antesala de paredes de piedra adornadas con tapices. La habían dejado encadenada allí con el rostro pegado al suelo de piedra, y llevaba horas en esa postura. Después, a última hora de la mañana y con salvajes tirones de sus cadenas que le cortaban la respiración, fue llevada nuevamente ante el consejo benalita presidido por el sonriente Sabriam.

Pero esta vez había una diferencia, y estaba en ella.

La Norreen que había sido llevada hasta allí antes había sido una esposa y madre que había vivido en una granja, engordando y ablandándose, con el peso de la leche en sus pechos y la mente llena de huertos, ganado que atender, comidas y cuidados infantiles.

Como Rakel, volvía a ser una guerrera en cuyos pensamientos sólo había lugar para los golpes letales, la logística, la táctica, las emboscadas, el adiestramiento y la disciplina. Podía sentir la elasticidad en sus piernas y la fuerza en sus tendones, y a pesar del lazo de esclava que rodeaba su cuello y la asfixiaba, su espalda estaba erguida y su porte lleno de orgullo.

Pero no pudo evitar mover los ojos de un lado a otro con la esperanza de que su hijo estuviera allí. «Mi pequeño Hammen --pensó con desesperada preocupación--, ¿qué destino habrás sufrido bajo las manos de estos cerdos que se revuelcan en la disipación?»

Sólo dos héroes la sujetaban, pues la rubia con la herida en el hígado había sido llevada al hospital para que aguardase la llegada de la muerte. Los dos hombres eran fuertes, igual que Rakel era fuerte, pero ella ocultaba su fortaleza. Aplicaba la norma que la había guiado cuando adiestraba al ejército de Gaviota y Mangas Verdes: no había que mostrar a los enemigos toda la fuerza que poseías hasta que fuese demasiado tarde..., para ellos.

La larga sala estaba igual, pues eran muy pocas las cosas que cambiaban en aquella ciudad que se complacía en su decadencia. La multitud de cortesanos y parásitos aguardaba en silencio su entretenimiento, y la larga alfombra azul adornada con conchas rosadas se estiraba hasta el estrado con su mesa de reluciente y lustrosa madera y los siete miembros del consejo de rostros pétreos, todos ellos sus enemigos mortales y todos ellos del Clan Deniz. El canciller permanecía inmóvil con un pergamino ribeteado de rojo en las manos, como si no se hubiera movido durante los últimos

cincuenta días, y en el centro estaba el Portavoz de la Casta, Sabriam, el del rostro blanquecino e hinchado, que parecía más consumido que nunca. Las fiestas que celebraba cada noche --a expensas de la ciudad-- debían de ser legendarias. Su nariz brillaba con unos suaves reflejos blancos, y Rakel se permitió una sonrisa. Sabriam había hecho que se regenerase después de que ella se la hubiera roto con aquella patada, el mejor golpe que había asestado jamás.

Su sonrisa la sorprendió, y le dio nuevos ánimos. Había encontrado una extraña paz. Unas semanas antes había intentado suicidarse, y una parte de su alma seguía flotando en el éter con Garth y Hammen, como un globo perdido. Mientras tanto, había hecho cuanto podía. Pasara lo que pasase, aquellos cerdos sólo podían matarla, y la muerte no era tan cruel como algunos destinos. Rakel había vuelto a vivir la existencia de los guerreros. Ah, si al menos pudiera llevarse a algunos enemigos con ella para que la acompañaran a la Oscuridad...

--Rakel de Dasha de Argemone de Kynthia --canturreó el canciller, iniciando la lectura de su lista--, se te acusa del máximo crimen: traición contra la ciudad-estado de Benalia. Después de que se te ordenara volver trayendo las cabezas de Gaviota el leñador y de Mangas Verdes, general y hechicera del ejército reunido en el este, que amenaza con hacer la guerra a la ciudad-estado de Benalia, amenazando sus fronteras y a su pueblo soberano...

--¡Paparruchas! --gritó Rakel con voz potente y límpida.

El canciller se interrumpió con un balido ahogado. Un zumbar de murmullos resonó entre los cortesanos. Los miembros del consejo fruncieron el ceño y empezaron a hablar en susurros.

Hablar durante el recitado de las acusaciones iba contra las reglas, al igual que el dar cualquier respuesta a ellas que no fuese la de declararse culpable, pero Rakel ya no era una heroína de Benalia. Era la comandante de un ejército lejano, innegablemente improvisado y rebelde pero dedicado a una buena causa.

Aquella pandilla de cobardes y aduladores debía saberlo lo más pronto posible.

--¡Tus acusaciones son una sarta de mentiras! Gaviota y Mangas Verdes son buenos y decentes, y han decidido librar al mundo de las depredaciones de los hechiceros. Y tienen decenas de seguidores..., ¡voluntarios, no esclavos! Así que mientras esta letrina que pasa por ser una ciudad va ensuciando cada vez más profundamente su nido, sembrando el caos y destruyendo todo lo bueno, hay alguien que hará

cuanto sea necesario para conseguir que los Dominios sean un lugar más seguro para la gente corriente. Hay... ¡Agh!

Sabriam había alzado una mano huesuda, y sus captores habían retorcido la cuerda que le rodeaba el cuello. No importaba. Todos murmuraban y fruncían el ceño, pero Rakel igual podría haber gritado sus palabras al viento. La razón, la decencia o el sentido común jamás florecerían en aquel montón de cenizas.

Sabriam se levantó con visible dificultad de su asiento detrás de la mesa del consejo --estaba claro que padecía alguna repugnante enfermedad--, e hizo una seña al canciller.

--Anota una declaración de culpabilidad --dijo--. Aguarda el castigo, Rakel.

Después avanzó con paso tambaleante alrededor de la mesa y bajó al suelo de la cámara, un anciano a los treinta años.

Sabriam fue hasta Rakel y se detuvo allí donde la guerrera no podía atacarle, asegurándose de que sus captores la mantenían bien sujeta mientras se limpiaba el mentón de las babas que se lo habían manchado.

--Has vuelto a fracasar, Rakel, y esta vez no habrá ninguna gracia salvadora para ti. Morirás cuando salga la luna, y serás un ejemplo para otros que no sepan cumplir con su deber hacia nuestra ciudad madre. Pero el dolor que sufrirás en el cuerpo nunca igualará a tu dolor espiritual. Tenemos una pequeña sorpresa para ti.

Sabriam sonrió, pero una tos interrumpió su sonrisa. El Portavoz volvió a agitar su mano huesuda.

Rakel le habría escupido, pero eso era algo indigno de ella. Ya no había ninguna forma de hacerle daño...

Y entonces tragó saliva cuando un guardián del Estado hizo avanzar a un niño. Aunque apenas tenía dos años, la cabeza del niño estaba afeitada e iba vestido de cuero negro desde el cuello hasta los pies. Era la viva imagen de un héroe, y ni siquiera le faltaba la pequeña daga en el cinturón.

--Hammen... --murmuró Rakel, avergonzada ante el sollozo que percibió en su voz.

--¡No! --replicó secamente el niño. Sus ojos la contemplaron con un destello azul hielo, el mismo color que los ojos de Garth--. ¡Ése no es mi nombre! ¡Ahora me llamo Zabriam! ¡Como él! --Señaló con un dedo al sonriente Portavoz--. Mis padres eran malos, y murieron porque eran malos. ¡Ahora soy un héroe, un vencedor! ¡Crezco para ser fuerte y mato a los enemigos de mi ciudad!

Los cortesanos soltaron risitas ante aquel error de pronunciación, y aplaudieron el temple y la fidelidad del niño.

«Así que me han quitado incluso a mi hijo --pensó Rakel--. Lo han pervertido, y le han enseñado a odiar a sus padres y a la forma en que había sido criado.

»Ah, sí, entonces es verdad que hay destinos peores que la muerte.»

Pero la madre del niño se irguió y habló con voz tranquila, aunque temblorosa.

--Lo entiendo..., hijo. Me alegra ver que estás... bien. Quiero que sepas que, ocurra lo que ocurra, tus padres siempre te amarán.

Después bajó la voz, para que el niño, Sabriam e incluso los cortesanos inmóviles a lo largo de las paredes tuvieran que inclinarse hacia adelante.

--Y quiero que recuerdes otra cosa, niño. Es una imagen muy poderosa, una lección que debes llevar contigo para siempre... Es algo que hizo tu madre.

Los ojos del niño permanecieron inmóviles, pero una chispa de curiosidad empezó a brillar en ellos. El deseo de investigar y hacer preguntas siempre era eliminado de los niños benalitas, pues los hacía menos aptos para obedecer órdenes. Aquella señal de inteligencia nata animó un poco a Rakel.

--Recuerda esto... --empezó a decir.

Sus captores habían aflojado un poco su presa, y eso era todo lo que la nueva y revitalizada Rakel necesitaba. La guerrera dejó escapar un aullido y saltó hacia adelante, incrustando su coronilla en el rostro de Sabriam.

El Portavoz aulló cuando su todavía no totalmente curada nariz estalló en un diluvio de fragmentos de hueso y sangre intensamente roja. Después los golpes obligaron a Rakel a ponerse de rodillas y fue estrangulada hasta que casi perdió el conocimiento, mientras los cortesanos corrían de un lado a otro por la sala del consejo.

--¡Nunca dejes de luchar, Hammen! --le dijo a su hijo con voz enronquecida--. ¡No importa lo que te hagan, ni lo que me hagan! Ahí fuera hay gente decente, que lucha por el bien...

Rakel no pudo seguir hablando, pues la cuerda arrancó piel de su cuello y la dejó sin aire. Sus captores tiraron de ella hasta que Rakel no tuvo más remedio que ponerse de puntillas, y la fueron sacando a rastras de la sala.

--¡A las mazmorras! --balbuceó Sabriam--. Lleváosla...

Arrastrando a Rakel por la cuerda que la estrangulaba, los guardianes apartaron un tapiz colgado al final de la sala y medio la empujaron y medio la arrojaron por una escalera de caracol.

Pero Rakel había visto cómo la mirada de su hijo calvo y vestido de negro se encontraba con la suya.

Hammen lo recordaría.

* * *

Los oficiales y las hechiceras quedaron perplejos ante las palabras de la anciana druida.

--¿Yo? --murmuró Mangas Verdes--. ¿Viajar por el éter hasta otro lugar que ni siquiera he visitado antes? Pero... ¡No puedo hacerlo!

Lirio se limitó a menear la cabeza.

--Yo tampoco puedo hacerlo.

Chaney avanzó con paso cojeante y extendió su mano buena como si fuera una hoja seca. Las dos mujeres la tomaron después de unos instantes de titubeo.

--Podéis hacerlo, y lo haréis, por razones distintas y por las mismas razones. Venid conmigo, niñas, y hablaremos..., en privado.

Y las dos jóvenes hechiceras siguieron obedientemente a la vieja hechicera cuando ésta se fue, caminando muy despacio y arrastrando los pies.

* * *

Las mujeres estaban sentadas en un círculo de rocas no muy lejos del campamento, en la semioscuridad, allí donde la brisa era fresca y silbaba alrededor de sus orejas. Las faldas y la capa adornadas con flores bordadas de Lirio, aunque ensuciadas por el viaje, brillaban luminosamente bajo la claridad de la hoguera. Mangas Verdes tenía un aspecto descuidado, tan infantilmente cubierta de hojas y poco acicalada como de costumbre. Las dos, además, se sentían como niñas mientras permanecían inmóviles ante aquella mujer que era tan anciana como las paredes rocosas.

Chaney llevaba su cesta de cañas colgada del brazo bueno, y la cesta crujió cuando se inclinó hacia adelante.

--Y ahora escuchadme con atención, porque el tiempo se termina, y me refiero a mi tiempo, el de Rakel y el de nuestro ejército. Voy a hablaros de cosas que he intentado deciros desde el comienzo, pero

no estabais preparadas para escucharlas. Las dos teníais demasiado miedo.

--¿Miedo? --preguntó Lirio--. Yo no...

--Yo sí tengo miedo --dijo Mangas Verdes--, pero no...

--Callad y escuchad --las interrumpió Chaney--. Conjurar y viajar por el éter son dos lados del mismo árbol, el anverso y el reverso de una hoja. Con uno, llamas a lo que quieres que venga hacia ti. Con el otro, te llamas a ti misma a un lugar que conoces o percibes.

--¡Pero no conocemos esos sitios! --protestó Mangas Verdes con un hilo de voz.

La druida alzó una mano marchita.

--He pasado mucho tiempo pensando en vuestros problemas --dijo con un susurro apagado y reseco--, y creo que conozco una parte de la solución.

»Mangas Verdes, niña mía, tú tienes un sentido del lugar muy fuerte. Vives en el aquí y el ahora, en armonía con el suelo y la tierra que te rodean. Te cuesta muchísimo imaginarte en otro sitio: y es verdad que una druida siempre debería sentirse en su hogar esté donde esté, y que eso debe hacer, pero vuelve mucho más difícil el deslizarse y ésa es la razón por la que ya no juego con ese poder. Lirio, tú nunca te has querido a ti misma, y nunca has sentido lo que es tener un hogar desde el día en que fuiste vendida como esclava. Eso ha hecho que siempre desearas estar muy lejos del lugar en el que estabas... Te daba igual dónde, siempre que fuera muy lejos de allí. Mientras que Mangas Verdes conoce lo que la rodea hasta las profundidades de la tierra y el centro de las venas de una hoja y las entrañas de un halcón que vuela sobre su cabeza, tu contacto con lo que te rodea no es más grande que el de una mariposa en una brisa. Por eso puedes utilizar la magia de las nubes, el cielo y el sol. Sin embargo, seguimos teniendo que encontrar un equilibrio: una de vosotras desea quedarse, otra desea irse. Dos lados de la misma hoja, una vez más.

»Y tenéis muchos miedos. Mangas Verdes teme perder la cordura y su identidad. Durante los primeros dieciséis años de su vida careció de mente, y sus pensamientos eran tan confusos e informes como los de una ardilla recién nacida. La idea de enviar su mente en una búsqueda por el éter, y quizá perderla, la aterra..., y la mantiene enraizada donde está. Lirio siempre ha vivido demasiado encerrada dentro de su mente, pues es todo lo que ha tenido. Nada, ni sus ropas, ni su comida, ni su dinero, ni tan siquiera su cuerpo, le ha pertenecido

jamás. Y, en consecuencia, siempre ha enviado su mente muy lejos en una continua búsqueda y un incesante viajar. Pero no puede utilizar la magia que hay a su alrededor para que la lleve a otro sitio.

»¿Es debido a una pura casualidad, niñas, el que vuestros poderes mágicos se hayan manifestado de esta forma? ¿Acaso no os he dicho que la magia no viene de fuera, sino de dentro? ¿Podéis entender ahora el porqué Mangas Verdes es capaz de invocar una cosa para que venga hacia ella, llevándola allí donde se siente feliz y a gusto, y sin embargo es incapaz de trasladarse a sí misma a otro lugar? ¿Podéis entender el porqué Lirio quiere volar muy lejos de donde está, y desea no volver a tocar el suelo jamás?

Las dos jóvenes guardaron silencio en la oscuridad, con los ojos clavados en el rostro marchito y lleno de arrugas de la anciana druida.

--Sólo hay una solución, y es que aprendáis a ser libres. Hubo un tiempo en el que erais bebés y no podíais moveros. Después aprendisteis a daros la vuelta primero y a arrastraros después, y luego aprendisteis a caminar y a correr. Ahora las dos debéis aprender a volar. Pero tú nunca viajarás por el éter, Mangas Verdes, y tú nunca volarás, Lirio, mientras llevéis con vosotras el peso del miedo que os mantiene unidas a la tierra.

Mangas Verdes inclinó la cabeza en un lento asentimiento. Sí, tenía sentido. Admitir la existencia del miedo no resultaba demasiado difícil. Pero vencerlo... Eso podía ser imposible.

--No es imposible --afirmó Chaney, y Mangas Verdes dio un salto--. No, no estoy leyendo tu mente. Tu rostro me dice lo suficiente. Tengo aquí..., conmigo... Ayúdame a abrir esta cesta, querida. Gracias. Tengo algo para vosotras. Son cosas que he llevado conmigo desde hace algún tiempo, a la espera de un momento que ya ha llegado...

La anciana druida hurgó dentro de la cesta, y por la mente de Mangas Verdes cruzó la no muy respetuosa idea de que iba a sacar dos manzanas. Sabía que Chaney no era la clase de hechicera a la que le gusta manipular artefactos mágicos, pero nunca le había preguntado qué llevaba dentro de la cesta, el único objeto que la había acompañado en sus viajes aparte de una vieja y gastada capa.

--Extiende la mano, Lirio --dijo aquella voz vieja y reseca, pareciendo corretear alrededor de ellas bajo la tenue claridad.

La ex bailarina y ex prostituta así lo hizo, y la druida depositó en su palma algo pequeño y tan frío como la punta de un carámbano. Lirio lo alzó para poder examinarlo bajo la lejana luz del fuego, y vio

que se trataba de un pequeño colgante suspendido de una tira de cuero: era un huevo diminuto, de un color azul pálido salpicado de puntitos más oscuros, como un huevo de petirrojo y, sin embargo, tan duro como una roca.

--Es una roca --dijo la druida--. O, mejor dicho, es un huevo tan viejo que se ha convertido en una roca... El maestro que me lo dio lo llamó un huevo de dingus, pues ni siquiera él tenía idea de su edad. Pensad en cuánto tiempo tiene que pasar un huevo dentro del suelo sin que nada lo afecte o lo mueva hasta que acaba convirtiéndose en piedra.

Lirio sostuvo el objeto por la tira de cuero, como si temiera que sus manos pudieran mancharlo. El huevo no era más grande que una pina de abeto.

--Pero... ¿Cómo lo utilizo?

--Este «huevo de dingus» tenía que haberse roto para dejar salir a una criatura de hace mucho tiempo, una bestia voladora recubierta de cuero, pero no un murciélago, pues es más viejo incluso que los murciélagos. Esta criatura, y toda su raza, vivió antes de que los dioses hubieran dado forma a la humanidad. Pero el huevo nunca llegó a romperse, por lo que el espíritu de la criatura está atrapado dentro de él para toda la eternidad. Nunca morirá, pero nunca llegará a cobrar vida. El huevo ha ido acumulando poder a lo largo de los milenios, recogiendo un maná que es anterior al hombre y a todas sus obras. Por ser lo que es, puede deshacer cualquier cosa que el hombre sea capaz de hacer. --Chaney sonrió ante el tono majestuoso que había ido adoptando su discurso--. Un efecto de ello es que puede eliminar todos los yugos, pantallas y esferas mágicas. Para explicarlo brevemente, podría permitirte viajar a cualquier lugar protegido contra el desplazamiento a través del éter.

--Oh --murmuró la joven.

Había olvidado la advertencia de Rakel, y ya no se acordaba de que la sala del consejo de Benalia estaba protegida contra el viaje a través del éter y otras magias. Si no fuera así, a Mangas Verdes probablemente le habría bastado con un conjuro para hacer volver a Rakel.

--Pero todo eso no son más que detalles --siguió diciendo la druida--. Hay algo más importante que el que rescates a Rakel, y es el que te rescates a ti misma.

--¿Qué? --Lirio meneó la cabeza, no muy segura de haber oído bien--. ¿Debo rescatarme a mí misma?

La mano de Rakel se cerró sobre la de Lirio y el antiquísimo huevo de piedra.

--Guardas tus secretos con un gran celo, Lirio..., con demasiado celo. Pero yo puedo verlos, pues tengo ojos. Este artefacto puede deshacer todas las obras del hombre, con lo que, naturalmente, quiero decir que puede deshacer cuanto hayan hecho el hombre y la mujer. Fue una mujer, tu madre, quien te vendió como esclava. Fue una mujer quien te compró y te enseñó a complacer a los hombres. Fueron hombres los que vinieron a visitarte, para utilizarte y para impedir que tu cuerpo fuera únicamente tuyo.

»Este huevo, Lirio la Blanca, salió de la hembra de un pájaro-animal que podía volar mucho antes de que los humanos caminaran por los Dominios. Su poder, reunido y acumulado a lo largo de las eras, puede deshacer todo el daño que los hombres y las mujeres te han hecho. ¿Crees lo que te estoy diciendo, niña?

Lirio asintió. El huevo ya no estaba frío dentro de su palma, sino que lo sentía tan caliente como un hierro al rojo vivo.

--Yo... Supongo que sí, mi señora.

Lirio deslizó la tira de cuero alrededor de su cabeza, liberó sus cabellos de ella y dejó que el huevo reposara sobre su pecho, tan palpitante y cálido como un segundo corazón.

Chaney se echó hacia atrás y sonrió con su sonrisa torcida.

--Créelo, hija, y así será.

--Pero --siguió diciendo Lirio-- ¿qué...?

Chaney chasqueó la lengua mientras volvía a hurgar dentro de su cesta.

--Mangas Verdes... Ah, aquí está. --Depositó algo en la mano de la joven hechicera--. Ya sabes que generalmente los druidas desprecian los artefactos porque los consideran meros juguetes construidos por humanos. Pero algunos resultan útiles, como éste.

Mangas Verdes recibió un tintineante objeto metálico, una estrella tan grande como su mano. Estaba hecha de distintos materiales, y en su centro había una hormiga. Incluso la cadenilla era de dos materiales, pues consistía en pequeños eslabones de cobre por los que corría un hilo de lino.

--Es delicado, así que no dejes que se te caiga --le explicó Chaney--. Supongo que es casi imposible de fabricar... Observa cómo está hecho. Los brazos de la estrella son de madera. Uniéndolos hay un anillo de metal, y dentro de ese anillo hay otro anillo de gema rojiza, y en su centro una criatura que en tiempos estuvo viva. Madera de una

raíz de árbol, plata extraída de una montaña, una gema del desierto, una hormiga sacada de debajo del suelo... Los elementos de la tierra, encapsulados, apretadamente unidos a sí mismos y luego más apretadamente unidos entre ellos para formar un solo objeto. Muchos en uno. Como tú, niña mía.

--¿Qué quieres decir? --preguntó Mangas Verdes, que había quedado casi hipnotizada por la estrella anillada.

--Que eres como este pentáculo, Mangas Verdes. Posees un gran poder y una inmensa fortaleza que surge de lo más profundo de tu ser, y que está compuesta de muchas facetas: alegría, amor, locura, espíritu, miedo... Pero estás atada por el miedo. Ahora ya no debes tener miedo. A partir de ahora este pentáculo nova te sujetará sin estorbarte. Mantendrá tu mente y tu espíritu dentro de ti para que no puedan escapar. Pero con él, podrás viajar a las estrellas.

Mangas Verdes meneó la cabeza. El artefacto le parecía frágil y carente de peso, y capaz de ofrecer muy poca protección. Pero tenía que admitir que había muchos momentos en los que su mente le parecía igualmente frágil y carente de peso, no más anclada al cuerpo que una pluma que cayera al suelo cuando la brisa dejaba de soplar. Con el corazón latiéndole ruidosamente, Mangas Verdes deslizó la cadenilla del pentáculo sobre su cabeza y dejó que reposara encima de su pecho.

Chaney tragó aire con una prolongada y temblorosa bocanada, como si hubiera corrido diez kilómetros.

--Eso es cuanto puedo daros. Ha llegado el momento de irse.

--Pero... --protestaron las dos mujeres.

--¡No nos has enseñado cómo se viaja por el éter! --exclamó Lirio un instante después.

Chaney suspiró.

--Yo hablo y ellas no escuchan... He dicho que todo eso sólo eran detalles. Concentrad vuestras mentes en lo que es importante, y olvidad lo demás. Mirad dentro de vuestros corazones; es allí donde se encuentra la verdad.

»Y ahora venid, pajaritos míos. Es hora de volar.

* * *

A nadie le pareció extraño que Chaney asumiera el mando. Con Lirio y Mangas Verdes sosteniéndola, una joven a cada lado, la anciana fue con paso lento y tambaleante hasta la hoguera central del

campamento, donde esperaban Gaviota y sus oficiales. Después envió a la joven trompeta en busca de los guantes de Rakel, que habían quedado en su tienda. Chaney le dijo que los pusiera en la mano de Lirio.

Pero Lirio titubeó.

--Yo... ¡No puedo hacer esto! ¡Apenas puedo subir a un metro de altura! No puedo...

--Niña... --dijo Chaney.

Gaviota, que normalmente siempre trataba con gran deferencia a quienes eran mayores que él, la interrumpió.

--No te estamos ordenando que lo hagas, Lirio --dijo con voz afable y llena de dulzura--. Te lo pedimos por favor. Necesitamos a Rakel para que mande este ejército. Yo no puedo hacerlo, y no hay nadie más que pueda hacerlo. Fue gracias a Rakel como conseguimos nuestra primera victoria sobre Haakón.

Lirio no dijo nada, y se limitó a tirar de un hilo que sobresalía de su camisa mientras se preguntaba hasta qué punto estaba realmente enamorado Gaviota de Rakel, suponiendo que se tratara de eso.

--Es sólo que no quiero que... esto acabe... haciéndonos daño a todos.

O, peor aún, que todos acabaran perdidos en algún vacío.

Lirio clavó la mirada en el suelo, pero levantó la cabeza de golpe cuando Gaviota cayó de rodillas ante ella. El leñador tomó delicadamente sus manecitas entre las suyas, enormes, nudosas y llenas de heridas y mutilaciones.

--¿Qué estás haciendo? --protestó la joven--. ¡Levántate!

--Lirio, te lo suplico... Sé valiente y ayúdanos a rescatar a Rakel. No sólo por el ejército, o por mí, o ni siquiera por el niño al que tienen como rehén, sino también por ti.

La joven apartó las manos, incómoda y avergonzada, y le empujó los hombros.

--¡Basta! ¡Levántate! Oh, esto es muy embarazoso... ¿Qué quieres decir con eso de que he de hacerlo por mí?

¿Por qué de repente Gaviota estaba hablando como Chaney? ¿Acaso todo el mundo conocía sus más íntimos secretos?

Gaviota volvió a cogerle las manos y Lirio permitió que siguieran entre sus dedos. El leñador estaba de espaldas a la hoguera, y Lirio no podía verle bien la cara. Pero en su voz volvía a haber aquella apacible delicadeza que había visto en Gaviota por primera vez hacía tanto tiempo, cuando Lirio se enamoró de él.

--Lirio, ya sé que llevas una gran carga oculta dentro de tu alma. Incluso yo, torpe y ciego como soy, puedo verla. Estás llena de dolor, y lo sé. Sé que ésa es la razón por la que siempre has de mantenerte lejos de todo el mundo, y que por eso piensas que no puedes amar, que eres indigna de ser amada... Pero lo eres. Eres buena, y dulce, y considerada, y para ser todo eso te basta con no dejarte dominar por ese miedo que llevas dentro... Eres como un caballo lleno de bondad y amor que ha sido maltratado, y temes volver a correr. Pero por eso te pido que hagas esto y que nos ayudes. Te lo pido porque necesitas ayudar a otras personas, y ser amada, y respetada, y que cuiden de ti.

Lirio sintió que una lágrima la traicionaba y se deslizaba por la aleta de su nariz. ¿Cómo era posible que Gaviota fuese tan estúpido y torpe, y que al instante siguiente fuese tan dulce y comprensivo? Pero Gaviota y Chaney tenían razón. Era ella misma la que mantenía a distancia a la gente e impedía que llegaran hasta ella, y no ellos los que la mantenían alejada.

Y quizá por fin podría ayudar al ejército y a sus amigos, esos amigos que la habían aceptado tal como era y por lo que era.

Y, como en respuesta a ese pensamiento, el huevo de dingus brilló sobre su pecho con un cálido resplandor.

--Muy bien --resopló Lirio--. Lo intentaré. Pero levántate... ¡Vamos, levántate de una vez!

La gente reía a su alrededor, y después hubo un coro de oooohs y aaaahs cuando Gaviota la besó.

Lirio sorbió aire por la nariz y se limpió con la muñeca.

--Pero te advierto que quizá acabemos en el cielo y a dos kilómetros por encima del suelo.

Gaviota se echó a reír y le dio un potente abrazo de oso, estrujándola hasta que Lirio chilló.

--Entonces volaremos juntos.

Y el ejército prorrumpió en vítores y aclamaciones.

* * *

Por fin había llegado el momento de la partida.

Los preparativos ya estaban terminados, y todo el mundo tenía bolsas de comida y las armas bien afiladas.

Mangas Verdes iría acompañada por varios voluntarios, casi todos mujeres. La centauro Helki se había puesto su armadura, había colocado plumas nuevas en su larga lanza y había esparcido pintura

de guerra sobre su cuerpo, llenándolo de runas, huellas de manos y sinuosas espirales. Con el yelmo que le cubría la cabeza, su rostro flaco y alargado tenía un aspecto feroz y sus ojos cubiertos de sombra brillaban con un hosco resplandor. Helki había insistido en ir a pesar de que Holleb aún no estaba totalmente recuperado de la terrible herida que había sufrido en el brazo. Mangas Verdes, que sabía hasta qué punto estaban unidos el uno al otro, se sintió muy impresionada. Una exploradora llamada Channa también se había ofrecido voluntaria para ir con ella. Channa era una mujer robusta de mejillas rollizas que vestía camisa y pantalones azules y calzaba botas grises, y llevaba una capa gris adornada con una pluma de cuervo sobre los hombros y una espada curva en el puño. Había sido amante de Givon, otro explorador que había sido decapitado por la horda de demonios junto con Melba, y tenía una deuda pendiente que cobrarse. La líder de los curanderos, Amma la samita, vestida con una túnica azul ceñida al cuerpo y un turbante blanco, también había insistido en ir. Kwam, el único hombre del grupo, no dijo nada, pero se negó a apartarse ni un centímetro de Mangas Verdes.

Mangas Verdes contempló a sus seguidores, sabiendo que también eran sus amigos.

--¿Preparados? --preguntó.

Todos asintieron con el rostro muy serio, un poco recelosos ante la perspectiva de ser trasladados por el éter. A nadie le gustaba, pues les recordaba que ya habían viajado antes de aquella manera y habían perdido sus hogares, quizá para siempre. Pero nadie se echó atrás.

--Estamos preparados, pero ¿cómo voy a encontrar al cerebro de piedra? --preguntó Mangas Verdes, volviéndose hacia Chaney.

Como respuesta, la druida alzó su mano buena y la puso sobre el hombro de Mangas Verdes. La luz de la hoguera que se esparcía por encima del viejo rostro de Chaney lo volvía de un color rojizo y oscurecía las arrugas, por lo que durante un momento Mangas Verdes pudo ver a la joven que había dentro de la anciana druida, y se dio cuenta de que, tal como había supuesto, se parecía bastante a ella.

--Piensa en el cerebro verde, como harías si fueras a conjurarlo --dijo Chaney--. De la misma manera en que tú lo has marcado, él también te ha marcado a ti.

Mangas Verdes parpadeó e intentó digerir la idea de que estaba marcada. Después rebuscó en las profundidades de su mente, y descubrió que así era. Todas las criaturas y objetos que había marcado y de los que podía disponer estaban allí: los lobos, los osos

grises, el muro de espadas... Y a lo lejos, cantando como una alondra en los páramos, estaba aquel extraño cerebro de piedra.

--Sí, está allí --murmuró la joven hechicera.

--Pues entonces cierra los ojos, haz acopio de valor y de tus amigos, y ve hacia él. Yo te ayudaré.

La druida empezó a canturrear una antigua melodía que flotó en el aire de la noche y erizó el vello en las nucas del ejército. Las notas iban de un lado a otro, subiendo, bajando y moviéndose a la deriva. Mangas Verdes cerró los ojos y se concentró, aferrando el pentáculo que colgaba de su cuello con una mano mientras la otra temblaba visiblemente.

Por primera vez sintió que la magia venía hacia ella y la llenaba, en vez de limitarse a fluir a través de ella. El maná de la tierra, posiblemente recogido por Chaney, posiblemente recogido por alguna faceta de la misma Mangas Verdes, entró en sus pies, su cabeza, sus manos y su corazón.

Y entonces Gaviota dejó escapar un jadeo de sorpresa.

Los hilos que colgaban del maltrecho traje de Mangas Verdes empezaron a brillar, y el resplandor fue subiendo por la tela: primero fue marrón y después fue verde, y luego fue azul y, finalmente, amarillo en representación del sol.

Cuando el grupo estuvo envuelto por una aureola de claridad solar en la oscura noche --el yelmo de Helki quedó iluminado en último lugar, ardiendo como oro bruñido, pues era la más alta--, el ejército parpadeó intentando poder verles a través del resplandor.

Cuando pudieron volver a ver con claridad, Mangas Verdes y sus amigos se habían ido.

* * *

Los observadores dejaron escapar en un resoplido colectivo el aliento que habían estado conteniendo.

Gaviota giró sobre sus talones, tomó la mano de Varrius y se la apretó con fuerza.

--Si no volvemos, eres general..., y que los dioses te ayuden.

Gaviota intentó sonreír.

Pero el delgado soldado de negra barba no soltó la mano de Gaviota, y se aferró a ella con el poderoso apretón de un herrero. Varrius alzó la mirada hacia los ojos de Gaviota.

--Volverás. Este ejército te necesita, como necesita a tu hermana

y a Rakel, para hacer el bien, detener a los hechiceros y conseguir que todos volvamos a nuestros hogares. No fracasarás, porque no debes fracasar.

--Eh... Muy bien. Gracias, Varrius.

Gaviota el leñador se echó la aljaba y el arco largo al hombro, colgó su látigo de mulero y una daga de negra empuñadura de su cinturón, y empuñó su pesada hacha de doble hoja para talar árboles. Lirio, inmóvil junto a él, estaba envuelta en su capa y sus ropas blancas. Los guantes de Rakel colgaban nacidamente de una de sus manos. Bardo, un paladín del norte, con su flaco y largo rostro muy serio, estaba cubierto de cota de malla desde la cabeza hasta los pies, por lo que parecía una serpiente gigante. Su blasón colgaba delante de él, el luminoso color del oro viejo realzado por el báculo alado ribeteado de rojo. Llevaba un gran escudo en forma de cometa y su enorme espada, de hoja tan larga que tenía que llevar el cinto muy arriba de las caderas. Con ellos estaba Ordando, la de la coraza de cuero llena de señales y arañazos y los brazos desnudos y la larga trenza rubia, con una capa color rojo sangre encima de los hombros. La guerrera iba armada con una espada larga y un escudo redondo en cuyo centro había un florón del que surgía un pincho. Había pedido tomar parte en el rescate, y se había atrevido a decir que lucharía con Gaviota para poder disfrutar de aquel honor. El leñador se había limitado a sonreír y había asentido.

Stiggur no se tomó tan bien su rechazo.

--¡Por favor, Gaviota, deja que vaya! ¡No estorbaré! ¡Y puedo ayudar! ¡De veras, puedo ayudar!

--Por última vez, no. --Gaviota intentó que su negativa fuese lo más amable y suave posible, pero acabó teniendo que empujar al muchacho hasta que sus brazos se interpusieron entre Stiggur y él--. Lirio dice que ya tendrá bastantes problemas para trasladarnos a los cuatro. Cinco sería imposible.

Stiggur parpadeó para contener las lágrimas abrasadoras que pugnaban por brotar de sus ojos. «Desea desesperadamente ser un hombre --pensó Gaviota--, pero apenas tiene trece años.» Y además era tan fácil quererle... Stiggur había imitado a Gaviota en todo, desde recogerse los cabellos en una coleta hasta llevar un chaleco y un faldellín de cuero, pasando por aprender a usar el látigo. Pero el muchacho no lloró, y se limitó a salir corriendo para acabar perdiéndose en la noche.

--¿Estamos preparados, Gaviota? --preguntó Lirio.

El leñador se encogió de hombros y sonrió para ocultar su nerviosismo.

--Te estamos esperando --dijo.

Lirio asintió y tragó saliva. De todos ellos, era la que seguía teniendo más dificultades para creer que pudiese hacer magia. La joven hechicera tuvo que menear la cabeza. Le resultaba difícil imaginarse que pudiera poseer cualquier clase de poder, pero tenía que intentarlo. Lirio se dijo que aquello era por Gaviota, y por el ejército y la cruzada, y por el hijo de Rakel, pues los hijos nunca deberían ser separados de sus padres..., y por ella misma. Ya iba siendo hora de que dejara de pensar en sí misma y pensara un poco en otras personas.

Nadie era realmente impotente. Si alguien le había enseñado eso, era aquel diminuto ejército que había conseguido tantas cosas y que representaba tantas más.

Chaney le había dado el huevo de dingus, y Lirio lo estaba sosteniendo en una mano. El huevo empezó a calentarse, y Lirio sintió que algo se agitaba debajo de su superficie de piedra.

Lirio alzó los guantes.

--Me siento como un perro de caza que estuviera husmeando el olor de un trapo.

Chaney le puso la mano en el hombro.

--No hay mucha diferencia --dijo--. Un artesano de su ciudad los hizo y Rakel los llevó, y ha dejado su sangre y su sudor en ellos.

Chaney aspiró una temblorosa bocanada de aire y empezó a cantar. Lirio pensó en Rakel y la llamó para que viniese a ella, como en una ocasión había llamado a Gaviota a través de los Dominios cuando le necesitaba tan desesperadamente.

Ordando fue la primera en darse cuenta, y soltó un gruñido.

Sus manos brillaban con un resplandor blanco.

El resplandor se fue extendiendo hasta que todos sus cuerpos brillaron, y después se volvió todavía más intenso. Lirio descubrió que su rostro y sus manos brillaban como el sol de invierno. Sus ojos también debían de estar brillando, pues se le nubló la vista como si hubiera entrado en un banco de niebla. «Nos vamos, realmente nos vamos...», pensó.

Gaviota gruñó cuando un peso se estrelló contra su cintura y se agarró a ella. Stiggur había venido corriendo y había chocado con él.

--¡Voy con vosotros! ¡Ahora ya no podéis dejarme aquí!

--Maldita sea, muchacho, no podemos...

Un rugido sibilante llenó sus oídos. Sus cuerpos se volvieron blancos y se hicieron transparentes, y después el mundo se esfumó en la blancura.

Y un instante después ya no estaban allí.

* * *

--¿Y ahora qué, Var? --preguntó Neith, el amigo más antiguo de Varrius y, desde la muerte del robusto Tomás, su único vínculo con las tierras del sur en las que habían nacido.

El soldado delgado y de negra barba recorrió con la mirada el horizonte que se elevaba por encima de ellos y los bordes del cañón que los rodeaban.

--Para empezar, puedes llamarme comandante, pues en eso me ha convertido el general Gaviota y eso ordenaría la comandante Rakel --dijo despues--. Seguiremos adelante tal como ellos habrían deseado y haremos que se sientan orgullosos cuando vuelvan. Todo el mundo está levantado, y de todas maneras ya no falta mucho para el amanecer, así que haz que la trompeta toque diana. Podemos desayunar y aprovechar el día al máximo.

Neith sintió deseos de protestar. ¿Por qué no dormían un rato y se ponían en marcha por la tarde?

Pero un instante después se sorprendió a sí mismo contestando con un «Sí, comandante».

16

A través de una neblina de color rojizo, Rakel oyó cómo la gruesa puerta de la mazmorra se abría con un crujido. Las cosas ya habían ido muy mal, pero empeoraron.

El torturador giró sobre sus talones, dando la espalda a la pequeña plataforma con ruedas llena de ascuas al rojo vivo y con un atizador enrojecido brillando en su mano.

Aquel hombre, corpulento, no muy alto y de hombros y antebrazos muy robustos, había estado trabajando diligentemente sobre Rakel. Tal vez llevara unos minutos haciéndolo, o tal vez fueran días. Rakel no sabía cuánto tiempo llevaba suspendida allí, con los grilletes de hierro incrustándose en sus muñecas.

El torturador no era ningún sádico. Lo que resultaba más aterrador de todo era que llevaba a cabo su trabajo con una especie de aburrido distanciamiento, como un matarife. Había arrancado tiras de piel de las costillas de Rakel, las había arrojado al suelo y las había pisoteado con sus sucias botas, y después había detenido los ríos de sangre cauterizando sus heridas con un hierro al rojo. El olor a grasa quemada de la piel chamuscada le había dado náuseas y el dolor le había hecho perder el conocimiento, pero hasta el momento no había gritado..., hasta el momento. Rakel sabía que si cedía y empezaba a gritar, tal vez nunca dejara de hacerlo. Entonces perdería su honor y su cordura de un solo golpe, y por eso luchaba y se resistía de la única manera posible.

A diferencia de lo que era habitual en las pesadillas, había mucha luz. El torturador necesitaba mucha luz para trabajar, por lo que las antorchas se alineaban a lo largo de las ennegrecidas paredes de piedra de la mazmorra. Rakel estaba desnuda hasta la cintura, pues el cuero le había sido arrancado junto con la piel. Su cuerpo colgaba de los grilletes con serpientes de sangre deslizándose a lo largo de sus antebrazos, suspendido de tal manera que sus pies apenas rozaban el sucio suelo.

Intentó no concentrarse en lo que la rodeaba, y trató de escapar a una neblina de aturdimiento. Quizá pudiera provocar su muerte mediante un esfuerzo de voluntad...

Un dolor desgarrador en su cadera la despertó. Cuando el dolor disminuyó un poco, Rakel pudo oír voces que sonaban en la lejanía.

No, las voces estaban junto a ella. La pesadilla se agitó con una nueva vida.

Inmóvil en la entrada de la mazmorra, flanqueado por guardias con antorchas, estaba Sabriam. Su rostro se hallaba envuelto en vendajes, y su voz sonaba pastosa y débil a causa de las drogas o del licor que había tomado para aliviar el dolor de su nariz hecha añicos.

--¡... otras cosas! --exclamó Sabriam en un balbuceo casi incomprensible--. ¡Haz que sienta dolor!

El torturador extendió sus negras manazas delante de él y habló en un tono gimoteante y lleno de servilismo.

--Es fuerte. Es una guerrera, y está acostumbrada al dolor. No gritará ni llorará. Pero si se me conceden unos cuantos días, entonces...

--¿Días? ¡Hazle otras cosas! --se enfureció Sabriam--. ¡Sácale un ojo!

El torturador se encogió de hombros.

--Ya conocéis la ley. No debe haber marcas allí donde la multitud pueda verlas...

--¡Malditos sean esos puercos! ¡Me da igual lo que puedan ver!

Rakel escuchó como si estuviera espiando una conversación entre dos desconocidos. Su cuerpo se hallaba tan saturado de dolor que le parecía tener encima un gigantesco peso de fuego, pero aun así percibió la hipocresía: el consejo estaba dispuesto a ordenar la tortura, mas nunca lo admitía. Quien hubiera sido condenado a la horca debía ir al cadalso como si hubiera sido bien tratado y disfrutara de buena salud, lo cual significaba que los torturadores tenían unas ciertas limitaciones acerca de los sitios sobre los que podían trabajar.

Pero Rakel estaba sufriendo algo más que daños físicos. Su alma estaba recibiendo cicatrices que nunca se curarían. Nunca permitiría que otra persona volviese a tocarla, y probablemente gritaría si alguien se le acercaba.

El torturador intentó negociar, regateando como si estuviera vendiendo pescado.

--Si pudiera trabajar en sus pies, arrancarle las uñas, o meterle astillas debajo de ellas...

--¡No es suficiente! ¡Quiero que sufra! --La voz de Sabriam adquirió una repentina animación--. ¿Qué hay de las ratas?

Ratas... La palabra hizo temblar a Rakel.

--¡Ja! --La carcajada de Sabriam resonó en la mazmorra--. ¿Lo ves? ¡Eso no le ha gustado nada! ¡Ve a buscar unas cuantas ratas! ¡Quiero que grite hasta que se le rompa la garganta!

El torturador se encogió de hombros, metió su atizador en el

fuego y pasó junto a Sabriam para salir por la puerta.

Rakel intentó no pensar en las ratas ni en ninguna otra cosa. Pero Sabriam se plantó delante de ella, cogió delicadamente un atizador de hierro y le tocó el pecho con la punta. Todo su cuerpo se encogió, intentando huir del dolor.

Sabriam se rió.

--¡No hay escape, Rakel! Seguirás aquí, torturada más allá de los límites de la resistencia humana, hasta que te ahorquen. Entonces el populacho se reirá al verte bailar en el aire, y yo tendré a tu hijo a mi lado para enseñarle lo que les ocurre a los traidores. ¿Quién sabe? Tal vez lo adopte.

Rakel descubrió que aquélla era la más dolorosa de todas las torturas que había soportado. Su hijo pervertido hasta convertirse en una criatura como Sabriam... Así que había cosas peores que la muerte, y la muerte era su única escapatoria.

Rakel le daría la bienvenida con los brazos abiertos.

El torturador entró en la diminuta mazmorra impregnada por los vapores de la sangre, el sudor y el fuego, gruñendo y trayendo consigo dos jaulas de alambre. La primera estaba repleta de docenas de siluetas grises que chillaban y se agitaban. El torturador dejó una jaula en el suelo y empezó a ocuparse de la segunda jaula. Uno de sus extremos estaba abierto y se curvaba hacia dentro, y estaba provisto de unas gruesas y resistentes tiras de cuero.

Sabriam se frotó los vendajes que cubrían su rostro, intentando calmar los picores que le producían, y se lamió los labios.

--¿Cómo funciona? --preguntó, y su boca formó una sonrisa maliciosa al ver que Rakel no podía contener un estremecimiento.

El torturador colocó el extremo abierto de la jaula sobre el estómago desnudo de Rakel.

--Sujetamos la jaula con las tiras de cuero, y luego abrimos el otro extremo y vamos metiendo ratas. Están hambrientas, así que cuando se encuentren con su carne empezarán a mordisquear y roer. Para matarla, encenderíamos un fuego debajo de un extremo. Entonces las ratas se abrirían paso a través de todo su cuerpo para escapar...

«Muerte, ¿dónde estás? --suplicó Rakel en silencio--. Essa, Diosa de la Muerte, llévame contigo. Ahora, por favor, antes de que pierda el poco honor que me queda...»

Un guardia dijo algo en voz muy baja, y Sabriam masculló una maldición.

--Debo irme. El consejo va a reunirse. Pero volveré... Empieza

metiendo una sola rata, a ver qué tal lo hace. Y por todos los dioses, no la mates o te haré todo lo que le has hecho.

--Sí, mi dueño y señor --canturreó el torturador.

Ya había escuchado palabras similares en otras ocasiones, y el que unos aficionados le dijeran cómo tenía que hacer su trabajo no era una experiencia nueva para él.

Rakel sufrió nuevos dolores cuando la fría caja de hierro fue colocada sobre su estómago. Todos los músculos de su cuerpo vibraron, tensos como el metal. Ratas royendo su estómago... ¿Qué podía ser peor que eso?

La respuesta llegó enseguida: su rostro. Rakel había visto personas que eran ahorcadas con sacos tapándoles la cabeza, y que subían al cadalso tambaleándose y tropezando porque estaban ciegas. Se había rumoreado que eran nobles, y que el saco protegía su identidad y el honor de su familia. Rakel por fin conocía la verdad...

El torturador se puso un grueso guante de cuero y sacó una diminuta rata de pelaje sucio y viscoso de la jaula. Después se quedó inmóvil y soltó un gruñido. Una luz brillaba en la oscuridad del pasillo. ¿Sería Sabriam, que había decidido volver?

Pero aquella luz no era la temblorosa claridad amarilla de las antorchas. Era pura, brillante, blanca, radiante.

Era tan potente que se abrió paso a través de los párpados desesperadamente apretados de Rakel y entró en sus ojos. ¿Qué...?

¿O quién?

* * *

El torturador siseó, pues las siluetas eran blancas. Debían de ser fantasmas, almas de personas a las que había matado, pues nadie podía viajar por el éter hasta la casa del consejo, que estaba protegida contra la magia y el deslizamiento de los hechiceros. El hombre retrocedió, sin soltar a la rata que seguía retorciéndose entre sus dedos, y alargó la mano libre hacia un atizador caliente.

Rakel jadeó. Ribeteado de blanco, tan sólido como las paredes de piedra, estaba Gaviota. Stiggur colgaba de su cintura, agarrado a ella igual que un mono. Con él estaban Bardo y Ordando, la capitana de la Compañía Verde..., y Lirio, brillando con la pura y blanca claridad de un ángel.

El resplandor se desvaneció. El grupo que había viajado por el éter tembló con un último parpadeo de claridad y se materializó entre

la penumbra, el humo y la luz amarilla de la mazmorra.

Y entonces una docena de cosas ocurrieron a la vez.

El torturador, que estaba mejor preparado para enfrentarse a los problemas inesperados, se lanzó sobre la figura más próxima blandiendo su atizador al rojo vivo.

Gaviota miró a su alrededor y gritó --«¡Rakel!»--, y aquel grito fue el sonido más maravilloso que la guerrera había oído en toda su vida.

Lirio palideció y se tapó la boca con una mano. Stiggur miró a Rakel durante un instante, y después cayó de rodillas y empezó a vomitar. Ordando ladró un juramento.

Bardo, adiestrado desde la infancia en su orden religiosa para combatir el mal, alzó su enorme espada. La gigantesca hoja chocó con el atizador produciendo un ruidoso tintineo metálico, enviándolo por los aires. El atizador se estrelló contra la pared y cayó al suelo, donde empezó a esparcir un potente olor a tierra quemada.

El paladín había atacado primero, y había examinado lo que le rodeaba después. Bardo vio que aquel hombre era un torturador, y su ardiente fervor religioso se convirtió en gélida furia.

--¡El brrazo del único y verrdaderro dios es larrgo y poderroso, y castiga a los pecadorres!

Y, así diciendo, apartó al torturador de un tremendo golpe asestado con el plano de su espada, derribándole y haciendo que cayera como un fardo sobre las sucias losas de piedra.

Los juramentos de mulero de Gaviota se interrumpieron cuando fue hasta Rakel y tiró de las cadenas que la sujetaban al techo, sacudiendo sus muñecas desgarradas sin darse cuenta mientras lo hacía. Frustrado y furioso, el leñador ordenó a todo el mundo que retrocediera y después golpeó las cadenas con su hacha, partiéndolas.

Rakel se derrumbó. Después, y pese a lo vergonzoso que era el llanto en una guerrera de Benalia, lloró abiertamente tanto de alivio como de miedo renovado por su niño, pues el rescate significaba un retorno a la vida y a su miríada de problemas. Estaba más muerta que viva, y lo único que deseaba era arrastrarse hasta lo más profundo de la oscuridad y quedarse allí.

Gaviota intentó levantarla, pero el cuerpo de Rakel estaba tan flácido y desmadejado como un montón de algas marinas. Lirio apartó al leñador y examinó a Rakel para averiguar si alguna de las heridas era mortal.

--Pobrecita --repetía una y otra vez--, pobrecita...

Pero una parte de su espíritu estaba cantando. Habían llegado a tiempo de salvar a Rakel, y todo gracias a ella: a Lirio, una antigua prostituta.

Gaviota estaba tan enfurecido que su grito les ensordeció a todos.

--¿Quién te ha hecho esto? ¿Quién ha sido? ¡Le mataré! ¡Mataré a todos los habitantes de esta ciudad!

El leñador siguió aullando y vociferando, a pesar de que sus gritos no servían de nada. Fue Lirio la que se desgarró las enaguas para formar unos vendajes, Ordando quien encontró la llave de los grilletes que estaba colgada en la pared y los abrió, y Bardo quien acabó con el torturador.

El cansancio y el dolor habían hecho que Rakel perdiera el conocimiento a cada momento para recuperarlo unos instantes después, pero consiguió explicarles que Sabriam había ordenado la tortura, que estaba en la sala del consejo del piso de arriba y que tenía cautivo a su hijo.

--Su nariz... La nariz de Sabriam está vendada. Buscadle... Matadle... Pero encontrad... a mi hijo...

--Oh, por la clemencia de Xia --murmuró Lirio mientras vendaba las heridas de Rakel--. Ya no es necesario que sigas luchando, Rakel. Salvaremos a tu hijo y te sacaremos de aquí. Lo juro.

--¿Puedes llevarnos a la sala del consejo? --preguntó Gaviota--. A través del éter, quiero decir.

--Yo... Eh... --Lirio contuvo el aliento--. Ah... No, no. No puedo sentir ninguna magia. Ha sido utilizada hasta agotarla, o estará protegida, o estamos demasiado abajo. Oh, ya empiezo a fallaros...

--¡No, nada de eso! --ladró secamente Gaviota--. ¡Nunca me he sentido tan orgulloso de ti! Pero necesitamos...

--La puerta --murmuró Rakel--. Al final del pasillo... Escalera... Lleva a la sala del consejo.

Ordando fue corriendo a investigar y volvió con idéntica rapidez.

--¡Tiene razón! ¡Hay una escalera de caracol que sube y sube como si llegara al cielo!

--Al infierno, más probablemente. Pero iremos por ella.

Gaviota tomó a la vendada Rakel en sus brazos, pues no podía mantenerse en pie. La guerrera, medio inconsciente, estaba hablando en murmullos con Hammen y con alguien llamado Garth.

--¡Deja de vomitar y cógela! --ordenó el leñador, inclinándose sobre Stiggur--. ¿Querías aventuras? ¡Pues ahora ya las tienes!

El muchacho cogió torpemente a la mujer que parecía fundirse en

sus brazos, pues pese a toda su fuerza Rakel era más baja y delgada que él. El olor a sangre y quemaduras que desprendía le hizo arrugar la nariz, pero no la soltó.

Estaban preparados. Bardo volvió la mirada hacia el torturador muerto. El paladín volcó con su espada la jaula llena de ratas, y éstas se desparramaron por el suelo en un sucio montón grisáceo. Después cerró la puerta de un manotazo y rompió la llave dentro de la cerradura.

Gaviota se quitó la capa, que le había hecho sudar dentro de aquella diminuta mazmorra. El leñador colgó su hacha de su ancho cinturón, se pasó el arco por encima del hombro y comprobó la cuerda.

--Y ahora a por ese Sabriam, y a rescatar al chico. ¿Estáis conmigo?

Ordando se limpió las manos en sus pantalones de lana, movió los dedos sobre la empuñadura de su espada para sujetarla mejor y curvó los labios en una sombría sonrisa.

--¿Enfrentarse a toda una sala llena de cortesanos y de sus guardias de élite? ¡Será un placer!

Subieron rápidamente por la escalera en fila india, e iniciaron el ascenso.

* * *

Cuando llegó al final de la escalera de caracol, Gaviota empujó una puerta de bisagras bien engrasadas y se encontró con una habitación de paredes de piedra en la que había colgado un tapiz. El tapiz tenía un pequeño agujero que servía como mirilla, y Gaviota examinó la sala del consejo a través de él mientras los demás iban colocándose a su espalda: Lirio con sus ropas blancas ensuciadas por el viaje y manchadas de sangre; Stiggur sosteniendo en sus brazos a la silueta inmóvil de piel muy blanca que era Rakel, ensangrentada y sucia y envuelta en la capa del muchacho; Ordando, que ardía en deseos de vengar los sufrimientos de su comandante; y Bardo, que alzó su espada por encima de sus cabezas y aguardó la señal de Gaviota.

El leñador puso una larga flecha en su arco y asintió. El largo acero de Bardo atravesó el tapiz con tanta facilidad como si fuese una telaraña, y pliegues polvorientos cayeron a sus pies.

La claridad del sol entraba por grandes ventanales en un lado de

la sala, derramándose sobre el otro extremo de la gran estancia y haciendo que la alfombra azul pareciese brillar y estar llena de vida. Cortesanos boquiabiertos permanecían inmóviles a lo largo de las paredes. Los guardias, perplejos, estaban en la puerta de la derecha con los pies como enraizados en el suelo y los ojos saliéndoseles de las órbitas. Seis miembros del consejo se levantaron en la lejanía, poniéndose de pie detrás de la mesa del estrado. Sólo el séptimo, que padecía los efectos de la infección de su nariz y del exceso de drogas, siguió sentado. Un niño de dos años vestido de cuero negro que se encontraba detrás de él gritó una palabra.

Todos contemplaron en silencio al extraño grupo que había aparecido ante ellos, surgiendo de detrás del viejo tapiz a pesar de las mejores protecciones mágicas que el dinero podía comprar.

El hombre de las cicatrices que vestía aquellas toscas prendas de piel de ciervo alzó su arco y tensó la cuerda..., y la soltó.

Años de práctica y un abrasador deseo de venganza impulsaron a la flecha de Gaviota y la guiaron infaliblemente hasta su blanco. El astil hendió el aire y atravesó la garganta de Sabriam, sujetándolo al respaldo de su pesado sillón de roble.

Un coro de siseos y jadeos ahogados resonó en la sala. Los guardias se lanzaron a la carga, pero no pudieron abrirse paso por entre la ebria multitud que contemplaba la doble amenaza que suponían Bardo y Ordando, ambos con sus escudos y sus espadas levantadas.

Gaviota fue corriendo hasta el otro extremo de la sala del consejo. Los miembros del consejo se apresuraron a dispersarse. El leñador se colgó el saco del hombro y subió de un salto al estrado. Gaviota agarró la pesada y reluciente mesa de madera por debajo, sujetándola con las dos manos, y después tiró de ella y la arrojó a un lado. Ya nada se interponía entre él y el encogido y tembloroso Sabriam, que miraba al enfurecido gigante con ojos que habían recuperado repentinamente la sobriedad.

--¡Soy Gaviota el leñador! --declaró mientras descolgaba su larga hacha de doble hoja de su cinturón--. ¡Soy el hombre al que pretendías asesinar, junto con mi hermana, y soy amigo de Rakel!

Y después de haber gritado esas palabras, Gaviota alzó el hacha por encima de su cabeza como si se dispusiera a cortar unas ramas para el fuego, y la dejó caer con todas sus fuerzas.

La pesada hoja partió por la mitad a Sabriam e hizo astillas el asiento de su trono. Sangre, sesos, entrañas, costillas, órganos...

Todo se confundió en una repugnante masa púrpura.
Gaviota liberó su hacha ensangrentada de una potente sacudida y giró sobre sus talones para encararse con los asombrados cortesanos y guardias.
--¡Ahí está una de vuestras compatriotas, y ved lo que le habéis hecho! --gritó--. ¡Muéstraselo, Stiggur!
El muchacho tenía los brazos llenos de mujer, por lo que Lirio levantó la capa y enseñó a la atónita sala las heridas y quemaduras que cubrían el cuerpo de Rakel. Stiggur fue volviéndose en un lento círculo ante las disipadas heces del clan de Sabriam. Algunos vomitaron y algunos se desmayaron, y algunos se limitaron a apartar la mirada.
--¿Lo veis? --atronó Gaviota desde el estrado ensangrentado--. ¡Esto va a terminar, o será esta ciudad la que dejará de existir! ¡Así lo juran Gaviota el leñador y Mangas Verdes la druida!
Lloros, susurros y plegarias le respondieron. Después, rompiendo el tenso silencio que siguió a sus palabras, Gaviota rodeó con los dedos el tembloroso brazo del niño vestido de cuero negro y cabeza rasurada.
--Tu madre te necesita, Hammen.
Los ojos azules del niño se alzaron hacia aquel hombre tan alto y robusto y le lanzaron llamas heladas, pero cuando Stiggur subió de un salto al estrado con su pálida carga, un estallido de dolor desgarró el corazón del niño y todo su ser se reconstruyó de repente.
--¡Madre!
Hammen se aferró a su madre, inmóvil debajo de la capa que la envolvía, mientras Stiggur se tambaleaba bajo aquella carga extra.
Sacada de su estupor por aquella única palabra, Rakel abrió ojos inyectados en sangre y besó la coronilla rasurada de su hijo.
--Hammen...
Bardo y Ordando se habían movido hacia atrás en un retroceso perfectamente sincronizado, llevando a los otros hacia Gaviota. Los guardias siguieron su movimiento, con las alabardas paralelas al suelo y sin dar ninguna señal de que fueran a atacar.
Y entonces un capitán de la guardia fue corriendo hasta la puerta y empezó a chillar.
--¿A qué estáis esperando? ¡Capturadlos!
El leñador miró a su alrededor y después empezó a retroceder hacia las ventanas abiertas. El panorama que podía contemplarse desde aquella gran altura le arrancó un jadeo ahogado.

La ciudad-estado de Benalia se extendía hasta allí donde podía llegar la vista, desplegándose hacia la base de las lejanas colínas azules. Había más casas, edificaciones, calles y personas que árboles en un bosque, o que copos de nieve en una ventisca.

Los guardias habían echado a correr y ya casi estaban encima de ellos. Los camaradas de Gaviota buscaron refugio en el estrado, pegándose unos a otros alrededor del cuerpo partido en dos de Sabriam. Bardo agarró la pesada mesa para colocarla de lado y utilizarla como barrera.

--¿Puedes sacarnos de aquí mediante un conjuro, o tendremos que librar nuestra última batalla en esta sala? --preguntó Gaviota, volviéndose hacia Lirio.

La hechicera alzó la cabeza. Las cosas estaban ocurriendo demasiado deprisa.

--¡No lo sé! Necesito tiempo...

Gaviota se limitó a asentir, extrañamente calmado. Habían rescatado a Rakel y a su hijo. Si morían en aquella sala, rodeados por decenas de enemigos, las leyendas dirían que habían llevado a cabo su misión y que habían hecho cuanto estaba en sus manos.

Pero entonces una idea surgió en su mente mientras contemplaba la ciudad.

--¿Podríamos volar? --preguntó de repente.

--¿Volar? --Lirio le miró fijamente. Sus ojos estaban tan abiertos que parecían a punto de salirse de sus órbitas--. Oh, no. Eh... Yo no...

--Es el momento.

Gaviota giró sobre sus talones y rodeó con los brazos a Stiggur y Lirio, y después llamó a Bardo y Ordando mientras salía por el gigantesco ventanal y se detenía en la gran losa que formaba el alféizar. El viento agitó su cabellera alrededor de su rostro y tiró de su capa. El leñador alzó un brazo y rodeó a Lirio con él.

--Haznos volar, Lirio.

Lirio hubiese querido gritar.

--¡No puedo!

Gaviota, que seguía envuelto en aquella extraña aureola de tranquilo fatalismo, se inclinó sobre ella y depositó un beso en su coronilla.

--Puedes hacerlo --dijo--. Sabes que puedes hacerlo. Tengo fe en ti, Lirio. Todos la tenemos.

Lirio volvió frenéticamente la cabeza de un lado a otro, y sus ojos recorrieron los rostros de sus camaradas. Bardo y Ordando los

flanqueaban y sostenían sus espadas cruzadas en las ventanas abiertas para mantener a distancia a los todavía perplejos guardias. Stiggur sostenía a Rakel y contemplaba a Gaviota, su héroe, obteniendo fuerzas de él. Hammen no soltaba la mano de su madre.

Lirio se mordió el labio, extendió los brazos como si fuera a volar y rezó.

--No puedo...

Gaviota alargó los dos brazos por detrás de ellos y sus dedos encontraron las capas de Bardo y Ordando.

--¡Puedes hacerlo!

Y, agarrándolos a todos a la vez, Gaviota se inclinó hacia adelante y todos se precipitaron en el vacío.

La neblina marrón, verde, azul y amarilla se rasgó ante los ojos de Mangas Verdes, y se encontró de pie en un prado lleno de hierba amarilla que le llegaba hasta las rodillas.

La joven hechicera dejó escapar el aliento con un gran siseo. No se había dado cuenta de que estuviera conteniendo la respiración.

--¡Lo he hecho!

Mangas Verdes se apresuró a mirar a su alrededor, y sus ojos fueron más allá de sus amigos y recorrieron el horizonte. Su hermano, el ejército, el cañón y la noche habían desaparecido, y habían sido sustituidos por colinas cubiertas de hierba amarilla que se alejaban en todas direcciones y por el sol que brillaba encima de sus cabezas.

--¡Lo he hecho! --repitió, feliz y maravillada--. Mi conjuro nos ha trasladado a todos y...

Mangas Verdes no necesitaba añadir «y mi mente sigue intacta», por lo que se calló.

Sus compañeros de viaje también miraron a su alrededor y contemplaron las colinas amarillas y el cielo vacío. No había nada más que ver.

Fue Helki quien se encargó de formular en voz alta la pregunta que se agitaba en las mentes de todos.

--Pero ¿dónde estamos, Mangas Verdes?

--¿Eh? --La hechicera volvió a mirar a su alrededor, pero no había gran cosa que ver--. Hummm... ¿Esto no es Phyrexia, plano de... demonios?

Helki señaló con un dedo.

--Sólo hay unos cuantos pájaros en las alturas, y nada más.

Los humanos ni siquiera podían verlos.

Mangas Verdes se inclinó y arrancó un tallo de hierba del suelo.

Olía muy bien y tenía una delicada cabeza granulosa erizada de pelitos, y habría sido un forraje excelente para el ganado. El sol calentaba la tierra, y la brisa era suave. Aquel lugar no tenía el aspecto que se podía esperar de un erial donde moraba una plaga de demonios.

--¿Qué significa esto? --le preguntó al aire.

--¿Sigues en contacto con el cerebro verde? --sugirió Amma.

Mangas Verdes frunció el ceño y se concentró. Un instante después pudo oír la canción del cerebro, su enloquecido parloteo y una sombra de miedo resonando en las profundidades de su mente. Pero el cerebro de piedra no estaba cerca, y Mangas Verdes pensó que ni siquiera se hallaba en aquel plano.

--No lo entiendo --dijo--. Tendría que haber ido directamente hacia él.

--Quizá hayamos llegado a alguna especie de punto intermedio --dijo Kwam con voz pensativa--. ¿Podrías traerlo hasta aquí mediante un conjuro?

Mangas Verdes consultó con la voz que resonaba dentro de su cabeza.

--No más que antes. Esos demonios deben de tener alguna forma de retenerlo allí. Chaney dijo que un hechicero de gran poder puede hacerlo.

Mangas Verdes miró a su alrededor en una búsqueda inútil.

--Sigo sin entenderlo... Bien, supongo que debemos volver a intentarlo.

Esta vez, para estar segura, dijo a sus compañeros que se cogieran de la mano: Amma, Helki, Channa y Kwam así lo hicieron, y Mangas Verdes también obedeció su propia orden.

Esta vez el desplazamiento resultó menos difícil. Aferrada a su pentáculo nova (y a su mente dentro de ella), Mangas Verdes concentró toda su voluntad y llamó al maná para que acudiera a su cuerpo y a su espíritu desde todas las direcciones, y sintió cómo el resplandor ondulaba velozmente hacia arriba y los envolvía.

Y se materializaron sobre unas llanuras de barro donde el agua salada se agitaba alrededor de sus botas, zapatos y pezuñas y buscaba introducirse en ellas.

Aquel lugar apestaba a marea baja, y el aire estaba tan frío que su aliento humeaba en él. A lo lejos, quizá a un tiro de arco, el océano golpeaba lentamente una orilla fangosa. Más allá, las ballenas lanzaban chorros de niebla a la gélida atmósfera. Detrás de ellos

había más llanuras de barro, extendiéndose kilómetros y kilómetros hasta terminar en extensiones de hierba salada. Lo más extraño de todo era el sol teñido de rojo suspendido en el cielo por encima del horizonte: Mangas Verdes no tenía ni idea de qué significaba, pues en todo lo que había aprendido no figuraba nada que pudiera explicar un sol rojo.

Nadie necesitó decirlo: una vez más, no estaban en ninguna parte.

Pero Mangas Verdes volvió a encontrar la canción. ¿Estaba más cerca que antes?

Reprimió un suspiro y les pidió que se cogieran de la mano, y volvió a concentrar su voluntad y sus pensamientos, y volvió a invocar oleadas de color para que acudieran a aquel paisaje gris.

La primera sensación que experimentaron después de que la neblina iridiscente se hubiera disipado de sus ojos fue la de que estaban sufriendo pinchazos por todo el cuerpo.

El grupo apenas podía moverse debido a las gruesas hojas de aspecto carnoso que se alzaban a su alrededor y se entrelazaban unas con otras. Ni siquiera podían verse los pies, tan frondosa era la vegetación y hasta tal extremo se confundían unas plantas con otras. Algunas hojas tenían bordes afilados, como si fueran tejas de madera, capaces de herir los flancos rojizos de Helki. Pero lo peor de todo, y eso ocurrió nada más llegar allí, fue que se encontraron asediados por millones de enormes mosquitos surcados por franjas marrones que hundieron sus aguijones en cualquier extensión de carne desnuda que pudieran encontrar.

--¡Deprisa..., ah..., Mangas Verdes! --baló Amma.

Dando manotazos y maldiciendo con los juramentos de su hermano, la druida tuvo que dedicar unos momentos a la búsqueda del cerebro de piedra. Seguía sin estar allí, pero no cabía duda de que se hallaba más cerca. Mangas Verdes se concentró a toda prisa, murmuró unas cuantas palabras y los sacó de allí, dejando sólo sus pisadas y un litro de sangre detrás de ellos.

Todavía frotándose y rascándose, se encontraron en un desierto de rocas planas cubiertas de líquenes verdosos y diminutos brotes amarillos. El cielo estaba nublado y amenazaba lluvia, y el viento tiró de sus ropas y las hizo bailotear alrededor de sus piernas y patas.

Helki bailoteó nerviosamente de un lado a otro, con sus pezuñas repiqueteando sobre aquellas rocas de aspecto parecido al pedernal. Su cola chasqueaba en la brisa como si fuese una bandera.

--El viento se vuelve cada vez más fuerte. Azota esta tierra, y empuja estas rocas. ¿Veis?

La centauro golpeó una roca con una pezuña. Había líquenes sanos en ambos lados, una señal de que se le había dado la vuelta recientemente..., y allí sólo había una cosa que pudiera hacer eso, y era el viento. Una roca se desprendió de una ladera cercana y empezó a rodar. Una ráfaga de viento derribó a Amma, y Kwam tuvo que ayudarla a levantarse y la protegió con su cuerpo. Pero enseguida tuvo que agarrarse a Helki para que no se lo llevara el viento.

Mangas Verdes siguió buscando. El cerebro de piedra estaba más cerca, pero no se encontraba allí. Tal vez estuviera en el siguiente plano.

Cuando volvieran a casa, tendría muchas preguntas que hacer a Chaney.

Si es que volvían a casa...

--¡Una vez más! --gritó--. ¡Agarraos fuerte, y no os soltéis!

Y desaparecieron, con una plegaria en los labios de Mangas Verdes.

* * *

Todo el mundo era roca negra, quemada y calcinada hasta haberse convertido en una sola masa fusionada. Cerca de ellos había la ruina ennegrecida de un edificio de piedra, no más alto que Mangas Verdes, cuyos muros habían sido derribados o se habían derretido. Había más edificios miraran donde mirasen, todos destruidos, perdiéndose en la lejanía por las paredes de un vasto valle. El cielo tenía el color del acero, una masa nublada en la que no había pájaros. Los únicos olores eran los del óxido, el polvo y el agua estancada.

Aquel sitio no podía ser más lúgubre y espantoso, pero aun así Mangas Verdes dejó escapar un chillido de alegría.

--¡Lo he conseguido! ¡Éste ha de ser el lugar! ¡Tiene que ser Phyrexia!

Los demás la felicitaron y le dieron palmaditas en la cabeza y en la espalda, pero enseguida se callaron. Aquel sitio era tan hostil y tan inhóspito que todos se sentían vagamente amenazados y temerosos. Helki, siempre práctica, se encargó de romper el silencio.

--Quizá es una mala pregunta, pero ¿dónde están los demonios y el cerebro de piedra?

Mangas Verdes frunció el ceño. Después del viento en el último

plano que habían visitado, aquel lugar estaba tan silencioso como una tumba: era como si hubiesen sido sellados en un encierro lejano, como si estuvieran muertos y olvidados. Mangas Verdes se concentró y buscó la voz del cerebro de piedra.

Y lanzó una maldición.

--¡No está aquí!

Channa tenía su arco a medio tensar. Se había alejado un poco del grupo, en una reacción automática de exploradora, y estaba investigando lo que les rodeaba.

--¿Esto no es Phyrexia?

Mangas Verdes suspiró.

--Supongo que no. Aunque no cabe duda de que tiene todo el aspecto de un erial destrozado.

--Destrozado por los seres humanos --murmuró Kwam, alzando una mano y mostrándoles una punta de flecha de acero medio derretido.

--Sácanos de aquí, Mangas Verdes. ¿Quieres llevarnos lejos de este sitio, por favor? --preguntó Helki.

--Por supuesto. --La druida apretó los puños y desplegó sus sentidos mágicos en busca del maná de aquel lugar para atraerlo hacia ella--. Ese cerebro de piedra debe de..., de... Oh, no...

--¿Qué pasa? --preguntaron cuatro personas al unísono.

--Oh, no --gimió Mangas Verdes--. ¡No deberíamos haber venido en esta dirección! ¡No hay ningún maná! ¡Ha sido consumido! ¡Ya no queda nada de maná!

»¡No podemos salir de aquí!

_____ 17 _____

El hechizo de vuelo de Lirio cayó sobre ellos con un impacto tan perceptible como el de un puñetazo en el estómago.

Todos se sintieron agarrados por el cuello, el pecho y la ingle, y fueron alzados por el aire como entre los dedos de una mano gigantesca. Sus piernas carecían de peso, y estaban flotando como en un sueño, todavía cayendo pero muy despacio. Gaviota encontró la sensación tanto maravillosa como aterradora, porque se sentía tan libre como un pájaro o un saltamontes y porque sabía que estaba suspendido en el aire sin ningún punto de apoyo. No había cuerda de la que balancearse ni tablón o rama de árbol a los que agarrarse, sino únicamente la magia. El leñador experimentó tanto alivio como desilusión cuando sintió que sus pies entraban en contacto con las losas del suelo y notó que su peso normal volvía de repente con un golpe sordo, como si alguien hubiera dejado caer dos sacos llenos de grano encima de sus hombros.

--¡Lo has hecho, Lirio! ¡Lo conseguiste! --exclamó con voz enronquecida.

Bardo, Ordando y Stiggur se posaron en el suelo con sus cargas, que meneaban la cabeza y se aferraban a ellos. Lirio descendió, poniendo primero un pie en el suelo y bajando el otro un instante después, como un ciervo que salta una valla. La joven dirigió una sonrisa temblorosa a Gaviota, y el leñador rodeó con los dedos el delgado brazo del pequeño Hammen y lo sujetó con firmeza. No quería que el niño cambiara de parecer de repente y echara a correr.

--¿Y ahorra qué? --preguntó el siempre práctico Bardo.

La casa del consejo se alzaba detrás de ellos. Los primeros cuatro pisos eran de piedra y mortero, con ladrillo amarillo a partir de ellos. Arriba, muy lejos de ellos y en una enorme torre cuadrada, estaba la sala que habían invadido. Gaviota vio rostros que se asomaban a los ventanales y se inclinaban hacia los fugitivos. El leñador de Risco Blanco pensó que las dimensiones de aquel edificio eran casi increíbles: para él, un establo era colosal, y aquel edificio habría podido contener un centenar de establos amontonados unos encima de otros como si fuesen haces de ramas. Gaviota percibió por primera vez el tamaño y el poderío de Benalia, pues la casa del consejo era un edificio que se hallaba duplicado una docena de veces en el centro de la ciudad, con centenares de edificaciones más pequeñas rodeándolos.

Estaban atrapados. Una gran plaza pavimentada con losas de piedra rodeaba la casa del consejo. Su perímetro acogía a un mercado, con puestos callejeros y pequeños kioscos pegados unos a otros donde se vendía de todo: había artículos y mercancías de todas clases, armas relucientes y montones de comida, tanto común como exótica. La gente se agitaba en un ir y venir tan incesante como si fuesen hormigas, pero toda aquella multitud se quedó inmóvil para mirarles. Detrás de ella, los dos lados de cada calle estaban ocupados por hileras de casas de tres y cuatro pisos. Gaviota sabía que los edificios se extendían hasta el horizonte, pues había visto todo aquello desde arriba.

Los ratones del campo tendrían que sobrevivir en una ciudad..., con un montón de gatos persiguiéndoles.

Una horda de guardias del consejo, soldados de élite de una ciudad donde todo el mundo era un soldado, salió de la casa del consejo y se lanzó a la carga. Vestían los pantalones y los chalecos de cuero negro de los héroes, y también llevaban yelmos y cinturones adornados con remaches, todo ello pintado de negro. Iban armados con alabardas de acero tan concienzudamente frotadas y limpiadas que relucían, así como con espadas cortas colgadas de sus caderas y escudos redondos que subían y bajaban sobre sus espaldas. Había tanto hombres como mujeres, parejas de compañeros adiestradas para luchar juntos en el campo de batalla cuidando el uno del otro mientras combatían.

Cincuenta combatientes benalitas se lanzaron sobre el grupo de Gaviota, formado por una hechicera y cuatro luchadores..., o por tres, dado que Stiggur tenía que cargar con Rakel, o quizá sería más adecuado decir que por dos, ya que Hammen necesitaba que alguien cuidara de él.

Fue la corpulenta y rubia Ordando quien se encargó de hacer volver a la realidad al leñador. Acostumbrada a las ciudades, Ordando le dio un manotazo en el brazo y le sacó de su aturdimiento.

--¡General! --ladró secamente--. Al callejón..., ese espacio entre los edificios. Allí sólo podrán atacar de dos en dos, y probablemente esté lleno de giros y esquinas. ¡Pero hay que moverse de una vez!

--¡Bien!

Gaviota colocó a Hammen sobre su cadera e hizo girar a Stiggur de un empujón. El leñador llevó a todo el grupo a través de la plaza, abriendo la marcha con un rápido trote. Los benalitas, que estaban acostumbrados a las cargas de soldados y habían aprendido a

quitarse de en medio para no estorbarlas, se hicieron rápidamente a un lado y después volvieron a pegarse los unos a los otros para contemplar la huida de los fugitivos.

Ordando tenía razón. Dos edificios de gran altura flanqueaban un callejón de paredes de ladrillo que se curvaba hacia el final. El aire apestaba, pues la gente lo usaba como retrete público. Gaviota medio arrojó a sus seguidores al interior del callejón, gritando órdenes mientras les empujaba.

--¡Bardo, coge al niño y ábrenos camino! ¡Lirio, averigua si puedes conjurar algún hechizo para viajar por el éter! ¡No sueltes a Rakel, Stiggur! ¡Ordando, vete! Yo les...

Pero la robusta guerrera metió a Gaviota en el callejón con un potente golpe de su trasero y después retrocedió hasta la entrada sin mirar al leñador. Ordando dejó caer su capa al suelo, preparando su espada y su escudo para el combate mientras le hablaba a gritos por encima del hombro.

--¡Marcharos! ¡Esto ha sido idea mía! ¡Yo les entretendré!

Gaviota puso la mano sobre el hombro lleno de cicatrices de la guerrera.

--¡Pero dijiste que sólo podían atacar de dos en dos!

--¡Y con eso siguen siendo dos! ¡Marcharos! ¡Yo les contendré! ¡Dale un beso a Rakel de mi parte, y besa a mis esposas por mí!

Ordando plantó los pies en el suelo, lanzó un escupitajo en su dirección y alzó la espada.

--¡Marcharos de una vez, y buena suerte en vuestra cruzada! ¡Con cada hechicero al que detengáis habréis salvado una docena de aldeas!

Gaviota intentó responder con alguna palabra de estímulo, pero su mente parecía haber dejado de funcionar. Maldiciéndose a sí mismo y tratándose de cobarde y fracasado, el leñador giró sobre sus talones y echó a correr por el callejón.

Un instante después oyó un grito detrás de él, acompañado por el impacto del acero templado sobre un casco de hierro. Después oyó una estruendosa carcajada tan llena de vida como el viento del norte.

--¡Hy-aah! ¡Venid a por mí, bastardos! ¡Venga, toma eso! ¡Poned a prueba vuestro valor con una capitana del ejército de Gaviota y Mangas Verdes! ¡Hy-aah!

* * *

--Es inútil.

Helki y Channa, su exploradora, se habían alejado de la plaza mientras los demás descansaban y Mangas Verdes reflexionaba. La exploradora de piel morena llevaba un arco corto en una mano con una flecha preparada entre los dedos. Tal como se le había enseñado a hacer, Channa se deslizó sigilosamente por entre los edificios en ruinas buscando enemigos y rutas de huida, examinando el terreno y percibiendo mil cosas más. Helki fue en otra dirección, moviéndose con idéntica cautela. El suelo, un extraño cristal negro que recordaba a la obsidiana, estaba resbaladizo debajo de sus cascos.

--No encuentro nada vivo. No hay plantas, ni siquiera musgo... Puede que haya agua en esa dirección, creo que hacia el norte, donde el nivel del suelo va descendiendo, pero no percibo ninguna señal de su presencia en un radio de un kilómetro. --Volvió a recorrer con la mirada el cielo color gris acero, buscando pájaros o insectos, y acabó meneando la cabeza--. No consigo creer que un lugar pueda llegar a estar tan muerto.

Sus palabras se perdieron en aquella atmósfera inmóvil y silenciosa, disipándose sin dejar ningún eco. Incluso el aire olía a muerto, pues no había olores, ni siquiera los de la podredumbre o el óxido. Aquel lugar era totalmente gris, piedra y ruinas de piedra y nada más.

Mangas Verdes sabía que estaba vacío de magia. El maná de la tierra había sido absorbido, aspirado y utilizado cuando la ciudad murió en algún horrendo cataclismo. ¿Sería aquél el lugar en el que habían batallado Urza y Mishra? ¿Quién podía haber causado tanta devastación sino los Hermanos?

Amma se sentó en el suelo, dobló su capa encima de sus rodillas y esperó pacientemente. Kwam desenrolló un pergamino y empezó a dibujar los edificios en ruinas, intentando distinguir las runas medio ocultas bajo las manchas dejadas por el fuego. Helki estaba ocupada con su arnés de guerra. Channa se había alejado hasta perderse de vista, absorta en su tarea de exploradora.

Mangas Verdes sintió deseos de gritar. Todos estaban ocultando su miedo tan admirablemente bien, esperando a que ella hiciese un milagro... La joven hechicera deseó desesperadamente tener algún milagro oculto.

Las preguntas giraban velozmente dentro de su cabeza. ¿Por qué la pista del cerebro llevaba hasta allí? ¿Habría estado en aquel lugar alguna vez, quizá habiendo formado parte del holocausto final? ¿Por

qué no había conseguido llegar a Phyrexia, y aparecer cerca del cerebro?

Y, por encima de todo, ¿cómo podía sacarles de aquel agujero que ella misma había cavado?

¿Qué le habría dicho Chaney? ¿Cuáles habían sido sus enseñanzas? ¿Había abordado en alguna ocasión el tema de qué hacer cuando no había maná disponible?

«La magia viene del interior, no del exterior.» Chaney se lo había repetido centenares de veces, y Mangas Verdes había asentido obedientemente cada vez. Pero en aquel momento se dio cuenta de que nunca la había entendido. Hacía falta conocimiento para revelar la ignorancia, y en aquel caso se trataba de su ignorancia.

Había maná allí, naturalmente. Estaba dentro de Mangas Verdes, oculto en las profundidades de sus puntos chakra. El contenido de un recipiente de maná muy especial canturreaba dentro del pentáculo nova que llevaba encima del pecho. También había maná dentro de sus amigos, al igual que había maná dentro de todos los seres vivos bajo la forma de pequeños y débiles resplandores, como hogueras cuyos rescoldos siguieran ardiendo bajo una capa de cenizas.

Eso quena decir que, si llegaba a ser necesario, Mangas Verdes podía usar el maná que había allí. Podía usar su propio maná. ¿Y si utilizaba una cantidad excesiva? La respuesta estaba a su alrededor. Un ser vivo al que se hubiera despojado de su maná quedaría tan muerto y carente de vida como aquella ciudad que había sido grande en tiempos muy lejanos.

El conjurar y el viajar por el éter eran dos lados de una misma hoja. Si había llegado hasta aquel lugar, también podía irse. Si no podía salir de allí viajando por el éter, podía... ¿Qué? ¿Hacer que algo les conjurase a otro sitio?

--¡Oh!

--¿Eh? --preguntó Amma.

Mangas Verdes estaba empezando a entenderlo. En vez de recolectar el maná de manera local, quizá pudiera invocar un objeto y utilizar su maná para que los impulsara a lo largo de la pista que habían estado siguiendo. ¿Acaso el cerebro de piedra no era el artefacto mágico más poderoso jamás creado?

Mangas Verdes cerró los ojos y dejó todos los sonidos exteriores fuera de sus oídos con un esfuerzo de voluntad, y después envió a su espíritu muy lejos de allí para que buscara y encontrase el grito del cerebro de piedra. Lo encontró, una diminuta chispa que brillaba en la

oscuridad. Mangas Verdes avanzó hacia ella, moviéndose con cautelosa delicadeza para no romper la hebra...

... y sintió que la hebra la envolvía, como si fuese el hilo de una araña gigante surgida de las profundidades del bosque. El poder y la fuerza de aquel objeto se adhirieron a su espíritu y tiraron de él.

--¡Deprisa! --gritó, jadeando por dentro y por fuera--. ¡Venid aquí!

Mangas Verdes luchó para no quedar separada de su espíritu. Trató de evitar que el potente tirón se lo arrancara, pues allí estaba de nuevo el antiguo temor a perder la cordura, a enloquecer y precipitarse en las profundidades de una neblina de locura. Pero el pentáculo nova la ayudó a sujetar su mente con bandas invisibles y, lo que era todavía más importante que eso, la voz reseca y tranquila de Chaney empezó a murmurar en su oído.

Sus amigos se pegaron a ella, temiendo quedar abandonados en aquel lugar cuando se marchara. El tirón era tremendo, como una marea invisible que quisiera arrancarla de aquel lugar y pretendiera ahogarla.

Pero Mangas Verdes seguía estando anclada allí, pues carecía de maná que poder emplear..., salvo la fuente que había dentro de ella. La joven druida, desesperada, estaba tirando en demasiadas direcciones a la vez. Quería salvar a sus amigos aunque ello le costara la vida, y Mangas Verdes buscó dentro de su alma y tomó puñados de maná.

Sus rodillas se doblaron, su corazón tembló y su cerebro empezó a perder su energía y el fluir de su canción. Mientras todo se ennegrecía a su alrededor, Mangas Verdes detectó ondulaciones junto a sus pies, una oscilación de colores que empezaba a subir...

Y Mangas Verdes y sus amigos se precipitaron a través del vacío.

* * *

Gaviota descubrió que el callejón era un auténtico laberinto de giros y revueltas.

Vallas, muros de piedra, jardines diminutos, viñas, montones de basura y pilas de estiércol, colada tendida de un sinfín de cuerdas... Todo estaba mezclado y confundido hasta que llegó un momento en el que Gaviota apenas si pudo ver el suelo y las paredes. Stiggur se había detenido en la esquina siguiente, que Gaviota vio como a través de un túnel medio oculto debajo del laberinto que se alzaba sobre ellos. Jadeando, casi alcanzó al muchacho, pero Stiggur echó a correr

por otro callejón y siguió moviéndose como una exhalación por delante de él, siempre demasiado lejos para que el leñador pudiera reunirse con él. Gaviota se preguntó qué había hecho con Rakel --¿habría muerto y habían arrojado su cuerpo a un lado?--, hasta que acabó divisando a Bardo en la lejanía, con el flácido cuerpo de Rakel medio oculto por la capa colgando de un robusto brazo y su enorme espada en el otro. Lirio estaba junto a él. La joven hechicera y el paladín habían llegado a un punto en el que convergían varios callejones, y estaban intentando decidir qué debían hacer.

Gaviota llegó con sólo una pregunta en los labios.

--¿Puedes sacarnos de este sitio a través del éter?

--¡No creo que pueda hacerlo desde aquí abajo! --La joven, desesperada, había empezado a dar tirones del diminuto huevo de dingus que colgaba de su cuello--. ¡Hay muy poco maná en el suelo! ¡Necesitaría utilizar mis recursos interiores!

--¿Puedes hacerlo?

--Me parece que sí.

Gaviota empezó a preocuparse. Lirio tenía los ojos hundidos en las órbitas y los labios fruncidos por la tensión, y le temblaban las manos. Parecía lo bastante agotada para poder dormir durante una semana. Quizá tendrían que acabar llevando en brazos a dos mujeres.

--¿Cómo está Rakel?

--Viva, perro fuerra de combate --dijo Bardo, que nunca se tomaba la molestia de andarse con rodeos--. Tiene suerrte. ¿Orrdando?

--Defendiendo el callejón.

Stiggur tragó saliva.

--¿Contra cincuenta enemigos?

Gaviota se limitó a asentir con expresión sombría, aunque la carrera le había dejado jadeante.

--No debemos malgastar su sacrificio. Tenemos que sacar de aquí a Rakel. Tiene que vivir... Y vosotros también tenéis que salir de aquí sanos y salvos.

--Y tú --añadió Lirio.

--Yo no soy importante.

Pero el leñador parpadeó. Incluso agotada como estaba y a pesar de que su magia había funcionado, Lirio pensaba en los demás, como si la responsabilidad la hubiera hecho crecer de repente. Estaba pensando en su bienestar. ¿Qué le había ocurrido a la chispa que había surgido entre ellos? ¿Había muerto, o meramente estaba enterrada?

--¿Porr dónde? --preguntó secamente Bardo--. Dirrígenos, generral.

Gaviota se obligó a pensar con calma a pesar de los enemigos que les perseguían.

--¿Qué necesitas para sacarnos de aquí mediante un conjuro, Lirio?

La mirada de la joven hechicera recorrió los oscuros muros que parecían oprimirles por todas partes.

--Supongo que un sitio que estuviera muy arriba desde el que pudiera emplear la magia de las nubes.

--¿Y tu hechizo de vuelo no puede...?

--¡Es el mismo problema! ¡Para eso vuelvo a necesitar magia, y no puedo obtenerla de aquí abajo! Y en realidad es más bien un hechizo de salto... --La joven hechicera se estaba calmando, extrayendo nuevas fuerzas de la tranquilizadora presencia de Gaviota y el paladín. Lirio intentó no pensar en la captura y en la posibilidad de sufrir como había sufrido Rakel--. Da alas a tus pies, pero se disipa cuando vuelves a tocar el suelo. Eso quiere decir que más nos vale bajar en un sitio donde estemos a salvo...

--Ya... Ir saltando de un tejado a otro no me parece demasiado útil --dijo Gaviota, empezando a pensar en voz alta--, pero tampoco podemos ir por las calles.

--Si tirramos abajo una puerrta, podrríamos subirr al tejado... --sugirió Bardo.

Nadie quería decirlo, pero a menos que Lirio pudiera sacarles de allí pronto, su situación era desesperada. Toda una ciudad y mil soldados que se encontraban a sólo unos momentos de distancia querían ver correr su sangre.

--¡Oigo ruido de pies, Gaviota! --gritó Stiggur.

Un estrépito de pasos resonó en un callejón, pero no procedían de la dirección hacia la que se había vuelto Stiggur sino de otra. Los soldados se habían movido trazando un círculo, o quizá fuera que nuevos contingentes se habían unido a la persecución.

El paladín reaccionó al instante depositando a Rakel en los brazos de Stiggur y desenvainando su espada para enfrentarse al inminente ataque. Gaviota se puso a su derecha, ya que esa posición le permitiría manejar mejor el hacha con la mano derecha. El leñador dejó escapar un gruñido de sorpresa cuando el pequeño Hammen desenvainó su daga de héroe y se plantó junto al pie de Bardo: el niño parecía tan inofensivo como un bebé de puercoespín. Gaviota todavía

no había conseguido superar la pérdida de Ordando. Su minúscula fuerza de rescate había quedado reducida a dos combatientes y una hechicera agotada.

Sus preocupaciones no tardarían en terminar...

--¡Lirio! --Gaviota desenvainó su daga negra de su cinturón y la arrojó a los pies de la joven--. ¡No permitas que vuelvan a capturar a Rakel o que te cojan con vida!

--¡Gaviota! --ladró Bardo.

Aquel grupo de perseguidores estaba compuesto por seis soldados, cuatro hombres y dos mujeres que vestían prendas de cuero negro e iban armados con espadas cortas y escudos redondos: eran una patrulla que había dado con el callejón correcto. Todos sonrieron, considerándose muy afortunados y pensando en la recompensa que obtendrían.

Aunque en realidad no eran tan afortunados como creían, pues se enfrentaban a Bardo, el paladín de las Tierras del Norte, y a Gaviota el leñador.

La patrulla se dividió, con dos parejas avanzando y dos jóvenes soldados quedándose atrás como reservas. La pareja que había elegido a Bardo avanzó con lenta cautela, pero la que venía hacia Gaviota sonrió burlonamente al ver que el leñador no tenía escudo.

Gaviota hizo una finta, y después se lanzó hacia adelante e incrustó el mango de su hacha en la primera sonrisa. Pillado por sorpresa, el hombre chilló y cayó de espaldas. Gaviota le había golpeado en el labio superior, destrozando varios dientes y haciendo brotar un surtidor de sangre.

Pero el leñador no permitió que haber atacado el primero le dejara indefenso, y se mantuvo en guardia. El segundo soldado, una mujer que llevaba un casco de hierro, utilizó el cuerpo del soldado que caía como protección desde la que lanzar un tajo contra el muslo de Gaviota. El leñador pensó que probablemente les habían dado órdenes de capturarlos con vida para poder torturarles. De ser así, eso le daba una considerable ventaja, porque Gaviota sí podía matarles.

Y lo hizo. Utilizando una maniobra que le había enseñado Rakel, Gaviota apartó a un lado la espada con el mango de su hacha y se lanzó sobre su oponente. («El instinto nos advierte de que debemos retroceder ante el ataque --le había explicado la voz firme y tranquila de Rakel, y Gaviota creyó oírla resonar en sus oídos--. Pero lo que has de hacer es ir hacia el ataque. ¡No dejes espacio para maniobrar a tu oponente, y métete dentro de su guardia!») Gaviota golpeó el escudo

de la mujer con su cadera y dejó caer el mango del hacha sobre su cara. Aturdida y cegada, la mujer retrocedió. («¡Siempre has de golpear dos veces, un golpe detrás de otro y lo más deprisa posible! El rayo siempre se bifurca.») Pero Gaviota no lanzó el golpe letal. Nunca mataba a menos que no le quedara más remedio..., y si eso significaba que nunca llegaría a ser un buen soldado y que podía morir bajo el golpe de una mano a la que había perdonado, que así fuese. El leñador se conformó con caer sobre la mujer para volver a golpearle la cabeza, dejándola inconsciente.

Bardo, mejor adiestrado y armado, ya había hecho sangrar a sus dos oponentes, a uno de una herida en el estómago y al otro de un tajo en la garganta. Hammen había empuñado su diminuta daga y estaba contemplando el combate con los ojos muy abiertos, paralizado por el estupor. Los dos reservas tragaron saliva, intercambiaron un asentimiento de cabeza y se lanzaron al ataque.

Gaviota gritó para distraerles. Después saltó por encima de sus dos enemigos caídos y, no teniendo otra manera de atacar, hizo girar su hacha impulsándola con todas sus fuerzas. El soldado que estaba más cerca de él, una mujer, bajó su escudo para detener el golpe cuando ya era demasiado tarde. Pero nada podía desviar tanto metal aullante. El arma de doble hoja del leñador abolló el reborde de hierro del escudo, rebotando en él e incrustándose en la cadera de la mujer, casi cercenándole la pierna, y le hizo perder el equilibrio. Gaviota arrancó la hoja profundamente hundida con un salvaje tirón, y la mujer cayó al suelo.

El leñador la vio caer, soltar sus armas y echarse a llorar como una niña. Intentó endurecer su corazón y acordarse de que aquellas personas habían torturado a Rakel y a un número incontable de víctimas antes que a ella y que habían intentado asesinarle y asesinar a Mangas Verdes, y todo por sus retorcidas conspiraciones que acumulaban planes dentro de más planes.

Pero cuando la mujer cerró los ojos por última vez, un chorro de sangre manando por debajo de su mano enrojecida, algo pareció romperse dentro del corazón de Gaviota. Una parte de su ser murió. El leñador se preguntó a cuántas personas más mataría antes de que dejara de ser un hombre para convertirse en una simple máquina asesina.

--¡Vamos! --La rabia del combate convirtió la voz de Bardo en un graznido enronquecido. El soldado que se había enfrentado al paladín ya llevaba un rato muerto--. No tenemos mucho tiempo.

--¡Vienen más! --gritó Stiggur, tambaleándose bajo el peso de Rakel.

Gaviota agitó el hacha de un lado a otro, haciendo que un pequeño diluvio de sangre saliera despedido del acero.

--No podemos quedarnos aquí y seguir matando todo el día. Utiliza tu hechizo de vuelo, Lirio. Llévanos hasta un tejado.

--No puedo traer el maná tan abajo...

--¡Hazlo! --La áspera sequedad del tono de Gaviota hizo que Lirio se tambaleara como si acabase de recibir una bofetada--. Por favor, Lirio... --añadió el leñador, sintiéndose avergonzado de sí mismo--. Ya no me quedan más ideas.

Lirio asintió distraídamente, rodeó su huevo de dingus con la mano y empezó a escrutar la mirada los retazos de cielo que podía ver. Después alzó las manos como una adoradora del sol, y rezó.

--¡Eh, cuidado! --chilló Lirio.

Una docena de soldados aparecieron a la carrera doblando la esquina. Las hojas de sus espadas y sus prendas de cuero estaban manchadas con la sangre de Ordando.

Pero el grito de Lirio hizo que se detuvieran.

--¡Saltad! ¡Por ahí!

Gaviota se volvió hacia el edificio que estaba señalando, y vio que se encontraba tan lejos que no podría haberlo alcanzado con una flecha. Pero flexionó las piernas y saltó.

Y no volvió a bajar.

Su cuerpo se aligeró de repente, como si se hubiera lanzado al agua. Sus pies se agitaron de un lado a otro, enredándose y entrechocando como si hubiera saltado desde un arenal. Los soldados se fueron volviendo más y más pequeños, y acabaron desapareciendo detrás de él. Otras siluetas subían a su alrededor. La capa de Lirio onduló y aleteó hasta que la joven pareció estar cubierta de espuma marina. A pesar de su apurada situación, Stiggur sonreía de puro deleite ante aquella nueva sensación: el muchacho no había tenido tiempo de disfrutar de su caída anterior. Gaviota se alegró de que los soldados de Benalia no fueran armados con arcos y flechas.

El edificio que habían escogido como meta, de piedra en la parte inferior y de ladrillo arriba, se alzó ante ellos como una pequeña montaña. Lirio movió la mano en el vacío como si le diera palmaditas al aire, dirigiéndolos hacia abajo: era la primera vez que Gaviota la veía controlar sus movimientos durante un vuelo. Un instante después vio que el tejado, que se extendía detrás de un pequeño parapeto,

estaba ligeramente inclinado y recubierto de tejas. Canalillos forrados de plomo dirigirían el agua de lluvia hacia bocas en forma de gárgolas colocadas en las esquinas del tejado. Lirio fue la primera en aterrizar, haciéndolo con la gracia de una bailarina y subiendo las rodillas instintivamente al posarse. El descenso de Gaviota fue más violento, y estuvo acompañado por un golpe sordo cuando todo su peso volvió de repente y casi le dislocó los tobillos. Stiggur, cargado con el peso inconsciente de la heroína benalita, acabó con el trasero en el tejado, pero consiguió evitar que la cabeza de Rakel chocara con las tejas. Hammen se había agarrado a la capa que envolvía a su madre.

Volviendo a concentrarse inmediatamente en su oficio, Bardo se limpió la espada en la capa para quitarle la sangre pegajosa que la cubría, y después la envainó. El paladín descolgó su arco largo del hombro, probó la cuerda y sacó una flecha de la aljaba.

--¡Prrepárrate parra disparrar! --le gritó a Gaviota.

Gaviota se colgó el hacha del cinturón con un movimiento casi mecánico que manchó de sangre su chaleco de piel de ciervo. Después empuñó su arco largo mientras contemplaba sus nuevas defensas. El tejado estaba vacío y consistía en cuatro extensiones inclinadas de tejas de pizarra, con sólo una trampilla de madera en el centro. Cuatro pisos más abajo, un gran número de siluetas negras estaban convergiendo sobre el edificio como otras tantas hormigas soldado.

--¿Contra qué vamos a disparar?

Bardo lamió las plumas de la flecha para alisarlas y dejarlas lo más unidas posible, y después inclinó la cabeza hacia el este, allí donde la aglomeración de edificios de la ciudad empezaba a ser menos grande. Los cuarteles y los campos de entrenamiento debían de quedar en aquella dirección.

Gaviota tragó saliva.

Procedente de aquella dirección se aproximaba una bandada de wyverns, pequeños dragones del tamaño de un buey que tenían el cuerpo gris oscuro y los estómagos de un amarillo sucio, con el hocico corto, el delgado rostro cubierto de escamas y largas alas de gran envergadura cuyos bordes estaban tan afilados como una guadaña. Encima de los wyverns viajaba la versión benalita de la caballería: nueve lanceros, todos con sus armas dirigidas hacia ellos.

«Atacados por tierra y por aire», pensó el leñador. Estaban realmente atrapados.

* * *

--Por todos los dioses... --murmuró Helki, y empezó a toser.

Mangas Verdes entornó los párpados, intentando ver algo a través de la niebla acre que le quemaba los ojos y los pulmones. Estaba hundida hasta los tobillos en una gruesa capa de cenizas y pequeños fragmentos de metal quemado y retorcido. Cuando se movió, los montones de restos crujieron y se agitaron como si estuvieran infestados por manadas de ratas metálicas. La joven hechicera no podía ver más allá de tres metros en cualquier dirección, pues la neblina estaba por todas partes y ondulaba a su alrededor como la humareda de un bosque en llamas. Mirara donde mirase, e incluso en el aire, sólo había destrucción.

Channa tosió.

--Esto hace que el último lugar en el que hemos estado parezca un paraíso --murmuró con voz perpleja y asustada mientras volvía la cabeza de un lado a otro.

Los demás asintieron con toses y gemidos ahogados. Channa empuñó su arco corto y se alejó para explorar, moviéndose cautelosamente con los ojos entrecerrados.

--Pero ¿qué sitio es éste? --resopló Helki.

La centauro movió su larga lanza emplumada en un lento círculo, como si hubiera peligro acechándoles por todas partes. Helki intentó ver algo desde su mayor altura, haciendo crujir los restos bajo sus cascos. La mayor parte de los escombros consistía en trozos de huesos muy viejos.

Una silueta se movió velozmente en el límite de su campo visual, y Mangas Verdes se sobresaltó. Parpadeó, intentando expulsar las motitas que se le metían en los ojos, y acababa de convencerse de que todo habían sido imaginaciones suyas cuando otra silueta surgió de la nada: era una forma oscura, con relucientes dientes blancos y ojos rojizos, que le habría llegado a la cintura si hubiese estado erguida.

Y un instante después la silueta desapareció.

--Hemos llegado --murmuró la druida--. El Infierno de los Artefactos... Un plano de demonios. Phyrexia. El cerebro está aquí... Puedo sentir su presencia.

Pero eso era todo lo que podía percibir, pues sus fuerzas se habían esfumado.

Todo se volvió negro, y Mangas Verdes cayó de bruces sobre las

cenizas.

Gaviota y Bardo tensaron las cuerdas de sus arcos y enfilaron las puntas de las flechas hacia los dos lanceros que encabezaban la carga de la caballería volante.

--¿Montura o jinete? --preguntó el leñador.

--Da igual --replicó el paladín--. Uno no sirrve de nada sin la otrra. ¡Esperra hasta que estés segurro de no fallarr!

--¡Ahora! --gritó Gaviota.

Tragó aire y apuntó su flecha hacia un pecho de un color amarillo sucio, para que si fallaba alcanzara al jinete que había detrás. «Es extraño», pensó. Los lanceros se aproximaban sin ningún temor a los proyectiles, no oscilaban por el cielo y no llevaban a cabo ninguna maniobra de evasión salvo un lento y pesado subir y bajar de sus monturas. Al igual que los patos y los murciélagos, a los wyverns les resultaba bastante difícil volar y tenían que golpear enérgicamente el aire con las alas para mantenerse en vuelo, especialmente si llevaban una carga sobre la espalda.

Gaviota lanzó su flecha, sintiendo la tensión del aire atrapado en sus pulmones mientras soltaba la cuerda. Bardo disparó la suya en el mismo segundo.

Sus flechas hendieron el aire con un veloz silbido, chocaron con los flancos escamosos de los wyverns y rebotaron en ellos para caer a la calle que se extendía debajo de la caballería voladora.

--¡Embrrujados! --gritó Bardo--. ¡Están hechizados contrra los prroyectiles!

--Tiene sentido --asintió Gaviota, poniendo otra flecha en su arco--. ¡Yo nunca me subiría a una criatura que pudiera ser derribada con una flecha! ¡Pero pongamos a prueba a los jinetes!

Tensó la cuerda del arco. Los nueve lanceros ya estaban lo suficientemente cerca para que Bardo y Gaviota pudieran ver las gemas incrustadas en las bridas que cruzaban los chatos hocicos de sus monturas. Gaviota apuntó su flecha y vio cómo dos ojos amarillos con la pupila vertical de un gato le contemplaban fijamente a lo largo del astil. Movió el arco para dirigir el proyectil hacia la delgada armadura que protegía el pecho del jinete, soltó la cuerda...

... y el wyvern se interpuso diestramente en la trayectoria de la flecha. La flecha volvió a rebotar en su pecho escamoso y salió despedida para perderse en la lejanía.

Gaviota se colgó el arco del hombro de un feroz manotazo

mientras soltaba un espantoso chorro de juramentos de mulero y empuñó su hacha ensangrentada. Bardo ya había cambiado el arco por la espada.

Gaviota se limpió las manos en el chaleco de cuero y aferró el mango de su hacha con más fuerza. No tenía ni idea de si podría rechazar un ataque --a sólo segundos de distancia-- de aquellas temibles bestias y sus jinetes armados con lanzas de punta aserrada. El leñador movió los pies de un lado a otro, sintiendo cómo resbalaban sobre las tejas cubiertas de hollín y mugre. Un terreno traicionero, un sitio difícil de defender, cuatro miembros de su grupo indefensos y que no podían luchar...

Bardo ordenó a los no combatientes que se agazaparan detrás del parapeto. Lirio se acurrucó detrás del pequeño muro, y rodeó con los brazos el cuerpo ensangrentado de Rakel cuando Stiggur la depositó cautelosamente sobre las tejas de pizarra recalentada por el sol. Hammen no se apartó de su madre, todavía agarrado a su mano inmóvil. Bardo fue hasta los refugiados pegados al suelo y se colocó junto a ellos. Gaviota se alegró de que el paladín estuviera allí, pues sabía qué hacer de una manera instintiva. El parapeto de piedra les proporcionaba una cierta protección, aunque en una sola dirección. Los jinetes no se atreverían a atacar con sus lanzas por miedo a que sus puntas rebotaran en la piedra y la sacudida les hiciera perder el equilibrio y caer de sus sillas de montar.

Gaviota se colocó al otro extremo del grupo e inclinó la cabeza hacia la cada vez más preocupada Lirio para sonreírle.

--Haz lo que puedas, si es que puedes hacer algo --le dijo--. Saca a alguien de aquí con vida, Lirio. Sé que puedes hacerlo.

--Oh, Gaviota --dijo la mujer vestida de blanco--, te amo tanto...

La mueca de calavera con que le había estado sonriendo el leñador se convirtió en una verdadera sonrisa llena de dulzura.

--Y yo también te amo, cariño. Siempre te he...

--¡Agachaos! --ladró Bardo, y el ataque empezó.

La bandada de nueve lanceros se dividió para rodear el edificio mientras Lirio y los demás se encogían sobre sí mismos, y Gaviota supo que estaban perdidos nada más ver la maniobra. No podía mirar en todas direcciones a la vez. Las monstruosas monturas golpearon el aire con sus enormes alas mientras se dispersaban como gorriones, pero sus movimientos estaban meticulosamente sincronizados. Gaviota maldijo cuando el vendaval creado por su paso le abofeteó, revolviendo su despeinada cabellera y tirando de su capa. Los jinetes

parecían lo bastante grandes para ser un blanco fácil, pero el huracán de las alas habría desviado cualquier flecha haciendo que se perdiera en el vacío. Los wyverns aletearon a unos tres metros de la pared del edificio, pero las puntas de las lanzas llegaban mucho más allá de sus cabezas. Eran de acero pulimentado, y estaban aserradas y llenas de curvas que les daban un cierto parecido con anzuelos de pesca. Se abrirían paso a través de un hombre como una gigantesca aguja de hacer punto y después desgarrarían la carne, dejando heridas horrendas cuando fueran arrancadas de un tirón.

Y una de esas puntas venía hacia él.

Gaviota se preguntó si aquellos soldados habían recibido órdenes de capturarlos con vida. Pero abandonó esa idea enseguida cuando dos jinetes vestidos de negro y sus grises monturas se lanzaron sobre él desde dos direcciones distintas. Gaviota reaccionó instintivamente agachándose e hizo girar su hacha para apartar una lanza, y después casi se dislocó la espalda al apartarse de la trayectoria de otra lanza que se aproximaba desde la dirección opuesta.

Pero el agacharse no le sirvió de mucho, pues otro par de lanzas ya venía hacia él siseando a través del aire. ¡Por las pelotas de Boris, qué rápidos eran!

Logró golpear el astil de una lanza cuando pasó junto a él, pero la madera era tan dura y ligera que lo único que consiguió fue arrancarle algunas astillas y desviarlo a un lado sin romperlo. Un instante después sintió un impacto tan frío como el beso de un vampiro.

Una punta de lanza se deslizó a lo largo de su brazo derecho, entrando en el músculo triangular de su hombro. Gaviota saltó a un lado, chillando al notar el gélido tajo. Su hacha chocó contra las tejas de pizarra cuando su mano derecha quedó entumecida. Su atacante se alejó enseguida --una cola tan gruesa como un roble joven casi consiguió aplastarle la cabeza y destrozarle los sesos antes de esfumarse--, pero otro se lanzó sobre el leñador para dirigirle un nuevo lanzazo. Gaviota consiguió esquivar la embestida de aquella pértiga letal, pero tuvo que arrojarse de espaldas hacia el parapeto en un movimiento tan incontrolado que faltó poco para que saliera despedido por encima de él. «Son como abejas gigantes --pensó--, y nosotros somos las flores, indefensas y prisioneras de nuestras raíces.» Gaviota todavía no había logrado asestar ni un solo golpe.

Mientras Gaviota caía, flexionando frenéticamente las piernas para volver a incorporarse lo más deprisa posible, Bardo se colocó entre las siluetas acurrucadas junto al parapeto e intentó protegerlas

desde todas las direcciones al mismo tiempo.

Una lengua de fuego serpenteó a lo largo del brazo del leñador mientras intentaba levantarse con una sola mano, que además estaba vacía.

--Tú eres el... héroe, Bardo...

Bardo no le oyó. El paladín gritó y lanzó un golpe contra una lanza que se le aproximaba, desviándola con su escudo. Después dirigió un mandoble contra una pata del wyvern y el filo de su enorme espada se abrió paso a través de las escamas por la parte inferior del muslo del dragón, la primera sangre que lograban derramar en aquella batalla...

Gaviota chilló, pero ya era demasiado tarde.

Bardo gruñó cuando la punta de una lanza le atravesó la espalda y emergió por su pecho, justo en el centro del rojo báculo alado que era su blasón. Un jinete que sonreía burlonamente le había atacado por detrás.

Con un gruñido del hombre y el dragón, Bardo fue alzado por los aires y sacado del tejado. Su escudo, que había estado colgando de su brazo suspendido por una tira de cuero, se soltó cuando el paladín intentó agarrar la punta de lanza que sobresalía de su pecho con esa mano, pues el paladín jamás soltaría su espada bendecida, ni siquiera en la muerte. Pero Bardo no pudo encontrar la punta de acero, porque ya estaba agonizando. El jinete, descendiendo lentamente a causa del nuevo peso, movió su lanza hasta dejar la punta dirigida hacia el suelo. El paladín volvió a ser desgarrado cuando los pinchos se abrieron paso a través de sus pulmones para salir de su cuerpo. Liberado del mortífero acero, Bardo cayó cuatro pisos.

Y todo eso ocurrió en cuestión de segundos, tan deprisa que Gaviota ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Maldiciendo, vociferando y escupiendo amenazas, el leñador se levantó de un salto y empuñó su hacha con la mano izquierda. Su mano derecha colgaba nacidamente junto a su costado, inútil y ensangrentada, pero eso ya no importaba. No tardaría en estar muerto, pero antes acabaría con algunos jinetes de aquella caballería alada. Aullando «¡¡¡Por Lirio!!!» como grito de batalla, Gaviota se irguió cuan alto era y agitó su hacha delante del wyvern que venía hacia él.

Pero el jinete y la montura se desviaron diestramente hacia un lado, alejándose lo suficiente para quedar fuera del radio de acción del hacha pero manteniéndose lo bastante cerca para poder usar la lanza. Gaviota contempló cómo la lanza avanzaba hacia sus tripas y tensó los músculos en anticipación del golpe.

Pero entonces una silueta se alzó detrás de él. Era una figura pequeña, vestida como Gaviota y que incluso llevaba los cabellos recogidos en una coleta.

Stiggur gritó, lanzando un estridente alarido, e hizo chasquear su látigo de mulero con una habilidad que había aprendido de su general y su héroe, Gaviota el Leñador.

La tira de cuero trenzado se enroscó alrededor de la lanza justo detrás de la punta, y el muchacho tiró. Gaviota vio cómo la punta se desviaba de su trayectoria y el destello de alarma que iluminó los ojos del jinete debajo de su pequeño casco negro. Si el muchacho seguía tirando del látigo, el jinete podía acabar siendo desmontado para precipitarse desde su cabalgadura y caer cuatro pisos. El jinete hizo un esfuerzo desesperado para levantar la punta de su lanza, y elevó a Stiggur hasta que sus pies dejaron de tocar las tejas.

Y el muchacho se encontró colgando sobre el tejado.

Gaviota dejó caer su hacha con un grito ahogado y estiró su brazo bueno, agarrando la bota del muchacho por el tobillo. El jinete que se alzaba por encima de ellos agitó su lanza de un lado a otro, y el acero se abrió paso a través del cuero.

Y Stiggur empezó a caer, desplomándose en el vacío al otro lado del parapeto.

Gaviota tensó su estómago contra el pequeño muro de piedra y se preparó para soportar la sacudida. El peso del muchacho hizo que el leñador chocara contra la piedra con tanta fuerza que sus costillas crujieron. El tirón separó los pies de Gaviota de las resbaladizas tejas de pizarra, y el leñador se encontró contemplando los adoquines que se extendían a doce metros por debajo de él. Colgando en el vacío y con el faldellín encima del pecho, Stiggur había logrado conservar su látigo, que se estiraba debajo de él como una cuerda de cometa en un día sin viento.

Gaviota se había quedado paralizado, y apenas se atrevía a respirar por miedo a resbalar sobre el parapeto. Sabía que tenía la espalda al descubierto, y que era un blanco muy tentador para que nueve jinetes de la caballería alada se lo disputaran.

Con el rostro enrojecido y puntitos luminosos bailando delante de sus ojos, soportando a duras penas el dolor desgarrador de su brazo, el leñador oyó el chillido de Lirio y sintió cómo sus suaves manos le aferraban las piernas para mantenerle en el tejado. Incluso oyó el ronco gemido de Rakel. Stiggur, suspendido debajo de él, balbuceaba y gimoteaba intentando explicarle que lo sentía mucho. Perlas de un

brillante color rojo --la sangre de Gaviota-- cayeron al espacio.

El cielo se oscureció cuando los jinetes de los wyverns empezaron a converger sobre él.

Eran masas grises que oscurecían el cielo. Y también había marrones, que ondulaban y se convertían en verdes, azules, amarillos...

«No, un momento --pensó Gaviota--. Eso era...»

El mundo se esfumó a su alrededor.

* * *

Mangas Verdes dejó escapar un suspiro de satisfacción cuando el grupo de su hermano se materializó entre las acres nubes de neblina que ondulaban a su alrededor.

En cuanto sus amigos consiguieron sacarla de su desmayo, Mangas Verdes enseguida pensó en Gaviota y en los demás, y se preguntó si habrían triunfado en su misión. Pero cuando envió su mente en su búsqueda a lo largo del hilo invisible de la marca mágica, descubrió que algo iba terriblemente mal. Pero allí estaban, sanos y salvos...

La alegría de la joven se convirtió en confusión cuando empezó a contar. El número era correcto, pero no lo era, no si habían...

Y Mangas Verdes gimió al ver tanta sangre, dolor y sufrimiento.

Gaviota se agarraba el hombro mientras sus rodillas se iban doblando lentamente debajo de él. Stiggur, con el rostro enrojecido y las ropas medio del revés, se agarró la cabeza y después se arrastró a cuatro patas por el suelo para averiguar si Rakel se encontraba bien. Mangas Verdes vio que la guerrera estaba medio desnuda debajo de una capa, y también vio que su cuerpo estaba envuelto en vendajes aplicados a toda prisa y empapados en rojo. Lirio estaba tan pálida como la flor que le había dado el nombre.

Hubo confusión, gritos y preguntas entre la niebla mientras todo el mundo empezaba a atender a los heridos e intentaba obtener respuestas. Ordando había «bloqueado un callejón». Bardo se había convertido en «alimento para los dragones».

Amma, la curandera samita, dirigió las operaciones hablando con voz límpida y potente que puso en acción a todo el mundo. La curandera, Mangas Verdes y Lirio extendieron capas sobre montones de cenizas y trocitos de metal retorcido y empezaron a trabajar. Vendaron heridas, detuvieron hemorragias y envolvieron el brazo

herido de Gaviota con tiras de tela, dejándolo inmovilizado sobre su pecho y sus temblorosas costillas. Rakel fue la que acaparó la mayor parte de las atenciones. Amma dejó escapar un siseo ahogado mientras iba cortando los toscos vendajes. Mangas Verdes miró, y después deseó no haberlo hecho. El cuerpo de Rakel estaba surcado por largas quemaduras y cortes, señales de una tortura deliberada. Amma cerró sus heridas lo mejor que pudo, pero sin más ayuda y con aquel aire ponzoñoso, no podía remediar la pérdida de piel que había sufrido. El cuerpo de Rakel quedaría cubierto por una red de cicatrices blancas que nunca se desvanecerían.

Pero cuando Amma le ofreció una considerable dosis de una pócima anestésica que eliminaría el dolor y la haría dormir, la guerrera la rechazó. Parpadeando para contener las lágrimas de dolor y alegría, la benalita insistió en permanecer despierta junto a su hijo. Helki, siempre emotiva y sentimental, quedó tan conmovida que permitió que Rakel y su niño fueran colocados encima de su grupa, un acto muy generoso dado que los centauros no soportaban actuar como bestias de carga. Rakel fue instalada allí, con el pequeño Hammen delante de ella, pero las piernas de la guerrera tuvieron que ser atadas al arnés de guerra de Helki con unos trapos para evitar que perdiese el equilibrio y se desplomara al suelo.

Mientras Amma recogía sus suministros y Gaviota se apoyaba en el alto y esbelto cuerpo de Kwam, la historia fue surgiendo fragmento a fragmento.

--¡Y tenemos que seguir viendo morir a quienes deberían estar vivos! --concluyó el leñador--. Caí, tan inútil como una bosta de vaca, y Bardo asumió el mando y murió salvándonos, como hizo Ordando antes que él. ¡He perdido a dos soldados, y no hice nada!

Lirio también estaba sollozando.

--¡A mí me ocurrió lo mismo! Me quedé a un lado y apenas les ayudé en nada...

Una voz habló de repente desde la grupa de la centauro, y todo el grupo se volvió para oír a Rakel.

--Lirio sólo logró entrar en... las cámaras de tortura de Benalia..., de las que nadie ha escapado jamás. Gaviota sólo invadió la sala del consejo sagrado, y partió en dos al Portavoz como si fuese un bacalao..., y desafió a toda la ciudad diciéndole que debía cambiar si no quería perecer. Lirio rescató a mi hijo y luego hizo que voláramos... Salvó a todos los que veis aquí. Sólo... hicieron... eso.

Tanto Lirio como Gaviota bajaron la mirada, pareciendo un poco

avergonzados. Mangas Verdes puso las manos sobre sus hombros.

--Bardo y Ordando se ofrecieron voluntarios para rescatar a Rakel y a su hijo, y lo hicieron. Decir que fracasaron, como acabas de decir, es negar su sacrificio.

El leñador guardó silencio hasta que tosió, y después gimió al sentir la punzada de dolor en sus costillas.

--Ah, olvídalo. Ya pensaré en eso después. Y ahora, ¿dónde infiernos estamos?

--A un paso del infierno --replicó su hermana, tosiendo al intentar respirar aquel aire pestilente y saturado de humo. Sus ojos estaban inflamados y las lágrimas resbalaban por sus mejillas, dejando señales en la capa de hollín que las cubría--. Estamos en Phyrexia, el Infierno de los Artefactos. El cerebro de piedra está aquí..., y se encuentra muy cerca. Su tirón es tan fuerte como el de un maremoto. En cuanto llegamos enseguida descubrí que el maná era tan potente que podía sentir su sabor, y os conjuré.

Gaviota frunció el ceño. Ninguno de ellos podía ver a más de tres metros de distancia. Había tanto humo que no podían saber si era mediodía o si faltaba una hora para el amanecer.

--Bueno, ¿y dónde está esa especie de reptil verde?

Mangas Verdes giró en un lento círculo, haciendo crujir las cenizas bajo sus zapatos.

--Una buena pregunta... Todos oyeron un veloz correteo de pies y una respiración enronquecida. Alguien estaba corriendo sobre las cenizas. Channa, su exploradora, surgió de la niebla y fue tambaleándose y tropezando hacia ellos. Sangraba por una docena de heridas, pero aun así trató de advertirles.

--No...

Su aviso quedó bruscamente interrumpido cuando unas siluetas oscuras saltaron sobre ella y la derribaron.

Y la horda de demonios surgió de la niebla con un aullido borboteante.

* * *

No hubo tiempo para formar un plan o un círculo de protección, y ni siquiera lo hubo para gritar.

Docenas, veintenas, centenares de demonios cayeron sobre ellos como ratas. Los monstruos se agarraron a las ropas y la piel, abrieron fauces como trampas para osos y mordieron pantorrillas, rodillas, pies

y manos. Sus dientes se hundían en la carne como cuchillos, y atravesaban la piel con tanta facilidad como agujas.

Helki, con Rakel y Hammen sujetos a su grupa, se había lanzado hacia adelante para rescatar a Channa cuando la vio caer. La centauro movió su lanza en un gran arco, golpeando a una docena de demonios y derribándolos en un confuso montón aullante, y después atravesó a dos más con la punta, pero una veintena saltó para ocupar el lugar de los que habían caído. Helki dejó escapar un estridente relincho cuando un demonio le mordió una pata trasera y los afilados dientes se abrieron paso hasta el hueso. Otro demonio se escurrió velozmente por entre los cascos que golpeaban el suelo y le mordió los riñones, y otro le mordió una pata delantera. La centauro se encogió sobre sí misma y empezó a cocear y agitar las patas, saltando por los aires y haciendo oscilar a sus dos jinetes, pero sólo consiguió librarse de un demonio. Cuando Helki volvió a poner las cuatro patas en el suelo, a un cuerpo de distancia de su posición original, más criaturas se lanzaron sobre ella. Medio cegada por la niebla y el humo, la centauro intentó orientarse y recordar su objetivo. Pero el grupo de Mangas Verdes estaba igualmente asediado y Channa era un amasijo de ropas, la curva oscura de un cuero cabelludo, una caja torácica que brillaba con destellos blancos. De repente Helki pensó en Holleb, y en lo mucho que la echaría de menos...

Rakel estaba tan agotada que casi acogió con gratitud aquel repentino y terrible ataque, pues la muerte pondría fin a sus sufrimientos y su tormento. Pero acababa de recuperar a su hijo, y no tenía intención de perderle. Hammen, atado delante de ella, se había pegado a su madre, y su cuerpo huesudo presionaba sus pechos y las heridas que ardían con un dolor abrasador. Aun así, no cabía duda de que el niño podía llegar a ser un auténtico héroe de Benalia, pues había desenvainado su diminuto cuchillo. Hammen se inclinó velozmente hacia adelante y hundió la hoja entre las fauces ribeteadas de blanco de un demonio, impulsando el arma a través del cráneo del monstruo. Pero aquellos demonios eran tan duros como el cuero viejo, músculos correosos y piel reseca tensada sobre los huesos, y la criatura tardó mucho rato en morir, aferrándose al arnés de guerra hasta que Rakel agarró la empuñadura del cuchillo y la movió de un lado a otro para partir en dos el diminuto cerebro del ser. A partir de aquel momento Rakel se quedó con el cuchillo, apuñalando y lanzando expertos tajos, dirigiendo sabiamente cada golpe y conservando sus fuerzas. Reventó un ojo rojo, hundió la hoja en una

oreja puntiaguda y la introdujo en una nudosa garganta. Pero en lo más profundo de su corazón ya estaba sucumbiendo a la desesperación, pues notaba que la centauro empezaba a desfallecer, con su gran fortaleza siéndole robada poco a poco por una docena de heridas. Pobre Hammen... Rakel decidió matarle antes de que aquellos temibles dientes le hicieran pedazos. Pero tendría que hacerlo pronto. «Oh, mi dulce niño --pensó--, que la llama de tu vida deba ser extinguida tan pronto, y sin que tú hayas hecho nada para merecerlo...» Mientras asestaba una nueva cuchillada, Rakel pensó que tal vez fuese mejor de aquella forma, pues el mundo era un lugar cruel..., o lo había sido hasta que conoció a Mangas Verdes, Gaviota y sus camaradas. ¿Y Garth? ¿Llegaría a enterarse alguna vez de lo que había ocurrido? ¿Le importaría?

A la primera señal de peligro, aquella horrenda mezcla de gimoteos, balbuceos y aullidos tan estruendosa como una tormenta, Gaviota alzó instintivamente su hacha, pero enseguida dejó escapar un siseo cuando una llamarada de dolor recorrió su brazo derecho. Con algunos músculos desgarrados y otros rígidos y paralizados, no podía levantar el brazo por encima de su cintura. El leñador se pasó el arma a la mano izquierda, que no era tan fuerte porque le faltaban tres dedos. Era extraño, pero nunca había tenido tiempo para que Chaney se los regenerase. Bien, ya era demasiado tarde para pensar en eso...

--¡Quédate detrás de mí, Lirio! ¡Tú también, Stiggur! Intentaré...

Gaviota dejó caer el hacha sobre la cabeza de un demonio. Eran muy pequeños, ¡pero había tantos! Pisoteó a otro, aplastándole el pecho, pero tres demonios más surgieron de la nada junto a su camarada caído y atacaron sus piernas. Un demonio logró aferrarse al faldellín de cuero de Gaviota, agujereándolo con cuatro largas uñas. El leñador no pudo evitar pensar en la facilidad con que atravesarían la piel. Un instante después pudo comprobar en carne propia hasta qué punto eran afilados aquellos dientes cuando un monstruo le mordió la pierna izquierda a través del cuero rojo que la cubría. La herida se llenó de un rápido ardor acompañado por un feroz cosquilleo, pero las sensaciones abrasadoras enseguida se mezclaron con el frescor de la sangre que empezaba a brotar de ella. ¿Y Lirio? ¿Podría salvarla? ¿Y el muchacho?

Lirio se había encogido sobre sí misma a la derecha de Gaviota. La joven hechicera maldijo desesperadamente su falta de control, y el no haber sabido llegar a aprender hechizos protectores u ofensivos. Lo único que podía hacer era volar, y sólo en algunas ocasiones. Pero

¿podría huir volando de aquel destino..., y adonde? ¿Había algún sitio en el que estuviera a salvo? Lirio se irguió de golpe cuando un demonio saltó sobre ella como un zorro, agarrándose a su oscura cabellera y lanzando mordiscos a su cuello. Chilló y se pegó a Gaviota como si el leñador fuese un muro, e intentó quitarse de encima al monstruo. Dientes como astillas tocaron su piel y se fueron hundiendo en ella. Aterrorizada, pero no queriendo avergonzar a Gaviota, la joven manoteó desesperadamente intentando agarrar al demonio que tenía detrás y sintió cómo le mordía los dedos. Otro demonio saltó y se aferró a su cinturón, clavando uñas que atravesaron la ropa de Lirio y la piel de su estómago. «Oh, Gaviota --quiso decir--, te amo tanto...» Pero no había tiempo, y ya nunca lo habría...

Stiggur no dispuso de tiempo para emplear su látigo o desenvainar su cuchillo. Demonios no mucho más bajos que él surgieron de todas las direcciones y se lanzaron sobre sus brazos. Stiggur sintió cómo sus dientes se hundían profundamente en su carne y no pudo contenerse, y gritó. Retrocedió tambaleándose y tropezó con las caderas de Gaviota. Mientras el leñador, su héroe, blandía su hacha con una sola mano enfrentándose a la acometida de los demonios, el grueso mango de nogal se movió bruscamente hacia atrás y golpeó al muchacho en una sien. Stiggur se derrumbó entre un montón de flacos y hambrientos villanos de piel oscura...

De todo el grupo, sólo Mangas Verdes salió ilesa por el momento, pues el fuerte y silencioso Kwam la agarró por la cintura y la alzó en vilo.

--¡Te protegeré! --gritó el joven.

Un pensamiento que no podía ser más ridículo y estar más fuera de lugar dadas las circunstancias cruzó por la mente de Mangas Verdes, y la joven druida se dijo que Kwam tenía una voz muy agradable. Pero el estudiante de magia jadeó cuando los demonios cayeron sobre él, mordiendo, arañando e intentando trepar por su cuerpo como si fuese una escalera para llegar hasta Mangas Verdes. Kwam no sabía durante cuánto tiempo sería capaz de mantenerse erguido. No sería mucho, pues el dolor ya le estaba haciendo bailar, y se incrementaba rápidamente...

Mangas Verdes buscó frenéticamente dentro de su mente mientras intentaba seguir respirando, pues Kwam la había agarrado por la cintura con la fuerza de la desesperación. Sabía que tenía que salvar al grupo, pero ¿cómo? ¿Qué podía conjurar? Ni siquiera una flota de alfombras voladoras podría ayudarles. ¿Un fungosaurio? ¿Un

tejón? Pero los zarcillos que la unían a las criaturas que había marcado eran débiles y muy delgados, tan grande era la distancia que habían recorrido alejándose de cuanto conocían. Y sin embargo había uno...

Mangas Verdes encontró aquella marca, tan gruesa y potente como un río resplandeciente bañado por destellos plateados, que se retorcía y giraba dentro de su mente, apuntando infaliblemente hacia el lugar en el que se hallaba el cerebro de piedra. Era un tirón tan grande como el de un remolino oceánico, y no estaba muy lejos de allí. Pero traerlo hasta ella mediante un conjuro le resultaba tan imposible como remontar una cascada nadando. Tendría que ir hacia el cerebro de piedra...

¿Y abandonar a sus compañeros?

Kwam se derrumbó en el mismo instante en que el pensamiento pasaba por su cabeza, desplomándose nacidamente sobre su trasero mientras seguía tratando de sostener a Mangas Verdes por encima de él. Le habían fallado las fuerzas. Su hermano, no muy lejos de allí, luchaba con una docena de demonios entre la niebla, pero Lirio y Stiggur habían caído y estaban ocultos debajo de una montaña de aquellas horribles criaturas. Incluso Helki se había derrumbado.

Y los que todavía no estuvieran muertos, lo estarían dentro de unos minutos.

«He de renunciar a mi mente --pensó Mangas Verdes--. Debo renunciar a mi cordura.» Era lo único que podía hacer.

La joven druida gritó cuando un demonio le mordió el pie. Después cerró los ojos y se dejó arrastrar por la corriente, y arrojó su mente, su cuerpo y su espíritu al vacío.

* * *

Mangas Verdes, parpadeando y debatiéndose, se encontró revolcándose sobre las cenizas, los huesos y el polvo. Estaba sola, en algún lugar lejos de la horda de demonios, aunque a no mucha distancia de ella podía oír un extraño sonido aflautado, como si unos gorriones estuvieran peleándose entre ellos. Era la horda, que estaba haciendo pedazos a su hermano y sus amigos.

Pero ¿dónde estaba...?

Algo se le clavaba en la espalda. ¿Una roca? ¿Un cráneo? Mangas Verdes se removió torpemente, medio rodando sobre sí misma hasta que pudo poner las manos encima de aquel objeto.

Era el casco de piedra. Había sido arrojado allí como si fuese un trasto viejo. Mangas Verdes no sabía por qué. Era el más antiguo y poderoso de todos los artefactos. Se hallaba repleto de secretos, misterio y milagros y, al mismo tiempo, estaba tan impregnado de maná y su orden de obedecer era tan poderosamente irresistible que podía sumir en la más profunda de las locuras a cualquier hechicero por diestro y poderoso que fuese.

Y Mangas Verdes sabía que ella también podía sucumbir ante el poder del cerebro verde.

Pero sus amigos la necesitaban, y no había ninguna otra forma.

Casi podía oír cómo los dioses se reían de su dilema. Había utilizado el casco con Haakón, pero no se atrevía a usarlo consigo misma..., y no tenía otra elección.

--¡Ah, he de ser yo! --jadeó--. Bien... ¿Qué es la locura, sino simplemente un estado más de la mente?

Mordiéndose el labio, las manos temblándole incontrolablemente, Mangas Verdes colocó el casco sobre su cabeza.

Era sorprendentemente ligero, y no pesaba más que una gorra de lana. El casco se adaptó de una manera perfecta a su cráneo, quedando firmemente plantado en él pero sin apretarlo, como si hubiera sido moldeado para su cabeza.

Pero los pensamientos y las órdenes...

Su mente fue invadida por el estrépito rencoroso que le presentaba el casco, y Mangas Verdes sintió cómo se hinchaba y vibraba hasta que pareció a punto de estallar.

Cien voces le gritaron que desistiera, que renunciara a sus maldades y que obedeciera. Eran voces de hombres y mujeres, de muchachos, chicas y ancianos, y también había otras voces mucho más extrañas y ajenas a la humanidad: el retumbar de un gigante, el chillido estridente de un centauro, un siseo de reptil... Todas le ordenaban que dejara de usar la magia o que se enfrentara al riesgo de enloquecer.

Y las órdenes siguieron llegando hasta que Mangas Verdes empezó a sentir que su mente se disolvía. Sabía que sólo hacía un segundo que llevaba puesto el casco, pero el tiempo se había detenido dentro de su cabeza. El cónclave seguiría gritando y sermoneándola hasta que se rindiera, lanzándole una avalancha de amenazas para aplastarla debajo de ella.

No le extrañaba que Tybalt y Haakón hubieran enloquecido. Mil voces gritando dentro de su cabeza, amenazándoles con la locura...

Pero Mangas Verdes ya había estado loca. Por primera vez en su vida, como si una niebla se hubiera disipado de repente o como si hubiera doblado alguna esquina desconocida, la joven druida era capaz de analizar ese hecho.

Mangas Verdes había pasado la mayor parte de su existencia siendo idiota. Un millar de millares de pensamientos habían cruzado velozmente por su cerebro cada día, y siempre había podido ignorar aquello que no le gustaba.

Mangas Verdes acabó decidiendo que aquellas voces no eran más amenazadoras o irresistibles que el burbujeo sibilante del Bosque de los Susurros.

Podría haberse echado a reír ante aquella ironía: había temido que ponerse el casco traería consigo la locura, sólo para descubrir que la locura la había preparado y la había convertido en su portadora ideal.

«Bueno --pensó--, así que las últimas cadenas han caído de mi mente y se han roto para siempre...»

Y, tal como dijo Tybalt, había algo más que las voces. Las mentes unidas de muchos grandes hechiceros estaban abiertas delante de ella, y Mangas Verdes podía leer todo su contenido si así lo deseaba..., y también podía tomar lo que necesitara.

Una estampida de visiones cruzó por su cerebro como una manada de caballos huyendo al galope, como un tornado, como un oleaje enfurecido. Eran imágenes de un tiempo muy lejano. Seres vestidos con túnicas oscuras y calaveras de caballo que lloraban por cabezas. Un trasgo tuerto de largos colmillos con una corona de clavos al rojo vivo alrededor de las sienes. Una torre de marfil que se alzaba sobre un dorado bosque otoñal. Un monstruo que aullaba con una voz que hacía añicos las montañas. Mujeres de azul que se iban duplicando a sí mismas hasta que llenaron una mansión y acabaron rebosando por las puertas. Duendes que bailaban sobre las flores y que remolcaban una piel de perro que sangraba. Un ser inteligente y capaz de pensar cuyo rostro parecía una vela derretida. Fantasmas con relojes en sus estómagos. Fraguas tan calientes como el sol, y tan llenas de tesoros que no podían contenerlos. Palabras. Canciones. Gritos de batalla. Sollozos.

Y hechizos.

Cómo volverse invisible. Cómo detener el corazón de un enemigo. Cómo hacer que los árboles bailaran bajo la luz de la luna. Cómo amansar a un guerrero salvaje de las tierras norteñas, cómo sacar al

leviatán de las profundidades del océano, atraer un cometa hasta la tierra, interrumpir el tiempo, hacer que un metal se oxidara de repente, encantar un santuario, paralizar una columna vertebral dejándola tan rígida como la piedra, conjurar visiones, y muchos más...

Y perdido dentro de aquel clamor, Mangas Verdes oyó el balbuceo del cerebro de piedra, una voz familiar que no se interrumpía nunca y que fluía en un discurrir tan incesante como el de un manantial. Y en sus palabras había una pista, un sendero, un camino.

Una esperanza.

Inundada de maná hasta los ojos, Mangas Verdes sólo necesitó imaginarse a su hermano y sus amigos luchando con la horda de demonios...

... y se encontró entre ellos. Oyó los aullidos y chillidos que llegaban hasta ella desde debajo del casco, y oyó un grito lleno de agonía cuando alguien que seguía vivo recibió un mordisco particularmente feroz.

Y allí, en aquel torbellino, había una herramienta. Era un hechizo de escudo, una segunda piel de maná para mantener alejado al peligro, pero reforzada e intensificada un centenar de veces. Mangas Verdes invocó su arcano nombre con un susurro, arrancándolo del remolino de sonidos que rebotaban de un lado a otro dentro de su cabeza...

... y un instante después parpadeó, asombrada, cuando todos los demonios salieron despedidos en todas direcciones como por un vendaval gigantesco. Los demonios cayeron sobre los escombros y el polvo, rodando y dando tumbos sobre la desolación. Ninguno se levantó para reanudar el ataque y todas las criaturas se quedaron inmóviles allí donde habían caído, temblando como si hubieran sido fulminadas por el rayo.

Y había más. Mangas Verdes miró con los ojos de su mente y vio un burbujeo de sangre que surgía de una garganta rasgada, y supo que era la garganta de Kwam. Con tanta facilidad como si cogiera una aguja enhebrada...

... Mangas Verdes cosió la herida, borró todas las señales del daño sufrido, devolvió y recargó la sangre dentro de sus venas, y oyó cómo el corazón del joven dejaba de palpitar alocadamente preparándose para detenerse y reanudaba su tranquilo y potente bombeo habitual. Gaviota tenía una rodilla hincada en el suelo, y la otra pierna había quedado flácidamente estirada debajo de su cuerpo después de que un demonio se la hubiera dejado inutilizada

atravesándole los tendones con los dientes. Mangas Verdes curó la pierna con un guiño de sus ojos. Lirio había perdido una parte del cuero cabelludo a causa de un terrible mordisco, y Mangas Verdes lo restauró. El brazo de Amma estaba sangrando, pero Mangas Verdes volvió a colocar en su sitio los tendones y los músculos. Después la joven druida fue de un lado a otro, curando a Helki y a Rakel y a Hammen y a Stiggur..., pero no a la pobre Channa, pues lo único que quedaba de ella era un montoncito de cabellos y de huesos dispersos.

Las voces que resonaban dentro de su cabeza se habían convertido en un rugido, un diluvio que amenazaba con ahogarla. Mangas Verdes sintió que se le doblaban las rodillas. Por mucho que se esforzara..., no conseguía encontrar la clave para... curarse a sí misma...

Sería mejor que hiciese algo antes de que se desmayara.

Se imaginó su ruta y hasta dónde habían viajado, y dejó escapar un gemido de asombro cuando vio la distancia recorrida. Habían atravesado una parte sustancial de los Dominios, pues si miraba hacia la lejanía podía ver los confines en los que se terminaban los mundos. Todo estaba allí. Todo el conocimiento que se pudiera desear estaba en aquel lugar, pero tiraba de ella e intentaba arrancarle la mente del cráneo...

Oh, sí, tenían que viajar por el éter. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Debía... de estar... mareada...

Haciendo esfuerzos desesperados para permanecer en pie y despierta, Mangas Verdes extendió los brazos y la mente y reunió a sus amigos alrededor de sus faldas, y --en un simple latido de tiempo-- los llevó hasta un lugar oculto en las profundidades de su corazón.

--Vamos... a... casa.

_____ 19 _____

Unos susurros despertaron a Mangas Verdes.

Abrió un ojo y se encontró contemplando un pálido sol invernal sobre el que se desplegaba una capa de nubes y que derramaba su débil claridad a través de las ramas desnudas de los árboles. Un cuervo graznó muy cerca de ella y remontó el vuelo desde la punta de un gran abeto, dejándolo sumido en un lento balanceo, para posarse en las ramas de un viejo roble y contemplar a Mangas Verdes con la cabeza inclinada hacia un lado, como si estuviera imitando su postura.

Pero ¿de dónde procedían aquellos susurros? ¿Quién estaba cotilleando, o contando historias? ¿Por qué le resultaba tan familiar...?

La druida se irguió de repente. Helki se incorporó tambaleándose e intentó conseguir que cuatro temblorosas patas rojizas sostuvieran su peso. Lirio yacía en el suelo, enroscada sobre sí misma como un bebé, con la capa subida hasta el mentón y los labios fruncidos en un mohín durante el sueño. Rakel tenía un aspecto fresco y descansado y su rostro estaba rosado, y ya no parecía un muerto que camina. Hammen, su hijo, estaba pegado a su estómago con el pulgar metido en la boca. Amma y el callado y dulce Kwam dormían en el suelo cerca de ellos. Stiggur, vestido como Gaviota, murmuró y alargó la mano hacia una manta que no estaba allí. Y Gaviota, su hermano, estaba inmóvil en el suelo, con los brazos y las piernas estirados en todas direcciones como si hubiera caído de un árbol.

Y, junto a ella, estaba el cerebro de piedra convertido en casco.

Y entonces se acordó, y supo dónde estaban.

--¡Gaviota, despierta! ¡Despertad todos! ¡Estamos en casa! ¡Hemos vuelto al Bosque de los Susurros!

* * *

Dos días después. Mangas Verdes ya había traído hasta allí a todo el mundo.

Bajo el mando de Varrius, el ejército había salido de las malas tierras y había llegado a un largo río que serpenteaba por entre unos grandes acantilados. No tuvieron tiempo de ir más lejos antes de que Mangas Verdes apareciese entre ellos, viajando a través del éter con tan poco esfuerzo como si lo hubiese hecho toda su vida, y agitara las manos para transportarles hasta las profundidades del Bosque de los Susurros.

Varrius, el flaco y bronceado soldado de negra barba, estrechó una y otra vez la mano de Gaviota.

--¡Te dije que triunfarías y lo has hecho! ¡Y apenas tardaste una noche en hacerlo!

Gaviota quedó asombrado al comprender que sólo habían estado un par de días lejos del ejército. ¿Cuántas tierras habían atravesado en aquel espacio de tiempo? Resultaba un poco aterrador. Gaviota nunca llegaría a acostumbrarse a la magia. Cuando Varrius asestó una entusiástica palmada sobre el hombro de Mangas Verdes con la fuerza suficiente para hacer que se tambaleara, la joven druida se limitó a sonreír.

El recibimiento de Chaney fue mucho menos aparatoso, pero igual de sincero.

--Sabía que habría pérdidas --murmuró la anciana mientras rodeaba a sus dos discípulas con su brazo bueno--. Pero también sabía que las dos triunfaríais. Vuestros corazones son demasiado grandes para que podáis fracasar.

Tanto Mangas Verdes como Lirio se sonrojaron cuando la druida las besó con sus labios resecos y marchitos.

Trabajando con la organización y la disciplina que Rakel había introducido para siempre en lo más profundo de sus mentes y sus cuerpos, el ejército acampó en el bosque y se dispuso a reagruparse y curar sus heridas. Habiendo perdido a Bardo, Holleb se convirtió en capitán de los exploradores, y seleccionó a dos soldados más para que sustituyeran a Channa y el paladín perdido y llenaran los huecos producidos en la compañía. Ordando había muerto, por lo que Rakel ascendió a su sargento, una robusta guerrera llamada Muliya, o «Muli», que había demostrado poseer considerables cualidades durante los entrenamientos. A pesar del frío invernal, el campamento no tardó en vibrar con el eco de los gritos, las risas y las canciones, y los soldados y seguidores sólo hablaron de los camaradas perdidos cuando anochecía y estaban sentados alrededor de los últimos resplandores de las hogueras agonizantes.

Gaviota y Mangas Verdes mantuvieron largas conversaciones y cabalgaron durante muchas horas, buscando señales que les orientaran, y acabaron decidiendo que probablemente se encontraban al norte-noroeste de Risco Blanco, y que seguían hallándose al noroeste del cráter de la estrella. Pero cuando su hermano le preguntó cómo habían llegado hasta allí, y que vendría a continuación, la druida titubeó como si no supiera qué responderle.

--Estábamos en aquel lugar horrible siendo atacados por todas partes cuando deseé que volviéramos a casa y vinimos aquí, de regreso a mis raíces..., y a las tuyas --dijo por fin--. Pertenecías más a este bosque que a Risco Blanco, pues era aquí donde pasabas todas tus horas de vigilia. Nos limitamos a regresar, como hacen los gansos cuando regresan a sus nidos durante la primavera.

Gaviota dejó las riendas encima del pomo de la silla de montar de Cintas y acarició el cuello gris salpicado de manchitas marrones de su montura.

--Pero no podemos quedarnos mucho tiempo. En este bosque nunca hubo caza suficiente para sustentar a nuestra aldea, y mucho menos a un ejército hambriento... Y no hay forraje para las caballerías. No podríamos vivir aquí durante el verano, así que todavía menos podremos hacerlo durante el invierno.

--Podemos hacerlo. --Mangas Verdes apartó unos mechones rebeldes de su rostro y tiró del chal que contenía sus ensalmos--. Chaney me ha explicado cómo encantar el bosque. No se trata de obligarle a crecer, sino de ayudarle a que nos ofrezca todos sus recursos con la máxima abundancia posible, tal como ella hizo en la meseta, debajo de esos robles, en las malas tierras. No necesitaría mucho tiempo para llegar a alterar el equilibrio y hacer que todos pudiéramos vivir cómodamente aquí. Siempre que seamos frugales, claro... --añadió.

Gaviota meneó la cabeza. Después se quedó inmóvil durante un momento para escuchar los murmullos que resonaban entre las ramas, aquel incesante susurrar que burbujeaba como un arroyo o como una multitud en un mercado o, pensándolo bien, como el cerebro de piedra. Los sonidos se volvían más débiles en invierno, y parecían menos siniestros que antes. No molestaban a nadie del campamento, pero eso quizá fuese debido a que se encontraban en la cima de la montaña invisible que formaban aquellos susurros. Gaviota decidió que no necesitaba buscar la respuesta a aquel misterio: era magia, y se lo dejaría a su hermana.

El leñador soltó una risita.

--Me resulta extraño verte en este sitio y tan tranquila y dueña de ti misma, Verde... Cuando vivíamos aquí, el bosque nublaba tu mente y te controlaba. Ahora tú lo controlas todo, y puedes hacer que el bosque cambie para que te dé cuanto necesitas.

Mangas Verdes meneó la cabeza, y el movimiento hizo ondular sus despeinados rizos castaños.

--Pero no utilizo la presión, y ni siquiera el halago o las promesas. Me limito a ayudarle. Pero... Sí, hubo un tiempo en el que la magia me dominaba, y sin embargo ahora... Bien, ¿puedo decir que yo domino a la magia?

Antes de que Gaviota pudiera responder, oyeron un repiqueteo de cascos procedente del campamento. Volvieron la mirada en esa dirección y vieron a Holleb y Jayne, el explorador al que acababa de nombrar, viniendo hacia ellos con un rápido trote. El centauro llevaba cuatro días lejos, siguiendo a una caravana de carros a través del bosque, y por fin había vuelto. Holleb llevaba puestos su casco y su peto. El leñador gimió.

--Oh, oh...

--¡Gaviota, Mangas Verdes! --gorgoteó la voz ronca y gutural de Holleb--. ¡En el oeste encontramos hechicera! ¡Es Dacian, que nos esclavizó a mí y a Helki, y que luchó con tu Liante para destruir tu aldea natal!

* * *

Dacian la Roja daba vueltas y más vueltas sobre su lecho de almohadas perfumadas. Estaba sola en el pabellón, una tienda muy grande y cómoda adosada a un lado de su carro. Su séquito llevaba dos semanas acampado allí, por lo que habían erigido otras tiendas para que acogieran sus muchas cajas y arcones, con lo que aquella tienda estaba prácticamente vacía salvo por las gruesas alfombras que cubrían el suelo del bosque, su enorme cama plegable y sus muchas almohadas, colchas y edredones. Dacian podía disfrutar de un sueño muy cómodo, enterrada bajo pequeñas montañas de cálido lujo plumoso.

La hechicera estaba soñando despierta, aunque era noche cerrada y el resto del campamento dormía salvo por los piquetes de guardia. No sabía por qué estaba despierta, pero utilizaba el tiempo para hacer planes con vistas al futuro. Un día o dos más, y habrían examinado toda la tierra del cráter de la estrella. Unas semanas antes Dacian había percibido la presencia de maná en aquella dirección, y había decidido que el cráter era su origen. Descubrir que lo que se estrelló allí había desaparecido, fuera lo que fuese, supuso una gran desilusión, pero Dacian mantuvo a sus hombres ocupados cavando en el cráter. Un lugar como aquél, tan impregnado de maná por el magnífico objeto misterioso que se le había escapado, sería una

excelente fuente de aprovisionamiento. Dacian podría ir extrayendo maná de aquella región hasta el fin de los tiempos. Pero aquel maná era muy viejo, y muy extraño. ¿Y qué razón podía haber para que una estrella fugaz estuviera tan llena de poder? Bah, eso no tenía importancia... Después su caravana de carros avanzaría en dirección este, pasando cerca de aquella pequeña aldea situada junto al risco surcado por piedras blancas que había sido destruida durante una batalla con aquel hechicero de los abigarrados ropajes multicolores, cuando Dacian tuvo que huir y abandonar a algunos de sus mejores peones. Dacian se acordaba de que los bosques que se alzaban alrededor de la aldea estaban llenos de susurros. Seguramente habría mucho maná.

Insatisfecha, Dacian se dio la vuelta, se removió hasta liberarse de una docena de colchas y volvió a darse la vuelta. Algo la inquietaba, algo que parecía flotar en el aire. Quizá sencillamente estaba acusando el esfuerzo de exigir una obediencia impecable a sus servidores. Quizá hiciera entrar a un guardia en su tienda para disfrutar de un rato de diversión. O quizá fueran dos guardias... O quizá llamaría a una sirvienta para que le cepillara los cabellos. Dacian estaba muy orgullosa de la abundante y lustrosa cabellera que se derramaba sobre su espalda. Sí. Podía despertar al campamento, y poner a trabajar a todo el mundo en plena noche. Si ella no podía dormir, entonces nadie debería estar durmiendo.

Irritada y cada vez más frustrada, Dacian encendió una lámpara, deslizó su batín marrón y amarillo por encima de su camisón y se calzó unas botas de cuero muy suave y flexible. Terminó sus preparativos cogiendo su bolsa de artefactos y colgándosela de la cintura. Dacian nunca iba a ningún sitio sin ella, ni siquiera al retrete. Apartó el faldón de lona de la entrada con un manotazo y salió al frío aire nocturno.

--¡Guardia! ¡Despierta al campamento! ¡Guardia!

No hubo respuesta. Dacian pensó que el maldito imbécil habría abandonado su puesto para echar una siesta. Bien, entonces haría que fuese azotado por haber dejado indefenso al campamento...

No, un momento. ¿Qué era aquel ruido? Voces, una de hombre y una de mujer. ¡Ah! ¡El muy bribón tenía una pequeña aventura con alguna de las mozas de la cocina! ¡Bueno, les daría una lección a los dos!

Dacian fue siguiendo el sonido, con sus botas deslizándose silenciosamente sobre las hojas mordisqueadas por la escarcha. Allí,

junto a un árbol, silueteados por la luz de la luna: su centinela, Rida, y... ¿Quién?

Una mujer alta y esbelta, desnuda como un bebé, con la piel tan blanca como la corteza del abedul y los cabellos del color del maíz, si la claridad lunar no la estaba engañando. Dacian se acercó un poco más. Rida era alto, pero la mujer era todavía más alta que él. No había ninguna mujer tan alta en el campamento...

Y entonces la mujer retrocedió, acercando su delgada espalda a un pequeño macizo de abedules, y se desvaneció entre ellos. Rida la siguió tambaleándose y tropezó con un tronco, como si estuviera medio ciego. El centinela se movió en un lento círculo y volvió a tropezar, claramente embrujado. Pero ¿cómo era posible...?

Y entonces Dacian comprendió lo que estaba ocurriendo. Había oído las leyendas. Dríadas de Shanodín, espíritus traviesos y burlones que podían adoptar cualquier forma..., incluso la de una mujer imposiblemente alta y hermosa. Pero ¿cómo podía haber cerca dríadas, que se contaban entre las criaturas más repletas de magia existentes, sin que Dacian hubiera percibido su presencia?

¿Y qué debía hacer? Adoptando una forma u otra, la que más deseara quien la estuviese contemplando, la dríada podía atraer a todos sus sirvientes hacia el bosque. De hecho...

Dacian volvió a toda prisa al campamento, caminando con tanto apresuramiento que casi chocó con un árbol. Fue hasta el carro de los cocineros y lanzó una patada por debajo de él, siendo recompensada con un gruñido de sorpresa y una maldición.

--¡Levantaos, piojos perezosos! ¡Rida ha sido embrujado por una dríada y vosotros seréis los siguientes, y acabaréis sin piel y devorados! ¡Venga, deprisa!

Dacian también avivó la hoguera.

Sus sirvientes fueron saliendo de las tiendas, o surgieron de las traseras de los carros. Todos se habían apresurado a levantarse, temiendo el mal genio de Dacian. La hechicera ya había enviado a tierras lejanas a dos sirvientes que eran demasiado lentos a la hora de obedecer las órdenes. Un cocinero se frotó la cara y masculló una maldición ahogada, y después dejó escapar un aullido.

--¡Mirad! ¡Allí!

Aproximándose al galope, con los ojos que reflejaban la luz de las hogueras despidiendo destellos rojizos, llegaba una manada de gigantescos lobos de las montañas. Los temibles animales de hirsuto y espeso pelaje entraron de un salto en el anillo de claridad de los

fuegos y dispersaron al adormilado séquito de Dacian como si fueran gallinas. Las sirvientas gritaron y se pelearon entre ellas para volver lo más deprisa posible al refugio de los carros. Los hombres las empujaban desde atrás, o trepaban por los lados de los carros. Dacian se pegó a un carro y hurgó desesperadamente dentro de su bolsa en busca del artefacto mágico adecuado. El fuego haría huir a los lobos.

Los lobos, que estaban tan confusos como los sirvientes, se limitaron a trotar a través del campamento súbitamente desierto, y salieron por el otro lado para desaparecer entre la negrura. No lucharían ni molestarían a ningún ser vivo, a menos que interfiriese con sus vidas.

Pero a Dacian le pasó desapercibida su marcha, pues acababa de sacar de la bolsa una astilla de pedernal lo bastante afilada para cortar a los dedos que la manejaran sin las suficientes precauciones. Luz, necesitaba luz... Dacian conseguiría luz aunque tuviera que hacer arder todo aquel bosque hasta las raíces para ello.

Murmurando y restregando el pedernal contra su batín de lana, moviéndolo cada vez más deprisa, Dacian recitó un hechizo y envió zarcillos a lo largo del delgado hilo de una marca hasta los confines más lejanos de los Dominios, muy cerca de su centro llameante, donde moraba...

El elemental de fuego surgió del pedernal con un chasquido y un siseo, totalmente formado y vivo. Compuesto de llamas que bailaban y ondulaban y más alto que los carros, la criatura sugería una silueta femenina, pero Dacian sabía que los elementales no eran humanos y que, en realidad, ni siquiera estaban vivos.

Pero podía controlarlo. La llama del elemental calcinó la noche y se reflejó con un sinfín de destellos en las ramas desnudas, arrancando una neblina de vapor a las hojas del suelo del bosque. Dacian, medio cegada, curvó un dedo en el aire hasta formar un círculo.

--¡Álzate y revela a mis enemigos! Busca...

Pero sus palabras fueron repentinamente impulsadas de regreso hacia su boca.

Procedente del sur, la dirección del cráter, llegó una ráfaga de viento tan potente que la hizo retroceder tambaleándose hasta chocar con el carro. La galerna agitó la larga cabellera de Dacian alrededor de su rostro, tiró de su batín y la asfixió con cenizas de madera arrancadas del hoyo de la hoguera. Mientras se apartaba los cabellos a manotazos e intentaba no perder el equilibrio bajo aquel chorro de

aire gélido, la hechicera vio que el elemental de fuego estaba luchando con una criatura similar. Blanca como un fantasma, con una larga cola que se retorcía y ondulaba, el elemental de aire se lanzó sobre su camarada, tan juguetón como un cachorro y tan peligroso como un tornado. Dacian contuvo la respiración y no pudo reprimir un estremecimiento. El viento creado por los movimientos del elemental de aire procedía de las capas más altas de la atmósfera y estaba implacablemente helado, sin que hubiera ni rastro del calor del sol o de la tierra en él. Dacian pensó que estaba respirando hielo, y que se ahogaba en él.

Pero sólo por un momento. El elemental de fuego osciló y giró velozmente, y se lanzó sobre el elemental de aire. Pero cuando se encontraron, el maná más poderoso de la criatura de aire extinguió a la criatura de fuego con tanta facilidad como un huracán apagaría una vela. Dacian vio cómo el elemental de fuego se disgregaba en un millar de diminutas volutas de llamas, como una hoguera de campamento que fuese esparcida por el suelo. Un instante después ya había desaparecido, y la oscuridad volvió a rodearla.

Confuso y echando de menos a su amigo, el elemental de aire recorrió el campamento una, dos, tres veces en rápidos circuitos, recubriendo de escarcha el equipo, los carros y a Dacian, y después salió disparado hacia el cielo y se desvaneció.

Dacian, con los dientes castañeteándole, miró a su alrededor. ¿Dónde estaban sus sirvientes? ¿Y sus guardias? ¿Habrían huido todos? ¡Malditos fuesen! ¡Los abandonaría, y los dejaría atrapados en un bosque invernal!

Dacian rebuscó dentro de su bolsa, maldiciendo y balbuceando. Tenía las manos tan frías que no sentía los dedos, y tampoco había ninguna luz --salvo la de la luna-- para iluminar el contenido de la bolsa. La hechicera buscó a tientas y sacó lo primero que consiguió encontrar: una concha marina pintada de rojo.

Helada hasta la médula, Dacian pronunció un encantamiento para invocar a las criaturas asociadas con la concha. Necesitaría protección, y en grandes cantidades, pues quien estaba acechando en la oscuridad del bosque tenía más maná que ella. Y si quería escapar con sus carros y su botín, también necesitaría tiempo. Dacian completó su encantamiento lanzando la concha a cuatro metros de distancia de ella.

Un crujido resonó entre las hojas agitadas por el viento. Una hilera de pequeñas siluetas surgió de las hojas, no más altas que setas.

Pero las formas se estiraron y crecieron como dientes de dragón, y en cuestión de segundos Dacian ya tenía una hilera de soldados interponiéndose entre ella y su misterioso atacante.

Había veinticuatro, tal como había solicitado. Todos eran hombres de piel bronceada y negra barba, envueltos en cota de malla de escamas plateadas que recordaba la piel de un lagarto y vestidos con faldellines y capas rojas. Cada soldado iba armado con un escudo redondo y una espada corta, y llevaba dos jabalinas sostenidas en su espalda por tiras de cuero. Mientras parpadeaban y miraban a su alrededor, reaccionando a la repentina oscuridad con un cauteloso recelo, su capitán --¿cómo se llamaba?-- fue hacia Dacian para recibir órdenes, avanzando en silencio sobre sus pies calzados con sandalias.

No había recorrido tres metros cuando una bola de fuego iluminó la noche y gritos de guerra llegaron desde dos direcciones distintas.

Los soldados se agazaparon ante aquella nueva amenaza, entornando los ojos para protegerlos de aquella brillante claridad. Otra siseante bola de fuego trazó un arco por encima de sus cabezas, deslizándose a unos quince metros de altura, y estalló en el suelo del bosque a seis metros de ellos. Un fresno se convirtió en una gran antorcha cuando una sustancia llameante parecida a la pez empezó a correr sobre su corteza. Segundos después otra bola de fuego llegó de la misma dirección, lanzada hacia el cráter, y el nuevo proyectil estalló todavía más cerca, haciendo saltar a los hombres cuando prendió fuego a las hojas secas.

Los gritos de guerra volvieron a resonar, terriblemente numerosos, y fueron acompañados por los aullidos y estridentes chillidos de alegría de hombres y mujeres.

Ignorando a Dacian, el capitán rojo fue corriendo hasta el final de sus filas y les ordenó que formaran en parejas. Los hombres obedecieron automáticamente, aunque estaba claro que aquellos gritos de entusiasmo habían conseguido que desearan estar en cualquier otro sitio antes que allí. Un soldado del final, un sargento, le gritó al capitán que habían sido flanqueados.

Una hilera de caballería llegó atronando desde el este. Delante de ella galopaba un enorme centauro que llevaba un peto adornado con volutas y relieves y un yelmo. Tenía un brazo inmovilizado sobre el pecho, pero gritaba con toda la potencia de sus pulmones y empuñaba una lanza que tenía dos brazos de largo. Con él venían hombres y mujeres, muchos armados con sables curvos, otros con hachas y

espadas largas. Salvo por los brazales de dos colores, aquella caballería parecía no tener uniforme.

«No es posible», pensó Dacian. ¡Nadie podía haber conjurado una fuerza tan grande con tal rapidez y sin que ella hubiera notado ninguna perturbación en el maná! ¡Era imposible!

El capitán rojo hizo un rápido recuento: se enfrentaba a una veintena de enemigos dispuestos en filas de tres. Si la fuerza que los había flanqueado contaba con el mismo número de combatientes...

Y así era. Otro centauro, más esbelto pero igual de alto, estaba al frente de una hilera de hombres y mujeres que llevaban capas grises adornadas con plumas de cuervo..., y detrás de ellos había más filas de soldados con brazales verdes: otra veintena de enemigos.

Veterano de cien batallas, el capitán sabía cuándo había llegado el momento de retirarse.

--¡Buscad refugio en parejas! ¡Sálvese quien pueda! ¡Reagruparos al norte cuando amanezca!

Como palomas que se dispersaran ante una manada de leones, los soldados rojos huyeron en parejas a la búsqueda del cobijo más cercano: detrás de árboles, debajo de carros, detrás de tiendas primero y de arbustos después... La fuerza de caballería se fragmentó para acosarlos, gritando mientras empujaba a los soldados rojos hacia la espesura y con sus caballos piafando y lanzando relinchos de pura excitación.

Dacian apretó los puños con tanta fuerza que sus largas uñas le rasgaron la piel de las palmas. ¡Por la frente ensangrentada de Shaitan, aquellos eran sus centauros! Los había reclutado en las Tierras Verdes cerca del Mar de Miel..., ¡y los había marcado! ¡Y de repente allí estaban, encabezando un ataque contra sus soldados rojos y dispersándolos como si fuesen ratones! Por los ojos de los dioses que mataría a alguien como castigo a aquella indignidad...

Una repentina confusión de gruñidos, chirridos, graznidos y crujidos hizo que girara sobre sus talones. La tierra estaba temblando debajo de sus pies. Dacian se agarró al carro y se arriesgó a echar un vistazo. La luz del árbol en llamas le permitió ver dos formas gigantescas que surgían de la oscuridad y venían hacia ella. Una tenía dos cabezas... ¡Era ese gigante estúpido al que había reclutado con un barril de vino, el que había perdido el brazo entre las fauces de la hidra! Pero allí estaba, viniendo hacia ella con un largo garrote sujeto al muñón. Y con él venía --¡maldiciones sobre maldiciones!-- la bestia mecánica que había encontrado atrapada en un cañón de las llanuras

de las tierras altas. ¡Los dos se disponían a atacarla!

Pero ¿cómo habían sido conjurados? ¡Era imposible!

Mas no tenía nada de imposible, pues la simple verdad era que Dacian no podía concebir que aquellas tropas estuvieran actuando por voluntad propia y que no se tratara de fuerzas conjuradas y obligadas a luchar, sino de voluntarios llenos de entusiasmo.

Dacian por fin se dio cuenta de que estaba sola. Su séquito había desaparecido. Los soldados rojos se habían esfumado dentro del bosque.

Era hora de irse. Tenía que abandonar los carros, y escapar mientras aún pudiera hacerlo. Conocía un lugar al que retirarse, su escondite favorito: una ciudad bastante grande de las tierras bajas, donde cualquier persona que tuviera una bolsa llena siempre era bienvenida...

Hurgó dentro de su depósito de artefactos y extrajo una moneda que había sacado de la fuente de aquella ciudad. Intentó pensar con claridad y concentrarse, y clavó la mirada en la lejanía y se obligó a calmarse. El salto era corto, y ya estaba sintiendo el primer cosquilleo en los pies, y su altura empezaba a contraerse...

Y entonces Dacian se quedó boquiabierta cuando algo brilló y tembló delante de ella. Los troncos de los árboles, o las ramas, o sencillamente un rayo de luz de luna que se inclinaba delante de ella, se fundieron de repente. Delante de ella, primero llena de franjas grises como la noche y floreciendo después repentinamente en un estallido de color, había una mujer delgada y no muy alta de cabellos despeinados que vestía ropas viejas y descoloridas y un maltrecho chal adornado con ensalmos, y un coloso vestido con pieles de ciervo y lana roja y armado con una gigantesca hacha de doble hoja. Las dos siluetas aparecieron a un metro y medio de Dacian. «Un hechizo de camuflaje», pensó la hechicera. Habían estado cerca y observándola todo el rato, y no se había dado cuenta de ello en ningún momento.

La mujer, que tenía el aspecto descuidado y tosco de una druida, llevaba un casco de piedra debajo de un brazo. La recién llegada posó su mano libre sobre el hombro de Dacian, rozándolo con afable delicadeza. La hechicera estaba demasiado confusa y aturdida para quitárselo de encima..., y con ese suave contacto, el hechizo para viajar por el éter de Dacian se disipó tan deprisa como si nunca hubiera sido más que un sueño placentero.

La hechicera apartó los dedos de la druida con un gruñido gutural y un salvaje manotazo, pero el hombretón la agarró por el brazo y la

alzó en vilo, convirtiéndola en una prisionera.

Y mientras Dacian luchaba y se debatía, la druida dejó caer el casco de piedra sobre su negra y reluciente cabeza.

Mil imágenes bombardearon su mente, un millar de órdenes conminándola a obedecer...

Y Dacian ya no fue consciente de nada más.

* * *

--Así que hemos vuelto a vencer --dijo Mangas Verdes--. ¡Oh, qué sensación tan agradable! Por fin estamos obteniendo resultados tangibles.

--Me alegro --gruñó su hermano mientras dejaba en el suelo a la rígida Dacian--, pero no me siento feliz. Esta hechicera se peleó con Liante y ayudó a destruir nuestro hogar. Puede que fuera ella quien conjuró la lluvia de piedras y la plaga de ratas.

Mangas Verdes meneó la cabeza, visiblemente divertida.

--Tú fuiste el que protestó con más energía cuando le puse este mismo casco a Haakón.

--Bueno... --Gaviota se sintió repentinamente confuso--. Pero pensaba que estabas siendo arrogante y despiadada, y que ponías en peligro la cordura de otra persona cuando tú no habías probado el casco contigo misma.

--Y estaba siendo arrogante y despiadada, y estaba equivocada. Pero los dioses me pagaron con mi misma moneda, pues algún tiempo después tuve que ponerme el casco para salvaros la vida a todos. Un castigo muy adecuado para la arrogancia, y una cura infalible... Bien, no hablemos más de eso.

--Aun así, no queremos olvidar los crímenes de Dacian y ser bondadosos y clementes con ella.

--Pero la bondad y la clemencia son lo único que tenemos --discrepó Mangas Verdes--. Si los hechiceros están obsesionados con el control y la destrucción, entonces debemos responderles con la dulzura y la cooperación. Así es como derrotaremos a nuestros enemigos y conseguiremos que los Dominios lleguen a ser un lugar mejor.

Gaviota asintió lentamente.

--Debes de tener razón, pues seguramente el ir por ahí dando golpes en la cabeza a la gente no puede servir de nada..., o por lo menos no de mucho. Me alegra que no te hayas vuelto como ellos.

Ése ha sido mi mayor temor: que perdieras tu alma al aprender magia.

Mangas Verdes se rió, un sonido lleno de alegría en la fría noche, y puso la mano sobre el antebrazo de su hermano mayor.

--No temas. Antes que volverme como ellos, convertiría mi carne en tierra y alimentaría a la hierba.

Gaviota sonrió y le revolvió los cabellos.

--Nuestros padres y todos los demás estarían orgullosos de ti. Pero ¿qué vamos a hacer con esta hechicera?

--La devolveremos al buen camino, o por lo menos le pondremos una correa para que no siga haciendo de las suyas. ¡Kwam! --gritó Mangas Verdes, volviéndose hacia la oscuridad.

El moreno estudiante apareció junto a ellos, tan silencioso como una sombra. Ya nunca estaba muy lejos de Mangas Verdes. La druida cogió con suave delicadeza la flácida mano de Dacian y la puso en la de Kwam.

--Llévala a las tiendas de Amma, por favor, y asegúrate de que la atan. Cuida de ella..., y no me decepciones.

La sonrisa de Kwam tembló. El tímido joven se sintió tan aturdido que no pudo responder, y se limitó a llevarse a Dacian.

Un instante después fueron interrumpidos por una jinete que llegó al galope. Era Rakel, que volvía a ser la comandante, pero que había pasado a vestir ropas de lana y había abandonado el cuero negro.

--¡Hola! --les saludó, desmontando de un salto--. ¿Habéis visto cómo corrían? ¡Y no ha habido que atravesar ni a uno solo!

Rakel se echó a reír, feliz por poder volver a hacer lo que sabía hacer mejor y por estar sana y entera y, también, porque su plan había funcionado a la perfección. Cuando supieron que debían atacar a Dacian la Roja, Mangas Verdes insistió en que debía haber el menor derramamiento de sangre posible, pues no cabía duda de que Dacian conjuraría a sus soldados rojos --viejos camaradas de Varrius, Neith y el difunto Tomás--, o incluso a exploradores centauros, amigos y parientes de Helki y Holleb.

Y después de toda la sangre y las ausencias que el ejército había padecido últimamente, nadie quería que hubiera más.

--¡Lo has hecho tan estupendamente como de costumbre, Rakel! --dijo Gaviota--. Me alegra que seas tú quien está al mando, y no yo. Yo habría metido a la mitad del ejército en el cráter, y habría perdido a la otra mitad en el bosque.

Rakel se puso de puntillas y besó a Gaviota en la mejilla con un beso de hermana.

--Lo habrías hecho muy bien --dijo--. Todos tenemos una tarea que llevar a cabo, y hemos de aprender a trabajar juntos como...

Rakel se calló de repente. Un capullo negro acababa de surgir de la nada a unos tres metros de ellos. La veloz masa giratoria, que parecía una telaraña de seda color ébano, fue creciendo rápidamente y pasó de ser una línea oscura a tener la altura y el grosor de un ser humano. Mangas Verdes rozó su chal con las puntas de los dedos y Rakel se llevó la mano a la espada, y Gaviota empuñó su hacha.

El capullo se quedó inmóvil y después se fue abriendo por un lado, como si se dispusiera a dejar en libertad a una mariposa gigante.

Pero lo que surgió de él no era una mariposa sino un hombre alto y delgado, extrañamente vestido con unos harapientos pantalones de lana y una camisa negra adornada con bordados azules. Una maltrecha capa de cuero colgaba de sus hombros, y una daga recubierta de tallas y una bolsa de cuero repujado pendían de sus caderas.

Su rostro era huesudo y estaba bronceado por los soles del verano. Sus ojos eran de un profundo azul turquesa, pero el izquierdo estaba enmarcado por una vieja cicatriz en forma de estrella. Los dos ojos llamearon cuando contempló la escena que había ante él, y la boca del hombre se tensó en una amenazadora cuchillada de ira.

Rakel por fin encontró el aliento que había quedado atrapado dentro de su pecho.

--¡Garth!

20

--¿Dónde está mi hijo, Norreen? --preguntó aquel desconocido alto y delgado de piel morena.

--¿Quién es Norreen? --le preguntó Gaviota a Rakel, mientras reaccionaba instintivamente colocándose delante de las mujeres--. ¿Eres tú? ¿Y quién es este hombre?

--Es mi esposo --murmuró Rakel.

--¿Tu esposo?

--¡Tú! --Garth señaló a Gaviota con un dedo--. ¡Apártate de mi esposa!

--¡Intenta comportarte con un poco de educación, Garth! --replicó secamente Rakel.

--¡Silencio, traidora! --rugió el hechicero.

La arrogancia de aquel hombre enfureció a Gaviota. «Otro maldito fanfarrón con poderes mágicos --pensó--, que cree ser el señor de cualquier lugar en el que pone los pies.»

--He sacado a tu esposa de los más pestilentes agujeros del infierno --replicó secamente a su vez--, y ella nos ha guiado hasta la victoria. ¿Dónde has estado tú durante todo ese tiempo?

--Gaviota... --dijo Mangas Verdes en un tono de advertencia.

--Garth... --dijo Rakel en el mismo tono.

Pero los dos hombres, tan tozudos como poderosos, se habían caído mal el uno al otro nada más verse, y los dos entraron en acción con un veloz estallido de movimientos antes de que pudieran pensar en lo que estaban haciendo.

Garth llevó velozmente una mano a su bolsa de magia mientras Gaviota alzaba su hacha y se lanzaba a la carga.

Antes de que el leñador pudiera golpear, Garth ya había tejido un capullo negro de maná puro delante de él y lo había agitado como si fuese un bastón. Inmóvil delante de él, como si hubiera surgido de la nube negra, se alzaba una sombra del otro lado, un hechicero muerto hacía mucho tiempo y tan consumido que sólo nudos y tiras de músculo seguían adheridas a sus huesos recubiertos por el moho de la tumba. La criatura vestía una larga túnica azul, sorprendentemente flexible y limpia, que ondulaba como el oleaje de un océano bajo la luz de la hoguera. La sombra alzó una mano verde y marchita salpicada de llagas y manchas de podredumbre, y conjuró una bola de fuego de un repugnante color verdoso.

Pero fuera cual fuese el hechizo que pretendía tejer, quedó

inconcluso. Mangas Verdes rozó una hebra de telaraña cosida en su chal y señaló con un dedo, y la bola de fuego se evaporó entre una nube verde amarillenta.

Gaviota había seguido moviéndose tan deprisa como en el primer instante. Encorvando los hombros, y con la furia aumentando todavía más su ya descomunal fuerza, el leñador hizo girar el hacha en un arco resplandeciente que partió en dos al hechicero no muerto: un chasquido como el de una ramita que se rompe y un chillido de sorpresa como el de una rata atrapada, y la criatura se desmoronó y quedó convertida en un montón de huesos perdidos entre los hermosos pliegues luminosamente azules de su túnica.

Pero Garth también se movió. Esparció delante de él lo que parecía un puñado de canicas negras, y ladró una áspera orden. Antes de que el leñador lanzado a la carga pudiera atacarle, Gaviota chocó con un escudo invisible e impenetrable. Aturdido y con la nariz sangrando, Gaviota empezó a gritar maldiciones y fue golpeando el muro para tratar de encontrar una entrada.

Mangas Verdes rozó un diminuto tallo de alga cosido sobre su hombro, curvó la mano en el aire como si recogiera algo invisible y la inclinó. Garth padeció un diluvio repentino cuando una columna de agua marina surgió de la nada encima de él y empezó a derramarse sobre su cuerpo. El agua llenó el escudo circular que había conjurado, revelando el perímetro de la fuerza invisible con tanta claridad como si ésta fuese un enorme vaso de cristal repentinamente llenado. Garth se limitó a meterse un guijarro en la boca y respiró el agua. Después sacó de su bolsa un objeto blanco amarillento: un diente. Garth sopló sobre él, dirigiendo el aliento hacia un grupo de jinetes que estaba cerca de ellos.

Y entre los caballos y jinetes se alzó de repente un monstruo tan alto como los árboles. Las ramas se rompieron y las hojas cayeron al suelo cuando el coloso movió sus inmensos flancos, golpeó el suelo con cuatro enormes patas y desplegó una larga y peluda trompa: era un mamut de guerra cuyo hirsuto corpachón, de seis metros de altura en los hombros, dejaba empequeñecida incluso a la bestia mecánica de Stiggur. El mamut, que era muy miope y estaba confundido por las siluetas que se agitaban alrededor de sus patas, golpeó por dos veces el suelo con las patas haciendo temblar la tierra, y después alzó su probóscide y emitió un trompeteo lo bastante potente para hacer añicos un yelmo. Los caballos, que ya habían quedado aterrorizados por el extraño olor y las enormes dimensiones de la bestia, se

encabritaron y retrocedieron, volviendo grupas y chocando unos con otros, pisoteando soldados en la agitación para acabar huyendo al galope como si un águila hubiera caído sobre una bandada de palomas.

Mangas Verdes reflexionó durante unos momentos, intentando decidir cómo podía aplicar un mínimo de fuerza para obtener el mayor resultado posible. El mamut no debía aplastar el campamento y a sus seguidores. Stiggur acababa de dirigir su bestia mecánica hacia el mamut, y Liko avanzaba pesadamente junto a ella. La druida acabó decidiendo que podían salir muy malparados, lo cual significaba que Mangas Verdes debía dirigir el mamut hacia el oeste.

Rozó un trocito de metal quemado y retorcido que había en su chal y después agitó la mano, lanzando una bola de fuego que estalló entre las ramas muertas de un roble blanco. Los diminutos ojos negros del mamut relucieron cuando ramas, hojas y viejos nidos de pájaros empezaron a arder entre crujidos y chisporroteos a unos tres metros de su cabeza. Las chispas cayeron sobre el espeso pelaje aceitoso de la criatura, creando pequeños incendios que ardieron durante unos segundos antes de apagarse. Pero el fuego y los aguijonazos de dolor bastaron para aterrar a la bestia, y el mamut volvió grupas y retrocedió, aplastando un bosquecillo de álamos temblones para huir hacia el oeste y acabar desapareciendo estruendosamente en la noche.

Garth disolvió su escudo invisible, y el agua marina se esparció alrededor de sus pies. El hechicero estaba seco, pues su hechizo para respirar agua le había protegido.

Rakel medio desenvainó su espada y gritó a los hombres que dejaran de luchar, maldiciendo como sólo podía hacerlo la comandante de un ejército. Después, furiosa y disgustada, decidió dejar que pelearan hasta que su furia se hubiera disipado. Rakel volvió a guardar su espada en la vaina y se quedó inmóvil, hirviendo de ira con las manos apoyadas en las caderas.

Alzando su hacha para que le sirviese de escudo parcial, Gaviota agarró a Garth por el cuello y lo sacudió igual que si fuese un cachorrillo. Pero Gaviota no estaba muy seguro de qué quería de aquel hombre, y sólo sabía que si era tan precioso para Rakel no debía matarle. Pero un buen puñetazo en la boca...

Y entonces Garth se retorció en el aire y rozó a Gaviota con un dedo envuelto en una piel de anguila seca.

La terrible descarga del hechizo recorrió a Gaviota desde la

cabeza hasta los pies. La electricidad desgarró su cuerpo, poniéndole los cabellos de punta y haciendo que los ojos se le desorbitaran mientras sus dientes brillaban con una capa de chispas y sus músculos temblaban y sufrían espasmos. Pero el leñador siguió aferrando tozudamente al hechicero, y sacudió a Garth con tal violencia que su cabeza se bamboleó de un lado a otro e interrumpió su concentración. El hechizo se desvaneció. Gruñendo, el maltrecho leñador rodeó la garganta del hechicero con las manos y empezó a apretar. Tanto si era el esposo de Rakel como si no, Gaviota le rompería unos cuantos huesos y le daría una buena lección a aquel hechicero...

Un golpe le hizo tambalearse y le apartó a un lado. Un aullido animal resonó en sus oídos. Alzándose junto a él había un par de guerreros salvajes de las tierras del norte, un hombre y una mujer de revueltos cabellos, con armadura de cuero y pieles y garrotes de piedra que enarbolaban sobre sus cabezas. La locura ardía en sus ojos. Los dos guerreros desperdiciaron la ocasión de asestar un golpe letal al lado indefenso de Gaviota, y se limitaron a lanzarse sobre él para golpearle con sus escudos. Gaviota olió una vaharada de aliento rancio cuando el hombre se inclinó sobre él e hizo chasquear sus dientes ennegrecidos y mellados sobre su rostro: un par de centímetros más, y le habría arrancado la nariz de un mordisco.

Gaviota, gruñendo con tanta ferocidad como la pareja de guerreros, alzó su hacha y detuvo el descenso de un garrote de piedra, lanzó una patada a la mujer para mantenerla a distancia y vio cómo su garrote descendía sobre él para romperle el cráneo...

Rakel gritó y la espada salió velozmente de su vaina. Su hoja arrancó un trozo de madera al garrote de la mujer, pero el hombre le golpeó el hombro con su escudo de cuero...

Garth vio que su esposa estaba a punto de ser partida en dos, y ladró una advertencia...

Y entonces todos se derrumbaron cuando un océano de agua marina cayó del cielo.

Esta vez Mangas Verdes había conjurado una auténtica marea. Los combatientes quedaron medio aplastados con los estómagos pegados al suelo, y el agua se agitó y chorreó por todas partes. Incluso Mangas Verdes, que se encontraba en el límite de la repentina inundación, quedó empapada hasta las rodillas. Las hojas fueron arrastradas en un veloz remolino, y el suelo del bosque quedó lleno de surcos y señales cuando el agua empezó a deslizarse por él. Un pulpo

se retorció a los pies de Mangas Verdes, y la joven druida se inclinó sobre él, lo rozó y lo devolvió a su hogar mediante un conjuro.

Medio ahogado, el empapado grupo de combatientes se debatió como peces abandonados por la marea. Gaviota rozó una pluma cosida en su chal y entonó un hechizo de sueño sobre la pareja de guerreros salvajes.

--Basta de tonterías, por favor --pidió después mientras Gaviota, Garth y Rakel se ponían de rodillas, todos buscando instintivamente el paradero de su enemigo--. Es hora de hablar.

Temblando y fulminándose con la mirada unos a otros, todos asintieron.

* * *

Envueltos en mantas y sentados alrededor de una hoguera, Garth, Rakel, Gaviota, Lirio y Mangas Verdes estaban hablando mientras todo el ejército, salvo los piquetes de guardia, escuchaba en silencio fuera de su tienda.

Acusaciones enfurecidas, burlas y amenazas hacían vibrar el aire con un chasquear tan seco y feroz como el chisporroteo de las ramas entre las llamas, y tuvo que pasar algún tiempo antes de que todos se fueran calmando un poco y empezaran a oírse tonos más corteses y tranquilos. Pero Rakel --o Norreen, como la llamaba Garth-- estaba acostumbrada a mandar ejércitos, y no pensaba quedarse callada. Sentado sobre su regazo todo el tiempo, envuelto en una capa de lana y con el cabello empezando a crecerle ya en el cráneo, Hammen contemplaba con los ojos muy abiertos a su padre espectral vuelto de la tumba.

--¡Te olvidaste de tu granja y de tus viñas, y de mí y de Hammen para correr en pos de la magia, Garth, y tú lo sabes! ¡Dejaste de amarme y te enamoraste de la magia, y también lo sabes! Lo sabes tan bien como un borracho sabe que ama a la uva, y que renunciará a todo por una botella más. Jugaste con ella, te revolcaste en ella, y comiste y bebiste magia y te acostaste con ella durante demasiado tiempo, ¡y seguías queriendo más! ¡Y mientras tú has estado recorriendo los planos en busca de magia como una rata anda detrás de la basura, Hammen y yo hemos sufrido! ¡No tenemos nada que agradecerte! ¿Vas a negar esto? ¿Eres capaz de mirarnos a la cara y decirnos que nos sigues amando?

Un largo silencio siguió a aquella larga serie de reproches, y

mientras duraba Gaviota se volvió hacia Mangas Verdes y le habló en susurros.

--Es lo que temía que te ocurriese... Temía que olvidaras la humanidad por la magia, y que nos utilizaras como peones para perseguir tus oscuros fines.

--Y yo te dije que moriría antes que abandonar a mis amigos, mi familia y la humanidad --replicó su hermana--. ¡Y ahora calla!

Garth tomó un sorbo de té caliente con los ojos cerrados, absorbiendo su fragancia a menta y haciéndola penetrar hasta las profundidades de sus pulmones y su cuerpo, como si se hubiera olvidado incluso de comer en su persecución de la magia.

--Te he buscado, ¿no? --preguntó por fin con voz tranquila y firme--. He seguido tu rastro hasta aquí...

--¡Como si eso hubiera servido de mucho! --le interrumpió secamente su esposa. La hoguera de su furia era la que ardía con más intensidad entre todos los presentes, pero Rakel también era la que más había sufrido--. Durante ese tiempo fui torturada y después me persiguieron por la mitad de Benalia, y mientras tanto yo iba desangrándome en los brazos de ese hombre y ese muchacho. Ordando, que era una excelente guerrera, dio su vida a cambio de mi rescate. Y Bardo, un paladín, fue arrancado de un tejado como una paloma mientras nos defendía. ¡Unos demonios casi nos hicieron pedazos en un maldito erial de cenizas olvidado por los dioses! Pero durante cada centímetro del camino este ejército y estas personas me han protegido, consolado y cuidado, igual que han hecho con mi hijo, porque son personas buenas y decentes que se mantienen fieles a sus metas, sus visiones y sus promesas.

Rakel estaba llorando, derramando lágrimas de ira y pena, y se avergonzaba de estar llorando, pero no podía dejar de hacerlo.

--Gaviota, Mangas Verdes, Lirio, Stiggur, Varrius, Neith y todas las personas del campamento, hasta el niño más pequeño que recoge ramitas para las hogueras, han trabajado y sudado, y se han adiestrado y han luchado y han estado a punto de morir, maldita sea, ¡y muchos han hecho precisamente eso, morir!, para que los Dominios puedan quedar libres de la arrogancia, la autoridad y la crueldad de los hechiceros que se pavonean exhibiendo su magia. Y sin embargo, ¿qué se encuentran después de haber hecho doblar la rodilla a otra hechicera feroz e implacable? ¡A ti, surgiendo de la nada y lanzando acusaciones y hechizos para olvidarte de tu culpabilidad! Porque has sido culpable de arrogancia y de no pensar en los demás. Y en lo más

profundo de tu ser, ese héroe que volvió a Estark para castigar a unos bastardos todavía más arrogantes que él por haber cometido el pecado de robar magia lo sabe también.

»Así pues --concluyó con voz enronquecida--, ¿admitirás que nos abandonaste y que sólo pretendías engrandecerte, y pedirás disculpas a este ejército, a todas estas personas que son nuestros amigos, por tu incalificable comportamiento? ¿O te mantendrás altivo y distante, y formando parte de esas «gentes superiores» que desdeñan a los humanos considerándolos peones y ganado y que aspiran a ser dioses?

Hubo un largo silencio, tan profundo como el de la noche antes de que llegue el día. Todo el ejército pareció contener el aliento.

Las palabras de Rakel seguían resonando en los oídos de Garth. Hubo un tiempo en el que casi había sido un dios, cuando luchó por aquel privilegio y después lo abandonó para seguir siendo humano. ¿En qué se había equivocado desde entonces?

El hechicero vestido de negro con la cicatriz en forma de estrella alrededor del ojo izquierdo estuvo reflexionando durante largo tiempo.

Después dejó su tazón rojo en el suelo y se levantó. Gaviota, al que aquel silencio amenazador no le gustaba nada, aferró con más fuerza el mango de su hacha y tensó sus piernas para saltar.

Pero Garth se volvió hacia su esposa y su hijo.

--Tienes razón, Norreen, y yo he estado equivocado --dijo solemnemente--. He estado patinando por el éter, revoloteando entre los mundos. Allí hay prodigios que nunca podrías imaginarte, cosas que están más allá de la belleza y el misterio, cosas que... Pero todo eso no importa ahora. Cuando contemplo tu dulce rostro, y los ojos anhelantes de mi hijo, me doy cuenta de que sólo son cosas y lugares, y de que en realidad las personas son lo único que importa en este mundo y en todos los mundos. Y te pido disculpas por haberte abandonado, y también te las pido a ti, Hammen. Ha transcurrido... tanto tiempo... desde que pensé por última vez en mí mismo simplemente como ser humano, y no como hechicero, que he sido engullido por las fauces de la magia. Pero ahora renuncio a ella, de una vez y para siempre, y te pido tu perdón...

Sus últimas palabras no pudieron ser oídas, porque Rakel, sosteniendo a Hammen delante de ella, se lanzó a sus brazos y le abrazó con todas sus fuerzas. El niño rodeó la morena cabeza de su padre con las manos y gritó «¡Papá!». Rakel estaba llorando de felicidad y los ojos de Garth, el original y el restaurado, derramaban

lágrimas que descendían a lo largo de su flaca nariz.

El ejército rió y lanzó vitores y lloró y se secó los ojos. Mangas Verdes sonrió. Y Lirio tomó la mano de Gaviota, y él le devolvió el suave apretón de sus dedos.

* * *

Pero, como ocurre siempre en un ejército, seguía habiendo mil tareas de las que ocuparse, y mil preguntas a las que responder.

Garth, que había pasado años viajando de un lado a otro cuando era un vagabundo tuerto, llenó muchos huecos de los mapas de los cartógrafos, y respondió a muchas preguntas, historias y rumores guardados en los archivos de los bibliotecarios. Un beneficio inmediato de ello fue que Garth conocía las tierras que se extendían al sur de Gish y el Mar de Miel, y pudo indicar la situación de las Tierras Verdes donde habían vivido los centauros Helki y Holleb.

Y, como consecuencia, una tarde Garth alzó los brazos entre una tempestad de lágrimas, abrazos y apretones de manos, y tejió una nube de telarañas negras alrededor de la pareja de lanceros y la envió a su hogar. Había prometido hacer volver a los centauros dentro de una semana, para averiguar si habían encontrado sus tierras natales y a su tribu, pero Mangas Verdes y Gaviota creían que nunca volverían a ver a sus amigos de cuatro patas y eso les llenó de tristeza.

Otros volvieron a sus hogares a medida que los conocimientos del ejército se iban incrementando. Obligados a la obediencia por el casco de piedra, Dacian y Haakón fueron colocados delante de mapas para que nombraran las áreas que habían explorado. Las heridas que el rey de las Malas Tierras había sufrido en la cabeza y en sus fuerzas ya habían sido remediadas por los curanderos, pero le faltaba un ojo y siempre le faltaría. Haakón, gruñendo hoscamente, fue describiendo la mayor parte del norte del continente. Dacian, la de la lustrosa cabellera, venía del noroeste y explicó con voz llena de amargura la disposición de las colinas y montañas que se extendían más allá de Risco Blanco. Otras islas y continentes fueron incluidos en los mapas, aunque los dos hechiceros se habían limitado a saltar a través de ellos y conocían muy pocos detalles. Dacian reveló la península del sur, donde había contratado a los soldados rojos, Varrius y Neith y el difunto Tomás, así como el archipiélago donde había encontrado a Liko, e informó de que otros gigantes vivían allí, aunque sólo tenían una cabeza.

Con muchas despedidas, y un gesto de manos envueltas en telarañas negras, Garth envió a los soldados rojos a su hogar, y después hizo lo mismo con el gigante, y con puñados de soldados y sus familias que se habían visto involucrados en las guerras de los hechiceros.

Pero una noche Gaviota estaba sentado delante de la tienda de su hermana, frunciendo el ceño mientras afilaba su hacha.

--¿Es que no lo ves? Hemos tenido demasiado éxito. Nuestro ejército se había marcado dos metas: detener las depredaciones de los hechiceros, y dibujar mapas y encontrar las tierras natales de nuestros amigos. Estamos encontrando sus tierras, cierto, y todos se marchan a sus hogares tan deprisa como vacas que quieren ser ordeñadas. Pronto tú y yo seremos lo único que quede del ejército..., y eso no será gran cosa.

* * *

Mangas Verdes, que todavía no estaba muy segura de lo que debían hacer con los hechiceros capturados, acabó decidiendo que los dejarían marchar.

--¿Te has vuelto loca? --le preguntó su hermano una noche durante un consejo celebrado alrededor de la hoguera--. Después de todo lo que nos costó capturarlos y de todas las vidas que perdimos para conseguirlo, ¿te limitas a quitarte el polvo de las manos y los dejas libres? ¡Es como si un pastor dejara marchar a unos lobos!

Mangas Verdes meneó su despeinada cabeza.

--¿Y qué sentido tendría retenerlos? --replicó--. Los hemos aprisionado con grilletes de hierro y los hemos sometido a mi voluntad, y ninguna de las dos cosas me gusta demasiado aunque sean necesarias. Y está claro que no podemos matarlos, desde luego... Pero como están sometidos a mi voluntad, podemos hacerlos volver en cualquier momento para que nos expliquen lo que han estado haciendo. Si han estado tramando alguna travesura, podemos ocuparnos de ello. Digamos que quedarán en libertad condicional, y que los vigilaremos y no les quitaremos el ojo de encima. Y... Bueno, ¿quién sabe? Quizá aprendan a ser humildes y a ver las cosas desde la perspectiva de aquellos a los que han esclavizado, y acaben decidiendo ayudarnos. Por todo eso, yo digo que debemos dejar que se marchen.

--Los lobos seguirán comiendo carne mientras tengan dientes

--murmuró Gaviota--. Pero... Muy bien, de acuerdo. Odio la magia, así que lo dejo en tus manos.

Dacian la Roja y Haakón, que se había proclamado a sí mismo rey de las Malas Tierras, fueron llamados inmediatamente. Mangas Verdes, hablándoles con el tono maternal y afable de una anciana reina, dio instrucciones a los hechiceros de que «se portaran bien», y los dejó en libertad. Sorprendidos y atónitos --los dos habían temido que se les despojaría de todo su maná y sus conocimientos, y que después serían ejecutados--, Dacian y Haakón desaparecieron sin perder ni un instante.

Pero Mangas Verdes estaba decidida a demostrar la firmeza de su decisión, y los conjuró a la noche siguiente. Haakón estaba furioso y muy sucio, pero explicó que había estado cavando en busca de su armadura. Dacian estaba borracha, totalmente concentrada en la tarea de ahogar sus penas y sus cadenas invisibles en alguna ciudad de las tierras medias. Parcialmente satisfecho, Gaviota soltó un gruñido de asentimiento y Mangas Verdes hizo desaparecer a la pareja.

--Menuda locura --masculló su hermano--. Aquí hay alguien que está más loco que un mochuelo, pero que me cuelguen si sé quién es.

* * *

El ejército se llevó unas cuantas sorpresas exactamente siete días después.

Garth entró en un claro y agitó sus manos en el aire. Gaviota, Mangas Verdes, Lirio y Rakel, con Hammen, estaban allí para verle emplear sus poderes, junto con muchos miembros del disminuido ejército. Todos esperaban ver a Holleb y Helki, aunque sólo fuese una vez más, y saber que eran felices.

Pero la negra nada sedosa dibujó primero uno, luego dos y finalmente cincuenta centauros de cuerpo pintado y arreos impecables armados con lanzas emplumadas que resoplaban y golpeaban el suelo con sus pezuñas. Dos miembros de la tribu se separaron del grupo apenas hubieron terminado de materializarse, y galoparon hacia los asombrados espectadores.

Helki y Holleb tenían un aspecto magnífico. Sus arreos de guerra eran nuevos y resplandecientes, sus lanzas, coraza y flancos estaban recién pintados, y sus flancos brillaban con un hermoso resplandor marrón rojizo. Los centauros se detuvieron y saludaron ceremoniosamente, pero sonrieron mientras se quitaban los yelmos.

--¡Mangas Verdes, Gaviota, Lirio! ¡Y Rakel, por encima de todos! ¡Mirad lo que traemos! ¡Hemos encontrado a nuestra tribu, los Buscadores del Viento de las Tierras Verdes, y ha habido muchas lágrimas y muchísima felicidad! Contemplad a nuestros padres y hermanos y hermanas. Hemos contado nuestras aventuras, y la empresa en la que os habéis embarcado, y cómo os sacrificáis para detener a los hechiceros. ¡Y ahora toda nuestra gente, hasta el último de la tribu, desea unirse al ejército!

Hubo un silencio lleno de perplejidad. Después Stiggur lanzó su grito de guerra, consiguiendo sobresaltar a todos.

--¡¡¡Ya-hooo!!! ¡Ahora nada podrá detenernos! ¡Podemos derrotar a cualquier ejército de los Dominios!

Y un instante después todo el mundo, centauros incluidos, se puso a gritar, y el estruendo fue lo bastante potente para hacer caer nieve de las ramas más bajas de los árboles.

Poco después Garth hizo regresar a Varrius y Neith, y ambos contaron la misma historia. Los dos mercenarios, pues ésa era su profesión, llevaban demasiado tiempo siendo manipulados y engañados por los hechiceros. Los soldados rojos se unirían al ejército de Mangas Verdes y Gaviota, y a cambio sólo pedían una paga que les permitiera sobrevivir. ¿Cuántos? ¿Cuántos combatientes querían? Varrius había hablado con cinco centurias --compañías de cien hombres cada una--, y había perdido la cuenta del número de voluntarios. Gaviota sólo pudo sonreír y menear la cabeza, y dijo que necesitaba pensarlo.

Muchos soldados volvieron con noticias similares. Fueran por donde fuesen, las personas corrientes de los Dominios querían ayudar a un ejército que se había fijado la meta de detener a los hechiceros, y eran muchas las que querían luchar en él, pues todo el mundo conocía a alguien que había sufrido por culpa de la magia. Algunos de los que volvieron prometían sólo cinco o seis voluntarios --todos los hombres y mujeres capaces de combatir que había en su aldea--, mientras que otros informaron haberse encontrado con cien voluntarios que agitaban armas y ardían en deseos de pelear. Gaviota se llevó las manos a la frente e intentó imaginarse aquellas cifras que Kwam, en calidad de escribano, iba anotando.

--¿Cómo daremos de comer a toda esa gente?

Incluso Liko volvió, con sus dos cabezas llorando como bebés. Se sentía muy solo en su antiguo hogar y echaba de menos a sus amigos. ¿Podía quedarse? Llorando y riendo al mismo tiempo,

Mangas Verdes le dio palmaditas en su única mano y aseguró al gigante que podía hacerlo.

Pero entonces, como para contrapesar todas aquellas buenas noticias, el ejército se entristeció al recibir una muy mala.

* * *

--Nos vamos --dijo Rakel, mirando fijamente a Gaviota y Mangas Verdes en la intimidad de su tienda.

--¿Que os vais? --exclamaron los hermanos.

Un velo de lágrimas no derramadas brilló en los ojos de Rakel cuando asintió.

--Sí. Garth, yo e incluso el pequeño Hammen hemos estado hablando durante mucho rato. Estoy harta de combatir... Sólo he disfrutado de unos pocos años de paz, y quiero llevar una vida tranquila. Pero no volveré a engordar, y seguiré ejercitándome. He de enseñar a mi hijo a ser un guerrero. Y a mis otros hijos, cuando los tenga...

--Yo renunciaré a la magia, tal como he prometido --dijo Garth--. Bueno, tal vez la emplee con las viñas o traiga un poco de lluvia, y debo disponer protecciones alrededor de nuestra casa por si Benalia decide hacernos una visita..., aunque dudo que lo hagan después de la impresionante lección sobre el arte de cortar madera que les dio Gaviota.

Garth sonrió y acarició la cabeza de su hijo.

Rakel, que estaba intentando no echarse a llorar, tomó las robustas y callosas manos de Gaviota entre las suyas.

--Gracias por tu ayuda. Gracias por todo, Gaviota. Por haber cuidado de mí, y... por haberme amado. No tengo más palabras que ésas.

Gaviota sorbió aire por la nariz, y acarició las callosas y hábiles manos de Rakel.

--Y yo te agradezco que adiestraras a nuestro ejército y lo convirtieras en una auténtica fuerza de combate --dijo--. De no ser por ti, no habríamos obtenido ninguna victoria. El ejército te echará de menos. Ellos... Ellos también te quieren --añadió.

Rakel se encogió de hombros y usó su manga para secarse los ojos.

--Los comandantes cambian como el viento. Cualquiera puede dar órdenes. Lo que realmente importa es el corazón del ejército, y este

ejército está llevando a cabo una cruzada como nunca la habían visto los Dominios. Que los dioses bendigan vuestro camino.

Garth carraspeó y colocó a su hijo, al que ya empezaba a crecerle el cabello, encima de sus hombros. El niño se rió.

--Debemos irnos. Hay mucho que hacer antes de que lleguen las lluvias de primavera.

Gaviota le ofreció la mano, y Garth la estrechó pasado un momento.

--He oído afirmar que mientras haya guerras, los viejos soldados nunca podrán abandonar su oficio --dijo el leñador.

Garth dejó escapar una alegre carcajada.

--Quienes hayan dicho eso están muy equivocados, pues los viejos soldados abandonan su oficio continuamente, ya sea para ir a una granja o a la tumba, y sin embargo sigue habiendo guerras. Pero si nos necesitas, llámanos. Consideraremos un honor poder ayudarte. Ah, y tal vez podáis usar esto...

Garth se puso a su hijo encima de un hombro, pasó la bolsa mágica sobre su cabeza y se la entregó a Mangas Verdes.

--Quédatela --dijo, contestando a sus protestas llenas de asombro--. Por dentro es más grande de lo que parece, y contiene muchas cosas que descubrirás te son de gran utilidad en tu empresa. Yo no la necesito. Ya tengo todo lo que me hace falta.

Garth cogió a Rakel del brazo, sosteniendo en un precario equilibrio al niño que jugaba y se retorcía encima de sus hombros, y tiró suavemente de ella hasta que Rakel se apoyó en su costado.

--Adiós a todos --dijo.

--Adiós --dijeron el general del ejército y la guardiana de la magia.

Un giro de una delgada mano, y una nube de telarañas negras les rodeó. Cuando las telarañas cayeron al suelo, estaban vacías.

* * *

Gaviota salió de la tienda y se encontró a Lirio esperándole delante de la entrada.

--¿Y Rakel? ¿Se ha ido?

Gaviota asintió.

--Ha vuelto a la granja con su familia. Espero que sean felices.

--Yo también lo espero. --Lirio le cogió de la mano y le llevó lejos de la tienda y hasta más allá del perímetro del campamento--. Quiero que ella siga siendo feliz para poder disfrutar de ti.

Gaviota soltó una risita, pero enseguida se puso serio. El leñador entornó los ojos, intentando ver el rostro de Lirio bajo la pálida luz de la luna.

--¿Oh? ¿Has decidido que me amas, pero que antes y en primer lugar te amas a ti misma?

--Sí, y sí. Ahora que puedo volar, y cortar las cadenas que me unían a la tierra siempre que quiera hacerlo, me siento libre. Eso quiere decir que soy libre de enamorarme... de ti.

Gaviota sonrió.

--Me alegra que seas feliz.

--Lo sé. Eso es lo que te convierte en un hombre especial.

--¿Qué me convierte en un hombre especial?

Gaviota se detuvo y contempló la blancura de sus ropas y su rostro sumido en las sombras.

--Que te importa lo que sienten los demás..., y especialmente lo que yo siento. Quizá estuviera un poco confusa, pero siempre has sido paciente y has esperado mientras yo intentaba poner algo de orden en mi vida y en mi cabeza.

Gaviota se encogió de hombros, pero de repente Lirio estaba en sus brazos, estrechándole contra su pecho con todas sus fuerzas, y su perfumada cabellera le hacía cosquillas en la nariz.

--Voy a agarrarte muy fuerte, Gaviota, y nunca te soltaré. Nunca, nunca... Pero tú también tienes que abrazarme... Abrázame, por favor. A veces tengo la sensación de que estoy flotando y de que el viento se me llevará a la deriva.

--No se te llevará --murmuró Gaviota con dulzura--. Eres fuerte, y pura, y buena. Pero te abrazaré, y seguiré haciéndolo todo el tiempo que quieras.

--Y yo me conformaré con estar por aquí ayudando en lo que pueda, y con ser la amiguita del general.

Gaviota se rió.

--¿Qué te parecería ser la esposa del general?

La joven echó la cabeza hacia atrás.

--¡Oh, Gaviota! ¡Vaya pregunta!

--¿Querrás casarte conmigo?

Lirio le contempló en silencio durante unos momentos antes de responder.

--¿Te casarías con una ex bailarina y ex prostituta..., que ahora es una hechicera?

--No. Me casaría contigo, con la dulce y bondadosa Lirio. O... Eh,

¿cuál es tu verdadero nombre?

--Gracias por preguntarlo --dijo Lirio, y se rió--. Me llamo Tirtha, pero me gusta que me llames Lirio. --Apoyó la cabeza en su pecho y le abrazó con todas sus fuerzas--. Ningún hombre me había pedido que me casara con él.

--¿Quieres que vuelva a pedírtelo? --insistió Gaviota.

--¡No! Quiero decir... ¡Sí! ¡Sí, sí, sí, sí!

Lirio le besó, y Gaviota le devolvió el beso.

* * *

Amma despertó a Mangas Verdes en plena noche.

--¡Deprisa, querida! ¡Chaney se está muriendo!

Mangas Verdes se calzó a toda prisa las zapatillas y se envolvió los hombros con su capa y su chal, y fue corriendo a las tiendas del hospital. Chaney yacía delante de ellas, acostada sobre un lecho de ramas de abeto.

--Insistió en que la llevaran fuera --le explicó Amma en un susurro--. No quería morir dentro de una tienda.

Sus palabras desgarraron el alma de Mangas Verdes con una tremenda punzada de dolor, y la joven hechicera cayó de rodillas junto a las ramas cubiertas por mantas. A la luz de las velas, la anciana druida parecía todavía más pálida, marchita y llena de arrugas que nunca. Pero aquella suave claridad también mostró a Mangas Verdes que Chaney había sido muy hermosa cuando era joven..., quizá hacía siglos.

--Chaney, mi señora --dijo Mangas Verdes, empleando aquel antiguo tratamiento casi sin darse cuenta--. ¡No os vayáis! ¡Os necesitamos!

La anciana druida no abrió los ojos.

--Nos vamos cuando somos llamados, niña. Nadie puede detenerlo; sólo tratar de escapar durante algún tiempo..., aunque la ancianidad es un precio terrible.

Su ronco graznido habitual se había convertido en un susurro que recordaba el agitarse de los árboles bajo el viento.

--Pero, Chaney...

Mangas Verdes se echó a llorar.

La archidruida acarició la suave y cálida mano de la joven con su seca garra escamosa.

--Sabes muchas cosas, Mangas Verdes, y serás una archidruida

mucho más grande que yo --murmuró--. Cantarán leyendas sobre ti hasta que los Dominios se derrumben sobre sí mismos y mueran entre las llamas. Dejarás atrás el ser druida y archidruida, para llegar a ser... No sé qué llegarás a ser. Utiliza tus talentos y el poder del cerebro de piedra con prudencia y sabiduría, y haz que los Dominios recuperen el equilibrio que han perdido. Pero no olvides nunca que la más insignificante de las hormigas es tan importante como tú... Ni más, ni menos que tú...

Mangas Verdes no sabía qué decir, y permaneció en silencio. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y cayeron sobre sus manos unidas.

Chaney abrió los ojos y clavó la mirada en el cielo. Mangas Verdes alzó la vista hacia la ya casi esfumada hoz de la luna menguante.

--Me voy con la luna --murmuró la anciana druida--. Pero seguiré cuidando de ti y de los tuyos. Ahora bésame, niña, y aspira mi último aliento... Lo necesitarás.

Sollozando, Mangas Verdes besó aquellos labios secos y marchitos. Y mientras lo hacía, oyó que Chaney jadeaba y vio cómo su flácido y flaco pecho se iba hundiendo, y engulló la última esencia de la gran mujer.

Y se tambaleó, y sintió que le daba vueltas la cabeza.

Más potente que cualquier vino, más devastador que cualquier golpe y más terriblemente penetrante que cualquier dolor, Mangas Verdes se sintió llena de un maná como nunca había sabido que pudiera existir. Un aullido que abrasaba y cosquilleaba surgió de sus pulmones y se fue extendiendo por todo su cuerpo, llegando hasta los puntos chakra que había detrás de su frente y buscando los que se ocultaban en su pecho, sus riñones y su estómago. Todo su cuerpo vibró con la zumbante canción del poder. Oh, pero si había tanto poder que incluso podría llegar a mover montañas con...

--Se ha ido --declaró Amma.

Y, acordándose de los deseos de la agonizante, no colocó una manta sobre su rostro, y se limitó a depositar una guirnalda de acebo encima de su cuerpo.

Mangas Verdes sintió cómo la fortaleza huía de su cuerpo. Estaba exhausta, como si hubiera sido consumida por unas llamas invisibles que la habían limpiado y purificado, y también estaba más sola de lo que jamás lo hubiera estado antes. La joven hechicera apoyó la cabeza en el pecho de la anciana druida y lloró.

Cuando hubo acabado de llorar, oyó un crujido detrás de ella. Era Kwam, esperando como siempre.

Y Mangas Verdes dejó escapar un grito ahogado y se levantó, y corrió a refugiarse en sus brazos.

__ EPÍLOGO __

Karli estaba tumbada en su hamaca, con sus pequeños y esbeltos pies suspendidos en el aire, su piel tan oscura como la noche iluminada por las velas y su delicada cabellera blanca irradiando una suave luminosidad. La hechicera escuchaba el viento del desierto que suspiraba alrededor de su tienda, oyéndolo sin prestarle mucha atención. Su caravana se había detenido en un viejo cauce seco donde estaría a salvo de posibles riadas para pasar la noche allí, pero el viento aullaba incluso en aquel lugar. Karli solía desear poder controlar el poder de aquel viento: le daría el maná suficiente para adueñarse de todas las tierras del desierto, e incluso de las que se extendían más allá de él. Pero domar al viento...

Y de repente Karli estaba totalmente despierta y erguida en su hamaca. ¿Qué era aquel siseo?

Un ruido sibilante resonó dentro de su tienda. Con sus oscuros ojos muy abiertos, la mirada de Karli recorrió las alfombras y arcones esparcidos por la tienda entre las sombras que proyectaba un trío de velas rojas. Un áspid emitía aquel siseo justo antes de atacar...

No. ¿Qué era...?

Dos diminutas siluetas oscuras fueron creciendo en el centro de las alfombras, como si un tocón se hubiera abierto paso a través del suelo de la tienda.

Karli saltó de su hamaca y envolvió su pequeño y delicado cuerpo en un batín de seda. El siseo era producido por alguien que llegaba a través del éter. La hechicera llamó a sus guardias con un chillido, y seis robustos jinetes de alfombra voladora entraron corriendo en su tienda con las cimitarras desenvainadas.

Para aquel entonces las siluetas habían crecido y se habían vuelto sólidas, con el marrón y la plata como colores predominantes, para revelar a un par de hechiceros que permanecían inmóviles con las manos derechas levantadas en el signo universal de la paz.

«¿Un par de hechiceros?», pensó Karli. ¿Cuando todos los hechiceros siempre estaban compitiendo entre ellos? ¿Y buscando una tregua? ¿Para qué?

Aquello merecía ser estudiado. Karli alzó una mano, indicando a sus guardias que no debían atacar.

La mujer de cabellos negro azabache que vestía una túnica marrón ribeteada de amarillo habló en un lenguaje que Karli reconoció.

--¿Eres aquella a la que llaman Karli?

--Mi título completo es Karli de la Luna del Cántico.

--Karli de la Luna del Cántico, entonces. Yo soy Dacian la Roja. Mi compañero... --movió una mano señalando al hombretón de la armadura adornada con incrustaciones de oro y plata y el enorme yelmo cornudo, que a pesar de cubrirle la cabeza no había impedido que Karli se diera cuenta de que le faltaba un ojo--, es Haakón Primero, rey de las Malas Tierras. Todos somos hechiceros, y deberíamos hablar.

--¿Sobre qué? --preguntó Karli, tirando del cinturón de su batín para ceñirlo a su cuerpo.

Todo aquello le parecía muy sospechoso, pero podía tratarles con cortesía. Karli ordenó a una sirvienta que trajera té espesado con mantequilla. Tal vez se enterase de algo que pudiera serle útil. Después de todo, una hechicera necesitaba el conocimiento más que cualquier otra cosa.

--Pero sentaos, y hablad --añadió--. Estoy escuchando.

Dacian se sentó con las piernas pulcramente cruzadas delante de ella. Haakón puso una rodilla en el suelo y apoyó un guantelete erizado de pinchos en ella.

--En el pasado has luchado con el ejército de aquellos a los que llaman Gaviota el leñador y Mangas Verdes la druida, o archidruida --dijo la mujer--. Haakón y yo también nos hemos enfrentado a ellos. Tú no conseguiste nada, y nosotros lo perdimos todo. Te proponemos...

--¿Cómo sabes todo esto? --preguntó Karli, balanceándose en su hamaca.

--Porque nos lo contaron después de habernos capturado --le explicó pacientemente Dacian--. Nos enteramos de tu ataque al campamento y de cómo tuviste que huir. Y sabemos que tocaste el cerebro de piedra durante unos momentos...

--¿El qué? ¡Yo nunca he tocado nada parecido! Buscaba... Bueno, da igual. Pero...

--Buscabas una caja rosada recubierta de bandas y hebillas que creías era un cofre de maná. No lo es. Es un casco de piedra que fue creado por los Sabios de Lat-Nam para controlar a los Hermanos y poner fin a sus depredaciones. Todos esos idiotas acabaron muriendo, por supuesto.

Karli contuvo el aliento al oír aquellos nombres tan antiguos, que eran infinitamente sagrados para todos los hechiceros. Después recordó con amargura cómo había tenido en las manos aquella fuente

de poder durante la fracción de un instante más breve imaginable antes de que se le escurriera entre los dedos..., y la rechazara. Pero había muchas preguntas que daban vueltas por su mente.

--¿Cómo...?

--Lo explicaré todo después... --Dacian alzó una mano-- de que lleguemos a un acuerdo.

--¿Sobre qué?

--Haakón y yo fuimos derrotados por el ejército, pero básicamente nuestra derrota fue causada por ese casco de piedra, que es el artefacto mágico más poderoso jamás creado. Ahora se encuentra en poder de Mangas Verdes, porque responde a ella por alguna razón que desconocemos --ya que no debemos olvidar que en realidad ningún hechicero puede llegar a controlarlo--, y lo ha utilizado para marcarnos. Y tú lo has tocado, pues de lo contrario no habríamos podido ponernos en contacto contigo.

--¿No habríais podido...? ¿Qué quieres decir con eso?

Dacian aceptó una taza de té de una temblorosa sirvienta. Haakón la rechazó. La hechicera siguió hablando.

--Después de que fuese marcada por el cerebro de piedra, pude percibir su presencia, al igual que puede percibirla Haakón..., y tú también puedes percibirla. Es un efecto colateral. Cualquier persona que haya sido marcada por el cerebro de piedra puede contactar con cualquier otra persona que haya sido marcada por él. No sé a qué se debe, y dudo que Mangas Verdes lo sepa, pero podemos utilizarlo en nuestro beneficio.

--¿Cómo? Oh, ya veo...

Dacian tomó un sorbo de té y asintió.

--Exactamente. Ese ejército de Gaviota y Mangas Verdes, esa cruzada, como ellos la llaman, está teniendo demasiados éxitos. Vayan donde vayan siempre consiguen más voluntarios, los suficientes para derrotar a cualquier ejército conjurado, o incluso a una horda de demonios. Haakón perdió un ojo aprendiendo esa lección. Seguirán marcando hechiceros con tanta facilidad como nosotros marcamos lotos negros. ¿Puedes imaginártelo? Con nuestro poder bajo su control y tan pocos que puedan oponerse a ellos, se convertirán en rey y reina de todos los Dominios y esclavizarán a todas las criaturas vivientes que moran bajo las dos lunas. Serán como dioses en la tierra, y nosotros seremos menos que esclavos. Seremos conejos, y acabaremos en el matadero.

Karli se mordisqueó el labio inferior y asintió. Eso era lo que ella

haría si dispusiera de aquel poder, con la única diferencia de que prescindiría de un «rey».

--Pero ¿qué podemos hacer?

--Podemos unirnos. Podemos unir nuestras fuerzas y detenerlos ahora..., y para siempre. Podemos saquear sus bibliotecas y artefactos, y convertir en esclavos a sus seguidores. Por separado no podemos hacerlo, y eso ya ha quedado demostrado tres veces. Así pues, debemos unirnos o morir...

»Tenemos que crear una alianza de hechiceros para detener la peor amenaza que jamás hayan visto los Dominios. ¿Estás con nosotros?

Karli tomó un sorbo de té y reflexionó durante unos momentos antes de responder. Pero Dacian sabía que acabaría uniéndose a ellos. Tenía que hacerlo para sobrevivir.

--Hay más --añadió la hechicera de la lustrosa melena--. Hay otros hechiceros con los que han luchado y a los que han dejado malparados, aunque no los hayan derrotado. Uno de ellos se llama Liante. Y creo que sé dónde podemos encontrarle...

FIN